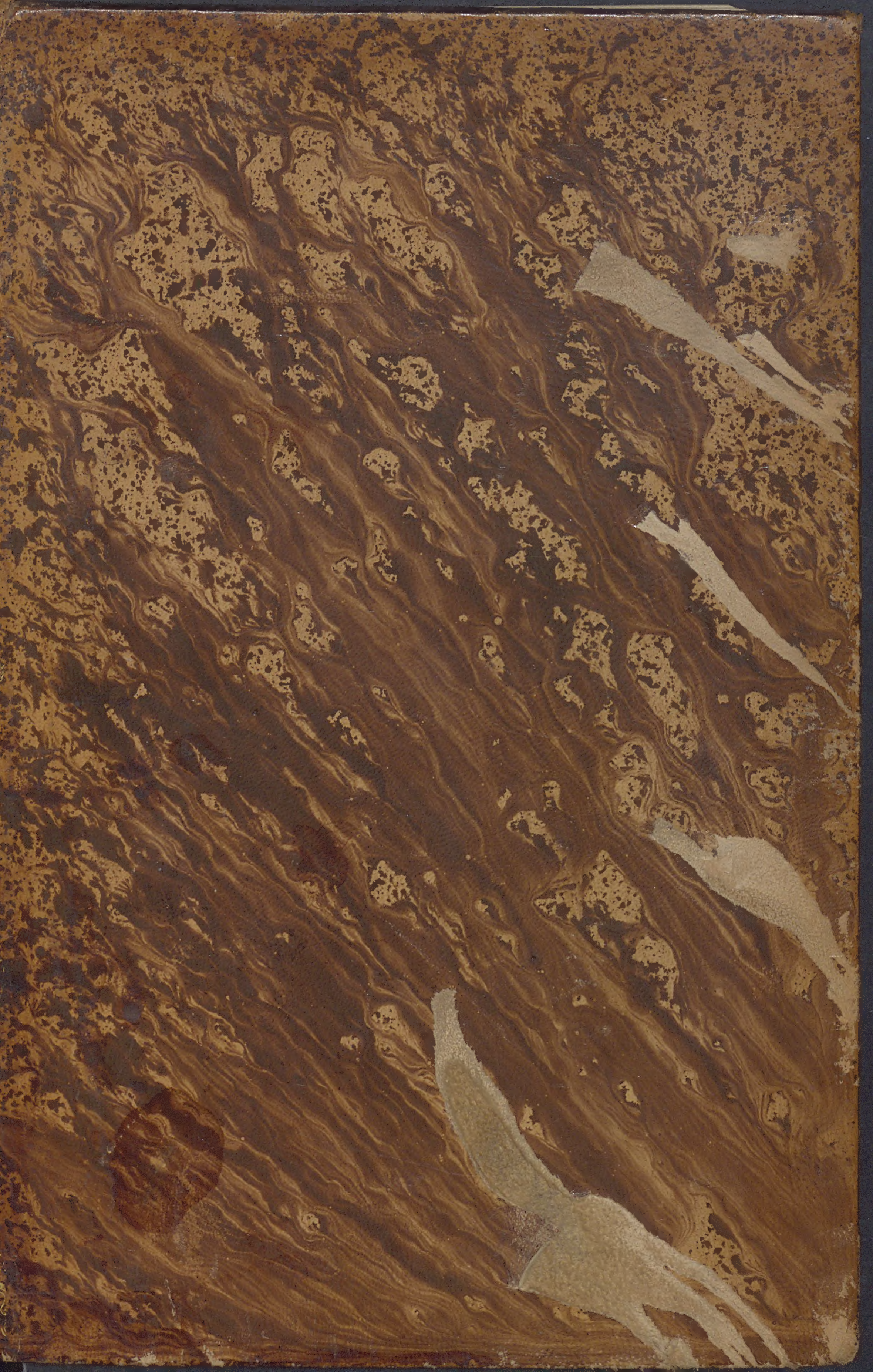
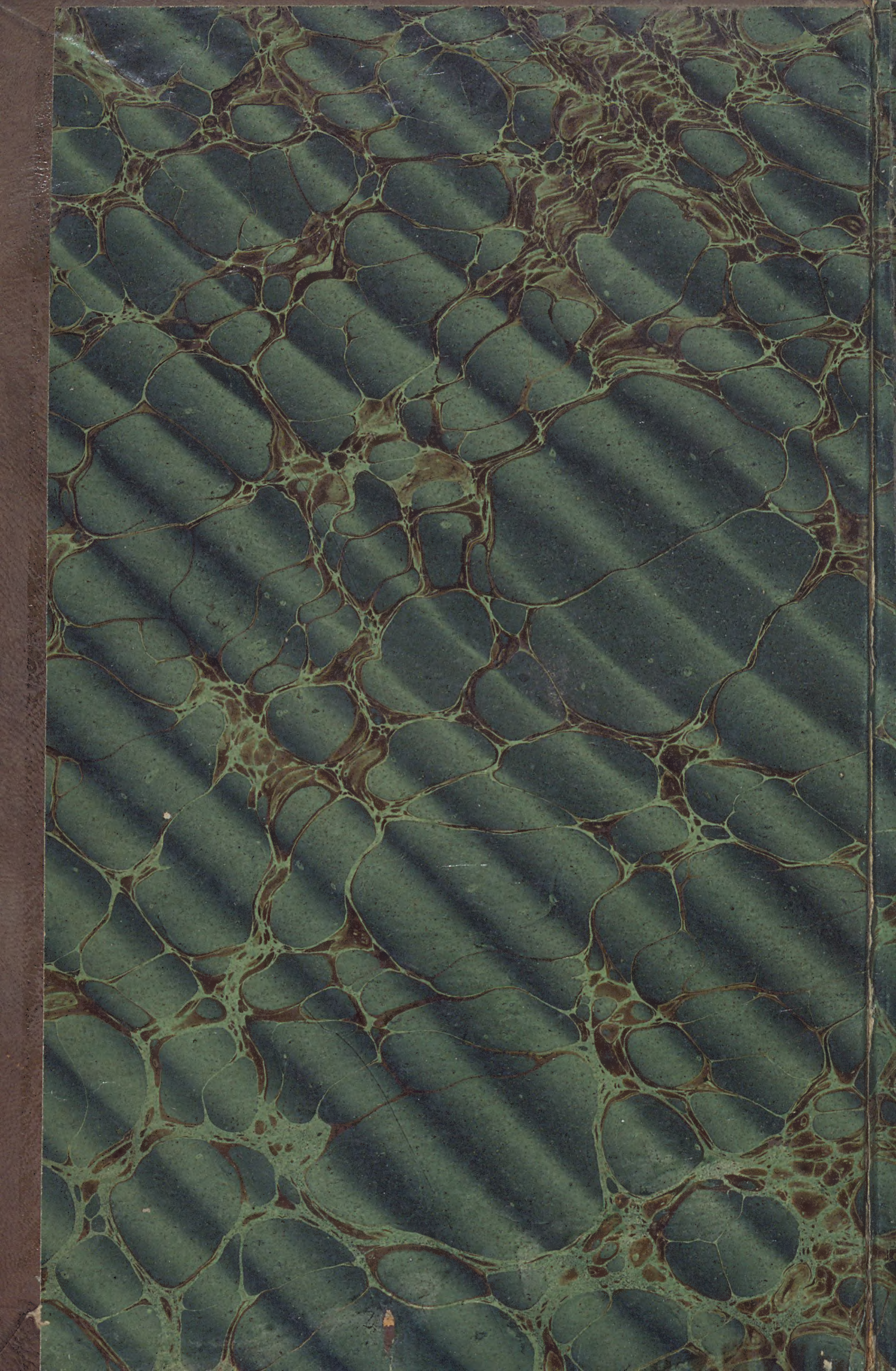
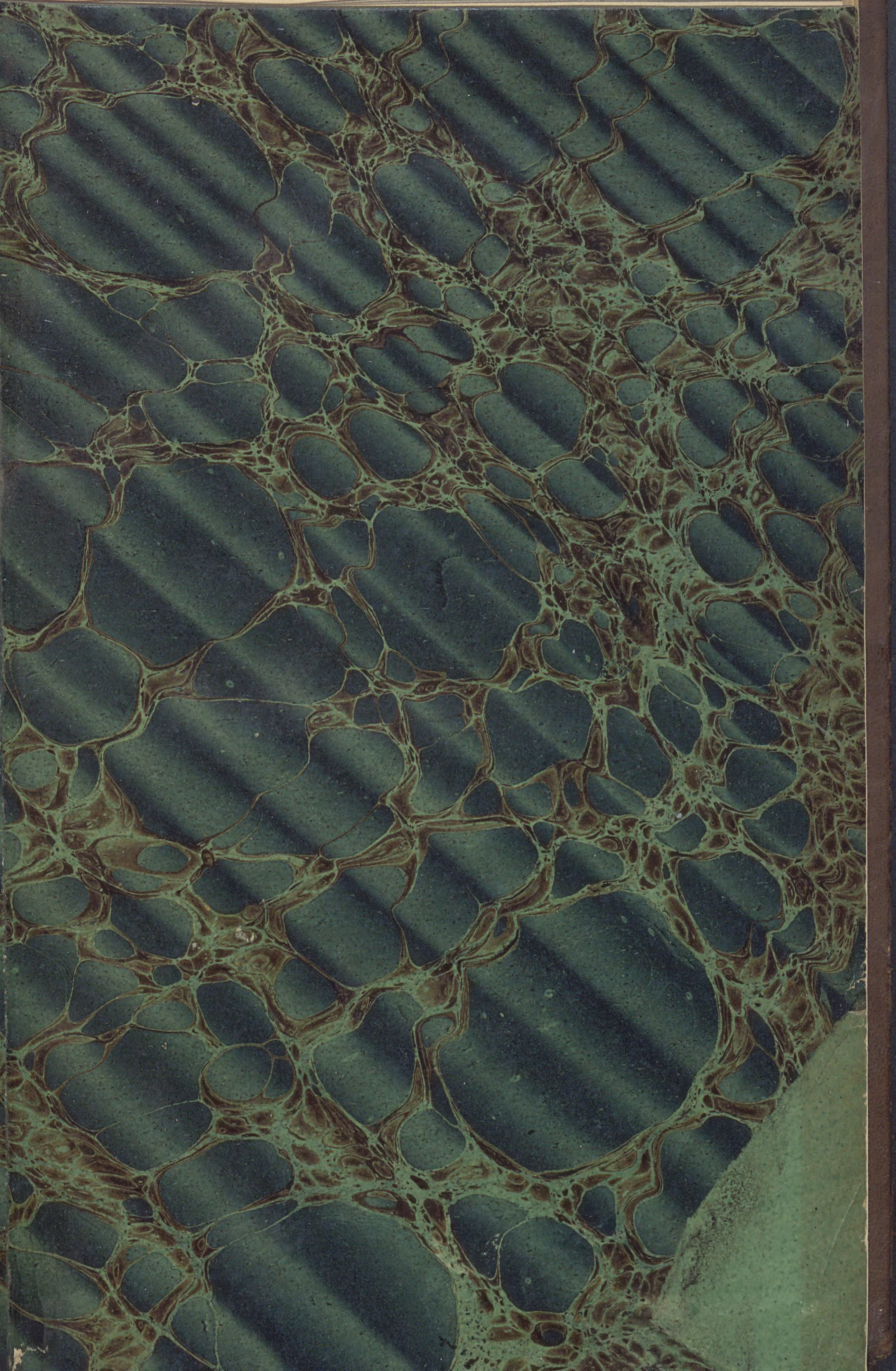


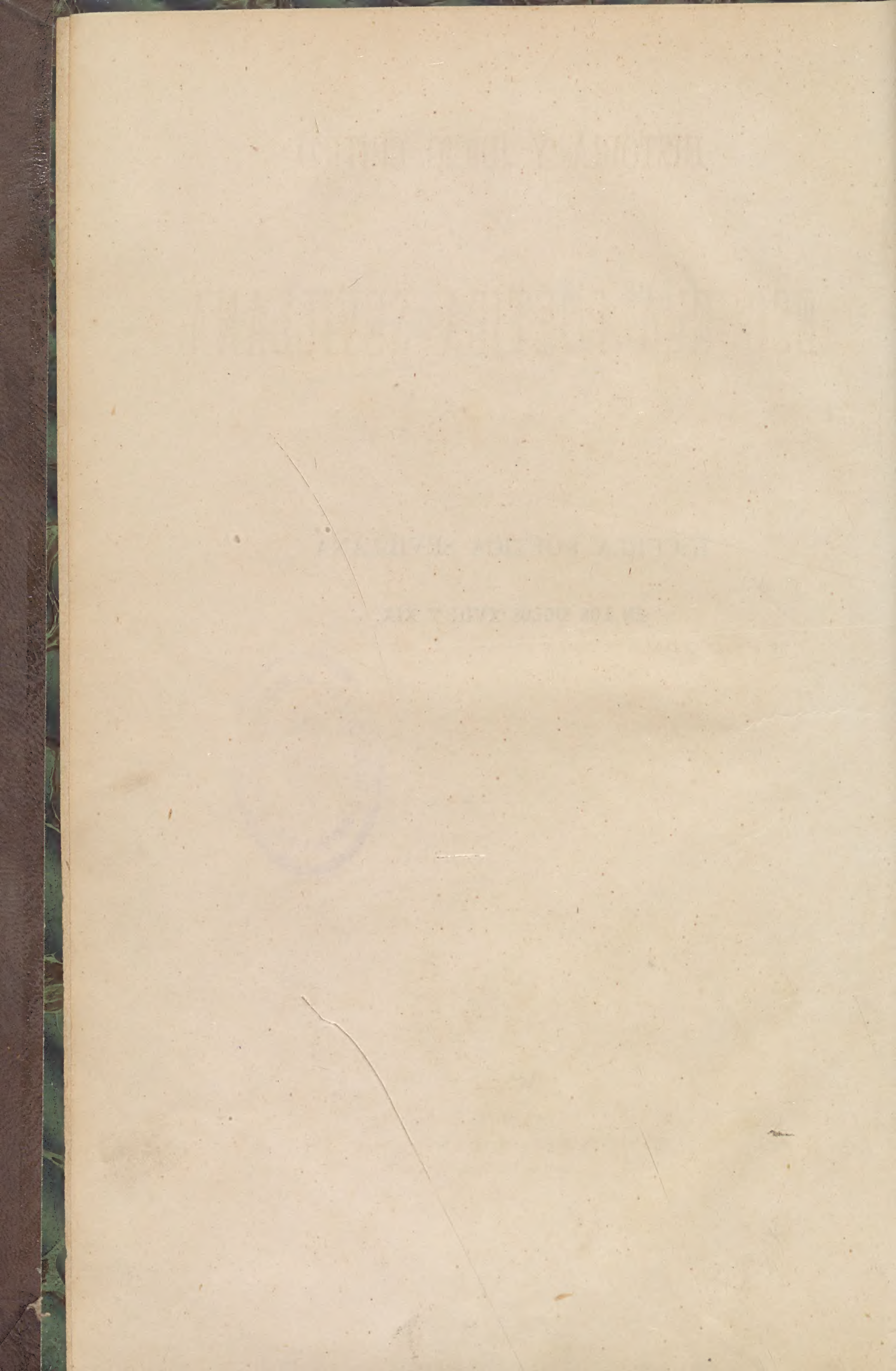




ESCUELA POÉTICA SEVILLANA

EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX.





HISTORIA Y JUICIO CRÍTICO

DE LA

ESCUELA POÉTICA SEVILLANA

EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX.

MEMORIA ESCRITA

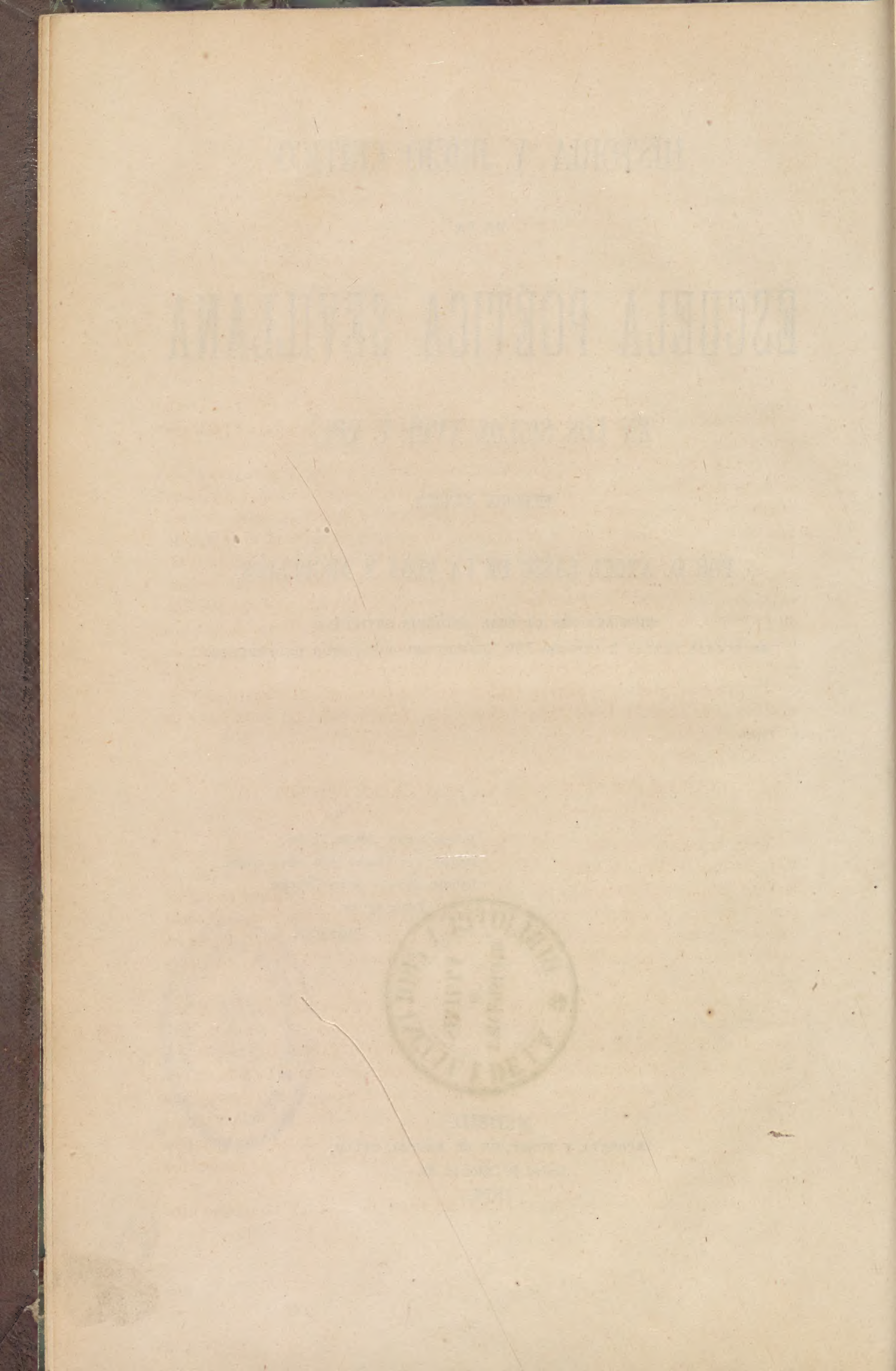
POR D. ANGEL LASSO DE LA VEGA Y ARGÜELLES,

PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA SEVILLANA
DE BUENAS LETRAS É IMPRESA CON AUXILIO DEL MINISTERIO DE FOMENTO.

Doctor argutæ fidicen Thaliæ,
Phœbe, qui Xantho lavis amne crines,
Dauniæ defende decus Camenæ,
Levis Agyieu.

HORACIO.

MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICION DE MANUEL TELLO,
Isabel la Católica, 23.
1876.



Ministerio de Fomento. *Instruccion pública.*—Al Director general de Instruccion pública digo de Real órden con esta fecha lo siguiente:

Ilmo. señor: En vista del informe emitido por la Real Academia Española acerca de la obra manuscrita de D. Angel Lasso de la Vega, titulada *Historia y juicio crítico de la Escuela poética sevillana en los siglos* XVIII *y* XIX; y cumpliendo ademas dicha produccion literaria con lo prescrito en el decreto de 12 de Marzo de 1875, S. M. el Rey (Q. D. G.) se ha servido disponer que, con cargo al capítulo 22, artículo 1.°, partida para suscriciones del presupuesto del corriente año económico, se libre, á favor del referido Sr. Lasso de la Vega, la suma de 1.250 pesetas, en concepto de auxilio para la impresion del manuscrito, á condicion de que tan luégo como se haya verificado, reintegre la mencionada cantidad en el número de ejemplares suficiente, segun el precio que á cada uno se marque.

Lo que traslado á V. S. para su inteligencia y satisfaccion. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 18 de Julio de 1876.—C. Toreno.—*Sr. D. Angel Lasso de la Vega.*

INFORME QUE SE CITA EN LA REAL ÓRDEN PRECEDENTE.

Real Academia Española.—Ilmo. señor: Esta Real Academia, encargada por V. I. de dar dictámen acerca de la obra manuscrita del Sr. D. Angel Lasso de la Vega, titulada *Historia y juicio crítico de la Escuela poética sevillana en los siglos* XVIII *y* XIX, cumplirá su cometido en breves términos, porque el asunto, aunque interesante para la historia literaria de Andalucía, es harto limitado en su objeto y sólo en escasos límites se presta á consideraciones de órden elevado y fundamental.

El Sr. Lasso de la Vega ha escrito su estudio visiblemente movido por el halagüeño impulso del amor local. Entusiasta de las glorias del suelo andaluz, indulgente y benévolo sin tasa y modesto hasta rendir fácil y generoso homenaje á la opinion de los demas escritores, se ha detenido con suma complacencia en recordar timbres y encomios que han dado luz y fama á algunos poetas sevillanos y en citar largos trozos de estos mismos poetas y de varios otros de menor renombre y valía, formando de este modo un libro en vez de una memoria y dando trazas á su estimable trabajo, más que de crítica libre y justiciera, de panegírico sincero y bondadoso.

No censura por ello esta Corporacion al Sr. Lasso de la Vega. Lo mismo hizo

D. Alberto Lista en su precioso opúsculo *De la moderna Escuela sevillana de literatura*, recordando gustoso, con pluma complaciente y amena, lauros de su país natal, de los cuales la mejor parte adornaba su propia frente.

No ha de olvidarse, por otra parte, que el Sr. Lasso de la Vega escribia para un certámen de una Academia sevillana, y era natural y hasta legítimo que se dejase llevar en sumo grado por la corriente de entusiasmo y admiracion local, de que es casi imposible sustraerse, especialmente bajo el hermoso cielo de Andalucía.

Grande es el mérito absoluto, y más grande todavía el relativo de aquellos literatos insignes que, á fines del siglo último, siguiendo las huellas de los poetas de Salamanca y movidos por el grande impulso civilizador del reinado de Cárlos III, se asociaron en Sevilla para poner coto á los extravíos del mal gusto y abrir nuevos caminos á la inspiracion, ya apagada, de los antiguos tiempos.

Dar á conocer estos gloriosos afanes y sus provechosos resultados en el campo de la poesía, es el objeto del libro del Sr. Lasso de la Vega. Por lo cual, y por la conciencia y sano entusiasmo que emplea en la formacion de su obra, merece el autor sinceras alabanzas.

Es dudoso que con acierto se pueda usar la denominacion de Escuela poética sevillana; pero dejando aparte un punto de crítica literaria, que no parece oportuno tratar aquí, y prescindiendo de algunos leves deslices de diccion y de estilo que sin dificultad pueden corregirse, la Academia se complace en reconocer prendas muy estimables en el meritorio trabajo del Sr. Lasso de la Vega.

Ya se habia éste granjeado el público aprecio como crítico sensato é investigador infatigable en su *Historia y juicio crítico de la Escuela poética sevillana en los siglos* XVI *y* XVII, premiada por la Academia Sevillana de Buenas Letras.

Allí el campo de la investigacion y de la crítica era más halagüeño, más ámplio y más fecundo. Aquella literatura del siglo de oro era en Sevilla y fuera de Sevilla espontáneo y glorioso fruto de la grandeza moral y política de los españoles de aquel tiempo.

Hoy el campo es más estrecho y harto menor el alcance moral y literario del cuadro. Pero no son menores los merecimientos del Sr. D. Angel Lasso de la Vega.

Su libro es útil, como lo es siempre la pintura fiel del movimiento civilizador de las naciones; y la Academia cumple un grato deber proponiendo á V. I. que recomiende al Sr. Ministro de Fomento este nuevo estudio del Sr. Lasso de la Vega, como digno de que el Gobierno coadyuve á su publicacion, cual ya lo hizo respecto á su anterior estudio.

Lo que por acuerdo de la Academia, y en cumplimiento de mi deber, tengo la honra de poner en conocimiento de V. I. para los efectos correspondientes. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 30 de Junio de 1876 —*El Secretario,* MANUEL TAMAYO Y BAUS.—*Ilmo. Sr. Director general de Instruccion pública.*

I.

Recuerdo de nuestro siglo de oro de las letras.—Estado general de España al comenzar el siglo XVIII.—Decadencia intelectual.—Corrupcion de la poesía.—Ingenios dignos de mencion que, al terminar el siglo XVII, sobresalen en la capital andaluza.—La Escuela poética sevillana no ofrece un solo representante en largo período.

Hubo una época de venturas para nuestra patria, de inusitadas glorias, que creeriamos haber soñado, á no conservar esos testimonios que siempre sobreviven á la decadencia de los pueblos en los productos del saber y la inspiracion del hombre, reflejando evidentemente el poderío y material grandeza de los Estados. Seria innecesaria tarea recordar el conjunto de acontecimientos que de repente, cuando la Providencia, fijando su vista con predileccion en la comarca española, quiso ofrecerla al universal asombro, no sólo con los lauros que de contínuo adquieren las naciones con su esfuerzo propio para extender su prestigio y preponderancia; sino con aquel que una vez sola habia de conceder al hombre, mostrándole allende los mares, ignorado y espléndido, un mundo para dilatar sus dominios. Sólo este suceso grandioso, que hace época en la historia de la tierra y de los tiempos, daba á la patria feliz, en los que fueron tan afortunados, fundadas esperanzas de un porvenir riente y de nuevas prosperidades. En este período, por desgracia breve para el deseo, ufanaba á nuestra nacion tan sin igual triunfo de la ciencia, el que alcanzaron sus armas en extraños países, despues de arrojar del propio á un obstinado invasor; y más grato que todos, porque no enrojecia en sangre sus laureles, el que le dieron aquellos de sus hijos que en gran número recibian la luz del genio

para mostrarse en los diversos ramos del humano saber, tan doctos é inspirados, que no sin justísima causa pudieron llamar otros siglos á aquel en que brillaron, el siglo de oro de las letras. Un mismo espíritu religioso, profundo en aquella edad, y una misma aspiracion de gloria, realizaban en gran parte este prodigio. Comun eran, pues, el entusiasmo, el gozo y la expansion del sentimiento en todos los corazones.

Cuando los dias son alegres y risueños, cuando sombrías nubes no privan de luz infundiendo tristeza al ánimo; ajeno á todo temor ó sobresalto, el pensamiento tranquilo vaga sobre la naturaleza espléndida y galana, ó se remonta á ideales espacios, encuentra en ellos el fuego que lo anime, y embellecido con encantadoras formas produce el canto del poeta.

Así resonó en el glorioso siglo XVI. La poesía levantó su vuelo atrevido, á la vez que las ciencias y las artes; llegando á ser espontánea y esencialmente propia. La docta y erudita unióse á la popular perfeccionándola; y de ambas se formó en la escena el drama nacional, destello el más asombroso del ingenio que en su fecundidad y fantasía produjo un sinnúmero de admirables creaciones.

No son estos tiempos afortunados en los que hemos de detenernos, para llegar á otro más reciente, y circunscribirnos en él al objeto de nuestro estudio, el de la moderna Escuela poética sevillana; como tampoco en aquellos en que, fundándose ésta por un atrevido reformador del lenguaje de las musas en las márgenes del Guadalquivir, extendió desde ellas á otras provincias del reino su influencia y su renombre. Al abrir la Real Academia de Buenas Letras un nuevo concurso con el tema sobre que versa el presente trabajo, que á la misma ofrecemos, es de creer que su intento ha sido completar el que anteriormente ha premiado, que trata de tan gloriosa Escuela en los siglos XVI y XVII. Por tanto, habremos de fijarnos, deseosos de acierto y con todo el cariño que el asunto nos inspira, en los inmediatos siguientes.

Basta á nuestro propósito el grato recuerdo de aquella centuria que á los hermosos resplandores de su aurora, ofrece como primer adalid de las conquistas del arte poético, al dulce y tierno

Garcilaso; como modelo de sublime sencillez y trasformador de la pagana inspiracion del vate latino en la pura y fervorosa del cristiano, al maestro Luis de Leon; como cantor heroico, dominando el lenguaje, engalanándolo con majestuosas formas y usándolo con vigoroso estilo y diccion correcta, ya se inspire en los bíblicos asuntos ó ya en los de la historia patria, á Fernando de Herrera, á quien llamaron *el Divino;* como seguidor de su escuela, perfeccionándola, al meláncolico *cantor de las flores* Francisco de Rioja; como exagerado émulo de aquel vate hispalense, pero siempre admirado por su númen y ganoso siempre de atraerse imitadores, á Luis de Góngora, y otros sin cuento, dignos tambien de alta estima é imperecedera fama.

Por todas partes cunde en la nacion prepotente la actividad intelectual, de tan súbita y prodigiosa manera. No sólo el poeta lírico embelesa con sus cantos, graves, festivos ó inspirados por la musa sagrada; el dramático, innovador primero, para ser despues fecundo y admirable; el historiador erudito, el reflexivo filósofo, el varon de ciencia, el novelista ameno; todos concurren con el fruto de sus estudios, la viveza de su imaginacion y su contingente de gloria, á hacer su época la más brillante de nuestra historia literaria. Todos los géneros se cultivan en buen habla castellana y con esmerado gusto: innumerables son los representantes del saber. Entre ellos descuella la grandiosa figura del hombre ilustre que honra por sí solo á aquel siglo, como enorgullece á sus compatricios; la de Miguel Cervántes Saavedra.

Hemos realzado estos valiosos timbres de edad tan venturosa, porque el encanto va á desaparecer. Con razon pudiera decirse que tanta luz, tanta armonía, tanta ciencia y poder tanto, sólo han sido un encantador ensueño.

El genio que desplegó sus alas sobre nuestra nacion, ha apagado bruscamente la antorcha que prodigaba sus resplandores á las nobles inteligencias; y en su fúga inesperada, cierra las puertas del Parnaso de la patria, para que no lo invadan los profanos. ¡Todo ha desaparecido! Ni áun las tradiciones de lo que fué subsisten, porque en las tinieblas no pueden brillar cuando son débiles reflejos de las glorias perdidas. ¿Qué ocasiona esta inconce-

bible postracion del carácter nacional? ¿Cómo un campo tan hermoso y cultivado, se trueca estéril cuando más sazonades frutos debia producir?

Cierto es que la nacion fuerte, á la par que descendia del apogeo de la fortuna y amenguaba en poderío, en una rápida decadencia, iba prestando el vario color que daban estas vicisitudes, como es innevitable suceda siempre, á las producciones del saber humano. Acaso el excesivo engreimiento y confianza excesiva en las propias fuerzas, los errores sin duda y otras causas cuyo exámen no es de este lugar, habian hecho que la dominacion de tan vastos dominios hábilmente sobrellevada por una princesa de feliz recordacion, y otros dos soberanos que supieron conservar tan rica herencia, no lo fuese asimismo por los que á éstos sucedieron en el trono de Castilla. El peso era harto grave, y débiles las fuerzas de los que debian sostenerlo. Emancipábanse del yugo español los Estados á él sometidos en varias comarcas de la Europa; y de una en otra calamidad, llegó al cabo la postrera: aquel cetro poderoso vino á manos de un monarca infeliz, inhábil y supersticioso, último vástago de la dinastía austriaca. Su muerte, acaecida en el año en que concluia el siglo XVII, perturbó hondamente á la nacion española, dividida en bandos para desgarrar su seno, al elevar un nuevo monarca á aquel trono vacante. El estruendo de las armas y la incesante agitacion del espíritu en tan azarosa época, hicieron completo el eclipse de nuestras glorias intelectuales.

No fueron tan sólo el descenso de tanta grandeza y los efectos de las civiles discordias, los que influyeron en nuestro abatimiento literario. Marcábanse los síntomas de la corrupcion del lenguaje al terminar aquel brillante siglo de oro. El ingenio tomó deliberadamente en sus manifestaciones de todo género, sendas tortuosas y resbaladizas, en donde llegó á extraviarse y á olvidar por completo hasta su instintivo buen gusto, dándose á rebuscar frases insólitas, conceptos oscuros, equívocos incomprensibles, hipérboles extravagantes, y cuanto pudiera contribuir á despojar de su encanto y nobleza el habla castellana. Llamóse *culto* á este depravado estilo; y aunque objeto de juiciosas censuras de muchos

que merecian el nombre de verdaderos poetas, algunos de éstos, incurriendo á su vez, y acaso sin advertirlo, en igual defecto, contribuyeron poderosamente á extender el mal, y á hacer imposible el remedio.

Entregada al fin la poesía, ó mejor dicho, las apariencias de este arte encantador, al monopolio de humildes versificadores, secuaces de un ingenio privilegiado, á veces hasta en sus mismas extravagancias, y á quien no les era dado imitar; faltó su expresion sencilla y elevada al sentimiento espontáneo, á los tiernos afectos y á las pasiones que tan dignamente sabe cantar en armonioso lenguaje quien recibe las inspiraciones de una musa discreta. No exageramos; á tan lamentable extremo llegó nuestra degradacion literaria. Igual suerte corrian á la par todas las artes bellas, que no existen sin el genio.

En un pueblo meridional de nuestra Península, donde estas tenian noble asilo; que por su ilustracion y su carácter industrioso, no sin razon despertaba en aquella de sus épocas más felices, el recuerdo de la sábia Aténas; que fundó en un siglo de prosperidades una célebre escuela pictórica y otra de poesía renombrada; sintiéronse á la vez los efectos de las comunes desdichas y de los extravíos de la inteligencia. Su cielo hermoso, sus fértiles campos, sus embalsamadas brisas, perdieron la virtud inspiradora de otros tiempos; y aquella vivacidad é ingenio de sus poetas que produjo tan admirables obras, empleóse en contribuir á la general corrupcion, produciendo un vacío sensible en su historia del saber, pocas veces interrumpida desde léjanos tiempos.

No eran para la ciudad hermosa que se asienta en las márgenes del Bétis, aquellos en que veia arribar las flotas de un nuevo mundo cargadas de riquezas, y extendia por donde quiera su comercio y los productos de su industria; tampoco eran aquellos en que mostraba con noble orgullo á tantos estudiosos varones que heredando el gusto de una raza oriental, dominadora un tiempo de su recinto, y aficionados á la vez al clásico de las musas griega y latina, impregnaban de su sabor poético las inspiraciones que llegaron á formar un Parnaso exclusivo y admirable.

Algunos fugaces destellos de aquella luz vivísima que ani-

maba el númen fecundo y el instinto artístico de los vates hispalenses en el apogeo de su gloria, solian raramente vislumbrarse en el tránsito del siglo XVII al inmediato, y en el principio de este.

En el último tercio del primero, moradora de un asilo de paz, cuya pura atmósfera no se enturbia con el aire corrompido de las humanas pasiones, y en cuyo recinto se veda la entrada á toda ambicion terrena, apareció una inspirada hija del Carmelo, entonando fervientes himnos á la Divinidad; más exenta del contagio propagado por entónces en Sevilla, su patria, entre los cultivadores de la poesía. Quizás porque tampoco penetraron las corrientes del mal gusto en su retiro apartado, y siguió tan solo los arranques de la inspiracion, Sor Gregoria de Santa Teresa mostróse espontánea, vehemente, henchida de mística pasion, á semejanza de la ilustre doctora, cuyo nombre adoptó al ceñirse el velo de la esposa de Jesucristo [1]. Si un tanto conceptuosa en la exaltada expresion de su amor espiritual, resabio fué, sin duda, adquirido en la lectura de las obras piadosas de su tiempo ó del estilo de los oradores sagrados que usaron de la palabra divina en el templo de su casa conventual. Sabido es que, de todos los géneros, el religioso fué donde se propagó más perjudicialmente la manera *culta* y la *conceptuosa*. Pero, á pesar de estas ligeras sombras que se advierten en las poesías de la discreta vírgen, admíranse su facilidad, su estro, sus pensamientos tiernísimos y delicados. ¡Con qué dulce melancolía expresa en sus éxtasis inefables los celos que le causa el avecilla lanzada á los espacios etéreos! ¡Cuán fervorosa es la expresion salida de lo íntimo de su alma!

¡Oh, quién imitar pudiera,
Juguete hermoso del viento,
De tu natural impulso
El acelerado vuelo!

[1] El doctor D. Diego de Torres Villarroel escribió la *Vida ejemplar y virtudes heroicas* de esta religiosa sevillana, en un libro publicado el año 1752. Posteriormente otros escritores le han dado el distinguido lugar que merece en el Parnaso de su patria.

Mi amor ansioso te sigue
Con impacientes afectos;
Que es dura prision del alma
La triste cárcel del cuerpo.

Así se dirige al *Esposo amado* en sus celestes aspiraciones cuando, como la sábia Teresa, su modelo en virtud, usa el lenguaje del amor profano con la intencion más pura y candorosa.

La musa sagrada habia penetrado más de una vez en los claustros de los monasterios hispalenses, para inflamar con su fuego inspirador á esas vírgenes que consagran toda su existencia, con abnegacion sublime, á las prácticas cristianas. Aquella ilustre doctora; la religiosa que le sucedió en el priorato del convento de su fundacion en Sevilla, Sor María de San José y Sor Valentina Pinelo, nacida en aquella ciudad, ya habian elevado en ella sus canciones místicas en un tiempo más feliz para las letras.

La existencia de Sor Gregoria, que murió de edad muy avanzada, prolongándose bastante entrado el siglo XVIII, hace que la podamos considerar como perteneciente al mismo. Su lenguaje sincero contrasta de un modo notable con el usado por aquellos que, á la sazon neciamente ufanos de sus extravagancias y trivialidades, avergonzaban á la patria de Rioja.

En igual caso que la inspirada carmelita, por exceptuarse del número de los malos poetas, se halla otro ingenio que, si bien tuvo su cuna en la noble Astúrias, acudió á Sevilla mucho ántes de terminar el siglo XVII, á emprender sus estudios en muy corta edad. Su nombre ocupa un lugar muy distinguido entre los dramáticos que en tanto número dan gloria á la escena española: llámase D. Francisco Antonio de Bances Candamo. Enviáronle sus padres á aquella ciudad para que, bajo la direccion de un tio suyo, canónigo en ella, siguiese la carrera eclesiástica. Faltóle aquél y sólo recibió las órdenes menores, viéndose precisado á interrumpir sus estudios. Desde muy jóven sintió la influencia poética de tan hermoso suelo, y se distinguió notablemente por sus obras. No sólo empleó su ingenio en las líricas, sino que, á

semejanza de los huéspedes de otro tiempo de la ciudad andaluza, el insigne Ruiz de Alarcon, el licenciado Salustio del Poyo y el célebre representante Claramonte y Corroy, cultivó la poesía dramática. Para que su aficion á este género, en que estaba llamado á obtener sus mejores lauros, se desarrollase en una esfera de mayor accion, menester le era residir en la córte, á donde, en efecto, fué precedido de un concepto favorable, con tan feliz acierto, que acogido con cariñosa deferencia por su talento y númen no vulgar, llegó á obtener el aplauso de los hombres instruidos y las distinciones y proteccion del monarca entónces reinante. No referiremos las vicisitudes, algunas de ellas de novelesco y trágico carácter, porque pasó el poeta educado en Sevilla, hasta que murió en todo el vigor de su vida al principiar el siglo XVIII. Tampoco nos detendremos en el exámen de sus obras poéticas, porque no están en las condiciones de las que son objeto de nuestro estudio; pero sí diremos que no dejó de alcanzar censuras severas con exceso, por haberse inclinado tambien al culteranismo, vicio ya arraigado y que tan generalmente prevalecia. El autor de *El Esclavo en grillos de oro* no se mostraba siempre con estas cualidades de un modo absoluto, y no es digno de ser confundido entre la mísera turba de ignorantes copleros de su época. Puesto que en la márgen del Bétis se sintió poeta, y en ella voló su fantasía por primera vez á los ideales espacios del arte, justo nos ha parecido su recuerdo en este lugar, tanto en honra suya como por la que recibe aquel suelo donde pasó su infancia y una parte de su juventud [1].

Tambien pertenecen á los primeros años del siglo XVIII, por florecer en ellos, si bien nacidos en el anterior, los hermanos Don Gabriel y D. Ignacio Alvarez de Toledo y Pellicer, caballeros de distincion, hijos de Sevilla y cultivadores de las musas. Sobresale el primero de un modo evidente por su buen juicio y estimables circunstancias. No así el otro, el mayor de ambos, cuyas obras son de escaso valer, tanto las líricas, á que dió el nombre

[1] Las obras líricas de Candamo fueron publicadas despues de su muerte, el año 1720. Tambien es autor del poema épico *El César africano, Guerra púnica española, Conquista de Tunez por el Emperador Rey de España D. Cárlos.*

de *Ocios*, como las escénicas, poco numerosas. Cierto lance de su juventud, algo inquieta, sirvióle de asunto para una de sus composiciones. Mucho ántes de comenzar la pasada centuria, hallaba más tranquila existencia de regreso de sus servicios en Flándes en la córte de Cárlos II; y un acto de piedad de este rey, motivo fué tambien para otra de sus poesías.

Mayor atencion es debida á su hermano D. Gabriel, dotado de las cualidades de verdadero poeta. Su vida ofrece más interes y fué más provechosa. A los treinta años de edad, verificóse en aquélla un cambio súbito: el mancebo, dado á los placeres del mundo, que se veia aplaudido y lisonjeado por *su donaire é ingenio de las damas de Sevilla*, segun las noticias biográficas del doctor Torres, por cuya diligencia se dieron á luz sus *Obras póstumas poéticas,* satisfecho en su vanidad por el aplauso que merecian sus versos, trocóse de repente en el hombre abstraido por el estudio, alejado del mundano bullicio, exacto cumplidor de las virtudes cristianas y sólo cuidadoso de enriquecer su inteligencia, adquiriendo conocimientos científicos de vario género y los de las lenguas sábias y modernas. Fruto de sus vigilias fueron diversas obras, de importancia algunas, sólo conocidas por su título, pues no han llegado á publicarse. Tan ilustre hijo de Sevilla llegó á obtener honrosos cargos en la córte, y fué uno de los fundadores de la Real Academia Española, donde tuvo entrada de los primeros. Considerándole como poeta, acreedor es ciertamente á señalada estima; y en este concepto le han dado á conocer dos modernos escritores [1], colocándole en digno puesto entre nuestros líricos del siglo XVIII.

Preciso es no olvidar, al apreciar su mérito como tal cultivador de las musas, los adversos tiempos que para el arte corrian y lo difícil que era ofrecer los frutos del ingenio sin el sabor impreso por la moda tiránica, que no siempre se aviene á las leyes del buen gusto. Sin embargo, Alvarez de Toledo, áun con

[1] D. Leopoldo Augusto de Cueto y D. Antonio Ferrer del Rio. El primero de estos distinguidos escritores ha coleccionado sus obras en verso, las cuales se hallan en el primer tomo de *Poetas líricos del siglo* XVIII. *Biblioteca de Autores españoles,* tomo 61 (1869).

sus lunares de conceptuoso, se halla á una altura digna en una época de tan sensible decadencia.

Las producciones de este vate sevillano tampoco son de las que pertenecen á la Escuela poética de su patria. Tan sólo haremos especial mencion de una de aquellas, en la que resalta la cristiana filosofía de su autor: la titulada *A mi pensamiento*, la mejor de todas las que componen la coleccion referida.

¡Triste cuadro es el que ofrece la cultura literaria de un pueblo que hubo adquirido tan famoso renombre por su ilustracion y saber, patria de tantos hombres insignes en todos los conocimientos humanos!

Cáusanos pena no oir en un largo período, ni un eco de la armoniosa lira que pulsaron tantos hijos de la inspiracion en el suelo hispalense. Ni un solo representante de su famosa Escuela aparece á nuestra vista en tan largo interregno literario, procurando que no queden sumidas en el olvido las glorias conquistadas.

¿Cómo fuera de esperar que la noble musa del Bétis se hallase en tan inesperado abandono, allí, donde una naturaleza rica y pomposa es bastante para hacer brotar el genio y animar las inteligencias que, por su vivacidad y ardimiento, sienten ya en sí los gérmenes de la poesía?

Verdad es que estas mismas cualidades hubieron de contribuir á hacer más dañosos los efectos de la epidemia *culta* y *conceptuosa*. Las imaginaciones meridionales volaron ménos contenidas, si posible era, por los dilatados campos de la fantasía; y aquel mal contagioso que conducia á tan febriles extravagancias, hizo mayores estragos en las márgenes de un caudaloso rio, donde sus ninfas, segun un excelente poeta sevillano de anteriores tiempos, entallaban en las cortezas de los olivos los cadenciosos versos del cantor de Eliodora.

II.

Advenimiento de Felipe V al trono español.—Influencia de su reinado en las letras patrias.—Luzan.—Su *Poética*.—La enseñanza pública.—Estudios universitarios en Sevilla.—Fundacion de la Real Academia de Buenas Letras en esta ciudad.—El Asistente de Sevilla D. Pablo de Olavide y D. Gaspar Melchor de Jovellanos.—Sus esfuerzos ineficaces para la restauracion de las letras en aquella capital.—Síntomas de una próxima y favorable reaccion de la poesía hispalense.

España toda, bien desgraciada entónces, sostenia una sangrienta y prolongada lucha que agotaba un año tras otro la sangre de sus hijos y sus materiales recursos. Ejércitos extranjeros invadian sus comarcas como aliados en bandos opuestos, haciendo más dolorosa la cruel é implacable excision entre hermanos suscitada. Tuvo por término tan fratricida guerra, la subida al trono español de un príncipe frances que, bajo el nombre de Felipe V, fué aceptado con complacencia, porque en esta solucion hallaba el pueblo fatigado la paz apetecida y la esperanza de un porvenir ménos azaroso.

No se mostró, ciertamente, el nuevo soberano indigno del puesto á que la suerte le elevó, como recompensa de su valor y constancia. Uno de sus laudables intentos fué sobreponer honrosos lauros á su corona, estimulando y protegiendo el estudio de las letras, porque no podia dar al olvido el carácter grandioso que el brillo de éstas habia impreso al reinado de Luis XIV, su abuelo. Creó, como medio eficaz y reconocido de promover el constante cultivo de los estudios científicos y literarios, asociando las inteligencias superiores, las dos Academias Española y de la Historia.

Pero las influencias extrañas no podian levantar de súbito

la literatura patria de su completa postracion, ni ménos devolverle, siquiera débilmente, sus característicos rasgos nacionales. Habian de hacerla afectada, y por lo tanto desprovista de aquel encantador atractivo con que se mostraba en sus mejores dias, porque entónces inspiraban al español sus costumbres, sus tradiciones, sus inclinaciones especiales, y como siempre el cielo que se extiende sobre su Península. Tales innovaciones, en la poesía sobre todo, no se pueden imponer al genio, que ha de ser espontáneo. No son obras inspiradas aquellas en que el poeta adopta ó afecta imitar un estilo, procurando darles un sabor determinado, cuando uno y otro están en desacuerdo con las impresiones que siente, y no se halla influido por la naturaleza que le rodea, no la misma en todos los países, mostrándose en disonancia con los gustos y tendencias de diferente índole, propios de su nacionalidad.

La fastuosa córte francesa se preciaba con razon de dar vida al genio; y era uno de sus varios placeres, el más noble y plausible, aquel que le proporcionaban sus poetas, en ella tan considerados. Advertíanse, pues, en éstos el cortesano estilo, el ceremonioso lenguaje, necesariamente afectado, del que, frecuentando los estrados palaciegos, procura atraerse voluntades, siendo pródigo en ingeniosas, pero estudiadas galanterías. Ni tales costumbres eran las nuestras, ni imitando este género poético se lograba reanimar la musa española, siquiera se la engalanase con postizos atavíos.

Algun influjo debieron ejercer, no obstante, en nuestras letras las corrientes venidas de los Pirineos. Dábase entónces excesivo y respetuoso culto á las doctrinas literarias de la antigüedad en la ilustrada nacion vecina; y aunque exigentes éstas é inclinadas á limitar los arranques de la fantasía, el tono que imprimen á las producciones del humano entendimiento es, sin duda, digno, elevado y majestuoso. El clasicismo, el gusto griego y romano, mostraban su característica fisonomía en las obras del vate lírico y del que alcanzaba sus lauros en la escena, no pocos de éstos debidos á la Talía española, á aquel riquísimo repertorio de nuestro antiguo teatro, fecundo manantial donde repetidas

veces acudia en busca de inspiraciones. Habiendo ya desaparecido, por desgracia, nuestra literatura propia; no pudiendo darse este nombre á la de tan menguada originalidad, que no llevaba ciertamente el signo de nuestra cultura, ni áun como leve reminiscencia de la que fué nuestro orgullo, ¿no era aceptable adoptar aquellos principios literarios que pudieran señalar nuevas y determinadas sendas, variando el gusto estragado, áun á riesgo de no conseguir todo el acierto apetecido, y transigiendo por lo pronto con ser meros imitadores?

Sin que la atribuyamos del todo á aquella influencia extraña ni al único intento de introducir y extender en nuestra patria el gusto literario dominante en la nacion francesa; la idea que se propuso D. Ignacio de Luzan, al dar á luz en el año 1737 un discreto libro de sana doctrina en que se sustentan los principios de aquella escuela, fué, sin duda, fijar un razonado sistema poético. La aparicion de esta obra, de importancia suma, y mayor entónces por lo necesaria que era una voz con autoridad suficiente que contuviera el desbordamiento del mal gusto, alcanzó merecido aplauso de las personas sensatas.

Celoso defensor de los preceptos aristotélicos y horacianos, Luzan es harto severo con los autores de su patria de época anterior que se habian revelado contra ellos, por considerarlos, y no sin motivo, una traba puesta á la inspiracion y la fantasía para contener sus naturales vuelos. El influjo de la *Poética* no llegó á sentirse inmediatamente, acaso porque en este libro notable sólo veian muchos aquellos desfavorables juicios y excesivo rigor que alcanzaban á algunos de nuestros afamados poetas. Difícil era, por otra parte, imponer de pronto el gusto importado de un país extranjero, y sobre todo sujetar á reglas restrictivas y á determinadas formas la expresion del pensamiento, acostumbrado á discurrir sin obstáculo, bien en alas de la verdadera inspiracion, libre y osada, bien inseguro y sin guía por el campo abierto á los delirios del culteranismo.

La obra del docto escritor aragones llegó á ser, pasado algun tiempo, más generalmente apreciada. Consigna D. Alberto Lista, que fué una de las que mayor y más directa influencia ejercie-

ron en la restauracion de la Escuela sevillana. Esta, segun tan sabio maestro, imitó el espíritu de la de Luzan en la córte.

No eran suficientes los esfuerzos de aquel preceptista para encaminar el estudio de las letras; ni con la publicacion de sus *Reglas de poesía* habia de tocar un pronto y favorable éxito en su propósito, á no hallarse coadyuvado por otros elementos indispensables para la propagacion de las doctrinas de todo arte ó ciencia.

La enseñanza pública, hábilmente dirigida, hubiera sido el medio más eficaz y directo para obtener aquellos resultados. Pero en las Universidades del reino no existian á la sazon cátedras donde se dieran lecciones de amena literatura y otros conocimientos análogos; pues se concedia marcada preferencia á los estudios teológicos. El escolasticismo ejercia su omnímodo imperio en todos los institutos de aquella índole.

Concretándonos, pues, al fundado en Sevilla con tan brillantes auspicios por el celosísimo y docto arcediano D. Rodrigo Fernandez de Santaella al comenzar el siglo XVI; de lamentar es que en la época á que nos referimos no correspondiese por completo á los fines de varon tan respetable, á causa sin duda del giro que por la costumbre generalizada ó la rutina, se daba á la educacion. ¡Extraña coincidencia, en tan adverso período, del mal gusto en todos los elementos que han de concurrir al lustre de las letras!

Cierto es que la Universidad Sevillana, desde sus principios, hizo completa exclusion de otras cátedras que no fuesen las pertenecientes á las facultades de filosofía, teología, cánones, medicina y leyes, negando la entrada en sus aulas á los estudios de elocuencia y retórica; pero coincidia, sin embargo, en tiempo en que la fortuna, hada tan poderosa como voluble, hacia objeto de su predileccion á la reina del Bétis, con el establecimiento de aquel centro de instruccion, la fructuosa enseñanza que de las humanidades extendian en la juventud los célebres maestros Giron, Malara y Medina. La erudicion y la ciencia poética eran, pues, propagadas entónces por varones tan insignes en el saber.

No le cupo igual suerte á aquel pueblo en una época en que participaba de la comun decadencia intelectual. Faltóle tambien tan poderoso recurso para remediar en algo los vicios que deslu-

cian por completo el bello arte de la poesía, objeto ántes de su culto y ocasion de uno de sus más preclaros timbres.

Al promediar el siglo XVIII se fundó en la ciudad de tan honrosos recuerdos, un importante instituto, bajo la proteccion del monarca Fernando VI, que ya ocupaba por entónces el trono de España, tomando el nombre de *Real Academia de Buenas Letras*. Ésta sábia corporacion, acaso por las especiales aficiones de sus primeros individuos, dedicados con laudable y provechoso celo á los graves estudios arqueológicos y numismáticos referentes á nuestra patria, no dirigió esencialmente sus miras, en los primeros años de su existencia, á atraer á las sendas del buen gusto á los que tan ciegos y sin guía caminaban descarriados. Más adelante, consagrando toda su atencion y desvelos á enaltecer y estimular el cultivo de las letras, y venciendo con incansable perseverancia cuantos obstáculos é inconvenientes se le han presentado en el regular ejercicio de sus útiles tareas, ha realizado por completo las esperanzas de los que en ella veian la representacion más autorizada de las glorias del saber en el suelo hispanense.

Sólo un deber de justicia, y no otro móvil mezquino, ajeno á nuestro carácter, nos da grata ocasion en este lugar de dejar consignado un hecho que es de todos reconocido, y que en alguna otra ha de verse confirmado en el curso de nuestro estudio.

Tuvo su principio aquel instituto notable, en la morada del académico de la Historia, el sabio sacerdote D. Luis German y Ribon, que demostraba sus ilustrados gustos reuniendo en ella á varios amigos estudiosos con objeto de tratar diversos asuntos literarios. En breve, una asociacion de tan modesto orígen, se trocó en Academia formal y autorizada, por las gestiones que aquél mismo hizo; siendo, al efecto, aprobados su instalacion y estatutos por el Consejo de Castilla; alcanzando tambien, por los buenos oficios de D. Agustin Montiano y Luyando, la ya expresada proteccion del rey. Concedióse asimismo, á este nuevo cuerpo literario, una de las salas del artístico Alcázar sevillano, para que celebrase sus sesiones. Los términos con que se otorgaron algunas de estas distinciones honrosas, demuestran los loables propósitos que en las esferas del poder existian entónces, para pro-

mover y estimular el cultivo de las letras, como medio eficaz y directo para el mayor lustre y renombre de un estado y gloria del que lo rige [1].

Prosiguiendo el tiempo su carrera, habia llegado aquel en que Cárlos III empuñaba el cetro de la nacion. Sabido es que este soberano se mostró cuidadoso de los progresos intelectuales que en la misma se advertian de un modo evidente. Sevilla alcanzó sus beneficios, con otras distinciones encaminadas á favorecer el estudio de las ciencias y la instruccion pública, entre las que debe citarse la fundacion de su *Sociedad Económica*. Ya se comenzaba á vislumbrar un próximo y venturoso cambio para las letras hispalenses.

Por entónces, ocurrió una circunstancia que, coincidiendo con otras tambien favorables, pudo haber influido en anticipar tan fausto suceso. Ejercia el cargo de Asistente de Sevilla D. Pablo de Olavide, varon docto, que á sus no vulgares conocimientos, reunia un carácter activo y un infatigable celo en cuanto tendiese á la propagacion de los ramos del saber, claro indicio de la cultura de los pueblos. Poseia grande aficion á los estudios poéticos; mas faltábale el estro preciso para no parecer, ya que no escaso de elevacion, ménos llano y humilde. Prescindiendo de es-

(1) El Real decreto en que se concede la régia proteccion á esta Academia, expedido en Aranjuez el 18 de Julio de 1752, reproducido con oportunidad en la *Historia general de España* de D. Modesto Lafuente, tomo XIX, es como sigue:

«Siendo tan consecuente á mis deseos de fomentar y proteger cuanto pueda dar aumento al estudio y aplicacion á las letras entre mis súbditos, la buena acogida y aprobacion que han logrado en este Consejo los recursos de diferentes sujetos estudiosos de la ciudad de Sevilla, unidos con el loable fin de establecer en aquella ciudad una Junta ó Academia para el ejercicio y adelantamiento de las Buenas Letras, despachándoles el permiso y aprobacion de estatutos que, para proceder al legítimo establecimiento de la Academia y continuar sus juntas, se requeria; no puedo ménos de manifestar en esta ocasion al Consejo mi gratitud, y lo mucho que en todos tiempos lisonjearán mi ánimo los cuidados y providencias que aplicare su celo á promover semejantes establecimientos, y al del más seguro método para que en mis dominios florezcan cada vez más las ciencias; en cuya conformidad, tomando ahora bajo mi real proteccion la referida y aprobada Academia de Buenas Letras de Sevilla, encargo al Consejo cuide de que sea atendido y mirado este cuerpo con la estimacion que le proporciona mi sombra y patrocinio.—*Al Obispo de Calahorra.*

tas desventajosas cualidades, que no son las que debian influir en los adelantos literarios de la ciudad andaluza, Olavide trabajó sin descanso en mejorar el defectuoso sistema de enseñanza usado á la sazon, para contener los estragos del mal gusto en las artes y las ciencias.

No eran estos los únicos esfuerzos empleados por el digno funcionario público, para remediar un vicio tan grave y trascendental. Porque fueran más poderosos, y tal es la coincidencia á que nos referimos, vino en su ayuda un ilustre personaje destinado á Sevilla con un cargo de distincion en la magistratura, cuyo nombre basta por sí solo para comprender la útil cooperacion que podia prestarle en aquellos nobles propósitos. Era éste D. Gaspar Melchor de Jovellanos. Las notables prendas que le adornaban, le captaron en breve la estimacion de las personas doctas de la ciudad andaluza. Intimó su trato con Olavide, á cuya morada concurria de costumbre, y donde se departia sobre materias útiles para las ciencias y de recreo para el espíritu. Objeto fueron allí las letras de preferente atencion, y la poesía considerada, por tanto, con el buen juicio que era de esperar. Por desgracia, la buena doctrina que dominaba en estas sábias conferencias, no se extendia fuera de aquel círculo; y si se traslucia por acaso, alcanzaba aún las ásperas censuras de la ignorancia. Sin embargo, no habian de tardar en producir su fruto; y aquella reunion de hombres de clara inteligencia, presagiaba la próxima y deseada reaparicion de la musa meridional, noble, ardiente y majestuosa que vagaba en otros tiempos de contino por las amenas orillas del Guadalquivir.

Jovellanos, unido al ilustrado Asistente para cuanto tendiera á los adelantos y prosperidades del pueblo en que era huésped, y al que habia cobrado singular afecto y aficion, trabajó con celoso esmero por mejorar su industria, estimular el estudio y acudir á las necesidades del desvalido. La noble ciudad, objeto de tan generoso interes, jamas olvidó, honrando su memoria, aquellos dignos afanes y justificada predileccion. Bajo un purísimo cielo, y ante tantas bellezas del arte, avivóse la aficion de Jovellanos á los estudios de este género; y no es mucho que á un es-

píritu tan elevado é inteligente, impresionasen de tal modo aquel poético alcázar, debido al genio oriental; aquella grandiosa basílica, alzada por la fe más profunda, y los maravillosos lienzos de Murillo, Zurbarán y otros hábiles maestros de universal renombre. Su corazon de poeta sintió, como era de presumir, el influjo de una atmósfera llena de perfumes é inspiradora del númen. En Sevilla compuso algunas de sus obras líricas y la dramática *El delincuente honrado*, la cual produjo, segun expresa su autor, una disputa literaria, suscitada en cierta academia de aquella ciudad, á principios del año 1773. Cinco años despues, abandonaba un suelo que ya le era tan querido, con expresivas señales de pesar. El ilustre Jovino dirigió entónces á los amigos afectuosos, de quienes se separaba, una sentida *Epístola*, revelando lo costoso que le fué separarse de aquellos lugares.

Vóime de tí alejando y de tu hermosa
Orilla, oh sacro Bétis, que otras veces
En dias ¡ay! más claros y serenos
Eras centro feliz de mis venturas.

. . . .

Mas ¡ay! léjos de tí, Sevilla, léjos
De vosotros, oh amigos, ¿cómo puede
Ser de mi corazon huésped el gozo?

Estos gratos recuerdos vivieron siempre en el sabio magistrado; y más tarde, conceptuábase en solemne ocasion, en uno de sus discursos académicos, feliz porque consagraba á Sevilla y sus generesos hijos, el título de gratitud y alabanza con que de justicia debia corresponder á su inclinacion.

Otro género de recuerdos que unia tambien al justo reconocimiento de que le era deudora, conservó Sevilla á su ilustrado Asistente Olavide. Destituido, encarcelado y en presencia de la Inquisicion el año 1776, por atribuírsele doctrinas extrañas á nuestras creencias, adquiridas en su permanencia en Francia, donde ya se propagaban las filosóficas de cierta índole, vióle aquel pueblo que tantos beneficios le debia por su celosa administracion, terrible y hondamente impresionado, alejarse de su recinto de tan triste manera, y cumplir luégo el fallo imponente y severo de

aquel poderoso Tribunal. Trascurridos algunos años, despues de larga expatriacion, volvió para terminar sus dias á un pueblo de la provincia andaluza, donde alejado del mundo, se consagró al cultivo de la poesía cristiana, con más fervoroso empeño que conveniente inspiracion; ofreciéndose firme en la fe que aseguraba jamas haber perdido. La desaparicion repentina de la ciudad en que ejercia tan señalado cargo, hizo, segun el insigne Lista, que la causa del buen gusto pareciese perdida para siempre.

No sucedió así; un nuevo y despejado horizonte reanimó en breve el espíritu abatido. Hemos llegado por fortuna á los tiempos precursores de la restauracion de las letras sevillanas. Reaccion tan favorable, aunque no iniciada en este suelo, ha de efectuarse sin tardanza, merced á la ilustracion de algunos jóvenes discretos é inclinados á los buenos estudios, y llamados á abrir otra vez las enmohecidas puertas del Parnaso de su patria.

Pero no nos adelantemos en nuestra impaciencia de llegar á un período más lisonjero y digno de la ciudad en que se mecieron las cunas de Herrera y de Rioja, olvidando al fin aquellos tiempos que dan pena y fatiga al ánimo, porque no pueden desecharse un punto de la imaginacion otros dias felices en que el innato sentimiento artístico de los hijos de un suelo privilegiado, se manifestaba con toda su pureza y esplendor.

III.

Método más ordenado en los estudios.—Falta de enseñanza de la amena literatura.—Algunos poetas anteriores á la restauracion de las letras sevillanas.—Trigueros y Vaca de Guzman: su residencia en Sevilla.—La poesía castellana recobra su grandeza.—Poetas notables del último tercio del siglo XVIII.—Influencia de los que forman la Escuela Salmantina, como iniciadora de la restauracion del arte.—Qué es escuela poética.—Existencia innegable de la Sevillana.

Tocábanse las ventajas de las variaciones hechas en los estudios universitarios por la iniciativa de Olavide, cuando éste faltaba ya de la ciudad andaluza. Un método más ámplio y general, estimulaba al conocimiento de ciertas materias científicas, olvidadas hasta entónces, al de las lenguas sábias y de la historia así sagrada como profana. No tuvieron igual suerte los de amena literatura; y prueba este sensible desden á un arte tan útil y lleno de atractivo, la aseveracion de un poeta de la moderna escuela de Sevilla, refiriéndose á la época en que asistia á sus aulas, algo posterior á la que recordamos ahora [1]. Declara éste que hubiera terminado, así como todos sus condiscípulos, los estudios de teología, ignorando que existiese el de la literatura, á no caberle la suerte de conocer á cierta persona instruida que le impuso en los primeros rudimentos de la poesía [2].

[1] Blanco (White), ó D. José María Blanco (1822).

[2] En el año 1797 publicó en Madrid el presbítero D. Cayetano Sixto García un *Plan razonado de estudios de humanidades*, en el cual se refiere á ciertas reglas sobre el mismo asunto, «tratados con la mayor perfeccion y claridad en un discurso impreso en Sevilla el año 1785 por D. Agustin Muñoz de Alvarez, catedrático primero de latinidad en el colegio de San Miguel de la misma ciudad.»

Parécenos oportuno dar á conocer la reseña que aquel ilustrado sacerdote hace

Contaba aquella ciudad con hombres eruditos y de viva imaginacion, así como discretos aficionados que comprendian la utilidad de la propagacion de estos conocimientos; pero tal vez adquiriéndolos sólo para sí, y cada cual bajo un criterio distinto, no se lograba que estos mismos observaran una regla fija y constante.

«No faltaba riqueza de erudicion, dice el docto Lista, tan conocedor de la historia literaria de su país natal, ni faltaban conocimientos: no faltaban vestidos ni adornos; pero se los ponian mal y sin arte; porque eran desconocidos el mérito de la diccion y las gracias del estilo. Ignorábase absolutamente la ciencia de la elocucion. Y por desgracia era más profundamente ignorada esta ciencia en la profesion que más necesita de ella, en la profesion de la poesía, que vive del estilo y del lenguaje.»

Llámala intencionalmente profesion nuestro insigne sevillano, porque tal la hacian, teniéndose por poetas y presumiendo que les era debido tal nombre, los que versificadores tan sólo, y sin conocimientos ni preparacion alguna, se hallaban dispuestos en toda ocasion y por frívolo motivo á dar pruebas de su mayor

sobre el decadente estado en que hasta entónces se habia visto el estudio de la poética en nuestra patria

«Esta notabilísima facultad, dice, sumamente abandonada y deprimida por el predominio y fuerza de preocupacion é ignorancia universal, y en el mismo grado ensalzada y aplaudida desde la resurreccion de las letras y del buen gusto, debe ocupar un lugar muy distinguido en un plan razonado y filosófico, en que se trata de formar el corazon y el entendimiento del hombre. El placer tan racional que inspira y el soberano influjo que tiene en las costumbres públicas y particulares, son dos razones poderosas para fijar seriamente toda nuestra atencion.

»Esta facultad ha corrido hasta aquí una suerte igual y análoga á la retórica. Así como ésta se creia en la cumbre de la perfeccion dentro de la clase destinada á su enseñanza, cuando los jóvenes que estaban ya para terminar su curso poseian sólo unos ligeros principios, y esto con un metodo pésimo y con una aplicacion bárbara; así tambien se daba por un poeta consumado á cualquier estudiante que sabia medir versos, y forjar un dístico latino á fuerza de reglillas, ó con cien tacones é inmenso ripio, sin consultar jamas los mismos modelos que traducia. Lo más ridículo ha sido siempre versificar con furor en latin, al paso que no sabian hacer un verso en castellano.»

A tal extremo habia llegado la falta de buena direccion en la enseñanza de estos amenos estudios.

ó menor facilidad para el caso, viveza de imaginacion ó disposicion instintiva.

No fundamos absolutamente en la sola circunstancia de la falta de preceptos ó determinadas reglas del arte poético, la que entónces se notaba de verdaderos vates, de reconocida espontaneidad é inspiracion natural y propia. El mismo sabio maestro Lista, reconoce en distinto paraje del que ántes citamos, que no puede haber arte sin *preceptos*, ni ciencia sin *principios;* que las reglas no dan genio, pero que el genio puede desempeñarse sin las reglas; recordando, en apoyo de lo conveniente que es adunar ambas cosas, la autoridad de Horacio, á quien es menester recurrir, dice, siempre que se trate de las leyes del buen gusto: *de nada sirve el estudio sin un ingenio copioso y rico, ni el ingenio sin la instruccion.*»

Algunos hijos del pueblo sevillano pudieramos citar á quienes era concedido aquel dictado de poetas en harto benévolo juicio, cuando no con incompetente criterio. No se hallan en este caso todos los que habremos de mencionar ahora, entre los cuales algunos se han distinguido por sus verdaderas dotes de tales, aunque no las hayan utilizado por completo. Por la breve indicacion que de otros hagamos, puede juzgarse el decadente estado de tan bello arte, ántes de reaparecer con su antigua majestad [1].

Un autor anónimo se nos ofrece, sin embargo, hácia el año 1738, que parece poseer algun gusto poético, á juzgar los escasos versos que de él conocemos. Púsolos al final de una obra piadosa publicada en aquella fecha sobre la *Vida de Santa Macrina, Vírgen, Abadesa y hermana de San Basilio el Grande*, escrita por el Padre Béjar [2], y son en alabanza de éste. No escasa la prodiga

(1) Dábase á luz en Sevilla el año 1726 un poema heroico de 1.213 octavas, precedido de varias composiciones laudatorias en prosa y verso, su autor el padre Fray Francisco de Lara, titulado *El Sol Máximo de la Iglesia, San Jerónimo.* Puede ofrecerse esta obra como una muestra del mal gusto y del decadente estado de la poesía en el primer período del pasado siglo.

(2) *Primicia basiliana, vida prodigiosa de Santa Macrina, Vírgen, abadesa, hermana de San Basilio el Grande. Escribióla el R. P. M. D. Francisco de Béjar, lector jubilado en sagrada teología, abad que ha sido de los Colegios de Salamanca y Alcalá,* etc. Madrid, 1738.

á su vez el mismo al poeta, *bien conocido por su ingenio*, monje basiliano, ciego, y organista del Colegio de Sevilla, llamándole con apasionado afecto, manifiesta hipérbole y excesivo alarde de erudicion, «el Homero en la poesía, el Diodoro, Cayo Druso, Gneyo Ausidio, Lippo y Dodimo en todas facultades y ciencias»; manera de elogiar muy propia de aquellos tiempos. La última de las octavas laudatorias de tan recomendado religioso, es como sigue:

> Esto en este volúmen nos describe
> Nuevo Moisés de Basiliana historia,
> Béjar, que siempre desvelado vive
> En reiterar al orbe la memoria
> Del instituto, cuyo honor recibe:
> Y logra en gloria nuestra y en su gloria
> A infinitas fatigas dar escritas
> Dos Vidas de excelencias infinitas.

De los poetas ménos conocidos, es D. Luis Muñoz de Leon y Ocaña, y creemos se ha mencionado por primera vez recientemente como cultivador de la poesía en Sevilla, su patria [1]. Júzgase á éste, no como de los más vulgares de su época, aunque con los defectos comunes en la misma; citándose como suyas varias composiciones líricas, entre ellas una paráfrasis del primer salmo de David, en la que no dejan de advertirse algunos fragmentos estimables, sin embargo de no hallarse exenta de aquéllos. Muñoz y Leon, dado á los asuntos religiosos, habia puesto en verso, en su juventud, varias vidas de santos; y en el año 1771, cuando contaba ochenta y cinco de edad, y ya sometido á las molestias y achaques de la vejez, la que tituló *Rasgo aónio y poema heroico en que se describe la vida de la seráfica vírgen Santa Catalina de Sena*.

Consérvanse, como las del anterior, manuscritas, las *Varias poesías*, de un D. Antonio Crespo y Neve, natural de Sevilla y

[1] En el *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo* XVIII, que precede á los *Poetas líricos* de este mismo período, debido á D. Leopoldo Augusto de Cueto. Este ilustrado escritor debe á su vez al que lo es tan distinguido, don Adolfo de Castro, el conocimiento de tal cultivador del género religioso. El poema que cita y otras obras del mismo de igual índole, se hallan manuscritas en la Biblioteca provincial de Cádiz.

teniente de dragones en Méjico, las cuales llevan la fecha del año 1782 [1]. Tambien adolece este autor de iguales resabios, haciendo evidente, sobre todo, su incorreccion y humilde lenguaje. Algunos de sus sonetos no carecen de espontaneidad.

Citado es por Varflora en sus *Hijos de Sevilla*, como cultivador de la poesía por los mismos tiempos, el beneficiado de la parroquia de San Andres de esta ciudad, D. Donato Arenzana, autor de *El Quijote de los literatos*, en prosa, y de *El Conegicidio*, en verso, como asimismo de los poemas *La caida de Luzbel* y *De la Gracia*, y varias poesías con motivo de la proclamacion del rey Cárlos IV.

Otro presbítero sevillano, D. Francisco Buendía y Ponce, celebró este último suceso con poco afortunado númen, obteniendo, no obstante, injustificados encomios. En igual asunto y con éxito igual, empleó su inspiracion escasa D. Antonio Gonzalez de Leon, quien, segun Lista, así como el médico y poeta D. Antonio Lopez de Palma, nunca salió de la clase de coplero, aunque siempre se conocia la superioridad de ambos sobre los demas que sólo merecian este nombre. El primero, poseia señaladas cualidades para el género lírico, así como el otro manifestaba un carácter especial para la sátira. «Fueron dos grandes talentos, dice, perdidos para la literatura. Leon estaba singularmente infatuado contra el estudio de las humanidades, y no perdia ocasion alguna de ridiculizarlo.» Lopez de Palma, con su natural donaire y buen instinto poético, á haber alcanzado años posteriores á su muerte, ocurrida en 1792, cuando comenzó á tomar otro giro el estudio de las letras, hubiera justificado ciertamente su popularidad. «Sin exageracion, consigna D. Bartolomé José Gallardo, usándola acaso aunque no muy propicio por lo comun para las alabanzas, puede afirmarse que fué el Isla sevillano» [2]. Gonza-

(1) Cítanse en el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Dichas poesías se hallan dedicadas á D. Bernardo Galvez, en ocasion de haber sido hecho teniente general: cuyo retrato, precediendo á las mismas, es obra de Crespo.

(2) Las obras que dieron mayor concepto de poeta satírico á Lopez de Palma, fueron las que tituló *Romance contra los tomistas* y *Pantomimaquia patética ó Títeres fantásticos*.

lez de Leon, con más fundado motivo por ser mayor la elevacion de su ingenio, estaba llamado á conseguir un nombre glorioso á pertenecer igualmente á una época muy cercana á aquella en que floreció. Prueban sus buenas disposiciones para los estudios literarios y su aficion á ellos sus *Reflexiones sobre las obras de ingenio y de elocuencia*, que leyó en la Real Academia de Buenas Letras, á que pertenecia [1].

Algun otro poeta anterior á la regeneracion de la Escuela sevillana, pudiéramos añadir á los ántes citados; pero no perteneciendo á la misma por el carácter de sus obras, habremos de preferir llegar en breve al exámen de los que se encuentran en tal condicion.

No dejaremos de mencionar, sin embargo, á dos autores notables en su época, la segunda mitad del siglo anterior, que figuraron en la ciudad poseedora de una virtud atractiva para el genio, y que parece avivar por lo comun el fuego de la inteligencia á los que hospeda en su recinto. Llamábase el uno, don Cándido María Trigueros, y á pesar de que sus pretensiones eran superiores á su mérito, y que como poeta no alcanzaba el puesto de mayor distincion; no obstante el mal éxito de su empresa aspirando á imitar los clásicos ingenios de nuestro mejor siglo, adoptando supuesto nombre cuando residió en las orillas del Bétis, y este famoso rio le dió en mal hora asunto para uno de sus más débiles poemas, que tituló *La Riada;* su incansable afan por el estudio, su laborioso carácter, su misma fecundidad que produjo no pocas obras, y su pasion por las letras sobre todo, dieron, sin duda, benéficos resultados en las del pueblo hispalense. Era

[1] «Tambien escribió versos festivos, entre ellos, *Romances descriptivos de la vida de Olivares* (Ms.), y obras ligeras para el teatro, como la zarzuela *El hijo de Ulises* (impresa en 1768), y el sainete *El poeta cómico* (1768), sátira contra los vicios del teatro, así de autores como de comediantes; y el *Francés por devocion* (Ms.), sátira contra los jóvenes infatuados con las ideas y costumbres francesas; pensamiento burlesco que más adelante reprodujeron en diferente forma doña Rosa Galvez, en la comedia *Un loco hace ciento*, y Sanchez Barbero, en la sátira *Los viajerillos*.»

D. Leopoldo Augusto de Cueto: *Bosquejo histórico-crítico sobre la poesía castellana en el siglo* XVIII.

el otro que indicamos, D. José María Vaca de Guzman, tal vez hijo de Sevilla, ó á lo ménos morador suyo en sus años juveniles, pues «no le era posible olvidar estos que corrieron en aquella metrópoli española», y donde hubo de ejercer algun cargo en su carrera de la magistratura. Diéronle celebridad sus dos composiciones sobre gloriosos asuntos patrios, galardonadas por la Real Academia Española, épica la una y titulada *Las naves de Cortés*, y la otra *Granada rendida*. No tan feliz en sus demas trabajos poéticos, muéstrase frecuentemente con los resabios de su época, si bien con superioridad y prestigio suficientes para haber señalado sendas ménos tortuosas á los prosaicos y conceptistas versificadores de la ciudad sevillana durante su permanencia en ella.

Habíase verificado, en el último tercio del siglo XVIII, una verdadera revolucion en el gusto poético. Las doctrinas de Luzan, y no su ejemplo como poeta, porque lo era sin elevacion, comenzaban á dar frutos más dignos de estima. Fugaces reflejos de la Escuela francesa, se advertian en algunos poetas de mérito notable que, á su vez, no podian desentenderse del todo del espíritu nacional y que, amalgamando entrambos elementos, daban un carácter extraño á sus producciones, sin marcar un estilo determinado en uno ú otro sentido. Uníase á la influencia preceptista de aquella Escuela, la que en España ejercia la publicacion de las poesías castellanas anteriores al siglo XV, y más aún la de nuestros clásicos del siglo de oro, no en escaso número reunidas por Sedano en *El Parnaso español;* excelentes modelos que habian de modificar necesariamente la tendencia imitadora á aquella literatura extranjera.

Uno de los que, inclinados á ésta, aparece, sin embargo, en la nueva era de nuestra poesía, más español que frances, más espontáneo que seguidor de otro gusto y estilo, es D. Nicolas Fernandez de Moratin. No logra igual triunfo Cadalso, nacido en la comarca andaluza que, proponiéndose lo contrario, imitar al anacreóntico Villegas, se muestra dominado por el espíritu de la nacion vecina. Ofrécese tambien por entónces el agustino Fray Diego Gonzalez, imitador del que lo fué tan docto Luis de Leon, y amigo de Jovellanos y del religioso hijo de Murcia, orador sa-

grado, notable por su ilustracion, y que entónces residia en Sevilla como prior de un convento de aquella órden, Fray Miguel de Miras, con quienes sostenia interesante correspondencia, haciendo gustar en las orillas del Bétis sus notables poesías, que eran admiradas en las del Tórmes, de no tan levantado estro como las de su modelo, y que habian de preceder en aquéllas á otras de ingenios influyentes asimismo en la propagacion del buen gusto. Sobresale en el epigrama, no siempre desprovisto de excesiva malicia y subido color, pero no ménos correcto en el lenguaje como ajeno á toda influencia extraña que el anterior, y perteneciendo asimismo á la Escuela salmantina, el presbítero Iglesias. Individuo de ésta es igualmente el autor de *La Raquel,* D. Vicente García de la Huerta, con razon más celebrado como poeta escénico que como lírico, y siempre digno de mencion por su laudable afan de extender la aficion y el conocimiento de los buenos estudios literarios. Sonaban ya á la sazon los nombres de Samaniego y de Iriarte, no superiores en mérito á los ántes nombrados, pero de igual suerte conocidos por la popularidad que sus fábulas alcanzaron. Distinguíanse á la vez, el citado Jovellanos; y con bastante, aunque no con tanto motivo, otros varios que honraban ya á porfía la regenerada musa española.

Pero aún no hemos nombrado al que verdaderamente habia de adornarla, ántes de terminar el siglo, con sus galas más bellas, obteniendo el glorioso título de restaurador de la poesía castellana. Superior fué en mérito á los que citamos Meléndez Valdés: túvolo indisputable al marcar un nuevo carácter al arte poético, por su esmerada correccion, fácil estilo y otras circunstancias en él más definidas. Conservando siempre la pureza del idioma patrio, siempre verdadero poeta, no tan feliz en sus composiciones eróticas que en las de otros géneros, y alguna vez, aunque sin conseguir del todo sus aspiraciones, imitador de los grandes ingenios de la Escuela sevillana, el *divino* Herrera y el filosófico Rioja, muéstrase el insigne Batilo á los ojos de sus contemporáneos como el que abrió entónces definitivamente las verdaderas sendas del arte.

La agrupacion de poetas del pasado siglo, entre los que des-

cuella Meléndez, y la forman Moratin, el religioso Gonzalez, Iglesias, Cadalso y algun otro, y á que se da el nombre de Escuela salmantina, no con la mayor exactitud, por diferir estos mismos entre sí por sus géneros y manera de cultivarlos, influyó evidentemente en la resurreccion de la sevillana. No en vano se da á ésta tal nombre: así como la antigua conserva su mismo gusto y revela una tendencia igual en las producciones de sus vates; heredera es la de los tiempos modernos, como hemos de observar en el exámen de sus seguidores, de aquellos mismos propósitos. Cupo la gloria de iniciar y llevar á cabo la trasformacion literaria, tan precisa para el honor de las letras castellanas, á la ciudad tan célebre de antiguo por su saber é ilustracion. Aquella influencia ejercida por los vates salmantinos en los sevillanos, es reconocida por los mismos que á su vez fueron restauradores en el pueblo andaluz de su antiguo Parnaso.

Lugar adecuado es éste para consignar, permitiéndonos una digresion que no es inoportuna en nuestro concepto, el modo de apreciar el dictado de *escuela* con aplicacion á la poesía. La definicion de esta palabra, segun un distinguido crítico [1], es «una congregacion de hombres que, si difieren, como es forzoso que suceda, en calidades intelectuales, tienen una doctrina comun para guía de sus trabajos, y para regla en el juicio de los ajenos, y hasta cierta uniformidad de estilo.»

Considerada la designacion de escuela bajo este acertado punto de vista, y no como la expresion del exclusivismo de determinada localidad donde una congregacion literaria funda vanamente su orgullo en el carácter semejante que pueden ofrecer los que en ellas se distingan cultivando la poesía, y que rechaza con intransigencia todo lo que no se avenga á un sistema fijo y limitado; aceptables son en nuestro juicio estas divisiones que no perjudican á los vuelos de la imaginacion, siempre que los afiliados á la misma no se avasallen á tiránicas reglas, contrarias al buen gusto, ó pierdan su espontaneidad, bien amanerándose por

(1) D. Antonio Alcalá Galiano.

imitar, bien ajustándose de una manera inoportuna á convencionales formas.

Un ilustrado escritor de nuestros tiempos, de muy justificada competencia en los estudios críticos, reconoce en los términos siguientes las indisputables ventajas que á veces proporciona el cultivo de las llamadas Escuelas poéticas, y en especial las andaluzas, sin embargo de no mostrarse muy afecto á las mismas [1].

«El freno que pone á los extravíos del gusto esa especie de disciplina doctrinal, inherente á lo que en Salamanca, en Sevilla y en Córdoba se ha llamado *escuela*, tiene inconvenientes sin duda; pero estos inconvenientes encuentran su compensacion en el cuidado con que cultivan sus poetas ciertas brillantes prendas de entonacion y de forma, que son galas con que la musa bética reviste y adorna su gracia y su belleza.»

Innegable es, que se han formado escuelas literarias así en los tiempos antiguos como en los modernos, y de poesía especialmente, de igual modo que las del arte pictórico. En vano se ha pretendido negar que existiese la que en un siglo afortunado se fundó en Sevilla y ha sido despues con nobles esfuerzos restaurada. La unidad de miras de un centro ó colectividad que rinde culto al arte, ofreciéndose con iguales aspiraciones y dotes parecidas, con el fin de engrandecerlo; ya tomando por su más preferente propósito la correccion y pureza del lenguaje poético, ya imprimiéndole un tono digno, sonoro y majestuoso, y conservando siempre un estilo conveniente y en armonía con el buen gusto y la originalidad, constituyen los más esenciales rasgos de la Escuela sevillana. El espíritu dominante de ésta es, en resúmen, adunar la más correcta elocucion, el mayor lirismo inspirado por las especiales condiciones de carácter y sentimientos, ó la influencia del ardiente clima meridional, con la belleza y el genio. ¿Quién puede negar tan valiosas dotes á los antiguos poetas hispalenses? Si los de la edad moderna las han reunido con igual grado de perfeccion; si han sido acertados en sus imitaciones, en breve habremos de juzgarlo; no siendo este paraje á propósito para antici-

(1) D. Leopoldo Augusto de Cueto. Prólogo á las poesías del Marqués de Cabriñana.

par nuestras modestas observaciones; pero nada aventuramos en asegurar, porque sabido es de todos, que la Escuela regenerada en nada desdice del esplendor que supieron darle aquellos cisnes del Bétis. Y no se juzgue que tan sólo la imitacion de los buenos modelos hispalenses, es lo que imprime el carácter de Escuela á las producciones del vate nacido en aquel suelo: acaso no sea infundado suponer que aunque éste no se proponga imitar, áun sin el estudio de aquellos maestros, ha de ofrecerlas con ciertos rasgos característicos y armónicos, cierto sabor especial, debidos á la inspiracion espontánea, á las impresiones comunes que reciben aunque difieran en el modo de expresarlas, bajo el cielo que se extiende sobre su comarca risueña y hermosa, y que le prestan unidad evidente y cualidades propias y distintivas.

Nada más inútil y perjudicial, en nuestro sentir, que esas rivalidades de escuela que han existido, y que ninguna ventaja reportan. La tolerancia es en provecho del arte. Pueden ofrecerse distintos caractéres con diversidad de formas en la expresion del pensamiento, y de vario modo las manifestaciones del genio, atento á ciertas reglas no muy restrictivas, aunque sí determinadas, que son las que distinguen una escuela de otra; pero no con un apasionado é injusto exclusivismo que impida, por intransigencia, adoptar cualidades dignas de estimacion que sobresalgan en los que observan diferente sistema. Recordamos una máxima del maestro Lista, á quien nos complacemos en citar, no sólo por su doctrina sana y excelente, sino, y más en esta ocasion, por pertenecer á la Escuela de Herrera y de Rioja; máxima nada exclusivista, que debe sobresalir en todas y observar todo cultivador de las musas, tenga ó no un estilo determinado, pertenezca ó no á una agrupacion distinta. «La belleza, la verdad, dice, sin la cual no hay belleza; la claridad, la unidad de plan, hé aquí la única, la verdadera escuela en que se han formado todos los poetas que han adquirido fama eterna entre los hombres.»

Veamos ahora cómo despierta, á los armoniosos cantos de los vates de Salamanca, y en especial al del insigne Batilo, la antigua musa hispalense.

IV.

Academia Horaciana.—Su efímera existencia.—Fórmase la *Academia particular de letras humanas.*—Su objeto.—Sus trabajos.—Contrariedades con que lucha.—Sus individuos más notables.—Forner.—Dale éste mayor prestigio.—*Poesías de una Academia de Letras humanas de Sevilla.*—Vindicacion de ésta por el presbítero Vacquer.—Reaparece la Escuela poética sevillana.—Es censurada por algunos.

Malogrado fué el laudable propósito de dos jóvenes de buen sentido, pero inexpertos aún por sus pocos años, de corregir en algun modo los extravíos del gusto que tanto se propagaban en Sevilla, estableciendo una Academia llamada *Horaciana*. Como este título indica, proponíanse aquéllos que el gran poeta, honor del Lacio, fuese su guía y modelo, difundiendo sus preceptos y estudiando sus obras. Esta útil y provechosa tarea no alcanzaba á remediar un vicio harto dominante, reduciéndose á tan limitados fines. Ademas, tampoco los nombres de Arjona y Matute, despues tan distinguidos y respetados como llegó á ser justo, gozaban entónces de todo el prestigio suficiente para llevar á cabo tan difícil empresa. Efímera fué la vida de aquella débil asociacion; pero sería falta de equidad no reconocer el honroso deseo, la noble audacia de entrambos resueltos campeones que tomaron la iniciativa para combatir tan rebeldes enemigos.

Con distinta suerte y mejores auspicios, se formó despues otra muy bien pensada sociedad, que tuvo por nombre *Academia particular de letras humanas*, y fué de importancia innegable en la historia de las letras hispalenses. Modestos fueron sus principios: componíase entónces de algunos jóvenes escolares que cursaban los estudios de teología, é hicieron en aquélla el de otras ciencias objeto de sus disertaciones; pero siempre mirando con predi-

leccion las de poesía y oratoria. El conocimiento de la lengua latina, el de los clásicos de la antigüedad y de nuestro siglo de oro, ya propagados en parte, como dejamos dicho, por la publicacion del *Parnaso español* de Sedano; así como el de los preceptos de la *Poética* de Luzan; la lectura de las producciones poéticas de Melendez, y sobre todo el constante y detenido estudio del idioma patrio, con otros no ménos fructuosos, fueron los asuntos sobre que versaban sus conferencias. Dábanse á conocer en este palenque literario, obras que eran censuradas y discutidas, y en él se verificaban certámenes donde hallaba el mérito su galardon. Al mismo tiempo, se explicaban lecciones de retórica y poética; no olvidando la lectura de los autores clásicos [1].

Ciertamente que el plan de estos trabajos se hallaba bien concebido. *Para ser poeta no es suficiente el buen gusto sin el genio.* Tal fué el principio adoptado para hacer enmudecer al sinnúmero de pedantes versificadores desprovistos de una y otra cualidad. El objeto preferente de esta Academia era, pues, *propagar el buen gusto y los verdaderos principios literarios.*

Habian de tener natural preferencia de tan entendidos jóvenes, en el estudio de nuestros antiguos poetas, aquellos que no sólo por ser gloria de su suelo natal, sino por sus altas y reconocidas prendas, al genio concedidas; por el colorido, novedad y perfeccion que lograron dar al lenguaje poético, tan dignos eran de ser adoptados como sus modelos. Fuéronlo, en efecto, Herrera, Rioja y algunos otros adalides de la genuina Escuela sevillana. Aspiraron á restaurarla en los modernos tiempos con su antiguo esplendor, poseidos de noble entusiasmo y perseverancia, y sin desalentarse ante la intransigencia poco fundada de los que la hicieron blanco de sus censuras, influidos por sistemáticas prevenciones de escuela ó por sus distintos gustos, más ó ménos capaces de constituirse en jueces, pues algunos de

(1) *La Academia particular de letras humanas* se estableció primero en la Biblioteca pública de San Acacio; despues celebró sus reuniones en las casas de don Francisco Toledano y D. José María Blanco, uno de sus más distinguidos individuos: en su época más próspera, se trasladó al Colegio mayor de Santa María de Jesus. Fué elegido por su patrono San Juan Crisóstomo.

los que se distinguieron en tal desafecto, no lo eran vulgares.

La historia de este modesto instituto, las vicisitudes por que pasó durante su existencia, desde el año 1793 al 1801, hállanse prolijamente referidas por uno de sus individuos más celosos, gloria despues de la patria, D. Alberto Lista [1]; y en cierta vindicacion de la misma academia, debida á otro de los que á ella pertenecieron y escrita en su período más próspero.

Eficaz y poderoso medio fué siempre esta clase de asociaciones de personas instruidas y deseosas de ampliar sus conocimientos, despertando á la vez una noble emulacion, para propagar las buenas doctrinas literarias ó hacer gala, en leal competencia, de su saber y su ingenio. Desde tiempos muy anteriores habian existido en nuestra nacion numerosas academias, ya con carácter público, ya privado, en que se cultivaban los buenos estudios, y especialmente la poesía, promoviendo notables justas ó certámenes: en la ocasion presente, natural es el recuerdo de aquella célebre del docto maestro Malara, concurrida de los más ilustres ingenios de Sevilla; y entre otras, por su mayor renombre, la del artista Pacheco, frecuentada por tantas eminencias en el saber, y sobre todo por los inspirados vates de la Escuela hispalense, á que él mismo pertenecia, y de otros claros varones, huéspedes de aquel suelo, entre los cuales se contaba el inmortal Cervántes.

El mismo espíritu que animaba á aquellos cultivadores de las musas, versados en los clásicos de la antigüedad, y cuyo buen gusto y levantado númen tanto les enaltece, reunidos en el taller del pintor poeta; se advierte en la moderna academia, no engreida, pero llena sí del ambicioso anhelo de renovar á la ilustrada Híspalis las glorias de una época tan venturosa como entónces olvidada.

En verdad, que necesarios eran toda la fe, entusiasmo y amor á los estudios de que se hallaban poseidos sus animosos fundadores, para no desmayar en su empresa desde sus primeros pasos. Otros escolares que tenian la mala ventura de no poseer las mismos dotes de inteligencia, veian con sañosa envidia, dominados

[1] *De la moderna Escuela sevillana en literatura.* Publicóse este interesante trabajo en la *Revista de Madrid,* tomo I (1838).

por las ideas repulsivas y chavacanas del mal gusto dominante, y no tan fáciles de desvanecer en breve período, los afanes de sus compañeros, prodigándoles de un modo incivil sus mortificantes burlas y denuestos. Generalizada esta absurda prevencion entre aquellas gentes vulgares y de estragadas aficiones que no transigian con reforma alguna que los desviase de sus extravíos; triunfo notabilísimo fué de la firmeza de principios y la constancia de aquellos perseverantes campeones, el vencer por completo con su buena doctrina á tan procaces adversarios.

No tardaron mucho en cooperar con sus esfuerzos á tan laudables fines, formando parte de esta academia, otras personas más caracterizadas entónces en la sociedad sevillana. Unidos sonaron, pues, los nombres de Arjona, Lista, Reinoso, Roldan, Blanco, Lopez de Castro, Nuñez, Mármol, Vacquer, Sotelo, Key, Vadillo, Lopez Cepero, Matute, Alvarez Santullano y otros varios, poetas la mayor parte, y casi todos designados por la suerte, en recompensa de su capacidad y méritos, para alcanzar en un dia distinguidos puestos en la pública enseñanza, alta posicion en las carreras del Estado, y un honroso lugar en la Academia de Buenas Letras, donde habian de señalarse y continuar siendo útiles y aumentando el brillo de las letras patrias.

Justa mencion merece en este lugar, un jóven malogrado que formó parte de esta academia en sus principios, y que falleció «en medio de las esperanzas que daba á la misma por la dulzura de su númen,» segun consigna el docto y buen poeta antequerano D. Juan María Capitan. Llamábase Pastoriza aquel á quien la muerte arrebató en sus más floridos años, y obtuvo un recuerdo honroso del expresado Capitan en los versos siguientes [1]:

Sostiene Anfriso la naciente liza
Con el culto Fileno y dulce Albino;
Porque tú, delicado Pastoriza,
Sucumbes al rigor de tu destino,
Como al cierzo tirano de las rosas,
El boton más fragante y peregrino.

[1] «Corona poética dedicada por la Academia de Buenas Letras sevillana á don Alberto Lista.» Sevilla, 1849.

Uno de los hombres de ciencia que más lustre y prestigio dió al naciente y combatido instituto, fué sin duda D. Juan Pablo Forner, fiscal del crímen entónces de la Audiencia de Sevilla. El merecido concepto que en esta ciudad alcanzaba por su ilustracion y virtudes, le atrajo la general estimacion, y especialmente la de aquellos jóvenes amantes del estudio y de la poesía, que se apresuraban á escuchar sus consejos. Todas las academias é institutos sevillanos le hicieron individuo suyo, sin que lo pretendiese, y la de *Letras humanas* le confió el cargo de *juez* de sus certámenes. Pudiérase entónces aplicar á Forner, dice uno de los que fueron individuos de esta modesta sociedad y despues notable jurisconsulto [1], lo que en otros tiempos habia dicho Plinio del emperador Trajano: «No fueron tus votos, sino los ajenos, los que te condecoraron con honores y títulos gloriosos; no la ambicion, sino tu filosofía; no tu privada utilidad, sino la utilidad comun de los mismos que te ensalzaron.»

No es este el lugar oportuno para reseñar los públicos beneficios que debió la ciudad andaluza á los desvelos de varon tan digno que, con su afecto y gratitud, tan bien supo corresponder á distinciones tan honrosas. Innegable fué la influencia que ejerció, con su ejemplo y doctrina, en mejorar el gusto literario en aquélla; contribuyendo con su auxilio poderoso, al éxito alcanzado, en su atrevido deseo, por los fundadores de la academia á que nos referimos. Su presencia en ella alejó á la petulante turba que la combatia y denostaba; pero ausente de aquel suelo, de nuevo comenzaron á agitarse las mezquinas pasiones y á ensañarse en su contra con tanta mayor malignidad, cuanto más evidentes eran sus progresos y el prestigio que adquiria.

Empleóse, pues, la detraccion para este ruin propósito. Cierto *literato sevillano*, tal nombre se daba, bajo el seudónimo de *Myias Sobeo*, dió á luz un folleto, en forma de carta familiar dirigida á *Rosauro de Safo*, donde se satirizaba áspera y descortesmente á la Academia, fundado, á lo que parece, en que uno de sus individuos era autor de un escrito que tenia por objeto impug-

[1] D. Joaquin María Sotelo, Colegial del Mayor de Santa María de Sevilla, *Elogio del Sr. D. Juan Pablo Forner* (1797).

narle, titulado *Loa restituida á su primitivo sér*. El presbítero don Eduardo Adrian Vacquer, que pertenecia á la misma asociacion, y segun Lista, «jóven apreciable á quien arrebató la muerte cuando se esperaban de él los frutos debidos á su aplicacion y talento,» publicó con este motivo una Apología de aquélla, precediendo á algunos trabajos poéticos de los leidos en la misma por tres de sus más notables sostenedores, el expresado Lista, Reinoso y Blanco, como comprobacion del digno culto que se daba en ella á las musas, entre otros ramos del saber [1].

Vacquer, en su razonada defensa, destruye con mesura y sin punzante acritud los argumentos que el encubierto adversario emplea en su ataque brusco y descompuesto.

«La Academia, dice, que conoce la naturaleza misma de sus ejercicios y tareas, está convencida de que su instituto, léjos de ser inútil y vituperable, debe entrar en el número de aquellos establecimientos conducentes á restablecer el buen gusto y literatura de una nacion. Sabe la Academia que áun cuando sus frutos se limitaran únicamente á inspirar amor al estudio de las humanidades, esto sólo bastaria para reputarla por una junta útil y laudable. Es más apreciable de lo que vulgarmente se cree la profesion de humanista, y sólo las falsas ideas de los que se tienen por *literatos*, y el mal gusto con que se han enseñado hasta ahora las ciencias, pudieran haber hecho ménos válido el estudio á las Letras humanas..... Sólo la aficion á las Bellas Letras, que ha extendido sin duda alguna la Academia entre los estudiosos de las ciencias, es un fruto que la recomendará eternamente para los que saben el arte de pensar y no conocen el de maldecir.»

Olvida, ciertamente, el agresivo impugnador, quiénes consi-

(1) *Poesías de una Academia de Letras humanas de Sevilla*. Antecede una vindicacion de aquella junta, escrita por su individuo D. Eduardo Adrian Vacquer, presbítero, contra los insultos de un impreso con el título de Carta familiar de don Miyas Sobeo á D. Rosauro de Safo. Sevilla, 1797.

El autor de este escrito, oculto bajo aquel nombre de *Miyas de Sobeo*, fué, á lo que parece, un preceptor de latinidad, D. José Alvarez Caballero, sobrino del que tambien lo era del mismo idioma y del griego, ya citado anteriormente, D. Agustin Muñoz Alvarez, varon dignísimo y reputado por su ingenio y buena doctrina.

guieron tal triunfo. Con razon expresa el mismo apologista: «Unos jóvenes que, sobreponiéndose á las preocupaciones vulgares, se han unido privadamente para formar un asilo de enseñanza de humanidades, descuidada en esta ciudad, merecen el auxilio de los sabios y el aprecio de cualquier buen ciudadano.»

La coleccion de poesías que ofrece la Academia en prueba de una parte de los frutos debidos al cultivo dado por ella á aquel arte, por ser éste, referido á la misma, el satirizado por el anónimo detractor, va recomendado por Vacquer, quien la considera con justicia de muy diverso gusto á aquel corrompido y vulgar que tanto se extendia y dominaba en las obras de esta clase.

Más adelante tendremos ocasion de apreciar su mérito no escaso, dada la juventud de sus autores: sólo consignaremos ahora que «produjo, palabras son de Lista, un excelente efecto en la clase ilustrada de la sociedad, porque fué la primera desde el siglo de Rioja, en que se habia elevado el tono de la buena poesía.»

Hé aquí, pues, los primeros destellos de luz de la antigua musa que regresaba, despues de larga ausencia, radiante y rejuvenecida, á aquel hermoso suelo donde alcanzó tan honrosos y legítimos triunfos.

Reasume el sabio maestro á quien acabamos de citar, como el más entendido apreciador de los excelentes resultados que dieron los afanes de aquellos que con él emprendieron tan gloriosa campaña, en los términos siguientes, las ventajas obtenidas.

«Hízose una verdadera revolucion en el gusto y en las ideas de la sociedad culta de Sevilla acerca de las Bellas Letras. Los que las cultivaban aceptaron el sistema que les presentó la Academia. Los que sentian en su pecho la llama y aspiraban al lauro de la poesía, imitaron el tono, la armonía y el giro de las de la coleccion [1]. A los ridículos villancicos y á las detestables décimas, sucedieron composiciones dignas del templo donde se cantaban, ó de los objetos sagrados á que se dedicaban. A las *aleluyas* de las profesiones religiosas, sucedieron odas llenas de dignidad, de fuego y de entusiasmo. En las corporaciones donde, como en la

[1] La publicada por Vacquer.

Sociedad de Amigos del País, era costumbre leer composiciones poéticas en las juntas públicas, en vez de rapsodias prosaicas ó desmayadas, se presentaron verdaderos cantos; y Sevilla tuvo la felicidad de volver á ser la patria de Herrera y de Rioja, merced á la propagacion del buen gusto, procurada y conseguida por la Academia.»

No dominaba en aquel modesto centro, que realizó tan preciadas conquistas, un censurable exclusivismo de Escuela. Natural predileccion habia de mostrar por los ingenios sevillanos del siglo XVI, modelos de la suya, porque *su elocucion era más correcta, más severa y sobre todo más lírica;* pero no dejaba, al mismo tiempo que seguia el estilo de Herrera, Arguijo, Medrano, Rioja, Quirós y Jáuregui, de estudiar á Garcilaso, Luis de Leon, los hermanos Argensolas, Lope de Vega y Góngora en algunas de sus composiciones; así como de imitar el espíritu de la Escuela Salmantina y la de la córte, especialmente el de la primera de ambas, á la cual se debe el haber iniciado la restauracion de nuestras letras en el siglo XVIII. No influyó ménos en los progresos de la moderna poesía sevillana, la publicacion que entónces se hacia de las obras de Melendez, Quintana y Cienfuegos, y la de algunas escénicas de D. Leandro Fernandez de Moratin, restaurador á su vez del arte dramático, no ménos degradado y pervertido en el siglo anterior, que habia llegado á ser el género lírico.

Aquella reunion de jóvenes de corazon ardiente y entusiasta que «respiraban la atmósfera de la *belleza ideal* que conocian por los modelos que procuraban reproducir en sus cantos,» terminó su existencia cuando la edad de oro de la vida pasó para los mismos que la componian y cada cual fué, llevado de la vária suerte, por separadas sendas. «Murió, pero murió como cae la flor, dejando el fruto que la sobrevive.» Así exclama el expresado historiador de sus glorias, conmovido al recuerdo de una época tan feliz para él.

No es aquí donde debemos tratar de las censuras de que fueron objeto la moderna Escuela poética sevillana en general, y en particular los que más contribuyeron á su regeneracion en la Aca-

demia de Letras humanas. Cuando hayamos examinado las obras de éstos y las de sus seguidores, y apreciado las cualidades que las distinguen y caracterizan, alentados por el buen deseo, ya que no por la esperanza de acierto, habrán de ser más oportunas las observaciones que sobre aquellos juicios nos inspire nuestro leal sentir. Algunos de los críticos desafectos de la expresada Escuela, merecen alto respeto por su saber y la autoridad de su nombre. Verdad es, que algunos de ellos pertenecian al período en que solian ser más apasionadas las luchas literarias de Escuela, por fortuna olvidadas en nuestros dias; y no era fácil entónces despojarse de ciertas prevenciones, á veces sistemáticas, que influian notablemente en la mayor ó menor hostilidad en que se consideraban determinados principios ó doctrinas. El gusto literario, ademas, es tambien variable, si no en su esencia, en la forma de sus manifestaciones; entendiéndose que no han de faltar en todo caso á las obras del ingenio, la belleza y correccion precisa, sin lo cual no merecen ser estimadas.

Aplazando, pues, para otro paraje más conveniente nuestras consideraciones sobre la vária apreciacion de la manera con que se cultivó de nuevo la poesía en la ciudad andaluza, vamos á examinar con la detencion posible, dadas las condiciones del presente estudio, las obras de los primeros poetas de la Escuela regenerada, señalando lugar preferente á éstos entre sí, por su mayor importancia, sin faltar por esto del todo al órden cronológico que procuraremos observar al mismo tiempo; lo cual no es difícil por ser aquéllos unos de otros contemporáneos.

V.

Poetas de la moderna Escuela sevillana.—D. Manuel María de Arjona.—Breve noticia biográfica.—Exámen de sus obras poéticas.

No es nuestro intento formar una biografía completa y detenida de aquellos poetas cuyas obras nos proponemos examinar; pero sí, con la brevedad posible, daremos ligera noticia de la época en que los que hemos de conocer florecian dando honra á su patria, así como de las vicisitudes por que pasaron en la vida. Indudable es la influencia que ejercen en el genio la índole de los estudios y las habituales ocupaciones del hombre.

Objeto de exclusivo y extenso trabajo, es la existencia pública de D. Manuel María de Arjona. Este distinguido eclesiástico nació en la villa de Osuna el 12 de Junio de 1771. La llama que habia de animar su inteligencia fué perezosa en mostrarse: comenzó, pues, algo tarde los estudios de filosofía; siguiendo despues hasta obtener el doctorado los del derecho civil y canónico en la universidad de Sevilla.

Señalado queda ya de qué suerte partió de Arjona y otro jóven distinguido la iniciativa para propagar en la ciudad andaluza los èstudios poéticos, así como que, siendo ineficaces los esfuerzos de ambos, hubieron de asociarse á otra Academia que contaba con mayores elementos para su propósito. No nos detendremos, pues, en este punto; pero sí expresaremos que, refiriéndose á aquella época, el sabio Lista le consideraba «hombre de extraordinario talento, á quien eran familiares todas las formas de la buena poesía, y dotado de inteligencia y facilidad para los estudios de humanidades y erudicion.» Colegial del Mayor de Se-

villa era ya cuando ingresó en la Academia de Letras humanas, contribuyendo con sus trabajos, en no poca parte, al buen nombre que llegó á adquirir tan provechosa asociacion.

Arjona desempeñó el cargo de Rector del Colegio de Santa María de Jesus, y por este tiempo uníale afectuosa amistad con hombres tan distinguidos como aquellos á quienes se daba el poético nombre de Mirtilo y Norferio (Navarrete y Forner), y con otros, hijos de Sevilla, que llegaron á alcanzar un nombre envidiable en las letras. Cuando sólo contaba veinte años, era doctoral de la Capilla Real de San Fernando en la basílica hispalense. Despues de un viaje á Roma, que hizo acompañando al arzobispo de su diócesis, residió otra vez en Sevilla, desde su regreso, hasta el año 1801, en que concurrió en Córdoba á la oposicion de la canongía penitenciaria, que obtuvo, dando á conocer su instruccion y extraordinaria capacidad en brillantes ejercicios. Desde 1808 comienza un período de continuados azares en la existencia de nuestro sabio sacerdote, producidos por los públicos acontecimientos que agitaron algun tiempo á la nacion española. No hace á nuestro propósito referir los sobresaltos y amargos padecimientos por que pasó en esta época turbulenta el célebre penitenciario. Encarcelado, tuvo su espíritu sujeto á aflictivas pruebas; sintiendo los efectos de las pasiones, por lo comun tan ciegas y desatentadas, de los que viven en una atmósfera rara vez tranquila y nunca sana y apacible del todo. El resto de la existencia de Arjona fué, pues, con breves períodos de tregua, azaroso y agitado; mas no dejó en ellos de cultivar el estudio y enriquecer con nuevos escritos el repertorio no escaso de sus obras literarias de diversa índole. Por último; hallándose en la córte, se vió acometido de la enfermedad que lo llevó al sepulcro el dia 25 de Julio de 1820, cuando eran de esperar nuevos y sazonados frutos de su inteligencia privilegiada. De ameno y expresivo trato, pródigo con el infortunio, dió pruebas de su piedad no comun en las calamidades públicas que presenció en diversas ocasiones; siendo de las más notables las que evidenciaron su caridad, cuando una terrible epidemia tendió sus negras alas sobre Sevilla, el primer año del presente siglo.

Jamas desmayó en su decidida aficion á las letras: aquel espíritu de asociacion de los hombres dados á su cultivo, que fué desde su juventud objeto de su preferente cuidado, sintiólo tambien en Córdoba, donde fundó la Academia de Ciencias, bellas letras y nobles artes, y convirtió su misma morada en templo donde se rendia culto al saber. No es posible que enumeremos, sin detenernos demasiado, todas las obras que produjo su elegante y correcta pluma como teólogo, jurista, humanista, filósofo y excelente conocedor de las lenguas sábias y algunas extranjeras; pero sí lo haremos de las que son debidas á su lozana musa, no conocidas la mayor parte hasta hace muy poco tiempo. Cábenos la suerte de hallarlas para nuestro exámen, coleccionadas en gran número, merced á la diligencia y al esmerado y concienzudo trabajo de un literato distinguido [1].

Arjona se inspiró en la poesía sagrada, género que era natural prefiriesen los primeros académicos de la de *letras humanas*, todos ellos consagrados al sacerdocio. Dedicóse á un asunto tambien tratado por Lista, acaso en una misma ocasion, cuando en sus justas poéticas competian en ingenio gallarda y discretamente. Nos referimos á su cancion dedicada *A la Natividad de Nuestra Señora*. Véase de qué manera demanda en ella la inspiracion:

No tu númen imploro,
Moradora profana de Helicona,
La que en celeste coro
Ciñe de estrellas inmortal corona,
Amorosa ya inspira
Divino fuego á mi templada lira.

Ofreciendo despues la que en el mundo ha de cumplir tan altísimo destino, exclama:

Ved, mortales, la aurora
De ventura y salud, que sin mancilla
Nace ya, precursora
Del sol divino: como al Indo brilla.

(1) Hállanse reunidas las poesías de Arjona, en el tomo II de los *Poetas del siglo* XVIII (*Biblioteca de Autores españoles*), 1871. Coleccion formada é ilustrada por el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, de la Academia Española.

Tierna luz, centellea
En las floridas cumbres de Judea.

. . . .

Tal os nace gloriosa
La que el excelso formador del cielo
Escogió por esposa
Cuando bordaba el estrellado velo,
Y en eterna armonía
La fábrica del orbe disponia.
Cuando al sol adornaba
Los vivíficos rayos, y el lindero
Su diestra señalaba
A las hinchadas olas del mar fiero,
Ya su présaga mente
En ella se gozaba dulcemente.

Bastan las anteriores estrofas para juzgar del estilo de Arjona en el género que exige majestuosa entonacion, y de qué modo usaba una diccion pura y correcta en el lenguaje poético.

Quizas con el mismo fin ántes expresado, hizo tambien nuestro ingenio su oda *A la Inmaculada Concepcion*, en concurrencia con las de Blanco y Lista, como asunto predilecto de los vates que residian en una ciudad donde tan ferviente culto se ha rendido siempre á la Madre de Dios en misterio tan sublime: versificada con ménos facilidad que la anterior, se hallan en ella sobrados recuerdos mitológicos, que la privan un tanto del carácter conveniente y que deben ofrecer las obras de esta clase. Abundan en la misma, poéticas imágenes y levantados pensamientos.

Más vigorosa entonacion conserva su oda *Al pueblo hebreo en la Ascension del Señor*, en la que se advierte el sabor de la escuela que imita.

Levanta hácia los cielos la doliente,
Mas otro tiempo vista bienhadada,
¡Oh reina del Oriente!
Mira la esfera arder iluminada
Al resplandor de majestad que espira
El rostro de tu Rey bañado en ira.

Esta cancion es sin duda una de las primeras inspiraciones de Arjona, no corregidas más tarde; puesto que, á haberlo sido,

no dejara su autor que se notasen tan próximos algunos asonantes y áun consonantes que producen mal efecto, así como los dos últimos versos agudos que tanto desdicen en composiciones de su especie.

Sin lunares de este género, admírase la oda *A la muerte de San Fernando*, el piadoso y esforzado caudillo de la fe, conquistador de la sultana del Bétis, de aquel á quien la religion concede altares, y dice el poeta:

> ¡Númen mortal! El orbe se prosterna
> A tu luz eclipsado;
> Pero tú adoras la virtud eterna
> Al verte así adorado.

Puede considerarse como poesía religiosa, por su especial carácter, la dedicada á D. Antonio Despuig, con motivo de su exaltacion á la santa iglesia metropolitana de Sevilla; extensa oda que fué impresa el año 1796. Resalta en ella, sobre todo, la erudicion histórico-cristiana de su autor; evidenciando desde luégo ser una obra meditada, y concluida con singular esmero. ¡Con qué feliz expresion manifiesta al digno prelado sus deseos, ufanándose de las glorias del pueblo en que reside, el jóven alumno de las musas!

> El Tibre
> Mire á tu Bétis trasladar su gloria;
> Vuele el ingenio por tu mano libre,
> Y de Híspalis renazca la memoria.

Tierno y afectuoso es nuestro vate en algunas de sus cantinelas de índole piadosa y en otras ligeras composiciones que lo son asimismo, como un himno *A la Vírgen María*, y la que titula *A Jesus*. En esta última muéstrase fácil, abundante, y en su mística elocuencia, con las aspiraciones de un alma exaltada por el amor divino.

La obra más inspirada del elegante Arjonio, es aquella en que enardecido por el santo fuego del amor patrio, recuerda las asombrosas luchas de cien generaciones de héroes en el caro suelo en que recibió el sér, para mover á entusiasmo y despertar el espí-



ritu adormido de los que no sienten en sus venas la sangre que animó á sus padres á tantas hazañosas conquistas. Verdad es que los más poderosos móviles de la inspiracion son el amor á la divinidad cuando se siente sincero y profundo, y el amor á la patria. La exaltacion, el entusiasmo que excitan las venturas de la nacion que el poeta llama suya, despiertan el genio, avivan los nobles instintos de independencia, infunden sublime abnegacion y valor inquebrantable, y producen los cantos de un Homero ó los himnos de un Tirteo, inspirados por el númen de la victoria.

En la poesía del insigne canónigo, se encuentran trozos como el que sigue:

¡Oh patria! Yo te admiro cuando en vano
Ciñó seis veces el ardiente acero,
Y postrado yació de un bandolero
En tus campañas el poder romano;
Ó ya cuando aterró con propio estrago
Al héroe de Cartago,
De Roma la aliada más gloriosa;
Ó cuando el gran Pompeyo apénas osa
Contener al proscrito que te guia.
¡Despues de cuántos lutos, oh Senado,
Tarde el laurel por el cipres trocado,
Por tí Octavio clamára: «¡Iberia es mia!
La primera provincia á mí agregada,
La postrera de todas subyugada.»

Recuerda despues rápidamente los más gloriosos timbres de la hidalga tierra española, y sube de punto su ardimiento y su justa pena, al considerar que aquéllos están acaso olvidados de los que no sienten ya en su alma los heredados bríos; exclamando con admirable espontaneidad y entonacion vehemente:

Ya tu nobleza, al lujo abandonada,
Fiera de un vano honor, de oro sedienta,
Cual mercenaria á Marte se presenta
Con laurel otra vez sólo premiada.
¡Sangre del vencedor de Garellano,
Y del que sobrehumano
Dió acero contra el hijo! arde y derrama
En tu progenie del honor la llama.
Así el leon altivo breve injuria

Tal vez la selva vió sufrir; mas luégo
Sacude el cuello, ruge, vivo fuego
Lanza la atroz mirada, y en su furia
El bosque reconoce amedrentado,
De su rey el valor nunca postrado.
Arded por gloria, gremio esclarecido;
Buscad, jóvenes claros, los combates,
Y el pueblo os seguirá, que á los magnates
En vicio y en virtud siempre ha seguido.
Así el que rige el fulminante carro,
Competidor bizarro
De los rayos del rey del firmamento;
Y el que agita el bridon, hijo del viento;
Y el infante que en órden arrojado
Da y recibe la muerte; y el que humilla
Al ponto airado en victoriosa quilla,
Te harán preciada al Támesis nublado,
Te harán temido al Ródano profundo,
Te harán ¡oh patria! adoracion del mundo.
Vosotras ¡oh! por el solar hispano
Sombras heróicas, encended el brío
Que el fuerte Macedon en mármol frio
Inspirar supo al dictador romano.
Amor de gloria al español se cante
En la cuna ondeante;
Amor de gloria, que llevó algun dia
El terror de su augusta monarquía,
Lance la esposa de su dulce gremio
A quien de amor cobarde pida el premio,
Desguarnecida de laurel la frente.
Heredero de un nombre de victoria,
¡Oh, vuélvele, español, su antigua gloria!

Nada tenemos que añadir sobre esta oda notable. Arjona era, pues, verdadero poeta, y supo dar á sus cantos una armonía ya desusada. Como inspirado por igual sentimiento patriótico, se duele de la decadencia, de las perdidas glorias de la ciudad arrancada del yugo islamita por un rey preclaro, tan justamente envanecida en tiempos anteriores por sus lauros alcanzados en las ciencias, las leyes y las artes [1]. ¡Cuán sonriente porvenir

(1) Esta oda, titulada *A la decadencia de la gloria de Sevilla*, fué leida en la Junta general de la Sociedad patriótica de esta ciudad el 23 de Noviembre de 1795, aniversario de la conquista.

se complace en prever cuando renazcan sus edades más venturosas!

Prolijo fuera enumerar las bellezas en que abundan muchas de las obras de este vate erudito, que tanto honor da al moderno parnaso sevillano. Con acento majestuoso y digno, proclama las excelencias del monarca Cárlos III, cuando es arrebatado por la muerte, dirigiéndole estas frases que honran su reinado:

> Del Permeso las sacras moradoras
> Con cítaras sonoras
> Por tí restituido
> Su imperio en todas partes
> Dirán, y ciencias y artes
> A tí el honor darán, por tí adquirido.

Complácese en recordar con inspirados ecos, los dones que ni áun la riqueza puede ofrecer, debidos á aquella diosa que renueva el pensamiento venciendo los tiempos y las edades; y da una nueva aunque efímera vida á las glorias, los amores, las dichas pasadas, los históricos sucesos dignos de eterna admiracion; la memoria en fin, que á un limpio corazon puede prodigar tan inefables complacencias.

> Tú, diosa, de purísimos placeres
> Aurora eres divina;
> Tú en las desgracias y tristezas eres
> Celeste medicina.
> Por tí se goza el adalid dichoso
> En su pasada gloria,
> Y bajo sus laureles orgulloso
> Ve durar su victoria.
> Por tí el amor sus triunfos eterniza,
> Y en lazo permanente
> Aprisiona el placer que se desliza
> Cual rápido torrente.

Igual estro manifiesta el docto penitenciario en sus composiciones, entónces de actualidad, dirigidas á los monarcas que ocuparon el trono de Castilla, de índole política algunas, y en sus traducciones de Horacio. Muestra su númen satírico en su epístola

A Forner, censurando las faltas que en su juicio se advierten en algunos poetas contemporáneos suyos; y cómo sabia arrancar de su lira dolientes ecos, cuando en ella ensayaba sus primeros cantos, en su elegía *A la muerte de Batilo.*

No es nuestro propósito enumerar una por una las obras de este moderno ingenio; creemos que los fragmentos copiados de algunas de ellas, dan idea suficiente de su mérito indudable. No olvidaremos, sin embargo, la sencillez poética y fácil estilo que se advierte en muchas de sus composiciones de asuntos ligeros, más ó ménos extensas, bajo el nombre de romances, idilios y cantinelas. *El Amor noble, el verdadero, el implacable, el recelo, el desengaño* y otros asuntos le dan ocasion para expresar sus tiernos afectos en dulce y apasionado lenguaje. Tambien en el de la poesía, expresa sus más graves reflexiones sobre *el pensamiento del hombre, la ambicion y las virtudes;* mostrándose cristianamente filosófico.

Por el particular interes que ofrece á nuestro estudio, no dejaremos de citar el idilio que *para la renovacion de una Academia de letras humanas en* 1795, hizo el entónces novel discípulo de Apolo. Hé aquí algunos versos del mismo:

¡Oh! en las dulces vigilias
Antiguos compañeros,
Ilustres amadores
Del apolíneo plectro;
Oid lo que me inspira
El dios que mora en Délfos,
Y de la sábia Pálas
Los suaves preceptos.

. . . .

Hoy Apolo y Minerva
En el feliz Tartesio,
Contigo á tratar, bajan,
De restaurar sus templos.

. . . .

Do deliciosas flores
Tantas artes nacieron,
Hoy ya silvestre acanto
El ámbito ha cubierto;
Y la patria de Herrera
Escucha el són horrendo

Con que Cleon las drias
Ahuyenta á sus desiertos.
Mas, bella hija de Jove,
Tu altar, que ya en fragmentos
Míseros destrozado
Profana polvo obseno,
Por tu sagrado padre
Restaurar te prometo,
Ni de la inculta turba
Temer el fatal eco.
Gozoso el viejo Bétis
Los brazos me echó al cuello,
Y su favor los dioses
Amantes me ofrecieron.
Pues ea, ya el infame
Letargo desechemos,
Cuando el Olimpo trata
De ensalzar el ingenio;
Y si Pálas alcanza
De Júpiter excelso
Premio á la dulce lira,
Por él luégo anhelemos.
Y si no ¡oh noble gloria!
A la alta region, léjos
De plebeya caterva,
Alzad osado vuelo;
Que al mérito algun dia
Tributará respetos,
Posteridad, tu juicio,
Tan libre como cierto.

Recuérdanos Arjona en algunos de sus sonetos, al célebre, por los suyos, D. Juan de Arguijo, y por la identidad del asunto, en aquél que tanto excitaba el entusiasmo del maestro Medina, dedicado *A Ciceron*. Hé aquí el del primero de ambos poetas:

Pende en el foro, triunfo de un malvado,
La cabeza de aquel que la ruina
Evitó á Roma, muerto Catilina,
Y padre de la patria fué aclamado.
La ve el pueblo en los Rostros conturbado,
Y un mudo horror los ánimos domina;
En los Rostros de aquella voz divina
Fué de la libertad muro sagrado.

¡Oh Ciceron! si tantos beneficios
Paga tu ingrata patria de esta suerte,
¡Cómo espera magnánimos patricios!....
¿Mas qué importa el morir? Témante ¡oh muerte!
Los viles siervos del poder y vicios;
Pero el sábio ¿qué tiene que temerte?

De mencion especial es digno, entre otras composiciones de este género, por sus pensamientos delicados, aquel que dirige á una dama á quien adornan las recientes tocas de la viudez, y no ménos, de los dos que titula *Al Amor,* el que comienza:

Sufre las nieves, sin temor al frio.....

Pertenece á Arjona la invencion de una clase de estrofas de rara construccion, celebrada por Quintana, en las que escribió su oda *La diosa del bosque.* Júzguese de esta novedad, por la siguiente:

¡Oh, imágen perfectísima del órden
Que liga en lazos fáciles el mundo!
¡Sólo en los brazos de la paz fecundo,
Sólo amable en la paz!
En vano con espléndido aparato
Finge el arte solícito grandezas;
Natura vence con sencillo ornato
Tan altivo disfraz.

La obra poética de Arjona de mayor importancia y extension, es su poema *Las ruinas de Roma* [1], que califica de lírico-didáctico, explicando por qué razon, en una nota al mismo, á los que extrañaron le diese este nombre. Inspirado en la ciudad de los Césares, y al admirar los restos de su antiguo esplendor y poderío, con alta, noble y vigorosa entonacion, comienza su canto de esta manera:

(1) Fué impreso en Madrid el año 1808, despues en Lóndres. En 1857, en la *Revista de ciencias, literatura y artes* de Sevilla, y últimamente incluido en las *Poesías* de Arjona. *Poetas líricos del siglo* XVIII, tomo II (1871). *Biblioteca de Autores españoles.*

Salve, suelo glorioso; eternamente
La nave voladora que á adorarte
Me ha conducido fiel, guarde clemente
El dios del gran tridente.
Salve, gran Roma; salve, hija de Marte.
¡Cuál mi mente sublimas,
Oh honor del universo, al contemplarte
Aún desatada en polvo! Me parece
Que en esta noche silenciosa animas
Los siglos muertos, y de nuevo crece
De entre esas piedras tu perdida gloria,
Y á ser vuelves metrópoli del orbe.
Aquel monte, de escombros erizado,
Sobre mi patria espera otra victoria,
Y quiere que otra vez el mundo encorve
Bajo tu yugo el cuello esclavizado.
Aquel hogar soberbio, aunque postrado,
Del domador del Africa es la cuna;
Y al tímido reflejo de la luna
Miro sobre estos ínclitos fragmentos
Augustas mil brillar sombras triunfales,
Que, de tu gloria al ver los monumentos
Rotos yacer, con lúgubres lamentos
¡Oh ciudad infeliz! lloran tus males.

Arjona es en este poema, no sólo el vate de númen levantado, sino el hombre estudioso de vasta y profunda erudicion. ¡Cuántas amargas y oportunas reflexiones le sugiere el espectáculo de aquellas que fueron humanas grandezas, reducidas ya á míseros fragmentos, por donde quiera esparcidos! Tales meditaciones melancólicas, impregnadas de un espíritu altamente filosófico, fueron muy del gusto de la antigua musa hispalense, que más de una vez lanzó sus tristes gemidos sobre las ruinas de Itálica.

Fuera difícil y detenida tarea enumerar los pasajes de esta obra dignos de ser admirados, á no hacer un estudio exclusivo de las que produjo el númen de su autor.

Con grande estima era considerado Arjona como poeta, por sus compañeros en el instituto literario á que perteneció en su juventud; no siendo en este caso exagerado afecto de la amistad apasionada. Un ilustrado escritor, que á su vez le juzga más favorablemente que á otros cultivadores de las musas de su tiempo

en la capital de Andalucía, recuerda los juicios que mereció de Lista y Blanco su númen poético [1]. «Muchos años despues, dice, Blanco evocando en Lóndres los sabrosos recuerdos de la mocedad, escribia estas palabras: Por desgracia de sus amigos y de la literatura española, ha fallecido D. Manuel María de Arjona, poeta de tan fecundo y elegante ingenio, que ninguno le excedia en aquella época.» Lista admiraba á Arjona no ménos que Blanco, y solia decir cuando de él hablaba, que «sus poesías eran tan delicadas como las más célebres de Grecia.»

Otro consocio de Arjona en la misma Academia, y unido á él en distinto género de trabajos literarios, en ocasion de formular su juicio sobre Forner como poeta, refiriéndose á la coleccion de sus sátiras, odas y epigramas, que considera como su obra clásica [2], «he creido, dice, manifestar mi juicio sobre todas ellas, lo cual he hecho con tanta mayor satisfaccion, cuanto es conforme al de uno de los mejores poetas de nuestra nacion, el cual, aunque por nuestra fatalidad apénas es conocido fuera de los muros de Sevilla, es muy apreciado en Italia, y áun en la misma Roma, donde actualmente se halla.»

En tal concepto era, pues, tenido el discreto Arjonio por algunos de los más ilustrados escritores de aquel tiempo. No ménos autorizado es el juicio del moderno crítico á que nos referimos, que le considera, entre sus compañeros de la Escuela sevillana, el que tenía estro más fácil y espontáneo.

Dado el gusto y los preceptos seguidos por la misma Escuela, preciso es confesar que en ella sin duda sobresalia por sus dotes no comunes. Quizás otros se acerquen más en su imitacion al caudillo de aquella en el siglo de oro de las letras patrias; pero su tendencia constante en los asuntos que exigen cierta elevacion, es ofrecer el pensamiento engalanado con una versificacion majestuosa, y revestido de formas brillantes. Laudable empeño, pocas veces descuidado, es para los vates de Sevilla, mostrar siempre puro y correcto el lenguaje de las musas: si algunas veces

(1) D. Leopoldo Augusto de Cueto.

(2) Nota puesta en el *Elogio de D. Juan Pablo Forner*, leido en la Academia del Derecho Español, de Madrid, en 1797. Impreso en 1798.

Arjona parece no haber pulido sus versos todo lo necesario para darles por completo tal sello característico, se explica fácilmente esta falta, por no haber sufrido todas sus obras el exámen y correccion que con la experiencia pudiera haber hecho aquél, como otros no ménos conceptuados lo verificaron con las suyas. Desgraciadamente el ilustre canónigo no alcanzó la larga vida de algunos de los que con él son partícipes de las glorias conquistadas por la moderna Escuela de Sevilla.

VI.

D. Alberto Lista y Aragon.—Noticias biográficas.—Sus estudios.—Su enseñanza pública.—Su influencia en la poesía sevillana al finalizar el siglo XVIII.—Cómo extendió sus doctrinas literarias en la córte.

Hemos llegado al lugar que corresponde en el presente estudio al ilustre varon, gloria de la patria, cuyo nombre alcanza merecida celebridad en extraños países, y es legítimo orgullo de la noble Híspalis, donde se meció su cuna y adquirió sus vastos y variados conocimientos en las ciencias y en las letras, para á su vez difundirlos en una juventud aplicada é influir poderosamente con su discreta doctrina en reformar el gusto de los cultivadores de aquellas últimas. Fácilmente se adivina que nos referimos al docto maestro de la moderna Escuela poética sevillana, á uno de los más inspirados restauradores de sus interrumpidas glorias tradicionales, conquistadas de antiguo por la musa del Bétis; al modesto y virtuoso sacerdote D. Alberto Lista y Aragon.

Ya indicamos anteriormente cuál fué la influencia que con otros no ménos esforzados adalides, ejerció mancomunadamente este sábio preceptor en el nuevo y favorable aspecto que tomó el estudio de las buenas letras, contribuyendo con su buen gusto á tan digno propósito. Cúmplenos ahora precisar con más detencion la parte notabilísima que en un principio le cupo en tan laudable empresa, y despues casi exclusivamente en nuestra literatura contemporánea, con su sana crítica, sus conocimientos enriquecidos cada dia durante un largo y constante magisterio; y exponer de qué manera despertó con su poético númen, en su suelo nativo, al ingenio, durante un extenso período, inexplicablemente aletargado. Mas, ántes de realizar este empeño, acaso

superior á nuestras fuerzas; ántes de examinar las obras líricas de este varon singular que renovaba los venturosos tiempos de los Herreras y los Riojas, habremos de referir algunas particularidades de su vida, estudios y merecimientos, para apreciar gratamente las virtudes privadas del hombre, así como las del escritor, reflejadas éstas por lo comun en las producciones del entendimiento.

D. Alberto Lista nació el 15 de Octubre de 1775. Tuvo honrados padres, que sólo contaban con reducidos medios de fortuna; por lo cual, niño aún, ayudábales en sus trabajos en la modesta industria á que se dedicaban; contribuyendo á aminorar sus escaceses y procurarse los recursos necesarios para seguir los estudios á que su inclinacion y su precoz despejo le llamaban. Desde sus tiernos años, comienza, pues, á cautivarnos, inspirando las simpatías debidas á la virtud y á la laboriosidad. Cursante en las aulas universitarias de su patria de los estudios de filosofía y teología, recibió el grado de bachiller en ambas facultades; y en el Colegio de San Hermenegildo completó, en el espacio de tres años, los de matemáticas. La adquisicion de estos variados conocimientos no era incompatible para su talento privilegiado, con el cultivo de la poesía, á que su instinto le inclinaba, como dulce y encantador recreo de las árduas y graves meditaciones de otras ciencias que se afanaba ávidamente en poseer. Ya á la temprana edad de trece años, circunstancia verdaderamente digna de asombro, daba lecciones de los estudios que adquiria con tan singular provecho; procurando de este modo el sustento á una madre entónces viuda y á una hermana; á los quince, ejercia públicamente el profesorado, y á los veinte desempeñaba por nombramiento real de 1.º de Julio de 1796, la cátedra de matemáticas de los caballeros porcionistas del Colegio de San Telmo de la ciudad en que nació. El año de 1802 solicitaba del Gobierno se le concediese, por no ser eclesiástico y carecer de cóngrua para ordenarse, firmar la oposicion á la capellanía de este seminario, sin dejar la enseñanza que tenia á su cargo en el mismo, obligándose á prestarla gratuitamente. Ya que la suerte nos ha proporcionado tener á la vista el documento autógrafo, desconocido sin duda hasta

hoy, en que pretendia de la real munificencia como señalada gracia, aquella habilitacion; cábenos el placer de copiar algunas de las discretas razones que aducia en su favor para obtenerla, cuando contaba veintiseis años de edad. Despues de una ligera reseña de los estudios y conocimientos que habia adquirido, así como de los honrosos galardones por ellos alcanzados, y que hemos de consignar en breve: «estas ciencias, dice, no han sido únicamente el objeto de su estudio: conociendo cuán necesario es amenizarlo con el encanto de las bellas artes y buena literatura, se ha dedicado al de las lenguas, examinando los principios filosóficos del idioma patrio, del latino, del francés, italiano é inglés que posee, habiendo hecho bastantes progresos en el griego. La elocucion y la poesía han sido tambien objeto de sus tareas; siendo uno de los que más han contribuido á extender el buen gusto de estas artes en una Academia particular de Letras humanas, con sus discursos y composiciones. Ha estudiado la historia antigua y moderna, cuyos conocimientos le han proporcionado el medio de formar el plan de estudios de una Academia privada de Historia, establecida en esta ciudad. Es tambien individuo honorario de la Real Academia de Buenas Letras de esta ciudad..... Con la módica renta de su cátedra de porcionista, que aunque escasamente bastaba á sostener su familia, y el placer de instruirse é instruir á otros, que son sus únicas pasiones, gozaba á un tiempo de una vida laboriosa y feliz.»

¿No se halla retratado en este modesto rasgo de carácter, el varon virtuoso y predestinado á difundir pródigamente en la juventud los tesoros de su saber? A cumplirse en tal ocasion la promesa del Príncipe de la Paz, á quien, cuando fueron suprimidos los goces de la cátedra que desempeñaba, y al verse *sumergido en la más triste indigencia, recurrió en su infortunio*, «experimentaria, añade, los felices efectos de aquélla, librándome de tan amarga situacion y consiguiendo lo que toda mi vida he deseado y por falta de recursos no he podido lograr: consagrarme al estado eclesiástico.»

La demanda del jóven preceptor no fué atendida: reconocióse, sin embargo, su sobresaliente instruccion, no sólo en las

ciencias exactas que enseñaba en el mencionado colegio con aprovechamiento de sus discípulos, sino tambien en las eclesiásticas que habia cursado hasta graduarse. Loable deseo hubo entónces en algunos que, juzgándole *recomendable por su ciencia y virtud*, allanaban toda dificultad, proponiendo, para el caso que obtuviese en el concurso la primera censura, se le asignasen los goces del capellan de aquel establecimiento, con el compromiso de sostener hasta ordenarse, por su cuenta, un sacerdote que desempeñara las obligaciones de este cargo.

Un año despues veia cumplidos sus vehementes deseos, recibiendo las sagradas órdenes.

Otra nueva súplica del ilustre maestro, hecha en el año 1810, cuando ya habia cesado en el desempeño de la referida cátedra de matemáticas, no tuvo un éxito más favorable, sin embargo de que tambien se reconocia que «su aficion á las ciencias era extraordinaria, y que la opinion general le reputaba por uno de los primeros matemáticos de la Península, al cual mérito estaba unido el de su probidad y ejemplar conducta.» En aquélla pedia se le confiriese la enseñanza del mismo estudio en el Liceo que debia establecerse en su pueblo natal, á lo que se consideraba con suficiente derecho [1].

[1] Hállase unida á este documento una relacion escrita por el sabio humanista y por él firmada, que bien merece sea dada á conocer para admirar la copia de conocimientos que en ella se reasumen, y el bien conquistado puesto que ya entónces ocupaba entre los hombres de saber. Es como sigue:

«*Méritos literarios del suplicante.*

»Ha seguido la carrera de filosofía y teología en la Real Universidad, en cuyas facultades es bachiller.

»Ha estudiado el curso de matemáticas en las aulas de esta Real Sociedad, y ha logrado el premio en los exámenes públicos de los tres años que componen dicho curso.

»Ha estudiado privadamente humanidades, historia, política y las lenguas francesa, inglesa, italiana y griega.

»Ha sido juez de oposicion á varias cátedras de matemáticas, ya en el Colegio de San Telmo, ya en la Real Sociedad.

»Es individuo de la Real Sociedad y de la Real Academia de Buenas Letras

Una de las circunstancias alegadas por tan incansable preceptor de la juventud como mérito, en la época á que nos referimos, influyó no poco en la misma, por desgracia de azarosas vicisitudes políticas, sobre su suerte; alterando el sosiego de su vida y sus apacibles costumbres, y alejándole de su patria á tierra extranjera. El encargo á él confiado de redactar un periódico de cierto carácter, cuando dominaba en España un poder de insostenible duracion, ocasionóle amargos sinsabores. No nos incumbe penetrar las causas que hicieron tan triste este período de su existencia, por no ser oportuno en este sitio. ¡Quién sabe á lo que pueden obligar las perentorias necesidades de la vida en situaciones dadas! La fortuna entónces no le mostraba propicia ni halagadora faz. Sensible es que un escritor de merecido concepto, para quien no fué muy simpática la Escuela poética hispalense, calificara por aquel hecho, si no con falta de motivo, con excesiva acritud, al que habia cantado en tiempos anteriores el triunfo de las armas españolas en los campos de Bailén. Lista no aspiraba ciertamente á los medros que ambicionan los que se lanzan á esas públicas contiendas que deciden á veces los destinos de la patria: otra era su mision; diversas las preciosas facultades que habia recibido del cielo. En la enseñanza de la ciencia que tan profundamente poseia; en la publicacion de las producciones debidas á la inspiracion ó á sus estudios, le estaban reservados los más envidiables é imperecederos laureles.

Hállanse los recuerdos del penoso destierro que se vió preci-

y catedrático de retórica en esta Real Universidad, cuya cátedra está indotada.

»Ha servido interinamente por varias veces, sin sueldo alguno, las cátedras de matemáticas y humanidades de esta Real Sociedad.

»Es autor de varios opúsculos de matemáticas y otras composiciones en verso y prosa que han tenido el aprecio del público.

»Está actualmente encargado, por el Excmo. Sr. Prefecto de esta ciudad, de la redaccion de la *Gaceta* de la misma y del inventario de la librería y archivo del extinguido Tribunal de la Inquisicion.

»Es presbítero de buenas costumbres; tiene sus licencias corrientes y las de predicar remotas.

»Ha servido quince años la cátedra de matemáticas que queda suprimida por extincion del seminario de porcionistas de San Telmo, sin tener otro destino con qué socorrerse.—*Alberto Lista y Aragon.*»

sado á sufrir, en una oda, inédita hasta el mismo año de su muerte, titulada *Aristo* [1].

Del Garona en la márgen extranjera
Su pobre manadilla
Apacentaba Elisio el desterrado
Pastor, que en la olivífera ribera
Do el sol de ocaso sobre el Bétis brilla,
Vivió otro tiempo en venturoso estado;
Mas enemigo el hado
Le arrojó de aquel suelo floreciente
Al clima de los cierzos bramadores,
Y en solo un dia le robó inclemente
Su choza, su rebaño y sus amores.

Restituido Lista de la emigracion al suelo patrio el año 1817, detúvose algun tiempo en Pamplona, triste y melancólicamente preocupado por las adversidades de que era objeto. Habiendo obtenido por oposicion la cátedra de matemáticas del consulado de Bilbao, residió en este punto hasta el año 1820. Fundábase entónces en Madrid el Colegio de San Mateo; y en él y en calidad de su regente, estuvo encargado á un tiempo de la enseñanza de tres asignaturas. Suprimido este establecimiento, que tan notable llegó á ser, siguió dando sus lecciones, en su modesto albergue, á una juventud estudiosa; cabiéndole el noble orgullo de alcanzar á ver en los postreros años de su vida, á muchos de sus discípulos, cuyo número fuera prolijo expresar, obteniendo un puesto gloriosamente merecido en la república de las letras.

A esta época se refiere el biógrafo y tambien discípulo suyo, D. Eugenio de Ochoa, cuya reciente pérdida es justamente sen-

(1) Insertóse en la *Revista de España é Indias*, tomo XII (1848), y en la *Biografía de D. Alberto Lista y Aragon, seguida de una coleccion de poesías, inéditas unas, y otras no comprendidas en las ediciones que se han hecho de dicho señor.* Madrid, 1848.—En 1850 la reprodujo el *Semanario Pintoresco Español*, donde se pretendia publicarla por vez primera, ignorándose, sin duda, haberlo sido anteriormente. El poeta expresa en esta composicion los consuelos que debió entónces á *Liberio*, su caro amigo, segun una de las notas por él puesta á la misma, «Mr. de Franc de Pompignan, hijo del famoso autor de la *Dido*, poeta lleno de gracia, mi huésped y mi bienhechor. Sus virtudes son superiores en mucho á mi débil talento; pero no al sentimiento de gratitud que me ha dictado su elogio.»

tida, cuando menciona las excelentes cualidades de su amado preceptor, vivamente impresionado á la nueva de su muerte. Séanos permitido copiar sus palabras, porque nadie mejor que quien tuvo la suerte de recibir sus lecciones y conocer tan de cerca sus característicos rasgos y sus nobles virtudes, podria dar idea más exacta de la elevacion de un alma tan hermosa y de la admirable manera con que difundia como preceptor sus varios y profundos conocimientos.

«Cátedras eran para él, dice, cualquiera sitio en que tuviese oyentes; pues su conversacion siempre instructiva y amena, florida y sustanciosa al mismo tiempo, rica de recuerdos clásicos y de sólida doctrina, era como un curso continuado, ya de alta moral, ya de filosofía ó de historia ó de literatura. Era en verdad una escena hermosa, y en la que habia algo de la sencillez patriarcal de otros tiempos, la que presentaba el sabio anciano, seguido en sus largas excursiones campestres de la inteligente y fiel falange de sus discípulos los más queridos. Nuevo Sócrates (con cuyo perfil tradicional presentaba por cierto el suyo una viva semejanza) reproducia entre nosotros el majestuoso espectáculo de los pórticos de Aténas.

»Unas veces, en las claras noches de verano, nos llevaba á las alturas que rodean á Madrid, y nos iba explicando, sorprendiéndolas, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste y las maravillas de la creacion; otras veces engolfándose en las cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la frescura de una imaginacion de veinte años, y á la par que nos instruia en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Frecuentemente, con el candor de la verdadera superioridad, citaba como ejemplo y autoridad sus propios versos. Como un rasgo característico de aquellas doctas conferencias, añadiremos que le gustaba alternarlas con festivos episodios. En tales ocasiones desaparecia el maestro, y quedaba sólo el compañero, el hermano; pero revestido siempre de la autoridad de un padre. Desde las primeras lecciones nos tuteaba á todos: no parecia sino que en su mente el ejercicio de la enseñanza debia establecer por necesidad, entre el maestro y

los alumnos, una especie de parentesco intelectual á que él por su parte nunca fué infiel.»

La elegante pluma de otro digno escritor que recibió asimismo sus provechosas lecciones, completa, honrando su memoria, la prueba del dón envidiable y extraordinario de Lista para el noble ejercicio del magisterio. He aquí cómo se expresa:

«Porque matemáticas, filosofía, literatura, legislacion, lenguas sábias y modernos idiomas, todo esto lo enseñaba, fácil y profundo á un tiempo; de todo daba lecciones en un mismo dia, saltando, sin preparacion ni esfuerzo, de Heineccio á Virgilio, de Lacroix ó de Poisson á Calderon ó Moratin, el inolvidable maestro cuya pérdida no será nunca bastante deplorada.» [1]

Para abreviar estos apuntes sobre las varias vicisitudes de la existencia del célebre humanista, sólo diremos, deseosos ya de llegar en breve á nuestro principal objeto, que despues de sostener con gloria los fueros del buen gusto literario y de cautivar con su doctrina al ilustrado concurso que asistia á las cátedras del Ateneo de la córte de 1822 á 1823, y más tarde, de 1835 á 1838, época en que tuvo á su cargo la Direccion de la *Gaceta de Madrid*, fijó en aquel último año su residencia en Cádiz, donde dirigió el Colegio de San Felipe: en el año 1844 fué á desempeñar la regencia del de San Alberto en Sevilla. Ya en esta ciudad, obtuvo el nombramiento de canónigo de su santa basílica, y en su Universidad desempeñó el decanato de la facultad de filosofía.

Refiérese un rasgo de modestia del ilustre hijo de Sevilla por alguno de sus biógrafos. Habiéndosele ofrecido el obispado de Astorga, en recompensa de sus virtudes y merecimientos, parece que rehusó esta alta distincion, para la que influyó su ilustrado amigo el Sr. Torres Amat.

Habíase de cumplir, aunque no en un todo, aquel deseo que oportunamente recuerda el primero de sus discípulos citados, y

(1) *Discurso leido en la sesion pública inaugural de 1870 de la Real Academia Española, por D. Patricio de la Escosura.* Versa sobre los tres poetas contemporáneos, discípulos con él del sabio Lista, D. Felipe Pardo, D. Ventura de la Vega y D. José de Espronceda.

que tan tiernamente expresa el noble maestro en una de sus poesías:

> Feliz el que nunca ha visto
> Más rio que el de su patria,
> Y duerme anciano á la sombra
> Do pequeñuelo jugaba.

Ó aquellas otras aspiraciones de su corazon, comunicadas á Dalmiro en una de sus más elegantes odas:

> Mas ¡ojalá que el término sereno
> De mi vejez consiga en el florido
> Campo que baña el Bétis sosegado!
> ¡Mi triste pecho de amargura lleno,
> Olvidará las penas que ha sufrido
> Y logrará el reposo suspirado!

Gozando, en efecto, del cielo qne embellece los lugares donde corrió su infancia y su primera juventud; honrado y querido de sus paisanos que en él veian con orgullo una gloria suya indisputable, llegó, pues, el término de su existencia, y Dios le concedió que fuese el del varon justo y sabio que en todo el lleno de las facultades de una inteligencia superior, da ejemplo de honda fe y animosa fortaleza en trance tan solemne como terrible. Setenta y dos años contaba este anciano respetable, y el dia de su fallecimiento fué el 5 de Octubre del año 1848. Este infausto suceso contristó no sólo á aquellos que en gran número le debian su instruccion, sino á cuantos en él veian una de las más legítimas glorias de la patria. Públicos testimonios obtuvo su memoria, del hondo sentimiento que en todos ocasionó su pérdida; y no fué el ménos delicado y brillante tributo de admiracion de los ingenios que más sobresalian á la sazon en el cultivo de las musas, la *Corona poética* que le dedicó la Real Academia sevillana de Buenas Letras, en la que tan bien sentaba y tan oportuna era esta honrosa y digna manifestacion de su pesar por el vacío que en la misma dejaba [1], y de cariño al que tantos años hacia trabajaba sin trégua por el lustre de sus envidiables blasones li-

[1] D. Alberto Lista fué tambien individuo de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.

terarios de tan gloriosa tradicion, y difundia su ciencia, por donde quiera le llevase su destino, para obtener el general aplauso y respeto de propios y extraños [1].

Lugar es este en que debemos ya exponer nuestras modestas observaciones sobre la manera eficacísima, evidente y loable con que aquel contribuyó á dar esplendor á las letras sevillanas y á reanimar el sér de la musa sublime y discreta, inspiradora del cantor *divino*, y ausente tanto tiempo de las floridas márgenes del Guadalquivir, donde fijó su residencia en una centuria de inolvidables recuerdos.

Expresada dejamos la situacion nada próspera de las letras hispalenses y los plausibles aunque ineficaces esfuerzos hechos por algunos al comenzar el último tercio del pasado siglo para

(1) Este loable pensamiento, iniciado por la expresada Academia sevillana, llevóse á cabo cumplidamente. *La Corona poética* forma un libro de gran valor literario. Hállase precedida de una interesante biografía, escrita con elegancia por D. José Fernandez Espino, llena de curiosos pormenores de la vida del ilustre anciano, juzgándole en sus obras y apreciando con profundo conocimiento y erudicion el estado de cultura de nuestra patria en el período que alcanzó la existencia de aquél.

Innumerables bellezas contienen la mayor parte de las poesías que componen la guirnalda de lozanas flores colocada en la tumba del inspirado Licio. Fuéranos grato señalar al ménos algunas de aquellas; pero siendo este deseo irrealizable é inoportuno, habremos de contentarnos con trasladar, por su mérito y ser de las composiciones más breves que contiene, y expresarse en ella un sentimiento de los más nobles y tiernos, el de la gratitud al beneficio recibido, el siguiente soneto, debido á la inspiracion del Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch:

Yo era infeliz: contra mi suerte en vano
Luchaba sin cesar: ella vencia.
Los umbrales de Licio pisé un dia:
Licio me tiende la benigna mano.
Á la sagrada voz del vate anciano
El mal huyó de la morada mia,
Y sin ceño Melpómene y Talía
Me vieron en el Pindo castellano.
Licio no existe ya: corona santa
Cíñele Dios: la patria generosa
Hijo le llora, célebre le canta.
Y entre el aplauso y el dolor profundo,
Yo, Licio, grabo en tu modesta losa;
Fuiste mi bienhechor: sépalo el mundo.

Treinta y siete poetas contribuyeron á la formacion de este libro, afectuoso homenaje rendido al saber y á la virtud.

restaurar el buen gusto en el Parnaso de la reina de Andalucía. Veamos cómo juzgaba este decadente y lastimoso estado, no sólo de su pueblo natal, el docto varon llamado entónces á devolver el esplendor de sus dias más felices al lenguaje poético. Diríjese al insigne Melendez Valdés, dándole en sus loores el nombre merecido de restaurador de la poesía española en el siglo XVIII.

. . . . . Cual la dulce llama de la aurora,
Cuando despunta en el rosado Oriente,
De las australes sirtes abortada,
Horrible tempestad cubre á deshora;
Brama el cierzo inclemente;
De la encendida nube
Rápido vuela el rayo, y desatada
Del mar bravoso sube,
Enlutando los orbes, noche umbría,
Que á los mortales ojos roba el dia;
Así envolvió caliginosa niebla
La primer gloria del Parnaso ibero;
Tendió el error su cetro despiadado,
Y la densa y mortífera tiniebla
Oprime en sueño fiero
El genio independiente.
Desde Pirene al Bétis, desmayado
Muere su fuego ardiente;
Y do sonaron cánticos suaves,
Sólo se escuchan graznadoras aves.
Yace entre el polvo vil despedazada
La cítara sublime, donde Herrera
De Austria cantó las armas victoriosas;
La lira de Villegas delicada,
Y la que más severa
Ensalzara hasta el cielo
A Argensola y Rioja, de viciosas
Malezas cubre el suelo;
Do el estrago y tus hierros contemplando,
Sombra del gran Leon, vagas llorando.

Pero no sólo hemos de recordar las justas apreciaciones del discreto Lista, expresadas con la lírica pasion del poeta. Oigámosle en el lenguaje sereno y reflexivo de la crítica mesurada é inteligente.

«Nadie ignora, dice, cuán grande fué la decadencia de nues-

tra literatura en el siglo XVIII. Sevilla participó, así como Madrid, de los delirios del gongorismo, del culteranismo, del contagio de los equívocos y de los demas vicios comprendidos bajo la denominacion de *gerundiadas*. Así pasó una gran parte del siglo XVIII..... El gusto dominante por los años 1770 y 1780 era el de la poesía *prosáica* y *coplera*. Habia desaparecido hasta el gongorismo que supone por lo ménos cierto tono sublime, cierta profundidad de pensamientos. Sólo se querian coplas atestadas de equívocos, con más ó ménos chispa, con más ó ménos decencia. Gerardo Lobo, Montoro, Leon Marchante y Benegasi, eran los maestros y modelos de este género.»

Cúpole á la ciudad sevillana la suerte de que un apreciador tan discreto de las verdaderas reglas del buen gusto en el arte, recibiera del cielo especialísimas dótes de persuasion y genio extraordinario para difundir los rectos principios innatos en una clara y perspicaz inteligencia, y expusiese por medio de la pública enseñanza á una nueva juventud, su acertada doctrina, conteniendo tan lamentables extravíos.

Exigentes censores mostraron á Lista poseido de exagerada pasion por la Escuela de su patria en su más juvenil edad; pero si algo hubo de esto, no dominó siempre en él un extremado exclusivismo, ni un apego injustificable á sus doctrinas y apreciaciones, áun más arraigadas en aquella época en que no era dado contrarestar de un golpe ciertos gustos y tendencias con violenta obstinacion. El mismo dejó consignado que «las costumbres, las ideas, las creencias y las preocupaciones de los pueblos, varían con frecuencia, y la literatura si ha de interesar, tiene que seguir necesariamente una marcha variable. Principio ciertísimo, evidente y que se verifica en la poesía de todas las naciones.»

Pero nunca se olvidó de recomendar más adelante lo que entónces eran tambien, sin duda, sus creencias, sugeridas por el buen sentido; las cualidades sobresalientes de la antigua y genuina Escuela del cantor de Lepanto, en sus consejos dirigidos á todos los que cultivan el hermoso arte de la poesía. «Sin la magia de la elocucion y de la armonía, dice en otro lugar, se deslucen y degradan los pensamientos más poéticos: porque el len-

guaje es el instrumento de las bellas letras como el colorido es de la pintura. Las ideas son el alma de la poesía; pero el estilo es su cuerpo; y sin formas corpóreas, no es posible grabarse los pensamientos en la fantasía. Grandes ingenios de la época presente, enriqueced enhorabuena el idioma, pero respetadle; entregaos al vuelo de la fantasía, pero no descuideis la elocucion, escribid con toda la osadía de la inspiracion, pero corregid con toda la severidad de la lógica.»

El entusiasmo y cariño, repetidas veces manifestado por el mismo Lista, con que miraba la Escuela que en otros tiempos brilló tan pura en su nativo suelo, justificados en muchas de sus inspiraciones poéticas, y que tanto debió influir desde sus primeras lecciones para despertar sus mismas aficiones en los vates de los tiempos modernos en aquel, hállanse expresados con halagador encanto en una de sus más bellas composiciones, que, no tan sólo para de paso admirar al inspirado hijo de Apolo, sino al sabio preceptista, no podemos resistir al deseo de trasladar en parte á este lugar. Dirígese en ella á su amigo D. Fernando de Rivas.

De aquel sublime són llena tu oido,
Que en siglo más feliz el Tajo y Bétis
De los iberos cisnes escucharon;
Mas cauto evita los perversos monstruos,
Que el amor de la necia sutileza
Y la hinchazon ridícula produjo.
Habrás adelantado, si los versos
Del tierno Garcilaso se deslizan
A tu pecho halagüeños, cual las ondas
De pura y mansa fuente entre las flores;
Si te hechiza, severa cuanto dulce
La lira de Rioja; si de Herrera
El desusado canto te arrebata.
Imitarás la suavidad sublime
Y candorosa de Leon; mas huye
Tal vez su tosco desaliño; teme
Como sierpes las gracias seductoras
Del atrevido Góngora, y de Lope
No te deslumbre, no, la fácil musa
Que da entre mil guijarros un diamante.
Y si imitar quisieres los poetas
Que ilustran nuestra edad, atento estudia

La correccion de Moratin, la frase
Y el tono de Batilo, y de Cienfuegos
La entereza y vigor; mas no el estilo,
A las leyes del hablá mal sujeto.

Tales eran las doctrinas poéticas de Lista: las que hubo de sembrar en terreno fértil y dispuesto á dar en breve tiempo copiosos y sazonados frutos. Con ánimo deliberado, las hemos consignado ántes de precisar más detenidamente el acierto con que desde que empezó á ejercer su mision regeneradora, supo abogar por su buena causa.

En los últimos años del siglo anterior, asociado Lista, como ya expresamos, con algunos estudiosos adalides de las letras en la *Academia particular* á que se refiere su *relacion de méritos* mencionada, y coadyuvado en sus miras por más de un cultivador de los estudios poéticos, entre los que descuella notablemente el esmerado vate y humanista Reinoso, procuraba una saludable reaccion hácia el gusto delicado y las aficiones perdidas ú olvidadas de la buena Escuela; dando él mismo ejemplo, como aquel y algunos otros, en sus obras líricas, y adoptando como modelos á la vez que los clásicos autores de pasados siglos, los ingenios que en tal época se distinguian por su correcto lenguaje ó su grandilocuente ó dulce entonacion, como Meléndez, Jovellanos, Moratin, Quintana, Gallego y Cienfuegos.

Ya expresamos en otro lugar la corta vida de otra Academia que se denominó *Horaciana*, así como sus dignos propósitos, no realizados al fin, al tratar más detenidamente de aquella á que perteneció Lista. Sólo recordaremos aquí cómo fueron coronados de un éxito completo los de esta última, merced á los esfuerzos de todos, y de aquél muy especialmente, segun él mismo hace notar, por haber sido *uno de los que más han contribuido á extender el gusto de estas artes* en ella.

Es, pues, evidente el eficaz influjo ejercido por nuestro activo propagador de la ciencia, desde que en tan provechosa asociacion comenzó su noble cruzada contra el mal gusto.

«¡Venturosa época de la vida que no volverá, pero que será siempre el recuerdo más agradable de los que gozaron de ella!»

Tal exclamacion arrancan de los labios del respetable anciano los recuerdos de su juventud laboriosa, tan útil para el brillo de las letras hispalenses.

La constante asiduidad del infatigable maestro, cuando ya mostraba excelentes ejemplos de su númen y correcta diccion poética, hizo que no sólo en esta Academia de carácter privado, sino en la que le admitió en su seno, de Buenas Letras, continuara su propaganda, hasta que más tarde, como poeta cultivador de todos los géneros, dando á luz coleccionadas sus inspiraciones, ofreció no escasos modelos dignos de la admiracion de todos y de ser estudiados por los noveles alumnos de las musas.

Como ántes expresamos, Lista no sólo ejerció su mágica influencia en las orillas del Bétis. Extendióla á la córte misma, ya en la cátedra, ya en el periódico, ya en el libro; y poderosa y eficaz, llegó á ser sentida en breve de un modo maravilloso. No duda un escritor ántes citado, D. Eugenio de Ochoa, en persuadirse de que «cuando se escriba con sana crítica la historia filosófica de nuestra época, se tomará en cuenta el influjo que sobre ella ha ejercido D. Alberto Lista: un historiador sagaz verá en él, añade, más que un poeta excelente, un director de ideas.»

Por los tiempos en que ejercia su influjo la escuela romántica, importada de otros países, tuvo en nuestro ilustre caudillo un adversario poderoso é intransigente, como lo seguia siendo, aunque no con intolerancia absoluta, de los partidarios del clasicismo del siglo anterior. Movíanle á esta aversion fundada, las tendencias de su recto juicio y sus ideas de moralidad y virtud que rechazaban la absurda licencia usada en este género, que tan en boga llegó á estar, y el irreligioso y anti-social carácter que solian imprimirle algunos de sus seguidores. Considerábala como escuela no ménos corruptora que otras tambien perjudiciales para el esplendor de nuestras letras, si bien se presentara á veces engalanada con falsa exterioridad y atractiva seduccion. «Nada es tan deforme, dice á este propósito el mismo Lista, nada tan asqueroso como la inmoralidad que se opone á la primera de todas las bellezas, que es la virtud.»

No pretendemos, al expresar la manera de considerar el ro-

manticismo de su época por tan sabio maestro, que aquél, pasado el período de las exageraciones y del abuso sin límites que se hizo de la ámplia libertad que se concedia tanto en la esfera moral como en la literaria, haya dejado de influir favorablemente en la poesía lírica, ensanchando al genio sus caminos; pero las ventajas á él debidas habian de ofrecerlas el verdadero genio, el poeta juicioso, para quien las innovaciones no son peligrosas; ántes al contrario, porque sabe regularizarlas con sana intencion é instintivo buen gusto, y no desdeña por completo, por el solo espíritu de novedad, los venerables recuerdos de lo pasado, proscribiendo en absoluto la imitacion de los grandes modelos del arte.

Todos los géneros que comprenden los estudios literarios, la oratoria sagrada y profana, la novela, el drama, son objeto de la excelente crítica de Lista. El exámen de las obras de los insignes y fecundos dramáticos de nuestra antigua y gloriosa escena hasta los tiempos de Moratin, y sus observaciones sobre las mismas, revelan su conocimiento profundo y exacto de aquellas que forman un tesoro inapreciable, y su excelente juicio para señalar las bellezas dignas de imitacion ó las extravagancias ó defectos que no merecen aplauso. Preferente atencion consagra al análisis de la retórica, cuyas reglas magistralmente fija; apareciendo siempre, en estas interesantes cuestiones, el profundo filósofo y humanista. Conocedor de la literatura extranjera, competente apreciador del mérito, discurre sobre sus vicisitudes y progresos, no olvidando, como asunto de mayor interes para su patria, el estado próspero que ha alcanzado la nuestra ó los cambios no siempre favorables que en la misma advierte cuando es influida por alguna de aquéllas. Todo esto, con sólidos y persuasivos argumentos, castizo y correcto lenguaje, estilo ameno y florido, discreta templanza y con el tono de autoridad que tan bien sienta en quien posee de tal modo la ciencia que explica, y con tan seguro acierto examina, juzga, aplaude ó condena.

¿No habia, pues, de ejercer influencia poderosísima en los adelantos intelectuales de su tiempo, un hombre dotado de tan excelentes medios de persuasion, y que desde niño, puede decirse con exactitud, defendia estas provechosas doctrinas ya con la pa-

labra, ya con la pluma, recorriendo una larga existencia, hasta llegar á una ancianidad venerable?

Admiracion y reconocimiento merece de su patria, quien tanto ha contribuido al decoro y adelanto de las letras: justísimo es el respeto que se tributa á su memoria; justísimo el noble orgullo de la ciudad tan fecunda en hombres de ingenio y ciencia, al ofrecer como hijo suyo, un sábio más á la general consideracion de propios y de extraños.

VII.

Lista (continuacion).—Sus obras líricas.—Exámen de las coleccionadas.

De diverso modo se ha juzgado á Lista como poeta: todos sus críticos, influidos unos por prevenciones más ó ménos favorables hácia la Escuela á que pertenece, y otros por sus apreciaciones sobre las exigencias del arte, reconocen su mérito superior y las privilegiadas dotes de su ingenio.

Procurando alejar de nosotros la influencia que pueda ejercer en nuestro juicio el apego ó aficion que nos inspire aquella misma Escuela, habremos de señalar el carácter que distingue las inspiraciones del vate sevillano, las bellezas en que éstas abundan; sin olvidar las observaciones más ó ménos fundadas de que han sido objeto; sintiendo carecer de competencia y autoridad convenientes para que no parezca temeraria osadía pretender juzgar á quien representa una de las mayores glorias de la moderna Escuela poética sevillana.

Siguiendo el órden que el mismo autor observa al coleccionar sus obras poéticas, cúmplenos fijarnos primero en las que pertenecen al género religioso.

¿De qué manera la musa sagrada llevó su inspiracion sublime al privilegiado espíritu de Lista, tan lleno de fe y otras nobles virtudes, en los divinos asuntos? Cómo hermanó los sonidos de la cítara, que tan hábilmente pulsaba, con los que supo arrancar de la suya el sabio maestro Luis de Leon, puede juzgarse en su magnífica y célebre oda á la muerte del Redentor de la humanidad. ¿A qué cantor religioso, y á cuántos de profanas materias, no ha sugerido la inmensísima prueba del amor del Justo á los

hombres, el sacrosanto misterio consumado en el Gólgota, los himnos más fervorosos y tiernos en el elocuente lenguaje de la poesía? Necesario es un genio superior para ofrecer una obra magistral que descuelle sobre todas las de su género, por su sencillez sublime, su apasionada ternura, su belleza en la forma y en los conceptos, su correcta diccion, y sobre todo, no tan sólo por estas cualidades de verdadero poeta, sino por la uncion santa y profunda del creyente verdadero, lloroso, conmovido y exaltado ante los acerbos sufrimientos del Dios-Hombre, sometido á una lenta y cruel agonía. Tan difíciles y admirables condiciones reune, pues, la notabilísima oda de Lista *A la muerte de Jesus*. Hase dicho por algunos que este canto sagrado *durará lo que dure el habla castellana, y como las generaciones hasta el último límite de los siglos*. Si hubiese exagerada pasion en estas frases inspiradas por el entusiasmo, parécenos, á juzgar por nuestras propias impresiones al deleitarnos en su lectura, que iguales han de arrancar á todo el que comprenda el encanto de la majestuosa, sonora y bella entonacion del vate, y los sentimientos afectuosos y conmovedores del cristiano.

¿Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Sinà? Y el impío bando
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

De esta manera vigorosa y levantada, principia el poeta, mostrando su asombro al considerar tanta grandeza y poderío á merced del hombre miserable é ingrato. En seguida ofrece en su abandono á la víctima sublime, y con acertada concision, el espectáculo de sus sufrimientos corporales y las angustias de su espíritu.

Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargos suspiros das la vida.

Menester es que se cumplan los altos designios del gran Jehová.

Así el amor lo ordena,
Amor, más poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y leon fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aún no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.

¿No fuera suficiente esta última bellísima estrofa para calificar de excelente el estro sagrado del maestro de la moderna Escuela sevillana? Entrégase éste á las sentidas reflexiones que le sugieren los padecimientos del Redentor; y con lágrimas en sus ojos, porque de ellos debian correr sin duda al expresar tan tiernísimos afectos, exclama:

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles:
Al santo perdonad: muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os guia
Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas el mundo espera que la víctima de paz sea el Verbo divino. Al contemplar el poeta las iniquidades del hombre, tan ciegamente criminal y feroz, exáltale el recuerdo del castigo que en otros tiempos provocó de la eterna cólera, cuando ésta descendió en diluvios sobre la tierra. El Hijo amado extingue con su sangre los enojos del Altísimo:

De la acerba venganza
Que sufre el justo, nazca la esperanza.
¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesus doliente:
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
Ven, ángel de la muerte;
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.

Acrece la exaltacion del poeta que reasume sus elevados sentimientos y el dolor que le conmueve, en la estrofa siguiente, con que se termina su magnífica oda:

Rasga tu seno, oh tierra;
Rompe, oh templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere..... gemid, humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

¿No se advierten en esta cancion sagrada, la valiente entonacion de Herrera y la melancólica dulzura de Rioja, empleadas en el más sublime y conmovedor asunto, á la vez que la lírica vehemencia de un tierno afecto, y la poética frase del célebre agustino al dirigirse al *Pastor santo* en su ascension gloriosa?

Es indudable que donde Lista manifiesta mayor estro y más fervorosa exaltacion es en esta hermosa poesía, joya de nuestro moderno Parnaso. Tienen, sin duda, algunas de las que á este género sagrado pertenecen, aquella entonacion que, henchidos de sentimiento, imprimieron los cantores bíblicos á sus obras; aquellos conceptos é imágenes peregrinas de que supo apoderarse el *divino* vate sevillano y que tanto admiraba para recomendar su estudio, el mismo Lista, pero no llegan á ofrecer la notable sublimidad de la que por sí sola es suficiente para dar un glorioso renombre.

El Sacrificio de la Esposa [1] y *El Canto del Esposo*, poesías ambas que recuerdan la dulce ternura y afectuoso estilo del santo Juan de la Cruz, y más especialmente la última, abundan en bíblicas imágenes y fervorosos afectos del amor divino. Hállase tratado por Lista tan místico asunto, en el tono alto y conveniente, que su índole delicada exige; con la misma digna elevacion que empleó otro ingenio sevillano de anteriores tiempos, D. Juan de Jáuregui, al cantar el simbólico epitalamio de Teresa, la santa y docta carmelita, con el *divino Esposo.*

¡Cuán bella es la estrofa de la primera de las citadas composiciones, en que describe el asilo de paz, *la mansion de la inocencia*, donde se refugia la cristiana vírgen y donde desciende la llama purísima del amor triunfante!

> Mansion de dulce paz, donde domina
> Virtud sencilla en puros corazones,
> Y despliega sus blancos pabellones,
> Reina del bien, ¡la caridad divina!
> Aquí entre abrojos crece
> La rosa virginal; lirio fecundo
> De casto olor florece,
> Y al ver manchado en crímenes al mundo,
> Gemidos sin consuelo
> La penitencia exhala al justo cielo.

Júzguese del igual sabor bíblico de la imitacion del *Cantar de los cantares*, del ya mencionado vate religioso Juan de la Cruz, y el que distingue á Lista en esta poesía. Pone el primero en labios de la *Esposa.*

> ¿Adónde te escondiste,
> Amado, y me dejaste con gemido?

El poeta sevillano hace exclamar á la jóven místicamente enamorada:

> ¿Adónde, clama, adónde
> La juvenil beldad que me ilustraba,
> Eclipsada se esconde?

(1) *En la solemne profesion religiosa de la Madre Sor María Fernanda de la Trinidad Blanco y Crespo, en el monasterio de Santa María de los Reyes de Sevilla.*

Aún es mayor la imitacion que nuestro ingenio, á semejanza de aquel varon justo, hace del himno de los libros sagrados, en la segunda de las expresadas composiciones, tambien inspirada en una profesion religiosa, más henchida de bellas imágenes, y en donde, como en la anterior, no se amengua en nada un efecto puro, espiritual y simbólico, al expresarse en la forma que usa el amor profano.

El *Amante sagrado* llama á la esposa feliz.

«Ven ¡ay! esposa mia,
Dice herido de amor: ven; ¿floreciente
No ves la cumbre fria
Del Líbano eminente
Que de alto hielo coronó su frente?
Mas ya corre sonoro
A fecundar las plácidas praderas,
Volcando arenas de oro:
Ya alfombra sus laderas
De guirnaldas de flores placenteras.
. . . .
Ya verdes resplandecen
Las viñas de Engaddí: del fruto amado
Las vides se enriquecen:
Ya en el bosque ha sonado
De la tórtola el canto lastimado.
Ven ¡ay! dulce amor mio;
De las vertientes del Hermon nevosas
Baja el blando rocío:
Sus florestas hermosas
Jericó esmalta de purpúreas rosas.

Menester fuera que repitiésemos todo este canto dulcísimo, si hubiéramos de señalar sus bellezas. Sólo lo haremos de las dos estrofas con que termina.

Así cantó el Esposo,
Y el aura celestial lleva su acento
Con susurro amoroso,
Y de su blando aliento
Siente la esposa perfumado el viento.
Tras los dulces olores
Corriendo va de su inmortal amado,
Y hallóle entre las flores
Del huerto reclinado
Y de cendales cándidos velado.

La oda que titula Lista *A la Resurreccion del Salvador* y tambien *El Canto de la Esposa* [1], pertenece al mismo género bíblico, y no es inferior en mérito, aunque esta última es más sóbria en imágenes que la anterior á que nos referimos.

Mayor importancia tiene, sin duda, no tanto por su extension, como por las muchas y hermosas en que abunda, el elevado estilo que en ella se sostiene sin decaer un punto, su admirable fluidez y su diccion rica y esmerada, la oda *A la Concepcion de Nuestra Señora,* asunto indicado á Lista en el primer año del siglo por la Academia de Letras humanas. El capítulo XII del Apocalipsis, debió inspirarle esta obra, segun le marcaba aquélla; y á pesar de lo árduo del empeño, salió triunfante de él; enriqueciendo con un bello poemita, pues tal nombre puede dársele, el repertorio de sus inspiraciones. Llénanse en él cumplidamente las circunstancias más esenciales que su autor reconoce y admira en la poesía oriental de los sagrados libros. «Sencillez y valentía de la expresion (palabras son suyas), el uso frecuente de las imágenes y comparaciones, la hipérbole casi contínua, el estilo cortado y dramático, el desórden lírico que anuncia las conmociones de la imaginacion, la osadía de los pensamientos, siempre presentados bajo formas sensibles, y en los parajes patéticos, aquella ternura que se apodera del corazon; en fin, el lenguaje exento de pretensiones y de afectacion de elegancia, y que nada calla ni dice por respeto á las conveniencias sociales, son las prendas características de los libros poéticos de la Escritura.»

Nada más difícil que citar algunas de las innumerables bellezas de la composicion de Lista. Bella es toda esta poesía sagrada; y no ha de tachársenos de exagerados en nuestro juicio, porque tal es tambien el de aquellos censores severos para con otras obras del mismo autor. Este muestra sin duda la *abundante vena* que demanda para su canto. Uno de sus rasgos más brillantes, es la pintura que traza, en el clásico estilo de los épicos de la antigüedad, del nefando y rencoroso arcángel rebelado, so-

(1) En esta composicion, escrita el año 1825, se creyó ver infundadamente alusiones á los acontecimientos políticos de aquella época en nuestra nacion, segun su autor en una nota puesta á la misma.

bre todo, cuando abandona sus profundos imperios. ¡Cuán tiernamente describe el poeta la santa intercesion que ejerce María con el Altísimo, por la culpable raza de Adan, para devolverle á sus ruegos la piedad y la clemencia divina! Digno objeto es del vate de tan ardiente fe, nacido en la ciudad donde desde anteriores tiempos se rendia tan fervoroso culto á la Madre de Dios, el altísimo misterio que llegó á hacer popular en aquélla á alguno de sus poetas, más piadoso que elevado, del siglo XVII; que inspiró sus ideales imágenes al célebre *pintor del cielo*. Ya anciano nuestro poeta, volvió á tratar el mismo asunto, añadiendo á su repertorio lírico otra bella cancion [1].

Lista imitó á Herrera en su oda *La conversion de los godos en el reinado de Recaredo*, dándole principio con las mismas palabras que aquél á la suya de tan bíblico sabor, *La victoria de Lepanto: Cantemos al Señor.....* El sucesor del *divino* poeta entre los líricos modernos, conserva en esta composicion, su entonacion digna y levantada.

«Será un tiempo, que lleve el fuerte hispano
Los lindes de las tierras
A las playas del último Oceano;
Y fije en nuevas y encumbradas sierras,
Sepulcro de la aurora,
Del Hombre-Dios la insignia vencedora.
«Este es el premio que á tu fe constante
Reserva el justo cielo.»
Dijo Leandro: el Tajo ondisonante,
Al resbalar por el florido suelo,
Suspendió blandamente
De sus doradas aguas la corriente.

El genio de Sion asiste con su fuego al poeta, cuando canta el triunfo del Santo de Israel en su gloriosa resurreccion; su ascension al refulgente alcázar del cielo como el Dios de la victoria, el alto misterio eucarístico, la natividad de la Vírgen María, bella rosa de Jericó que inunda de júbilo á Nazareth y el Carmelo, y aquel instante venturoso, tan deseado para la salud del mundo,

(1) Hízolo en Cádiz. Tiene la fecha de 30 de Setiembre de 1839, y se ha conservado inédita hasta muchos años despues, en que ha sido publicada por la *Revista de ciencias, literatura y artes*, dada á luz en Sevilla.

en que desciende *el Sol de las alturas* á tomar humano sér en un establo miserable [1]. No es esta última poesía la que ménos gusto bíblico conserva, y ese grato aroma que se percibe en los himnos hebraicos. A este género inspirado por las Santas Escrituras, pertenecen las imitaciones que hizo Lista de los salmos del rey David y otros profetas del pueblo de Dios.

Imitando tambien á Meléndez, de quien tan apasionado se muestra en más de una ocasion, aparece en su oda *La Providencia*, nuestro ingenio sevillano, poseido de profundos pensamientos. Al obcecado incrédulo que exclama viéndose sumido en miserable infortunio;

> «No hay Dios donde hay maldad»; la espada impía
> Es el Dios del humano:
> Su trono, la sañuda tiranía,
> Y la triste virtud un nombre vano;

replica el poeta:

> El alma es inmortal: puede una hora
> Labrar tu eterna suerte;
> Ejerce la virtud..... A Dios adora.....
> Y lo demas te enseñará la muerte.

Concluiremos con el exámen de las poesías que su autor denomina sagradas, y hacemos más detenido, por ser en éstas sin duda alguna donde mejor se admira su estro privilegiado, recordando el conmovedor asunto de su composicion dirigida á *Silvio en la muerte de su hijo*.

Despues de poseerse el tierno amigo de todo el pesar y des-

(1) Dadas fueron al público, tanto esta oda de Lista *Al nacimiento de Jesus*, como las tituladas *A la resurreccion del Señor*, *A la conversion de los godos en España en el reinado de Recaredo*, y muy distinta á la que publicó en sus obras líricas, una *A la Concepcion de Nuestra Señora*, en el libro que dejamos mencionado, *Poesías de una Academia de letras humanas de Sevilla* (1795). Adviértense en todas ellas, variantes de mayor ó menor importancia: y en una detenida comparacion, las atinadas correcciones que más tarde hizo su autor en todas ellas. Fueron leidas en las juntas de aquella Sociedad literaria en los años 1795 y 1796. Como se observa, el inspirado alumno de las musas se hallaba á la sazon en los más floridos años de su vida.

consuelo de aquel padre que ve arrebatada por la muerte la prenda de su inmenso cariño; despues de llorar con él una ausencia tan terrible; despues de oir la enseñadora voz de los sepulcros en el sombrío y solitario recinto donde impera la inmoble eternidad;

«Mansion de eterna vida mora el justo
Que muere en el Señor.» Vive, mi amigo;
Y vive para tí.

Prorumpe lleno de esperanzas; y luégo añade:

El augusto silencio de la tumba
«Vida sin fin al virtuoso» clama

Y recogiendo entónces con avidez este halagador pensamiento, celeste y único lenitivo para un corazon que en tanta angustia no decae en su fe cristiana, dice ya con diversa expresion:

¿Y nosotros lloramos? Blandas flores,
No fúnebre cipres, ni mustio helecho
Debemos derramar, mi dulce amigo,
En la tumba feliz de la inocencia.

Adviértese en esta filosófica poesía, el interes conmovedor que despierta, el que retrata con toda verdad las crueles impresiones y pensamientos que angustian al alma en semejantes desventuras, para llevar al espíritu sumido en sombra, los rayos de luz que emanan de la Providencia divina, dando la esperanza y el consuelo.

Otras inspiraciones de Lista, que participan de este tinte filosófico, siguen en mérito á las que él designa como sagradas, y á las cuales precede, ocupando con razon tal paraje, la que tan digna es de ser admirada, y tiene por asunto la agonía del Salvador de la humanidad.

Merece, por su notabilísimo pensamiento, por la ternura que en ella rebosa, y que tan bien retrata el alma recta y llena de virtudes de Lista, preferente atencion, entre las comprendidas como filosóficas, su oda *La Beneficencia.* Unense en esta composicion, para hacerla notable, á la expresion de los afectos más

puros, elegantemente cantados, la armonía de la frase á veces sencilla, atractiva y conmovedora, las imágenes felices y el correcto estilo y buen gusto; cualidades distintivas de Escuela, y preferente cuidado de los verdaderos poetas de la hermosa Híspalis.

El inspirado Licio no trata ahora un amor vulgar y profano, sino otro más sublime por sus efectos; el que brotando generoso en el alma hácia la humanidad, induce á prodigar el bien donde se aposenta el infortunio. El poeta aparta de su mente quiméricos ensueños de pasadas venturas, y saluda á la virtud celeste que es objeto de su canto, para despues ensalzarla.

Dulce ilusion, aunque gozosa, vana,
Que lo mejor robaste de mi vida,
Huye veloz, como la luna herida
Del triunfante esplendor de la mañana.

. . . .

Salve, luz celestial; fuego escondido
Que en este yerto corazon dormias,
Salve; disipa con tus llamas pías
La ciega oscuridad de mi sentido.

. . . .

Las dulces flechas que te dió natura
Para esparcir del sér la llama ardiente,
Templa, oh amor, en la sagrada fuente
De la amistad inextinguible y pura:
Y el amante enlazado
A la gentil beldad que lo enamora,
En lágrimas bañado,
Exclame al despuntar de cada aurora:
«¡Destino venturoso
El de hacerte feliz, siendo dichoso!»

. . . .

Contigo la piedad en lazo amado
Temple al hombre los ásperos enojos,
Y el tierno llanto de sus dulces ojos
Calma el llanto infeliz del desgraciado:
Así el blando rocío
El Euro entre sus alas atesora;
Y cuando el soplo frio
Del Aquilon los campos descolora,
Con su lluvia templada
Vuelve el sér á la rosa desmayada.

. . . .

Salve, hermosa virtud. ¿Cómo, si dabas

Alma y vida á mi sér, no te sentia?
¿Cómo en mi seno sin vigor yacia
La fuerza celestial que le inspirabas?
Ya sé cuál es la fuente
De aquel vago llorar que la ternura
Vertió á mi rostro ardiente:
Ya conozco del bien la emocion pura,
Que el mísero gemido
Tal vez me sorprendió del desvalido.

. . . .

Así del claro sol destello puro,
En tímida centella trasformado,
Entre sus densas láminas trabado
Encierra el pedernal inerte y duro.
Mas si activo el acero
Fuerza á mostrarse la encubierta llama,
Con ímpetu ligero
Sobre el pábulo breve se derrama,
Y crece y es hoguera,
Y al Alpe y á Pirene consumiera.

Esta última feliz imágen recuerda aquellas tan oportunamente usadas por los clásicos poetas latinos.

La Vida humana, otra poesía de Lista de las más sobresalientes en este género filosófico, tiene el indisputable mérito de tratar de un modo nuevo y admirable una vulgar alegoría, cual es representar la existencia del hombre en sus varias vicisitudes desde su reposo en la cuna hasta que halla al fin el del sepulcro, con los diversos cambios que sufre la fuente en un principio pequeñuela y desapercibida, torrente impetuoso despues, para morir al cabo en la inmensidad de los mares. Cuando en tal convertido, se encuentra en su senda otro igual que se le opone soberbio en encontrada direccion, ambos:

Disputan en acérrima batalla
De quien todo el caudal irá regido:
Vence, é hinchado la corriente eleva,
Y esclavizado á su contrario lleva.
Ingrato al bosque amigo, que acopado
Le adornó con sus sombras placenteras:
Pérfido al muro, que besó humillado
Cuando apénas llenaba sus riberas,

Bate, si crece, el torreon alzado,
Los troncos vuelca, inunda las praderas:
No hay ley, no hay freno que su furia atajen,
Y es, mortal, de tus vicios triste imágen.

Por esta bella octava podrá juzgarse el singular atractivo de las demas.

El moderno ingenio del Parnaso sevillano ensalza *la gloria de los hombres benéficos;* complaciéndose en cantar aquellos lauros que prodiga Minerva, no en los ferales campos de batalla, sino en las sábias lides, á los que cultivan graves estudios ó beben sus inspiraciones en la fuente de Castalia; porque, aunque reconoce que los *sentimientos de la humanidad no son incompatibles con la profesion militar* (así titula otra de sus poesías del género filosófico), cáusanle profunda pena los horrores que suscita la cólera de Marte.

¡Eterna maldicion al que levanta
Sobre hacinadas, míseras ruinas
Con hierro y llama en soledad horrenda
Su injusto poderío,
Y se atreve á decir: *el hombre* es mio!

Como para templar la impresion dolorosa que causan en el ánimo los infortunios que siembra por doquier el que así es objeto de execracion, se deleita en reconocer de igual modo, que *la bondad es natural al hombre;* enumera sus prendas físicas y morales, sus virtudes y nobles instintos cuando no huye la dulce paz de una existencia tranquila, ni se lanza, movido por las pasiones, la opresion ó el fanatismo, á destruir ó á sembrar la muerte con ceguedad insensata.

Tierno cantor de *la amistad* (1), recuerda la modesta ambicion de Rioja, á quien admira como á maestro.

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo.

(1) Una de las odas *A la amistad,* á que aludimos, se halla en la *Coleccion de poesías* formada por Vacquer. Dedicóla á Albino, y fué leida en la Academia de Letras humanas en el año 1796.

Complácele ofrecer repetidamente los encantos de este dulce y profundo afecto de las almas nobles. ¡Cuán grato es para la de Anfriso, poético nombre adoptado tambien por nuestro ingenio!

> No es tan dulce al cansado caminante,
> Si la ercimia montaña
> Venció ó el hielo de la cumbre alpina,
> Complacido vagar por los pensiles
> Del sosegado Pó, como á tu Anfriso,
> Del crímen fatigado y de los hombres,
> Hallar en tu alma pura
> El no violado é inocente asilo
> Do anidan la virtud y la ternura.

Ya induce á Tirsi á que no pierda el gozo cierto por la esperanza dudosa; porque el *temor de lo venidero es inútil;* ya, imitando á Horacio, dicta reglas de virtud infalibles, á su caro Albino (Blanco), recordándole que la *felicidad consiste en la moderacion de los deseos;* ó ya á Dalmiro aconseja que *deben abandonarse los cuidados,* olvidándose de enojosos pesares. Al tomar al poeta latino como modelo, sigue Lista la aficion de los maestros Medina, Giron, Medrano y otros antiguos poetas de Sevilla, con no inferiores facultades para tal empresa que las que adornaban á aquéllos; ofreciendo en su coleccion otras más de este género, merecedoras de igual estima.

Recordando Lista á Fileno (Reinoso), su amigo, *El sosiego de la virtud,* esta hija del cielo que es eterna fuente de placeres, recuerda en su principio, sobre todo, el tierno estilo del horaciano Luis de Leon en su bellísima oda *La vida del campo.*

> ¡Oh, mil veces feliz quien del profano
> Vulgo no conocido,
> Burla de la ambicion el dardo insano,
> Y se acoge al retiro apetecido!
> La paz ¡oh, mi Fileno!
> La paz lo halaga en su amoroso seno.

En cierta admirable epístola, dirigida por nuestro poeta á una religiosa, hija suya de confesion, y que uno de los biógrafos de aquél, D. José Fernandez Espino, copia íntegra, hállase el

párrafo siguiente que creemos oportuno reproducir en este lugar, y cuyo recuerdo despierta la lectura de aquella poesía suya.

«Mi amigo Reinoso dice que el campo es esencialmente virtuoso, y tiene razon. La especie de placer que inspira no puede definirse, porque es misterioso, y parece inspiracion más bien que placer. Todos los pensamientos y afectos que sugiere al alma que lo contempla, se dirigen al Señor, porque es imposible ver y gozar tanta hermosura, contemplar tanta variedad y tantos prodigios de la naturaleza sin que el coraron se eleve á Dios que la crió y la conserva.»

El vate de excelente y sano juicio, canta *la felicidad pública* para aconsejar la práctica de las obras dignas, el trabajo, el mutuo amor, la concordia entre los hombres, los beneficios recíprocos; virtudes todas que proporcionan aquel bien tan inapreciable. Con más levantado estro, al publicar *el triunfo de la tolerancia*, entre otros oportunos pensamientos que su especial asunto le sugiere, hace sobresalir como predilecto tema aquella misma aspiracion.

Hombres, hermanos sois, vivid hermanos.

Recorriendo las poesías de carácter profano, encuéntrase á Licio cantando con noble acento dos memorables victorias de la patria, y el denuedo de sus hijos, en las odas *A la restauracion de Buenos Aires* y *A la Batalla de Bailén*. Por la variedad de afectos, por la espontaneidad de la pasion y las prendas del verdadero poeta que siente conmovido cuanto expresa con cadenciosa armonía; digna es de anteponerse á todas las inspiraciones que comprende esta parte de su libro, *El himno del desgraciado*, ó sea su oda *Al Sueño*. Aquella melancólica tristeza con que el cantor de Eliodora demanda este beneficio comun á todos los seres para sus tristes ojos, rebosa en la cancion de Lista, en donde abunda mayor copia de pensamientos, inspirados por asunto tan sencillo. Este precioso rasgo del númen demuestra la verdad de un amargo pesar ó desaliento escondido en lo profundo del alma, que sube de repente á los labios, desahogándose impetuoso y elocuente.

¿De qué me sirve el súbito alborozo
Que á la aurora resuena,
Si al despertar el mundo para el gozo
Sólo despierto yo para la pena?

. . . .

El ámbar de la vega, el blando ruido
Con que el raudal se lanza,
¿Qué son ¡ay! para el triste que ha perdido,
Ultimo bien del hombre, la esperanza?

. . . .

Corta el hilo á mi acerba desventura,
¡Oh tú, sueño piadoso!
Que aquellas horas que tu imperio dura,
Se iguala el infeliz con el dichoso.
Ignorada de sí yazga mi mente,
Y muerto mi sentido:
Empapa el ramo para herir mi frente
En las tranquilas aguas del olvido.

. . . .

Deslízate callado y encadena
Mi ardiente fantasía:
Que asaz libre será para la pena,
Cuando me entregues á la luz del dia.
Ven, termina la mísera querella
De un pecho acongojado.
¡Imágen de la muerte! Despues de ella,
Eres el bien mayor del desgraciado.

Improvisada fué, en efecto, á lo que parece, esta bellísima poesía, de tan superior valer literario [1].

Otra de las composiciones de Lista en que nos fijamos con mayor detenimiento por recordar al inspirado *cantor de las flores*, á quien en ella ajusta ciertamente su *sistema de poetizar*, y revela á veces el sabor de las obras de tan inspirado vate, es la que titula *La vegetacion*. Tambien Lista dialoga con la tierna florecilla de efímera existencia, con la filosofía y el sentimiento que sobresalen en aquel insigne autor de la *Epístola moral* [2], de tan

(1) Lista hizo esta oda el año 1817, cuando regresó á España de la emigracion y residia en Pamplona.

(2) Habiendo alcanzado ya la aprobacion de la Academia sevillana la presente Memoria; con el título de *La Epístola moral á Fabio no es de Rioja, descubrimiento de su autor verdadero* (Cádiz, 1875), ha publicado el Excmo. Sr. D. Adolfo de Cas-

admirable modo. No es de suponer pretendiese asimismo hacer á éste su modelo cuando saluda á las ruinas de Sagunto, en la creencia en que estuvo de pertenecerle la cancion de las de Itálica, no porque careciese de genio y maestría para conseguirlo.

No faltan en esta division de sus obras poéticas, felices imitaciones de Horacio, ni tampoco los recuerdos al mérito del hombre sábio y virtuoso, ó los consagrados á la amistad, íntimo afecto á que rindió constante y notabilísimo culto su corazon excelente, ora admire á Meléndez Valdés, como *restaurador de la poesía española en el siglo* XVIII, y lamente su muerte con sentida expresion; ora tribute merecidos loores á Fileno, el amigo de su juventud y compañero en sus poéticas tareas; ora al vigoroso vate Quintana en su regreso á las orillas del Manzanares; ora á su discípulo, predestinado ya entónces á una celebridad merecida, D. Ventura de la Vega, y ora, en fin, á D. Fernando de Rivas, para consignar admirables preceptos literarios y justas apreciaciones de nuestros clásicos poetas.

No concluiremos de señalar aquellas composiciones sobresalientes, en nuestro humilde concepto, que se incluyen en la primera parte de la coleccion de Lista, sin hacer ligera mencion de la que en versos sáficos-adónicos consagra á las Musas, á la vez que la mencionada ántes, que destina á aquel que recibió sus doctas lecciones, por la circunstancia de ser acaso objeto de censura el excesivo uso que en ambas hace de la mitología, en sus imágenes y pensamientos. Cierto es que el gusto dominante en la época en que nuestro autor hizo sus primeros ensayos poéticos; las reminencias, no sólo de los ingenios de su Escuela, sino del de otros muchos ajenos á la misma que tanto las emplearon hasta en la poesía cristiana; su constante estudio de los clásicos de la antigüedad, habian de inclinarle á una aficion heredada de otros

tro un extenso y erudito trabajo que, notable como todos los suyos, es de sumo interes para los amantes de las letras. Atribuye aquella célebre composicion al capitan Andres Fernandez de Andrada, poeta tambien hijo de Sevilla, de quien hicimos mencion en nuestro anterior estudio sobre los que pertenecieron á los siglos XVI y XVII, como recuerda el mismo Sr. Castro; excitándonos á vivo agradecimiento por su benévolo juicio al referirse á nuestra *Historia de la Escuela poética sevillana* en aquel período.

siglos, pero por la que, si bien con frecuencia por él seguida, rara vez fuera justo acusarle de inoportuno ó enfadoso. Inferimos que alguna observacion de la crítica debió llegar á sus oidos sobre esta misma materia, cuando su discreta pluma, trazó, refiriéndose á ajenos trabajos, las siguientes palabras:

«La acusacion de haber hecho uso de la nomenclatura y de las fábulas mitológicas, que parece la más fundada entre poetas que profesaban el cristianismo, es, sin embargo, la más injusta de todas. La mitología no es otra cosa que la descripcion poética del mundo físico y moral; sus consejos son, generalmente hablando, alusiones y alegorías ingeniosas, creadas por el talento de los griegos. Forman, pues, el tesoro de la poesía de todas las naciones procedentes de la civilizacion griega y romana. Privarlas de él, es quitarles el medio de personificar las pasiones, y de elevar el lenguaje poético sobre el comun y vulgar de los hombres; y por consiguiente, es quitar á la imaginacion sus derechos, y obligarla á contentarse con prosa rimada y filosófica. Sólo debemos advertir que la nomenclatura mitológica no puede tener lugar en las poesías cristianas; y la misma excepcion prueba la regla, porque en este género de composiciones deben ser otros los medios de conmover la imaginacion y de excitar los sentimientos. Si nosotros hubiéramos de censurar alguna cosa en los padres de la poesía castellana, no sería la imitacion de los poetas antiguos, porque los buenos modelos deben ser imitados, y por imitar han comenzado todos los grandes artistas.»

Tal era, pues, el modo con que tan instruido maestro consideraba la introduccion de las deidades del Olimpo pagano en las obras del arte poético; opinando, sin duda, que no es obstáculo á la espontaneidad del pensamiento, ni traba para la inspiracion, el uso simultáneo con ésta, de ciertas imágenes no rebuscadas, sino impresas en la memoria, cuando se posee una erudicion profunda y gran copia de clásicos estudios.

Recuérdanos nuestro cantor sevillano, la correccion y especial esmero de Arguijo, que tan bien supo conservar el estilo poético de Herrera, en sus cincuenta sonetos con que da fin al primer tomo de sus obras líricas. Así como aquél, elige varios de sus asuntos

en los héroes de la historia de Grecia y Roma, y, no á su ejemplo, tambien en otros de los que honran á su patria; y muestra asimismo marcada predileccion por este género de composiciones, no olvidando tampoco en algunos la observacion filosófica del vate sentencioso, como en aquel que termina:

Los humanos corazones
Sufren en la verdad y en el engaño;
Y sin gozar de sí ni un solo dia,
Venden la juventud á las pasiones,
La edad madura al triste desengaño,
Y la vejez á la razon tardía.

Aunque se juzgue excesiva prolijidad, hemos de permitirnos trasladar á este sitio una sola de estas breves poesías, la última del primer tomo de nuestro autor, para admirar su galano estilo en esta clase de obras. Está dirigida á la Academia del Mirto, que le obsequió con una excelente oda en su elogio.

Otro nombre buscad, de la armonía
Más digno, y de inspirar vuestras canciones,
Si quereis que del Pindo en las mansiones
¡Oh, amable juventud! Febo os sonria.
Que si pudo enseñaros la voz mia
Cómo se alcanzan sus preciados dones,
¿Qué valen ¡ay! mis tímidas lecciones
Junto al fuego inmortal que Homeros cria?
Vuestra es la edad del genio y los placeres:
Vuestro el laud de Euterpe soberano:
Vuestro el vigor de juventud activa.
Coged lauros y el mirto de Citéres,
Y dejad que en la frente de un anciano
Se marchite con él su antigua oliva.

No son, por lo comun, de igual importancia que algunas de las ya mencionadas, aunque sí de un mérito notable, las poesías de Lista del género amatorio. Aseméjase en él á nuestros ingenios de anteriores siglos, imitando tambien no pocas veces al lírico de Venusa. En sus odas, idilios y romances eróticos, que versan sobre temas harto conocidos, se muestra siempre el poeta correcto y delicado, pero que sigue las huellas de antemano trazadas; revelando la estudiada pasion, el fingido culto rendido á beldades

imaginarias, para hacer gala de su fecundo númen; recorriendo un campo sin límites siempre y sembrado de flores de variedad infinita. La musa de Licio ofrece más simpática expresion cuando se entrega á la pena que causan los amores contrariados, que cuando experimenta las dulces alegrías. Sabe cantar más bien con melancólicos y tristes ecos *el sueño del infortunio* en la fiera noche que triplica el manto de tinieblas; la ausencia penosa, tímida esclava de los recelos; la pérfida mudanza, el tardo desengaño, los celos que envenenan el corazon; que aquellas venturas sin cuento que son la inefable delicia de un alma apasionada.

Bellos son los romances del pescador Anfriso, quien

Por la ausencia de su Elisa
Amargas lágrimas vierte,
La más hermosa zagala
Que vió en su márgen el Bétis.
Con un mismo arpon sus pechos
El amor tirano hiere.
Elisa idolatra á Anfriso;
Por Anfriso Elisa muere.

En todas las composiciones de este género, que son numerosas, se admira la facilidad, la fluidez, la esmerada diccion de Lista. Suyos son algunos romances que en nada ceden en mérito á los mejores con que se enriquece nuestro Parnaso. Recordamos aquel que empieza:

De la mal formada choza
A su olvidada barquilla,
Sale el pescador Anfriso
Al primer albor de un dia.

No es este, por cierto, un simple romance amatorio. En él se trata un asunto que ha sido siempre de la predileccion de los vates sevillanos: las filosóficas consideraciones que despiertan las ruinas de la famosa Itálica.

Tardamente costeaba
Triste y solo las orillas,
Donde de Itálica nombre
Apénas queda y cenizas.

Contempla de su grandeza
Las destrozadas reliquias,
Y dejando aparte el remo
Así llorando decia:
«¡Oh lamentables despojos
Del tiempo!.... ¡Oh tristes ruinas!
Infeliz y fiel imágen
Sois de la ventura mia.
Las altas torres que al cielo
Elevarse presumian,
Al acero y á la llama
Se desplomaron rendidas.
De arcos, columnas y estatuas
Gastados trozos se miran,
Y entre ellos la ingrata tierra
Serpientes brota y espinas.
Yace entre el polvo deshecho
Tu esplendor, tu pompa antigua;
Triunfo que reservó el hado
A la africana cuchilla.
Así desvanece el tiempo
Los placeres de la vida,
Y en un momento destruye
Las glorias de muchos dias.»

No es nuestro ánimo señalar las bellezas descriptivas que sobresalen en este género: fuera imposible, á no dar una extension ya inconveniente á nuestras modestas observaciones. Sólo citaremos como más notables, el romance que titula á *Eutimio en la muerte de su madre*, que es digno de preferentes elogios; el morisco *Celima*, no inferior á los que de esta clase abundan en nuestros romanceros; *La Cabaña*, por los nobles y tiernos sentimientos que en él sobresalen; y entre otros muchos, aquel dirigido *A Eugenio*, á quien aconseja sábiamente, cómo podia penetrar en los soberanos misterios de Apolo y Clio, y en donde recuerda la precoz edad en que se sintió poeta, y su aficion á los estudios científicos.

Yo, como tú, cuando el rostro
Doraba el bozo primero,
Sentí en el hervor del canto
Alborozado mi pecho.
. . . .

Allí de Newton y Euclides
La sagrada voz oyendo,
Mi espíritu enajenado
Los orbes corrió del cielo.

. . . . :

Y volví á cantar, y pudo
Tal vez halagar mi acento,
Del Bétis, fecundo en cisnes,
Los márgenes placenteros.

Los consejos del ilustre preceptor se hallan comprendidos en una máxima observada por él mismo constantemente.

Estudia y sabe, y sé útil.

Ya con el cayado pastoril y gozando bucólicos placeres, canta, amador de Elisa, Anfriso el venturoso, sus inocentes y dulces ensueños, en ligeros idilios; ó ya, con graciosa soltura, las amorosas delicias que celebró el lírico griego en el género de obras que han recibido su nombre. Algunas de éstas, algo variadas, fueron ya dadas á la prensa ántes de concluir el siglo anterior por la *Academia de Letras humanas.*

Por último, no dejaremos de mencionar las de otra clase, que tambien Lista cultivó; si bien creemos no diese á las que á él son debidas, señalada preferencia entre sus obras. Imita en algunas de ellas á los poetas del Lacio, hasta en la construccion por éstos usada. Bajo la denominacion de composiciones epigramáticas, se comprenden unas ligeras seguidillas, sumamente bellas. Hé aquí una sola:

Amoroso suspiro,
Vuela á mi bella;
Vuela tan silencioso,
Que no te sienta;
Y si te siente,
Dile que eres suspiro,
No de quién eres.

Mucho tememos haber incurrido en exceso de prolijidad al

recorrer las páginas del libro encantador, fruto de la inspiracion del poeta de nuestros tiempos que ocupa el lugar más señalado en el Parnaso de la antigua Vandalia. Sírvanos, pues, de disculpa este notable privilegio, y la circunstancia sobre todo, de haber sido el llamado á proseguir la obra de Herrera *el divino;* renovando con su ejemplo el gusto y la correccion del lenguaje poético de su Escuela, en el presente siglo.

VIII.

Lista (conclusion).—Algunas poesías suyas posteriores á la publicacion de las coleccionadas.—Carácter general de sus obras de este género.

Tiempo hacia que nuestro insigne vate sevillano, consagrado á los graves deberes del magisterio, no pulsaba aquella lira que tan armoniosos acordes produjo, y que se hallaba ya adornada de merecidos laureles; cuando á su regreso de Cádiz el año 1844 al suelo que le vió nacer, con motivo de trocar la direccion del Colegio de San Felipe de la expresada ciudad, por la regencia del de San Alberto; estimulada su callada musa por un bello soneto que el distinguido poeta y profesor de filosofía entónces de aquel último establecimiento, D. Francisco Rodriguez Zapata, le dirigió, contestaba á éste con un romance, adecuado á sus circunstancias y propio de su ingenio y elegante estilo. Por haber sido inspirado en la ancianidad del sábio maestro, y advertirse en él la frescura de imaginacion de sus floridos años, lo trasladamos á continuacion, precedido del soneto de su admirador, digno tambien de ser recordado.

Al Sr. D. Alberto Lista y Aragon, en su regreso á Sevilla en 1844, para fijar en esta ciudad su residencia.

Dejaste á Gádes, y la fresca orilla
De nuevo pisas que nacer te viera,
Porque segunda vez del sacro Herrera
Oyese el canto la inmortal Sevilla.
Rico eden, celebrada maravilla,
La contemplas con risa placentera,
Y el sacro fuego que en tu pecho ardiera
Torna y se inflama, y en tus ojos brilla.

Canta, pues, este cielo de colores,
Este campo de vida eterna fuente,
La hermosura, el placer y los amores.
Miéntras que la amistad pura y ferviente
Teje de mirto y de nativas flores
Nuevas guirnaldas para ornar tu frente.

La contestacion de Lista es como sigue:

A D. Francisco Rodriguez Zapata, mi amigo (1).

ROMANCE.

¿Por qué á cantar me incitas
Con tu ruego, dulce amigo,
Si ya de mi helado labio
Huyó el acento del Pindo?
Á la abandonada lira
Ciñes rosas, ciñes mirtos,
Y á las sienes me rodeas
El sacro laurel de Cintio.
Y apénas la tomo, caen
Hojas y laurel marchitos,
Y la reina de las flores
Pierde su nácar y brillo;
Que el aliento de mi boca
Basta á matarlas de frio:
Con él se rompen las cuerdas
Y estalla el marfil bruñido.
No amigo; yo escarmentado
Al dios del Permeso olvido
Que al gran Corneille los años
Nos lo pusieron muy chico.
Y de Albion el portento,
El nunca olvidado Milton,
Si bien pensó recobrarlo,
Perdió viejo el Paraíso.
Aunque doncellas, las musas
Son mujeres, y es sabido
Que á los ruegos de un anciano
Responde el sexo con silbos.

(1) Esta composicion se halla fechada en 15 de Julio de 1844, y así como la otra, se publicó por vez primera en *El Laberinto,* periódico literario que veia la luz pública en Madrid aquel año y el siguiente.

Tú que á juventud florida
Unes el genio divino,
Y en quien compiten iguales
Imaginacion y juicio,
Pulsa de Sion el arpa,
O la lira del Anfriso:
Que entrambos cantos el Bétis
Escuchará complacido.
Y olvídame, que en mi pecho
Es ya el estro un calofrío,
Las inspiraciones toses,
Y los cantos, romadizos.

Con tan discreto romance daba respuesta á la expresion de la amistad entusiasta, concediendo un honor merecido á quien entónces y despues ha confirmado ser justo tributo á su númen poético las alabanzas del sabio preceptor. El mismo Zapata, en el siguiente año, consagraba á Lista otro soneto no ménos notable, por su ascenso al doctorado en teología y filosofía en la Universidad literaria hispalense. ¿No se advierte acaso alguna analogía en el tono entre festivo y melancólico que usa en esta ocasion el poeta, ya anciano, con aquel en que se expresa el inolvidable Baltasar de Alcázar, cuando sometido á los achaques y al cansancio de la vejez, dirige á su amigo Sarmiento las postreras inspiraciones de su musa, por lo comun alegre y maliciosa?

En el mismo año de 1844, embelleció Lista las páginas de un *Album* con los siguientes versos [1].

Despues del rígido invierno
Espera el Abril sus rosas;
Mas ¡ay! que las más hermosas
Sólo un dia vivirán.
Y apénas su blando aroma
Goza el prado y la enramada,
De la rosalera amada
Al pie marchitas están.

Mueren; mas su olor suave
Llenó de vida el ambiente:

(1) Conserváronse inéditos hasta que fueron publicados en la *Revista de ciencias, literatura y artes*, de Sevilla.

Mueren; mas eternamente
Produce el fruto otra flor.
Así la frágil belleza,
Expuesta ¡oh tiempo! á tu saña,
Si la virtud la acompaña,
Conserva eterno esplendor.

Otra prueba notable de la lozanía y viveza de imaginacion de Lista un poco ántes de extinguirse su existencia, se halla en los siguientes consejos, tan discretos como elegantemente expresados, que en el año anterior al de su muerte dirigia al niño Alberto Perez de Anaya.

Mi nombre llevas, Alberto,
Y el sér debes á un amigo,
En mi adversidad probado,
Y en mis bienes complacido.
Por tu nombre y por tu padre
Con doble deber dirijo
Al cielo fervientes votos,
Y el cielo los oye pío.
En favor tuyo le ruego,
Y no temo hallarle esquivo,
Que á la amistad é inocencia
Nunca cerró los oidos.
Mas no los ricos tesoros
De Creso para tí pido,
Ni de la ambicion sañuda
Los infaustos regocijos,
Ni los beleños del ocio,
Ni de Accidalia los mirtos,
Ni de las funestas lides
El laurel, en sangre tinto.
Mente sana, en cuerpo sano
Ruego, y noble patriotismo.
Mediana y modesta suerte,
Instruccion, virtud, juicio.
¡Virtud!.... su angélico sello
Grabe en tí tan fuerte y fijo,
Que jamas borrarlo pueda
La inmoralidad del siglo.
Sé de tus amables padres
Gloria en tus años floridos,
De sus canas alegría,

De su senectud arrimo;
Y entre tantas bendiciones,
Tambien para mí suplico
Que del autor de tus dias
Imites el fiel cariño;
Y pueda yo, caminando
De la tumba al cierto asilo,
Decir: «La amistad del padre
Ya reflorece en el hijo.»

Fechada en Sevilla el 2 de Julio de 1847, cuando su autor contaba setenta y dos años de edad, esta bellísima poesía se conservó inédita hasta despues de su muerte.

Hállase en los *Diálogos políticos y literarios* de D. Antonio Cavanilles, publicados el año 1859, y en uno de los de mayor interes de esta obra notable, *Los afrancesados*, un soneto de Lista, inédito tambien hasta entónces, que por esta circunstancia y la de ser evidente su mérito, reproducimos á nuestra vez en este lugar.

Nacion indefinible en quien el cielo
Fácil ingenio y abundante cria,
Y en débil alma intrépida osadía,
Un tiempo asombro, escarnio ya del suelo.
¿Por qué abatiste el atrevido vuelo
Al primer aquilon que el Norte envia?
Si el yugo admites fácil, ¿por qué impía
La Europa sumergiste en sangre y duelo?
¿Dó está el valor que las historias llena?
¿Y aquellos en la lid temidos nombres?
¿Y de Marte los hórridos placeres?
¡Ah! ¡qué bien dijo el domador del Sena!
Que sois, si vencedores, más que hombres;
Y si vencidos, ménos que mujeres.

Algunas otras poesías de nuestro moderno ingenio, de igual modo inéditas ó no comprendidas entre las ya coleccionadas, no muchas más de las que hemos mencionado, fueron publicadas en el mismo año del fallecimiento de su autor, en un pequeño volúmen [1]. Encuéntrase en él, el canto heroico *La inocencia per-*

[1] Biografía del Sr. D. Alberto Lista, seguida de una coleccion de poesías, inéditas unas, y otras no comprendidas en las ediciones que se han hecho de las de dicho señor. Madrid, 1848.

dida. Muy en breve hemos de examinar este meditado poemita de Lista, al tratar del que, con igual título, hizo en noble competencia D. Félix José Reinoso, su predilecto amigo.

Sábese que el docto maestro escribia una tragedia con el título de *Galileo*, cuando residia en Pamplona el año 1817; pero no se tiene noticia de la existencia de tal obra, aunque sí de que no sólo esta vez se consagrase al cultivo de la dramática [1], á que no han

[1] Consígnalo él mismo en una interesante carta dirigida al célebre escritor D. Sebastian Miñano, y á su vez el que fué poseedor de ésta, D. Eugenio de Ochoa, en la biografía que escribió de su digno maestro.

La siguiente nota es del Sr. Fernandez Espino, y se halla en el elogio que precede á la *Corona poética* de Lista (Sevilla, 1849).

«Tradujo en verso la *Calixta* de Colardeau y el *Catilina* de Crebillon: en prosa, dos comedias de Molière. Escribió original una tragedia de *Santa Justa y Rufina*, que es una rapsodia de la *Xaira* de Voltaire y del *Polieucto* de Corneille. Dejó por concluir un drama titulado *Armida y Reynaldo*, del que insertó algunos trozos en la segunda edicion de sus poesías. Escribió un poema de bastante mérito titulado *La mentecatez*, en que imitó á Pope, y el de *La Inocencia perdida*, que obtuvo el accésit en concurrencia con otros poetas: el Sr. Reinoso ganó el premio. Se conservan los originales de todos, que deben ser entregados en la Biblioteca de esta Universidad, á que pertenecen por donacion del poeta. Ha desaparecido su más apreciable joya, que consistia en un gran cuaderno manuscrito de composiciones poéticas, corregidas y preparadas para la estampa, el cual legaba tambien á la Biblioteca de la Universidad. El que la haya sustraido del cajon en que estaba guardado con llave, quitando así una parte de su gloria al ilustre poeta y un monumento á la literatura española, bien merece la execracion de todos los amantes de las letras. Sus albaceas D. Antonio Martin Villa y D. Jorge Díez, presbítero, han hecho las mayores diligencias para descubrirlo, pero todo ha sido en vano.»

Las obras de Lista de distinto género, que vieron la luz pública, son las siguientes:

Coleccion de hablistas y varios tratados de matemáticas para el uso de sus discípulos. Publicóla del año 1820 al 1823, siendo profesor de aquella ciencia, historia y humanidades en el Colegio de San Mateo de la córte.

Sus *Poesías*. Primera edicion, 1822.

En el *Catálogo de la Biblioteca de Salvá* (1872) se cita una edicion de las *Poesías* de Lista, ajustada á la de Madrid de 1822, y aumentada con una composicion del mismo autor. Fué hecha en París el año 1834.

Lecciones de literatura española explicadas en el Ateneo, 1836.

Segunda edicion de sus *Poesías*, corregida y aumentada. Dos tomos, 1837.

Ensayos literarios y críticos. Sevilla, 1844. Dos tomos.

Ademas, en union con D. Sebastian de Miñano y D. José Gomez Hermosilla, publicó, desde el año 1820 al 1822, diez y siete tomos del *Censor*, periódico de los que mejor concepto han merecido. En 1828 escribió el suplemento á Mariana y Miñano, que comprende el tomo IX de la *Historia de España*, edicion hecha aquel

sido dados, tanto en la época antigua como en la moderna á su reaparicion, los ingenios de su escuela poética, quizas por las causas que observa el mismo Lista, al notar esta rara extrañeza de la escena patria, en los vates contemporáneos suyos dotados de tan brillante imaginacion.

Las obras poéticas del docto sevillano, ya lo hemos visto, pertenecen á todos los géneros y se presentan con las variadas formas que el arte fija, patentizando la pasmosa facilidad de aquél. Desde el asunto grandioso, el más sublime que puede cantar el poeta cristiano, desciende hasta el más sencillo y á veces trivial; no careciendo de mérito, áun en este último caso, por ser fruto de tan hábil y fecunda inteligencia.

No creemos que tales dotes le sean negadas por nadie. Tal vez la diversidad de gustos que siempre ha de existir entre los que profesan la crítica, incline á juzgar de vária manera su númen poético. Quizas haya habido quien no le conceda siempre toda la elevacion, toda la ternura del poeta espontáneo y no sujeto á las trabas de un sistema especial; quien le considere ajustado en demasía al *estilo poético de escuela* que, en sentir de los poco aficionados á la que nació en las orillas del Bétis, corta las alas del genio y hace emplear un lenguaje rebuscado, artificiosas imágenes y difusos conceptos, por tener sólo en cuenta el brillo de la forma y la sonoridad de la frase.

Sobre esta opinion, por algunos sostenida, algo dijimos en anterior paraje. Para convenir en que adolece el autor á quien nos referimos de estos defectos que se atribuyen desde Herrera á todos los seguidores de la escuela por él iniciada, menester fuera confesar que son tales defectos y resabios censurables, esa aficion al ornato poético, á la diccion correcta, al tono majestuoso, al esmero, en fin, del lenguaje de las musas, en los que, como en todo

año en Madrid. En el siguiente comenzó á dar á la prensa la traduccion de la obra histórica del conde de Segur, continuada hasta nuestros dias con adiciones importantes. Hállanse tambien numerosos artículos de crítica literaria, debidos á su pluma, en varios periódicos y revistas de su tiempo.

Tambien se hallan incluidas las *Poesías* de Lista en el tomo LXVII de la *Biblioteca de Aútores Españoles*, 3.° de los *Poetas líricos del siglo* XVIII (1875).

sistema, no han de faltar quienes con importunas exageraciones, escaso gusto ó no delicado instinto, excedan los límites de lo conveniente y plausible. D. Alberto Lista no se halla jamas en este último caso. Razonable será conceder que la espontaneidad impetuosa, el lirismo exaltado que tan vivamente impresiona y conmueve cuando llora el poeta cristiano la muerte del Redentor del universo, no es comun en los demas cantos, acaso por la índole de sus asuntos; pero la ternura melancólica de las tristes horas de la vida, la afliccion que producen los infortunios, los dulces afectos de la amistad con tan mágico atractivo expresados, son prendas de gran valor que á cada paso resaltan en las variadas y numerosas producciones de su númen. Por lo demas, justo es no olvidarse del gusto general en las letras, no sólo sevillanas, que dominaba en los tiempos en que resonaron las primeras armonías en la lira de Licio, así como las clásicas aficiones del que, á la vez que la inspiracion, poseia el caudal de conocimientos que le daban un constante estudio y frecuente trato con los líricos de la antigüedad pagana. ¡Talento privilegiado el suyo! Asombroso es, en verdad, el no comun maridaje de la poesía, con su idealismo, sus conmovedores afectos y su mágica forma, con la ciencia más severa, tan ajena á todo sentimiento vehemente y á las ilusiones y fantásticos ensueños de un corazon apasionado, que se realiza con tan singular brillantez en aquel extraordinario y doctísimo varon.

Consuelo en sus adversidades, recreo en la feliz medianía gozada gran parte de su vida, llama al culto que tributaba á las hermanas del Pindo. «Yo no puedo juzgar de mis inspiraciones; pero sí de mi sistema poético, y así lo explicaré brevemente, dice en el prólogo de sus obras líricas. Mi modelo es Rioja, y mi cuidado al componer ha sido siempre revestir con las formas, la expresion, el lenguaje de este gran poeta los pensamientos que la inspiracion me sugeria. Esto lo he hecho én una gran variedad de asuntos sagrados, profanos, filosóficos y amatorios.

»En estos últimos he procurado imitar más bien el delirio raciocinado de la pasion, propio de nuestros poetas del siglo XVI y XVII, para los cuales el amor era un culto, que el derretimiento

de los italianos ó la galantería de los franceses, para los cuales el amor no es más que un placer.

»En fin, he pugnado por reunir en la versificacion, muy variada en cuanto á los metros, la valentía y fluidez de mi maestro Rioja, con el artificio admirable y generalmente poco estudiado de los versos de Calderon.

»Tal ha sido mi sistema de *poetizar;* y en mi sentir, todo mi mérito en esta parte podrá consistir, cuando mas, en ser un discípulo *aprovechado* de Rioja. En cuanto á la invencion de los pensamientos, ya he dicho que se deriva de la inspiracion; y de ésta no puede juzgar el poeta, porque no depende de él, sino los lectores por la simpatía que produzca en ellos.»

Merecen apreciarse las anteriores palabras del ilustre sevillano, anticipada respuesta á las observaciones de la crítica.

Quisiéramos excusar la reproduccion de ajenos juicios, siempre preferibles y superiores á los que formulamos por nuestro propio estudio; pero hay ocasiones, como la presente, en que la autoridad del que los ha emitido con tan justificada competencia como acierto, nos incita á su reproduccion, persuadidos, por otra parte, de que quien obtiene señaladísima ventaja con esta preferencia es el lector que bondadosamente se fije en nuestras apreciaciones. Hé aquí, pues, el que merecen las obras poéticas de Lista al que tanta erudicion poseia en nuestra patria literatura, el ilustrado escritor aleman D. Fernando José de Wolff [1].

»Sus poesías, dice, son casi todas del género lírico, que es el único á que se ha dedicado, y en ellas se ha señalado tanto, que se le debe colocar entre los primeros poetas modernos de aquel género, no sólo de España, sino de Europa. Hase, pues, formado con el estudio de los poetas clásicos de la antigüedad y los castellanos del siglo de oro; y es quizas entre los poetas españoles el que ha sabido reunir con el mejor éxito la precision, claridad y elegancia de los clásicos antiguos, con el encanto, halago y riqueza de los castellanos, y la profundidad metafísica de los modernos. Sirvan de prueba sus *traducciones*, ó mejor diremos, sus

(1) *Floresta de rimas castellanas desde Luzan hasta nuestros dias.*

imitaciones de Horacio, escritas con tal maestría, que el mismo poeta no habria podido decirlo mejor, á haberse valido del habla castellana: sus poesías sagradas, compuestas en el estilo del cristianismo romántico, en que los castellanos han aventajado á todas las demas naciones de Europa; sus *líricas profanas*, llenas de patriotismo y vuelo, por las que ha verificado lo que de él habia pronosticado su célebre maestro Meléndez, diciendo: *En D. Alberto Lista veo renacida la musa del divino Herrera;* sus *poesías filosóficas*, en que no se sabe qué admirar más, si la apacibilidad de los sentimientos ó la humanidad, nobleza y elevacion en las miras, ó la perfeccion del estilo y la versificacion; en fin, sus poesías *amorosas y anacreónticas*, en que, si no se iguala al *dulcísimo Batilo*, á lo ménos no cede á ninguno de cuantos, entre sus demas compatriotas, han pulsado el blando laud de Anacreonte.»

Tambien mereció el inspirado Anfriso ser celebrado por aquel ilustre vate del siglo anterior, en una de sus postreras composiciones, cuando en su ancianidad, segun sus palabras, ni la voz ni la lira eran ya á propósito para la poesía.

No suena ya, no suena
Mi lira, dulce amigo,
Cual en los faustos dias
De mi verdor florido.

. . . .

Entónces ¡ay! entónces
Con generoso ahinco
Tras el sublime lauro,
Volaba, oh caro Anfriso

. . . .

Tú, en tanto, á quien los años
Y el claro dios del Pindo
Adulan, y en sus redes
Prendió el alado niño;
Feliz mis huellas sigue,
Y en dón bien merecido
Recibe, Anfriso amado,
La lira de Batilo;
La lira que á los cisnes
De nuestros sacros rios
Fué ejemplo á que cantasen
Con más acorde estilo.

Yo, en tus aplausos loco,
Miéntras que al negro olvido
Me robas tú en tus versos (1),
Del mismo Apolo dignos;
Diré gozoso á todos:
«Si en tan excelso giro
Sobre los astros vaga,
Yo le mostré el camino.»

La prosa de Lista, correcta y pura, así como su poesía, es modelo de lenguaje. Sus selectos y elocuentes trozos de delicada crítica, enseñan al mismo tiempo que embelesan por su estilo y persuasiva argumentacion. Adviértese su erudicion histórica, cuando con armas de tan buen temple se muestra campeon invencible sosteniendo los fueros del buen gusto en el palenque literario, bien defienda ó publique las excelencias de los grandes maestros de la poesía lírica, Homero y Virgilio, y en nuestra España Luis de Leon, Herrera, Rioja y otros muchos; ya dicte sus preceptos, ya exponga el mérito de nuestros dramáticos, para dar á Calderon, Lope de Vega, Moreto, Alarcon, Tirso y otros varios la prez merecida.

Diéronle dilatados años envidiable renombre estas cualidades excelentes de crítico y poeta; como no fué menor el que alcanzó por su virtud y nobles prendas de carácter, propagado por la voz de la amistad cariñosa y del vivo agradecimiento de sus numerosos discípulos, á algunos de los cuales mostró la verdadera senda del Parnaso, en la que han conquistado justa celebridad; porque si bien el poeta nace, *el estudio es al mismo tiempo la espuela y el freno del ingenio*, segun tan insigne preceptor. El hombre moral, el sabio, en fin, de corazon recto, que halla sus complacencias en el bien y en ser útil á sus semejantes, se encuentra retratado en estas palabras:

«Concebimos, dice, que el hombre egoista y ávido de fruiciones materiales logre entorpecer sus órganos y su fantasía misma, y que llegue á sentir el peso insoportable de la vida en que

(1) Alude á la cancion de Lista en su elogio, en la que le da el nombre de *restaurador de la poesía española.*

nada desea ni espera. Los ejemplos de este fenómeno son numerosos, y mucho más en este siglo de egoismo y goces *positivos*. Pero es seguro que nunca se verá fastidiado de su existencia el que dedique parte de ella al estudio, al cumplimiento de sus deberes y á la beneficencia.»

Tal es, pues, el ilustre varon que, por su importancia en la moderna Escuela poética de Sevilla, exigia el detenido estudio que nos hemos complacido en llevar á cabo, aunque desconfiando del acierto.

Cuando se extingue la vida del hombre de alto saber ó de acrisoladas virtudes; cuando ya ha cubierto sus restos la losa del sepulcro, acrece por lo comun, con el prestigio de su nombre, la veneracion y el respeto de sus conciudadanos; reconócense con mayor imparcialidad sus merecimientos; aménguanse las prevenciones ó antipatías más ó ménos injustas; se siente el vacío que causa su pérdida, y comienza, en fin, una nueva existencia para el genio, la que da la gloria, haciendo su recuerdo inextinguible. Pocos son los que en vida alcanzan por completo tan generales pruebas de cariño y admiracion. Sin duda alguna, D. Alberto Lista gozó de este envidiable privilegio: granjeábase el afecto general; todos en él veian una gloria literaria de su nacion. Su muerte, pues, renovando este debido tributo á su talento, ocasion fué de luto y duelo para las letras. Entónces, apenada, segun indicamos, la musa del Bétis, demandó á la del Manzanares uniese á los suyos sus sentidos ecos para lamentar suceso tan infausto, y poseidas ambas de comun dolor, honraron la memoria de Licio con elevacion, ternura y sublimidad.

IX.

D. Félix José Reinoso.—Apuntes biográficos.—Cómo influyó por su parte, con la enseñanza y el ejemplo, en resucitar la Escuela poética sevillana.—*La Inocencia perdida*, poemas.—Comparacion y exámen de ambos, pertenecientes á Lista y Reinoso.—Obras poéticas de este último.

Digno y poderoso aliado era, sin duda, en la noble empresa acometida por Lista y otros decididos campeones del buen gusto, para obtener con sus esfuerzos y su ejemplo la restauracion de la antigua Escuela del cantor de Eliodora, un varon distinguido por sus letras y virtudes y en más de un concepto identificado con aquel sabio preceptor. Llamábase D. Félix José Reinoso, y tuvo su cuna en la capital de Andalucía, donde vino al mundo tres años ántes que Lista, el dia 20 de Noviembre de 1772. Sus padres ejercian la misma industria que los de éste, aunque con mayor desahogo, y le consagraron tambien á la carrera eclesiástica, hácia la que se sentia inclinado; siguiendo los estudios precisos con igual asiduidad, aficion y provecho que quien fué desde entónces su entrañable amigo, compañero en el sacerdocio, digno rival en las lides de la inteligencia, émulo incansable en la aplicacion y la enseñanza, admirador de su númen como alumno del dios de la armonía, y objeto de sus inspiraciones cuando dándole el poético nombre de *Fileno*, á él se dirigia al cantar el *sosiego de la virtud*, de que entrambos gozaron.

¡Analogía extraña por cierto, la que ofrecen estos dos profundos humanistas y poetas, destinados á seguir un mismo camino y á ejercer una influencia eficacísima en los estudios literarios de su patria, hallando de nuevo el plectro que en la diestra de Herrera y de Rioja produjo en otros dias tan melodiosas vibraciones! Pretendemos señalar los distintos caractéres de entrambos como

cultivadores del arte poético, indicando la parte que así como á Lista, cupo en el triunfo obtenido al combatir los profanos corruptores del lenguaje de las musas, al laureado cantor de las perdidas felicidades del Eden.

No seremos muy prolijos, al consignar ántes algunas circunstancias de su vida, consagrada al estudio y á la piedad.

Cursante distinguido de las ciencias eclesiásticas en la Universidad de Sevilla, se dedicó á un mismo tiempo á más amenas y variadas tareas; siendo uno de los fundadores de la Academia de letras humanas, en la que ejerció el cargo de secretario. En la misma desempeñó una cátedra de humanidades, y sus explicaciones fueron de evidente influjo en el restablecimiento del buen gusto literario entre la juventud estudiosa de aquel tiempo. No fué de los que ménos concurrieron entónces con sus trabajos de diversa índole y especialmente poéticos, al lustre de tan modesta como escogida asociacion, ni de los que ménos contribuyeron á darle merecido concepto con los frutos de su inteligencia en su ciudad natal y en la córte. Más adelante designaremos cuáles fueron aquéllos y la aceptacion que hubieron de alcanzar. Recibió las órdenes sagradas, y desempeñó desde el año 1801 hasta el de 1811 el curato de la parroquia de Santa Cruz del lugar de su nacimiento, dando señaladas muestras de la piedad que atesoraba su corazon, no sólo en el esmerado desempeño de su ministerio, sino siendo amparo incansable del doliente y menesteroso, y protector de la niñez desvalida, de una manera digna de todo aplauso, en circunstancias extraordinarias, como cuando aquel último año afligió una terrible epidemia á la hermosa ciudad andaluza. Tales pruebas de caridad y amor á sus semejantes, unidas á las que se admiraban de su claro entendimiento, le dieron en breve general estima y consideracion. Confióle la Sociedad económica de Sevilla, en 1815, la cátedra de humanidades, que suspendida largo tiempo, restableció entónces, donde durante cinco años defendió sus doctrinas regeneradoras sobre el estudio filosófico de la literatura, infatigable continuador de la empresa concebida y llevada á cabo con sus ilustres compañeros de aquella Academia. Sucesivamente residió en Cádiz, comisionado por la Diputacion provincial en ciertos trabajos ad-

ministrativos; y al terminar el año 1825, en Madrid, donde obtuvo el cargo de redactor de la *Gaceta Oficial*, y otras comisiones honrosas, propias de su capacidad y conocimientos especiales. En 1833 fué nombrado Dean de la santa Iglesia metropolitana de Valencia, juez auditor del Tribunal de la Rota, é individuo y presidente de la Inspeccion de imprentas y librerías del reino. No tan afortunado como Lista, que tuvo su sepulcro donde su cuna, y vió renovados en su ancianidad y en los amenos lugares donde discurrió tan provechosamente su juventud, los gratos recuerdos de ésta, falleció en Madrid, víctima de los padecimientos propios de los que se dedican con extremada asiduidad á los trabajos de la inteligencia, al comenzar el año 1841 [1].

La obra poética más importante de Reinoso es, sin duda, su poema, en dos cantos, titulado *La Inocencia perdida*, asunto propuesto por la Academia de Letras humanas en uno de sus certámenes, cuyo premio adjudicó en 8 de Diciembre de 1799. Dignos adversarios disputaron en tan noble liza el laurel del triunfo, y dignos fueron ambos de galardon. Llamábanse estos dos competidores Reinoso y Lista. Tocóle en suerte al primero, tal vez por haber acertado á prestar entonacion más vigorosa y colorido más vivo y animado á sus acentos, el premio ofrecido, y al segundo el *accesit*, recompensa justamente otorgada, sin duda, al esmero clásico y á la flúida versificacion que tan bien revela al poeta sobresaliente y admirable.

El ángel rebelde yace en las eternas tinieblas lanzado de las

(1) Despues de haber sido premiada la presente Memoria, se ha verificado, en el año 1874, la traslacion de los restos mortales del célebre humanista y poeta, de Madrid á Sevilla. Hallábanse en el cementerio de la Sacramental de San Isidro, desde donde fueron conducidos primeramente con gran solemnidad á la iglesia de las Trinitarias, acompañados de un numeroso concurso de personas distinguidas. D. Fermin de la Puente y Apecechea y D. Juan José Bueno, comisionados para la expresada traslacion, dispusieron en tributo á la memoria de varon tan notable, la celebracion en aquel templo de unas honras fúnebres, en las que el elocuente orador sagrado D. Pedro Carrascosa, hoy obispo de Avila, renovó el glorioso recuerdo de sus virtudes y su saber.

Los restos de Reinoso yacen ya en la Iglesia de la Universidad de Sevilla, al lado de los de Arguijo, Arias Montano, Rodrigo Caro y de Lista, con quien tuvo tan íntima amistad, siendo como él, gloria de la moderna Escuela poética sevillana.

celestiales regiones, y entregado á inútil cólera, altivo, soberbio y con sed de venganza, cuando los rayos del sol alumbran desde el Oriente la tierra: murmurantes y apacibles brisas ensayan á batir sus alas con timidez en un suelo recien creado; todo es luz y alegría, todo es calma y ventura en la mansion terrestre. Multitud de seres irracionales, de especie vária, pueblan el cielo, el mar y los campos, desprovistos aún de fiero instinto: todos acatan como á señor fuerte y poderoso á una criatura hermosa y perfecta, de mirada avasalladora. El Altísimo tiene en ella sus complacencias, porque haciéndola á su imágen, le dió espíritu inteligente y elevado. Este sér, tan pródigamente ennoblecido con cualidades tan altas, es el hombre; el hombre que reconoce y bendice el inmenso poder y ciencia infinita de su Creador. Aquel nefando rey de los abismos, de llanto perpétuo y de inextinguibles dolores, contempla con vil despecho y celos iracundos la felicidad concedida al primer morador de la tierra, y concibe el audaz pensamiento de destruirla en breve con su pérfida asechanza y astucia, rebelándole en contra del Omnipotente, que lo formó de la nada. Hé aquí el primer cuadro del drama tan terrible y funesto para el humano linaje: como dón grato y apetecible, concede el Hacedor á la criatura el beneficio del sueño; gózalo, y al despertar halla una compañera llena de hermosura y candor, destinada á ser partícipe de las dulzuras de un lugar de delicias sin cuento. ¡Idilio encantador, cuyas dichas inefables les concede disfrutar el Eterno, propicio y cariñoso! Mas el astuto va á ejercer su primera asechanza, y la mujer á cometer su falta primera: el llanto que ahora humedece los párpados del hombre, y sólo es de gratitud y de júbilo, va á trocarse en amargo y abrasante en sus mejillas.... La serpiente fascina al más débil de los moradores del Paraíso, que no resiste á sus falaces amaños, y prueba en hora malhadada el vedado fruto. El hombre es tambien culpable, y en tan terrible momento comprenden, llenos de vergüenza, toda la enormidad de su falta. Desaparece de súbito aquella dulce inocencia que inundaba sus corazones purísimos. La cólera de un Dios resuena en los espacios: vense, como indignos de su amor, lanzados del espléndido y encantador albergue. ¡Porvenir infor-

tunado el de su triste descendencia! El Hijo sacrosanto intercede con el Padre para aminorar los terribles efectos de la desobediencia y la ingratitud. Ofrécese en holocausto de la humanidad; y el Padre, todo misericordia, todo bondad y amor, acepta la sublime é incomparable oferta, y una promesa divina derrama luz de inefable esperanza sobre el mundo. El maligno reptil sentirá quebrantada su cabeza por el Redentor del hombre: presume gozarse en su triunfo; pero en breve desciende trémulo y cegado por los rayos celestiales, á sus antros horrendos. El sér humano arrastrará una existencia penosa, escasa de placeres y abundante en pesares, para rendir al cabo tributo á una deidad que establece su aterrador é indestructible imperio sobre la tierra: la muerte despiadada.

Tal es la gran tragedia de la humanidad, de todos conocida y lamentada por todos; argumento del poema bíblico del inspirado Fileno, y ántes cantado por Milton en su célebre epopeya. Tanto por esta circunstancia, como por la extension y forma señalada, el empeño era difícil. El poeta, no obstante, comprendiendo las exigencias de la Academia, salió airoso de él, y obtuvo la recompensa ofrecida y el aplauso de los más. Cuando dió á la luz pública su obra, algunos críticos de aquel tiempo hallaron materia suficiente para sostener prolijo debate sobre el mérito respectivo de ésta y la otra ménos galardonada. En más reciente época, se ha calificado sólo de mediana en su género, y por su asunto, sin dejar de concederle algunas prendas estimables. Más benévolo Quintana, al examinar detenidamente el poema de Reinoso, hallando en él ciertos lunares, de escasa cuantía algunos, le tributa los elogios á que es acreedor por sus muchas bellezas. Razon tiene juez tan competente para apreciar el verdadero númen poético, no porque lo hayan sido inferiores los que de distinto modo consideran la produccion del vate sevillano: preciso fuera copiar ésta casi por completo, para designar todas las excelencias que contiene.

A[illegible] recordar gratamente en este sitio varias de las sostenidas y arm[illegible]s octavas de *La Inocencia perdida*, fuerza es que coincida[illegible]signar algunas de las mismas que el célebre poeta mo-

derno, con su acierto superior, ofrece como más abundantes en pensamientos delicados ó de construccion más perfecta. Hállase en este caso la última de las siguientes. Su asunto es una bellísima descripcion del aspecto que ofrecia el Paraíso la tercera vez que el sol esparcia sus fulgores por el mundo:

La blanda luz resbala por las flores,
Y levanta reflejos y colores.
  El ave, áun sin haber labrado nido,
Las plumas bate sobre el aura fria,
Y prueba á sostenerse, el cuello erguido,
Que mil cambiantes con la luz envia:
Y cuando ya el poder ha conocido
De las temblosas alas, su alegría
Publica, variando el dulce acento,
Que balbuciente imita el mudo viento.
  El viento, enantes, mudo, qué pausado
Al despuntar de la primera aurora,
Osó apénas, de aljófares bañado,
Besar las flores que la luz colora;
Mas al hallarse súbito sembrado
De los medidos tonos que aún ignora,
Se esconde por las grutas, y suave
Remeda el canto que escuchó del ave.
  En tanto la ovejuela en la llanura,
Gozoso el pecho con la nueva vida,
Celebra á par del lobo su ventura,
Y á triscar con halagos le convida,
O si vuelve los ojos á la altura,
Ve las aves vagar embebecida,
Y á sus cantares, de ella no sabidos,
Responde simplecilla con balidos.

Estos fáciles, dulces y armoniosos versos, respiran todo el galano y seductor estilo de la égloga; pero júzguese en contraste, la enérgica expresion, la viveza de colorido sombrío que presta el poeta al episodio en que describe al espíritu del mal abandonando sus lóbregos imperios para lanzarse sobre la tierra con sus viles designios.

Cual de Vesubio el cráter vacilante
Tiembla alterado y espantoso brama:
Alzase el humo en grupos ondeante,
Y en vellones de luz tal vez se inflama;

Súbito el negro abismo horrisonante
Columnas brota de sangrienta llama,
Y el derretido fuego abriendo calle,
Voráz torrente se despeña al valle:
  Rápida corre la feraz campaña
Allanando las selvas: el arado
Y el buey tardo arrebata, y la cabaña
Rueda, y el pastor dentro descuidado:
Hunde las altas cúspides su saña,
Vuelca estruendoso el arteson dorado:
Cae sobre el mar sin aplacar su ira,
Y por las ondas encendido gira:
  Tal raudo sale del abismo horrendo,
Envuelto en negras llamas el impío,
Y la garganta con rugido abriendo,
De fuego arroja ensangrentado rio.

Hé aquí cómo se complace el nefando genio, en los males y horrores que su falaz tentacion acarrea á la estirpe humana:

  «¡Tiempos, siglos dichosos, cuando al mundo
De la ciega ambicion, ciego heroísmo
Lance en sus iras el Erebo inmundo,
Y el hierro dé al mortal contra sí mismo!
Por entre espigas que en tapiz fecundo
Doraron la campiña, el fanatismo
Hará correr en espumante senda
La derramada sangre en lid horrenda.»

El vate, acongojado al tremendo infortunio que ve próximo, al describir los astutos aprestos contra el hombre de los monstruos del abismo, exclama:

  ¡Dia de horror! ¡Infausto! Tú el primero
En abundosa vena el lloro diste
A los mortales, lloro lastimero
Que en sollozos ahoga mi voz triste:
Tú ¡oh sol! subiendo alegre el hemisferio
A Adan dominador del orbe viste;
Y apagando en el mar tu viva lumbre,
Viste á Adan en acerba servidumbre.

Con esta octava termina el primer canto del poema de Reinoso. El segundo comienza con la aparicion al hombre de su her-

mosa compañera. Inmensa felicidad alcanzan ambos en las regiones que debieran ser de eterna ventura.

¡Padres felices de infeliz linaje!

¡Cuán dulcemente se hallan pintados los placeres que goza la que por su flaqueza es causa en breve de la horrenda catástrofe!

Tal vez se llega quedo á la onda pura
Por saber lo que guarda el blanco seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno.
Ya en la frente del toro con blandura
La palma asienta; ya en el bosque ameno
Párase á oir la alondra, que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posa.
En medio el Paraíso su guirnalda
Sobre palma y cipres frondoso extiende
Arbol bello, que en ramos de esmeralda
Lucientes pomas de carmin suspende.
Arbol funesto, á cuya umbrosa espalda
Blandida al aire su guadaña tiende
La Parca, hambrienta del fatal tributo
A que convida el engañoso fruto.
Eva lo mira y tiembla; ni se atreve
A adelantar la temerosa planta;
Alza los ojos paso, y ya la mueve
Curiosidad de ver belleza tanta.
. . . .
Llega debajo el árbol, cuando presta
Horrenda sierpe de la hojosa cima
Súbito se desrolla, y vibra enhiesta
La aguda lengua que Satan anima;
Plega en arcos la espalda, la alta cresta
Sobre la inmensa mole se sublima,
Eva á su vista pavorida huyera
Si temor la inocencia conociera.

Observa Quintana con oportunidad, lo mejor dispuesta que ofrece el épico inglés la escena de la seduccion de Eva. La serpiente, en el poema de Milton, atrae á aquélla por su apariencia hermosa, y sorprende por la extraña facultad de expresarse y dejarse comprender. Sedúcela con artificio, hasta hacerla incurrir en la falta. «Este pasaje, dice aquel crítico ilustre, uno de los

que hacen más honor al ingenio y arte de Milton, era un buen modelo para imitarse, no en toda su extension, sino acomodado á las dimensiones que el poeta español ha dado á su obra. En esta última, la serpiente es horrible, no vistosa; sus palabras, en vez de ser de insinuacion y de artificio, son de blasfemia ó de indignacion, y es claro que este lenguaje, en vez de persuadir á Eva, debia al contrario repugnarla y horrorizarla.»

De suponer es que Reinoso presentase en distinta forma este funesto encuentro por no incurrir en falta de originalidad. Parécenos que aquél, presumiendo esta fundada observacion, justifica el que no cause á Eva espanto alguno la presencia del monstruo, en los versos con que termina la última octava que copiamos. Ofrece á la mujer, desprovista de todo sentimiento de terror, ajeno de la inocencia en su pureza y encanto primitivos.

Necesario es resistir á la tentacion de recordar nuevos pasajes, en que resaltan bellezas poéticas sin cuento, de un gusto delicado, así como aquellas sublimes palabras que brotan del Padre en su ira santa, y del Verbo intercediendo por la criatura débil y criminal.

Justos son los elogios que mereció de Quintana el cuadro épico de Reinoso, y atinado fué en sus censuras, donde ocasion halló de hacerlas. El ingenio sevillano, por su parte, siguió sus consejos, y algunos de aquellos defectos, designados en su crítica, fueron corregidos despues por él mismo. «Jamas la bella y difícil versificacion de la octava se ha visto en los últimos tiempos manejada tan superiormente, y nosotros lo decimos con una satisfaccion igual al placer que hemos tenido en su lectura.» Frases son éstas del mismo juez á quien nos referimos.

No nos parece de igual modo acertada y plausible su extraña opinion sobre que el asunto de la obra de Milton, tratado tambien por Reinoso y Lista, «no se presta á la imaginacion del poeta,» creyendo á un tiempo «poco susceptibles los misterios de la religion cristiana de los ornatos poéticos.» ¡Cuántas obras, más ó ménos extensas, han alcanzado el renombre de clásicas, no sólo por su desempeño artístico, sino por basarse en divinos asuntos, los que más elevan el espíritu por su sublimidad y grandeza! ¿Dónde

hallar la inspiracion más pura, el más inagotable venero de encantadoras imágenes y bellezas sin número, los más ricos destellos de luz inextinguible? ¿En dónde mayor majestad y magnificencia? Desde los primeros acordes de la cítara hebraica, inspirados por la fe religiosa, hasta el canto de los modernos vates de las naciones cristianas, ¡cuántas armonías, cuántos rasgos brillantísimos y conmovedores, inspirados por la sagrada musa de Sion! Dante, Petrarca, el Tasso, el mismo Milton, Klopstock, nuestro español Hojeda, Luis de Leon, Juan de la Cruz, Teresa, Calderon, Herrera y otros muchos, ¿no atestiguan, al atraerse la universal admiracion, y conquistarse una imperecedera fama, que han bebido su divinal inspiracion en una fuente que jamas puede secarse?

Igual marcha en la accion del bíblico suceso en que está fundada la historia de la humanidad, sigue Lista en su canto heroico, que Reinoso en su poema.

El del primero la ofrece más lánguida, carece de movimiento rápido, muestra ménos vigor en la frase; no se admiran en él esos períodos, bruscamente cortados, aunque en ocasiones perjudiciales para la armonía del verso, como en las octavas de Reinoso. Adviértense en los cantos de este último, un lirismo más exaltado, mayor sonoridad en las palabras, á favor á veces de admitidas licencias poéticas, más estudiadas que debidas á la inspiracion. En el de Lista hay mayor prolijidad en los detalles, pero el vuelo de su fantasía es más lento y ménos atrevido; aunque no por esto deja de emplear en su obra el tono digno y propio del asunto. Ménos animada es ésta en su conclusion que la de su adversario en la noble lid poética; y es de presumir que con razon sedujesen aquellas apreciables ventajas, obtenidas por Reinoso en el ánimo de los jueces del certámen, para la adjudicacion del lauro.

En el canto de Lista hay octavas fáciles y que encierran sóbriamente el pensamiento que se quiere expresar. Sirva de muestra, entre otras, aquella en que el precito arcángel manifiesta la envidia con que ve la supremacía sobre los demas seres, concedida por Dios al hombre:

Un vil pedazo de lodoso cieno
Del aliento de Dios recibe vida
E inmortal sér, y de grandeza lleno,
Señor de entrambos orbes se apellida;
Cuanto produce del fecundo seno
La tierra; cuanto dora la tendida
Luz del sol desde el uno al otro polo,
Fué destinado para el hombre sólo.

El espectáculo de los encantos y delicias del Eden perdido, no cede en belleza descriptiva al que ofrece su competidor:

Nace despues la rutilante aurora
Trayendo el nuevo dia en sus albores,
Y los puros aljófares que llora
Vierte en el seno á las dormidas flores:
Despierta el ave, y con su voz canora,
Saluda los primeros esplendores,
Y todo el universo en mudo canto
Entona á su Criador el himno santo.

. . . .

El soberbio leon, que la montaña
Estremeció con su rugido fiero,
Viene á sus piés, depuesta ya la saña,
Humilde en pos del cándido cordero;
Deja á su voz el tigre la campaña,
Y enfrena el ave su volar ligero;
Y el monarca del piélago á su mando
Los vados espumosos va cortando.

. . . .

De Eden vagaba por la estancia amena
La madre de los hombres, cuando el prado
Desde el alto cénit con luz serena
Esmaltaba risueño el sol templado;
Entre las hojas plácido resuena
El soplo del Favonio regalado,
Los vástagos agita de las flores,
Y teje hermosas ondas de colores.
El dulce canto y el volar cansadas
Dejan las avecillas bulliciosas,
Y poblando las densas enramadas
A los nidos se acogen silenciosas;
En derredor sus ondas argentadas
Lleva entre orillas de jazmin y rosas,
Sesgo el arroyo con susurro manto
Que el dulce sueño inspira y el descanso.

La maligna serpiente, en el poema de Lista, no infunde á la madre de los hombres el pavor que en el del otro poeta. Su lenguaje no es tan enérgico; pero es más persuasivo y astuto, empleando razones más artificiosas. Despues de cometida la fatal desobediencia, de haber resonado la terrible cólera eternal y de la confusion y espanto del réprobo tentador, escucha el hombre del Altísimo la consoladora promesa:

«Llora, infeliz mortal, llora y confia:
Tuyo el delito, la clemencia es mia.»

El excelente amigo de Fileno, dotado de un alma en que no cabia pasion alguna mezquina y ruin, fué el primero en reconocer la superioridad y acierto mostrados en esta ocasion por su contendiente. Confesándole á Dalmiro, en su excesiva modestia, que *el genio de su amigo Anfriso no era para la poesía sublime*, se expresa de este modo:

Fileno cantará, Dalmiro mio,
Con voz que emule la del sacro Homero,
Del primer hombre el ciego desvarío
Y el castigo severo.
Como perdida su feliz morada
El delito á sus hijos dejó en suerte:
Y del furor de Dios ministra airada
Al mundo entró la muerte.
. . . .
Alas de fuego ciñe, y sublimado
Sobre la baja tierra en raudo vuelo,
Asciende Milton, y penetra osado
Las bóvedas del cielo.
. . . .
No de mi débil lira, gloria tanta
Será en humilde tono oscurecida;
Mi musa ni altanera se levanta,
Ni teme vil caida.

«Nada diremos de esta composicion, añade en otro lugar, refiriéndose al poema de Reinoso, que fué tan altamente elogiado por las *Variedades literarias*, periódico que entónces se escribia en Madrid por los humanistas más célebres de esta capital. La primera edicion desapareció en breve, y los amantes de la buena

poesía desean con ansia que su autor publique la segunda. La fama de esta obra y de la *Academia de letras humanas*, era ya tan notoria en la córte, que se hizo del poema una edicion furtiva ántes que se publicara la genuina» [1].

El mismo afecto que profesaba Lista á este íntimo amigo de su niñez, se halla expresado en una carta que escribió en Cádiz

[1] Hiciéronse en un artículo, remitido al mismo periódico en que Quintana insertó su juicio acerca del poema de Reinoso, algunas observaciones sobre la misma crítica del célebre poeta, no para impugnarla, puesto que el que las consigna sólo apetecia verla adoptada universalmente. «La tierna amistad, dice, que me une desde mis primeros años al autor del poema, me hace tomar tanta parte en sus elogios, que nada me puede halagar tanto, como verlos prodigar en favor suyo por uno de los literatos de la nacion que sabe hablar de la materia con más acierto.» Fácil es conocer quién sea el que firma el referido artículo con las letras *Jos. M. Bl.*, José María Blanco sin duda. «No es, pues, el interes del poema, sino el de la poesía, añade el mismo, el que me mueve á averiguar si los notados son ó no verdaderos defectos.» Combate la idea sostenida por Quintana, y ya expresada por Boileau, que considera los misterios de la religion como ajenos de la poesía, creyendo con sobradísima razon que «los asuntos no son estériles por ser religiosos, aunque haya muchos de este género que lo sean.» Quintana, por su parte, rectifica en algo su aserto, en una nota por él puesta á este mismo escrito. «Dijimos en nuestro juicio, expresa, que los asuntos religiosos se prestaban poco á la poesía, por la poca libertad que dejaba á la imaginacion, y esto aplicado al poema *La Inocencia*, es dar por sentado el respeto de su autor al argumento.»

El mismo autor del canto bíblico remitió una carta á los editores de aquella publicacion literaria, desde Sevilla en 1804, manifestando su gratitud por el juicio mencionado, y haciendo notar algun yerro de imprenta, que hubo de ser considerado como defecto suyo.

El poema de que tratamos fué impreso por su autor el mismo año indicado, 1804. Hé aquí el anuncio que publicó entónces la *Gaceta*, refiriéndose á la indigna superchería empleada con aquél: «*La Inocencia perdida*, poema en dos cantos, premiado en competencia por una Academia de Letras humanas de Sevilla, su autor D. Félix José Reinoso. No es ésta aquella miserable edicion que se anunció en la *Gaceta* de 13 de Diciembre del año pasado, sin consultar á su autor, llena de erratas ortográficas y de adulteraciones de lenguaje, hechas á propósito por su editor, y con una estampa bastante indecorosa para el objeto que se representaba. En la presente no cabe más belleza, etc.» El año 1840 se hizo en París, por D. Eugenio de Ochoa, otra edicion de la obra de Reinoso; imprimiéndose tambien esmeradamente en Sevilla el año 1845. Incluyóse en la *Biblioteca de Autores españoles*, en su primer tomo de *Poemas épicos*, con la produccion de Lista sobre el mismo asunto. La de éste se conservaba inédita, segun creemos, hasta el mismo año de su fallecimiento, si bien era conocida de algunos por copias sacadas del manuscrito original. Nosotros poseemos una, hecha el año 1831, enteramente acorde con la publicada por la expresada *Biblioteca*.

el 21 de Mayo de 1841 á la virtuosa monja, su hija de confesion, de cuya correspondencia ya indicamos algo anteriormente [1].

«Gran necesidad tenia de verte, dice en ella, porque estaba muy afligido con las noticias de Reinoso, cada dia más funestas y para mí más decisivas, aunque me callaban su muerte.

»Reinoso, á quien conociste poco, era el hombre que yo más apreciaba en este mundo por su virtud á toda prueba, por su razon elevada y por la ternura concentrada en su corazon. Digo concentrada, porque, bajo un aspecto bastante severo, tenia un alma sumamente cariñosa. Fué el paño de lágrimas en mis calamidades, mi partícipe en mis alegrías, mi único consejero en el camino de la vida, y mi compañero más íntimo en la carrera de las letras; y esto desde la edad de doce años. Mira si una amistad de esta fecha y de estas circunstancias puede romperse sin que se rompa al mismo tiempo un corazon que sabe sentir. Sin embargo, Dios no ha querido, por su infinita piedad, borrarme la idea consoladora de que está recibiendo en su seno amoroso el premio de las virtudes que le adornaron, y que podré reunirme á él para nunca perderle, si correspondo á la misericordia que el Señor tiene conmigo; pues yo (te lo digo sin rebozo) entregado á solas las fuerzas de mi corazon, me hubiera ya vuelto loco con esta pérdida.»

¿No son el más perfecto retrato del hermoso corazon de Lista, las anteriores frases, que tantas virtudes é inteligencia superior demuestran, así como de las que embellecian á su amigo tan querido?

Reinoso, á su vez, siempre demostró á tan digno varon, el afecto más verdadero é íntimo. Hé aquí con qué afectuosas palabras se dirige á Licio para desahogar en el seno de la amistad su pecho atormentado de pesares, en una oda sáfica, que con razon la juzga algun admirador de aquel vate, igual si no superior por el objeto y la entonacion, á la tan célebre de Villegas:

Tú, do lazados el Adur y el Nive
Mezclan sus ondas, y en geniales coros

[1] Hállase inserta en el interesante *Elogio* de Lista, escrito por D. José Fernandez Espino, que precede á la *Corona poética* dedicada á este insigne maestro.

Náyades bellas de los dos raudales
Danzan unidas;
Libre y gozoso por la amena márgen
Pulsas la lira que te diera Bétis,
Y á la union grata que fecunda el prado
Cantas amores.
Yo, solitario, la sedienta orilla
Que Manzanáres humedece apénas,
Y el campo yermo que aridece á Mantua,
Piso y detesto,
¡Ay! no su risa para mí la aurora,
No sus guirnaldas primavera envia:
Rayos la esfera, y el airado suelo
Brotan zarzales.
Dura cadena la dolida planta
Traba y oprime: ponderoso yugo
Que un poder necio sobre mí desploma,
Dobla mi cuello.

. . . .

Sufro tu suerte..... La imperiosa ley
Tal es del triste; la paciencia sola
Fué al infortunio por consuelo dada,
No los placeres.

Se ha creido por algunos que Reinoso cultivó en poesía solamente el género religioso y sublime, no empleando su estro en composiciones de carácter ligero y de menor importancia. Cuando perteneció en su juventud, como uno de sus más diligentes individuos, á la Academia de Letras humanas; entónces al ménos, tambien hizo poesías del género anacreóntico. Tales son las dos que titula *La mirada* y *La crueldad de Fílis*, aquella en que imitando á Villegas, dedicó *A las ninfas del Bétis*, y otras *A un pajarillo*. Estas fueron leidas por su autor en el primer año de existencia de la Academia referida. Preciso es reconocer que no era la musa de Reinoso acomodada á estos asuntos, y que necesitaba volar por elevadas esferas para mostrar sus alientos. Tales composiciones carecen de la facilidad y fluidez necesarias para expresar los dulces afectos y las venturas del amor, cantadas por el poeta de la Grecia.

Las poesías que en su edad juvenil, ántes de terminar el pasado siglo, destinó á la asociacion literaria á que pertenecia, cu-

yos asuntos se prestan á mayor elevacion, ofrecen ya otro carácter. Las que tenemos á la vista, no todas corregidas despues por su autor, fueron publicadas en el libro que dejamos mencionado *Poesías de una Academia de Letras humanas de Sevilla*. Hállanse, entre éstas, las de Reinoso, que versan sobre asuntos sagrados, y son las odas tituladas *A la Concepcion de Nuestra Señora, Jesucristo en el Sacramento augusto de la Eucaristía* y *A la Creacion;* esta última, notablemente mejorada, ó más bien, hecha de nuevo en años posteriores.

Hé aquí algunos versos de tan inspirada cancion, ya refundida:

> Yo miro el trono sacro
> Del Señor, cuya diestra
> Los orbes vuelve y rige omnipotente.
> Su frente excelsa el pensamiento muestra
> Que dió vida al no sér..... ¡Hacedor santo!
> Tu inmortal obra canto,
> Que Apolo ignora y el mentido coro.
> ¡Oh, tú me inspira, á quien humilde adoro,
> Tú fuiste siempre, sólo tú. El vacío
> Do rueda el universo,
> Sólo tu sér llenaba y poderío.
> . . . .
> Mas no entre sombras la sublime idea
> Entallar convenia
> Sobre el tosco embrion.—*Que la luz sea*,
> Sonó el divino acento,
> Y fué la luz. De entre la noche umbría
> Rápido se desprende por el viento
> Un vapor luminoso que á deshora
> El espacio entredora,
> Como sin astros las nevadas cimas
> Tímido albor en los polares climas.
> Y á la imperiosa voz obedeciendo,
> Las aguas difundidas
> Se agolpan y se lanzan con estruendo
> En catarata inmensa,
> Abriendo el lecho do morar unidas.
> Entónces descogió su faz extensa
> La tierra enjuta, y Mulhacen la frente
> Alzó, y el Etna ardiente,
> Cual un gigante con robusta planta,
> Súbito despertando se levanta.

Desde el abismo de la tierra ciego,
Dulce calor envia
A la aterida faz el vivo fuego
Que sus limos fomenta,
Y el oro y jaspe en las entrañas cria.
Plantas, naced.—Habló, y al cielo exenta
Se sublimó la palma: en musgo y flores
Se visten los alcores
Que orlan las mieses de dorada zona,
Y el Líbano de cedros se corona.

Brillante es sin duda la elocucion poética de Reinoso; pero no deja de advertirse en más de una ocasion, cierto esfuerzo violento en la frase, cierto esmero rebuscado; defectos que sólo su habilidad y buen gusto atinan á veces casi á encubrir con la belleza del pensamiento y la galana versificacion.

Ménos rica en detalles poéticos, pero más espontánea á nuestro juicio, es la estrofa en que describe, en la primitiva composicion, el nacimiento de las aguas, las plantas, las flores y los vivientes que llenan los espacios etéreos y las líquidas corrientes.

Diré la voz que llena el ancho mundo,
Cual trueno fulminante.
Las aguas extendidas al profundo
Cóncavo, amedrentadas
Se precipitan en tropel sonante:
Las plantas elevadas
Cubren de pronto el suelo, y bellas flores,
Que aroma dan y olores:
Puéblase el aire y tierra de vivientes,
Y puéblanse las húmidas corrientes.

Contiene el libro á que nos referimos, una silva de nuestro Fileno *En elogio de los ilustres poetas sevillanos*. Conceptuámosla, tanto por el asunto como por su desempeño, de los más importantes de sus primeros ensayos. Hállase sin las correcciones que pudo sufrir más tarde de la experiencia de su autór, como otras de sus obras poéticas. Nos recuerda, por su sabor de escuela y su análogo artificio, la que el célebre maestro Medina compuso en alabanza de Herrera y el insigne autor de *La Flor de Gnido*. Comienza de este modo:

De florida verbena y verde oliva
La cana sien ornada,
Sus puras aguas con murmurio ondoso
Vertia el padre Bétis, y en tranquilo
Y sesgo curso la ribera amada
Fecundaba gozoso,
De púrpura pintando el suelo herboso,
Do la ciudad sagrada
Del Libio domador fué levantada.
El bullicioso coro
De Ninfas, ora en la caverna umbría
Con giros mil en torno le rodea;
Ora en la márgen fria,
Al aire sueltos los cabellos de oro,
El valle de alelíes matizado
Con mil danzas recrea.
El tímido ganado
Allí zagalas llevan y pastores,
Y de olorosas flores,
Entrelazadas con el mirto bello,
Esmaltan su cabello;
Y en placer inocente,
Y en cantar apacible, no estudiado,
Al campo dan y al viento sus amores.

El rio escucha embebecido el coro de las ninfas, cuando Febo acude á predecirles sus más altas glorias en los tiempos felices en que Híspalis, su predilecta en la Vandalia, muestre á la Iberia la armonía de su plectro divino. El primero, por quien han de envidiar sus riberas el Erídano y Pactolo, es el cantor de la batalla de Lepanto.

«Cual de Eliodora
En tus amenos prados
El dulce nombre suena, en la canora
Cítara repetido
Del que su ardor á Píndaro, atrevido
Ha de robar, y el soberano asiento
Del claro Olimpo el verso numeroso
Levantará esforzado; y á su acento
Aun Jove, el almo Jove, estará atento.
¡Oh, salve veces mil! ¡Salve, glorioso
Vate inmortal! Por tí el coro sagrado,
Por tí el licor sabroso

Que el alto Helicon riega, ya olvidado,
En la márgen del Bétis abundoso
Tendrá estable morada.

El dios de la poesía alude luégo al cantor de *Aminta*, al discreto traductor de Lucano, al campeon de la escuela sevillana, de la que en mal hora desertó, y tan digno es de alabanza, don Juan de Jáuregui.

«¡Oh, cuántos genios, cuántos
Excelsos genios, de mi ardor movidos,
La lira pulsarán suavemente
En deliciosos cantos!
De tu mansa corriente
Las náyades saliendo, los subidos
Sones repetirán, y en troncos duros
Entallarán tus versos aprendidos;
Y de laurel y rosas
Guirnaldas adornando, por su mano
Les ceñirán las sienes venturosas.

Adviértese que no olvida al Mecénas de los ingenios menesterosos, que tan insigne lo fué á su vez, el aplaudido D. Juan de Arguijo. Recuerda asimismo á aquel célebre comediante y autor, padre de la escena patria.

«Esfuerza, ¡oh sacra Fama!
El aliento hazañoso,
Y del ínclito Rueda el nombre ilustre
Al mundo anuncia en vuelo presuroso.»

Así habla la deidad, y con sus rayos ilumina el templo de la inmortalidad, destinado á los héroes.

Los ojos alza á la region dichosa
El claro Bétis, y su honor futuro
Contempla arrebatado.
Allí en bronce luciente,
Que la inmortalidad ha consagrado,
Exento al filo de la parca duro,
Grabados ve los nombres vencedores
Del ilustre Rioja, de Cetina,
Del Marcial Andaluz, del elocuente

Pacheco y otros mil. El alto asiento
Advierte que en celestes esplendores
Almo Febo destina
Cual genios superiores
Del ibero Parnaso, al sacro Herrera,
Y al que de dos pastores
En dolorido acento
El lamentar cantó en otra ribera.
Violo Bétis gozoso,
El cristalino vaso suspendido,
Que vierte la onda pura:
Y el campo florecido
Y sacro muro de Híspalis glorioso
Baña en curso espumoso
De perlas mil y rosas revestido:
Y las sonoras aguas apresura,
Porque á Neptuno digan su ventura.

No tan sólo por esa espontánea felicidad que se echa á veces de ménos en las obras de Reinoso, de que ésta no carece, sino por el poético pensamiento de la misma, y referirse á los grandes ingenios, que son en su mayor parte gloria de la antigua Escuela poética sevillana, nos hemos detenido un tanto en su exámen.

Otras dos odas y una elegía del mismo, contiene la mencionada coleccion. Hállanse dedicadas las primeras á sus amigos y consocios Albino y Licio, y se titulan *La virtud, De los vanos deseos*. En ambas, sobre todo en la primera, se muestra igualmente fácil; recordando en la última el *mal seguro bien*, cantado por Rioja al inspirarse en Horacio. No olvidaremos la sentida elegía que tambien dedica á Albino en la muerte de D. Juan Pablo Forner, *Norferio*, el sábio ilustre, para quien fué tan plausible el vehemente afan de los jóvenes que daban vida á aquella Academia, fundada con el intento de propagar los buenos estudios, y apreciador del mérito de aquéllos, como juez de sus poéticas lides.

En derredor, vagando el triste coro,
El coro de zagales, ¡ay! tu amado,
Muda su alegre voz en tierno lloro:
Y *¿quién*, dice en tono lastimado,
Quién será ya en contiendas pastorales
Por juez del cantar dulce señalado?

No dejaremos tampoco de mencionar una oda del poeta sevillano *Al nacimiento de Jesus,* no dada al público hasta despues de su muerte, segun tenemos entendido, que es sin duda de las más bellas que en el género sagrado produjo su elevada musa. La consagrada *A las Artes* y *A la muerte de Cean Bermudez,* revelan el gusto y levantado vuelo de aquélla, cuyo noble y brillante estilo nadie puede en justicia negarle. No faltó quien hiciera prolijo objeto de su sátira la última de estas dos poesías; escribiendo cierto *Pasatiempo jovial* [1], y por añadidura una *Hijuela* al mismo. Su descontentadizo autor, persona de erudicion extensa y no escaso ingenio, prevenido, segun confesion propia, á la más acre censura, áun ántes de conocer aquélla, es injusto á todas luces en su destemplada crítica; no pasando tal obra, en su concepto, *de ménos que tolerable mediocridad.*

No fué tratado más benévolamente, aunque sin la aspereza y peculiar estilo de aquel crítico, por otro que debió su mayor celebridad á sus brillantes dotes oratorias, poco afecto á las producciones poéticas de la Escuela sevillana [2]. Sin ser en extremo infundado, al juzgarle en general, dice de la poesía que produjo su númen: «No es un raudal, que con ímpetu brota, copioso fresco y cristalino, de las entrañas de la tierra; es el juego de aguas artificiales de una fuente á que da salida el fontanero, y no sin conocerse que la llave del conducto está un tanto premiosa.»

Pero si así es considerado Reinoso por algunos, si no falta quien le califique de *poeta difícil*, si no todos le conceden las cualidades del que lo es perfecto, pocos le niegan las de correcto escritor en prosa, las del buen hablista, así como su erudicion y conocimientos profundos. Prescindiendo del objeto político y de circunstancias que movió su pluma en el *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria* [3], cuya doctrina excitaba las pasiones

(1) D. Bartolomé José Gallardo, *El Criticon.* Papel volante de literatura y bellas artes. Madrid, 1835.

(2) D. Antonio Alcalá Galiano.

(3) Esta obra fué impresa en Francia el año 1816, en Auch y Burdeos. Hízose despues una nueva edicion en Madrid en 1842. Reinoso era autor ademas de un *Curso filosófico de literatura;* del *Discurso inaugural sobre la influencia de las buenas letras en la mejora del entendimiento y rectificacion de las pasiones;* de los *Anales de*

más vehementes en cierta época moderna, de las más fecundas en azares públicos; dióle este libro merecido concepto de prosista discreto y elegante.

De sentir es que muchas de sus obras poéticas permanezcan aún inéditas [1], privando á muchos del placer de conocer por completo su repertorio lírico y de formar un estudio más acabado de los distintos géneros y asuntos debidos á su inspiracion. Los que podemos apreciar, le dan muy señalado puesto entre los restauradores de la Escuela poética de Herrera y Rioja en el tránsito del pasado siglo al presente. La sonoridad de su versificacion y su estilo levantado, noble y majestuoso, unido todo á un lenguaje esmerado y correcto, y á un instintivo gusto delicado, constante en él; son merecimientos sobrados para conceptuarle feliz imitador de los ingenios que honraban la antigua Híspalis, áun concediendo que el estudio de la forma, el esmero artístico, le privasen más de una vez de la abundancia, espontaneidad y vehemente lirismo, que nacen naturalmente de la sola inspiracion.

la Diputacion de Cádiz, y otras obras sobre asuntos de legislacion y de diversa índole, no todas dadas á la prensa, así como de varios artículos de crítica literaria publicados en diferentes periódicos.

(1) Sabemos, despues de terminado el presente estudio, que la Sociedad de Bibliófilos andaluces tiene en prensa las obras de este poeta, tan distinguido entre los que pertenecen á la moderna Escuela sevillana.

Esto deciamos ántes de presentar nuestra Memoria á la Academia de Buenas letras. Posteriormente se ha dado á luz por dicha Sociedad el primer tomo de aquéllas, que contiene sus poesías. Precédenlas unas extensas y muy curiosas noticias sobre la vida de Reinoso, de D. Antonio Martin Villa: apreciable estudio crítico, que á la vez de su mérito literario, se completa con varias notas interesantes. Algunas de las producciones del inspirado ingenio, que se ofrecen en esta coleccion, han permanecido inéditas. En tal caso se hallan los *Himnos en loor de San Isidoro; A Jovino, apreciador de la juventud estudiosa; En el nacimiento de doña María Isabel Francisca, infanta de España; Las Artes de la imaginacion; A Elisa, protectora de los expósitos*, y el fragmento de una oda. La que lleva por título *Elfrido en los dias de Silvia*, inédita asimismo, no parece ofrecer la seguridad de que sea Reinoso su autor.

Entre las composiciones refundidas por éste, se inserta la oda titulada *En la temprana muerte de D. Pedro Alcántara Sotelo*, hijo de D. Joaquin María, tambien por él celebrado, cuyo mérito es superior sin duda al de otras de su clase.

Se han publicado asimismo las *Poesías* de Reinoso, en la Coleccion de *Poetas líricos del siglo* XVIII, t. 3.° *Biblioteca de Autores Españoles* (1875).

El nombre insigne del cantor de la perdida inocencia del hombre, preséntase unido con razon al de Lista, el amigo de su juventud, siempre que se recuerden los renovados lauros de la Escuela sevillana. Ambos, como hemos podido apreciar, se consagraron con infatigable celo en privadas y públicas competencias literarias, en autorizadas academias, en la cátedra, en el libro, y por cuantos medios les era dado, á corregir los vicios del lenguaje y reformar los extravíos del vicio. Gloria son ambos maestros de la hermosa ciudad donde tuvieron su cuna; donde se les concede con gratitud la representacion de aquella reaparecida Escuela, por los que saben conservar tan dignamente las gloriosas tradiciones de un siglo de oro.

X.

D. José María Blanco.—Azarosas vicisitudes de su vida.—Sus obras poéticas.— Aprecio que alcanzó de sus contemporáneos.—El abate Marchena.

Difícil es, áun para aquellos más dados al estudio filosófico del corazon humano, profundizar el misterio de cómo se verifica en el de un hombre no vulgar, despues sin duda de íntimos y tremendos combates, súbito cambio que extingue por completo sus cualidades, sus tendencias y sus instintos, inspirados por una moral justa y un recto y apacible carácter, hasta el extremo de ofrecer al asombro de todos un sér distinto al que en tiempos anteriores era objeto de general simpatía. Sólo la perturbacion del espíritu, agitado de violentas y exaltadas pasiones en supremos instantes de la existencia, los extravíos del fanatismo, pueden explicar este fenómeno, verificado en uno de los ingenios nacidos en Sevilla en el pasado siglo, notable en la Escuela que estudiamos, y cuyas prendas cautivaban la voluntad de los que con él rendian culto entusiasta á las letras en el período en que se inició su reforma en la ciudad andaluza. Nos referimos al distinguido poeta D. José María Blanco. No nos incumbe juzgar al hombre envuelto en el torbellino de las tempestades políticas, ni al sacerdote fervoroso y creyente, más tarde dominado por la duda, tristemente influido por las doctrinas recien llegadas de un país vecino, y lanzado á los abismos de la incredulidad. Correspóndenos sólo, lamentando su infortunio, sorprender al jóven estudioso, al vate inspirado en sus dias más tranquilos y felices, entregado á las más nobles tareas del espíritu, bajo el hermoso cielo y el sol ardiente que fecunda las inteligencias, y no en

aquellas en que, apóstata y lleno de memorias amargas, debia llorar sus desventuras en nebulosos climas [1].

Blanco fué, ya lo indicamos, uno de aquellos jóvenes sobresalientes, de privilegiado númen y claro despejo, que formaban la Academia de Letras humanas. En ésta dió á conocer su estro ventajosamente, siendo de los que más contribuyeron á la restauracion de la poesía tradicional de su suelo nativo. Más tarde, desempeñó con desinteresado celo, una cátedra de humanidades en la Real Sociedad económica, donde propagó sus doctrinas literarias, encaminadas á aquel fin. Dió comienzo á esta enseñanza el 2 de Marzo del año 1804 con un notable discurso, en que recordó los principios de las artes que tienen por objeto la belleza, é hizo ver su verdadero destino, y el medio de restituirlas á su primitiva utilidad y aprecio.

Evidente es el mérito de Blanco como poeta; guarda el tono levantado y armonioso, con esmero y estudio, como una de las cualidades distintivas de su Escuela; y si no consigue á veces sostenerlo á igual altura, en cambio sus pensamientos oportunos y áun los triviales, conservan un constante interes en sus obras.

¡Jamas hubiese abandonado aquel cielo encantador de su pa-

[1] D. José María Blanco, nacido en 11 de Junio de 1775, era hijo de Guillermo White, de nacion irlandés, el cual inclinó á éste, así como á sus otras dos hijas, en su ardiente celo católico, á seguir el estado religioso. Las dos jóvenes profesaron; y él, concluidos sus estudios eclesiásticos, se ordenó y llegó á distinguirse como ferviente orador sagrado; obteniendo por oposicion cuando contaba veintiseis años, la canongía magistral de la capilla Real de San Fernando de Sevilla. Dados estos antecedentes, causa triste sorpresa hallarle en país extranjero, sin la fe de sus padres y sin lazo alguno con su patria, convertido en pastor protestante, en un pueblo de Escocia. Treinta y cinco años tenia cuando pasó á Inglaterra, influyendo en esta determinacion, no sólo motivos políticos, sino la consecuencia de otro género de pasiones de la juventud, no ménos vehementes, que le hacian esquivar la sociedad y el trato en que habia vivido hasta entónces. Blanco, otra vez con el paterno apellido White, obtuvo en Inglaterra cargos propios de sus estudios y capacidad, siendo catedrático de la universidad de Oxford, y canónigo de la catedral protestante de San Pablo de Lóndres. Murió el año 1841. Poco ántes de esta fecha escribió, en el idioma con que cultivó la poesía en su primera juventud, una novela con el título de *Luisa de Bustamante ó la Huérfana española en Inglaterra*, que ha sido publicada en el tomo v de la excelente *Revista de ciencias, literatura y artes*, que se daba á la luz en Sevilla en los años 1855 al 1860.

tria, donde en plácido sosiego se consagraba á tan nobles y útiles tareas! ¡Jamas en otra atmósfera ménos pura hubiese exaltado su mente hasta la demencia, haciéndose voluntaria víctima de las conmociones de un mundo tan ajeno á los pacíficos deleites á que su alma de poeta le estimulaban, cultivando los estudios en el retiro ignorado! ¡Cuántos ecos admirables no hubiera producido su lira, rota y abandonada en las amenas márgenes del Guadalquivir! Un vértigo inconcebible, no otra cosa puede creerse, arrastró al ingenio sevillano, no sólo á la apostasía de sus creencias, sino á quebrantar del todo los vínculos con su patria; llegando á renegar, en un período sin duda de exaltacion, que no debió ser duradero, de la misma poesía, la dulce poesía que fué el encanto de su florida edad, sosteniendo que en la que fué su nacion no existia aquélla. Entónces, no en el idioma de Herrera y Rioja, sino en el de Milton y Byron, que poseia con perfeccion, hizo algunas composiciones en verso, en las que siempre resplandecian su facilidad y buen gusto.

¿Quién adivina al futuro ardiente anglicano, al incrédulo sin corazon, al fanático impío, al sorprenderle en la apacible época de sus años juveniles pulsando la cítara cristiana para ensalzar el alto misterio de la *Concepcion de María* una vez y otra, y arrancando de ella los acentos que inspira la fe sincera y el entusiasmo piadoso que infunden las creencias hondamente arraigadas?

De nueva luz brillante resplandece
Claro, sereno y delicioso dia,
Que al mundo anuncia cerca su ventura.
Himnos cantá al Señor, ¡oh, tú, alma mia!
Su nombre y gloria ensalza y esclarece,
Pues que á la tierra llena de dulzura,
Y á la vil criatura
En maldad sumergida,
Le anuncia nueva vida:
Canta, ¡oh alma! al Señor omnipotente;
Pues ya á salud convida
¡Dia feliz! á la afligida gente.

¡A pena, á lástima, áun más que á indignacion y escándalo, mueven, la ceguedad, la perturbacion de un alma tan noble y

sensible! ¿Qué borrascas tan horrendas no agitarian el corazon de este desgraciado en el tránsito de ideas tan puras y sublimes, á aquellas tan desconsoladoras y amargas, hasta precipitarle en los más lastimosos extravíos del entendimiento humano?

Oigámosle cantar de nuevo, con digno estro, la pureza de la Madre de Dios. Bien merece ser trasladada íntegra á este lugar su composicion afectuosa, que hizo cuando sólo contaba diez y nueve años.

De célico placer y gozo lleno
El pecho arrebatado
Se dilata, y el fuego desusado
No cabe ya en mi seno.

Céfiro vuela en torno presuroso
De mi olvidada lira,
Y entre sus cuerdas plácido me inspira
El canto delicioso.

Naturaleza toda de hermosura
Nueva se ve adornada,
Y risueña la tierra está bañada
De celestial dulzura.

Más claro el sol se muestra y resplandece
Con dulces esplendores;
El prado se matiza en mil colores
Y mil flores ofrece.

Corre ya el duro hielo desatado,
Y pierde su aspereza
La escarpada montaña; su braveza
El leon despiadado.

Pacen en uno el tigre y el cordero,
Y en la débil cabaña
Seguro está el ganado, ni la saña
Teme del lobo fiero.

Recoge el labrador la apetecida
Espiga no sembrada;
Y ya la corva reja abandonada
Se mira enmohecida.

Todo es placer, que ya el Omnipotente
Vuelve el rostro piadoso
Al mundo desdichado, y amoroso
Salva á la humana gente.

Excita nuestro Dios su fuerte brazo,
Y el instante apresura

En que en velo mortal á la criatura
Se unirá en fuerte lazo.
Torna, del negro sello libertada,
La poderosa mano,
Digna Madre que al Hijo soberano
Dé carne inmaculada.
Gozoso el mundo en tan felice dia,
Ya presiente cercano
A su libertador, y el inhumano
Yugo que le oprimia,
Sacude de su cuello lastimado:
Y el opresor violento
Cubre el altivo rostro, y macilento
Huye precipitado.
Libre es el universo, y las naciones
De la tierra, postradas,
Celebran, de ternura arrebatadas,
Las disueltas prisiones.
Rotas mira el tirano de su imperio
Las pesadas cadenas;
Y que á sufrir va mísero entre penas
Infame cautiverio.
Mira de Adan la prole venturosa
De nuevo ennoblecida,
Y en gloria de los hombres convertida
Su astucia cautelosa.
Brama, y en odio vil y en ira ardiendo,
Con hórrido estampido
Al abismo se arroja, que el gemido
Repite en sordo estruendo.

Dulce, tiernamente melancólico se muestra Blanco al describir en su égloga á Silvio, los pesares que en su ausencia sufre Corila. Ahora es el poeta de instintos delicados, siempre dispuesto á cantar los sentimientos más ó ménos íntimos del amor, á la vista de la rústica sencillez de los campos, como el jilguerillo, en todo instante anheloso de celebrar el primer destello de luz que se derrama tornasolando la onda del riachuelo ó el pétalo de las flores.

«¡Ay! mil ansias mortales
Dame que sufra, amor, ante sus ojos:
Ante su rostro aviva en mí tu fuego
Y venga tus enojos:
Dame que mire á Silvio, y muera luégo.»

¿Por qué no se conservó en un alma que revelaba tan candorosa sensibilidad, la paz, el reposo que tan necesarios son para discurrir sobre los bucólicos y apacibles asuntos? ¡Cómo echaria de ménos la calma de su espíritu cuando recordase la manera con que demandaba la inspiracion á las hermanas del Pindo en sus dias más felices!

¿Cuál deidad ó cuál héroe, lira mia,
Resonará en tus cuerdas? ¿Qué sagrados
Himnos, ó cuyos nombres entonados
Gloriosa harán tu suave melodía?

. . . .

Por vos ¡oh claras ninfas de Helicona!
Por vos su pecho arrebatado mira
El dichoso mortal á quien la lira
Disteis, y en ella celestial corona.

Blanco lamenta, al par de Reinoso, á quien dirige su *Elegía*, la muerte de Norferio, y exclama con eco sentido:

Lloras, Fileno, y baña el llanto ardiente
Tu rostro al despuntar la nueva aurora,
Y lloras cuando Febo ya colora
Las nubes de Occidente.

. . . .

¿Y quién, Fileno, de tu amarga pena
Libre mira su pecho? ¿Quién no gime?
¿Quién, cuando así la parca el hierro esgrime,
Lo ve con faz serena?
¿Quién de Norferio en la infelice suerte
No llorará el rigor del fiero hado,
Y de Hesperia el honor arrebatado
Por la envidiosa muerte?

¡Qué pensamiento el que encierra la siguiente estrofa de este canto de dolor, para haberse conservado siempre fijo en la memoria de nuestro poeta!

¿Quién al hombre podrá romper el velo
Que su vista perturba y oscurece?
Se ve mortal, y más su orgullo crece
Y clama contra el cielo.

En su filosófica epístola, dirigida, segun creemos, al mismo insigne escritor Forner, muéstrase el hombre pensador, el sábio que estima las ventajas del estudio, y el intransigente enemigo de los que injurian á las musas con su ignorancia, audacia y gusto depravado.

Análogo asunto al tratado por Reinoso en su oda *En elogio de los ilustres poetas sevillanos*, es el de Blanco en la que titula *Á Apolo pidiéndole restablezca sus altares en Sevilla.*

Demándale al dios crinado que descienda al suelo hispalense con el arco presto, á tomar venganza del deshonor que le imprime el necio bando que se juzga con su inspiracion.

> Baja, y verás la turba que al sagrado
> Coro desprecia, y de Helcon profana
> La no manchada fuente, y la gloriosa
> Cumbre blasfema con furor osado.
> Verás rota tu lira soberana;
> Verás del Bétis la ribera undosa,
> Do tu gloria pusiste,
> Cuál yace sola y triste,
> Y sólo habita en su recinto hermoso
> Silencio pavoroso.

¡Triste extremo á que, segun todos convienen, habia llegado el arte encantador de la poesía, casi al finalizar el último siglo, en la ciudad de inolvidables recuerdos por las glorias que alcanzó!

Profanados se hallan los altares del dios. Tan sólo agoreras aves dan sus ásperos lamentos, donde se oyeron los himnos más armoniosos. El poeta, recordando el estilo que juzgaba de Rioja, y que en el dia se cree pertenecer á Caro, procura usar la misma entonacion melancólica que se advierte en el famoso canto *A las ruinas de Itálica.* ¿Consentirá el alto númen que continúen en mísero abandono las riberas llenas por él un tiempo de luz, donde tanto se acrecentó la fama del Pindo? ¿Sufrirá ver hollada la cítara

> en que canora
> La voz de Herrera al cielo tus loores
> Ensalzó, y sus amores?

Excita al dios á que embrace el poderoso arco y hiera á la

turba sediciosa, haciéndola abandonar las placenteras márgenes del Bétis. De tal modo, á ellas tornará la alegría, ofreciéndose de nuevo amenas y encantadoras, y nuevos himnos han de publicar su gloriosa majestad, sin causar envidia á sus arenas los antiguos cantos de sus vates; apacible detendrá su curso el cristalino rio para escuchar los acentos del genio.

Tambien tiene cierta analogía en esta composicion, su otra oda *A Cárlos III, restaurador de las ciencias en España.* Febo, asimismo, pronostica una nueva era de esplendor para el saber, sucesora de tan menguado período de atraso y de ignorancia.

«Hesperia, tú otras veces venturosa
Mansion de mis alumnos, tú su estrago
Sientes más infeliz; y cuando brilla
Benéfica mi luz, y las naciones
A esclarecer empieza,
Aún yaces triste entre la escura sombra.

Mas, ya en presencia del monarca llamado á ocupar el trono de Castilla, huye el horrendo monstruo de la ignorancia.

Ya las artes renacen: ya mi fuego
Arde en sagrados pechos, y sus voces
Mi nombre ensalzan al eterno Olimpo.
¡Oh! Ya la tierra alegre se esclarece,
Libre del fiero monstruo, y la brillante
Luz de la celestial sabiduría
Al mundo ilustra, y en su amor lo inflama.

Blanco, á semejanza de Reinoso y Lista, y sin duda en competencia académica, trató en alguna de sus composiciones comprendidas en el libro publicado por Vacquer, de que hicimos mencion, iguales asuntos que aquéllos. Cada cual eligió una beldad á quien dedicar sus anacreónticas ternezas. A Fileno rinde Fílis, á Licio Mirtila y Dorila á Albino. Hasta ocho odas de este género, tambien cultivado en lo antiguo por Cetina el ingenio sevillano, cuyos asuntos por lo comun no ofrecen gran variedad, ni excitan otro interes que el que les prestan las galas del lenguaje y algun tierno y afectuoso pensamiento, ofrece Blanco en dicha coleccion.

¿Y qué, de tus miradas,
Mi Dorila, áun negarme
Pretendes los halagos
Y la llama suave?
Si de mi amor te ofendes,
No es mi culpa el amarte;
Lo es de tus bellos ojos
Y de su luz brillante.
Mas ¡ay! que ya no quiero
De delito tan grave
Buscar otras disculpas,
Pues todas son en balde.
Si cometí la injuria,
Es justo que la pague,
Y quiero mi castigo
Ahora mismo dictarte.
¿Te dije yo, *bien mio?*
No quieras perdonarme;
Díme luégo otro tanto,
Y logra así vengarte.

Ofrecemos las anteriores poesías de Blanco, tal como se dieron á luz en la *Coleccion* de Vacquer. Sin la correccion que sufrieron las de sus compañeros Lista y Reinoso despues, adviértense en ellas la espontaneidad y fuego del poeta. «Rara vez perdona el genio, dice Lista á este propósito, en una edad más adelantada las producciones que fueron primicias de su juventud, porque no es posible dar á estas primeras flores la consistencia de los frutos. Los progresos que la razon hace con los años, el estudio y la experiencia, no las puede suplir el talento ni la fantasía. Pero, concediendo que faltase en las composiciones de aquella coleccion la madurez de una razon perfeccionada, no se puede negar que se encuentran en ellas las formas propias del arte: armonía sostenida, escogimiento de palabras, pensamientos bien elegidos, aunque no fueran muy originales y presentados bajo la forma de imágenes, era todo lo que se podia exigir, y más de lo que se podia esperar de unos jóvenes que se habian formado á sí mismos, y que comenzaban entónces su carrera. Estaban en el buen camino: esto era lo esencial. La perfeccion debia ser obra del tiempo.»

Algo más de lo que sólo concede el docto Lista en su modestia á esta coleccion, como uno de los que á ella concurrian, se admira en las poesías que la componen, segun hemos podido apreciar. El entusiasmo por el arte, las ilusiones y esperanzas de unos corazones nuevos entónces para la vida, obraban sin duda este prodigio en tan dignos reformadores del buen gusto.

Las obras poéticas de Blanco no se han publicado coleccionadas. Suyas son de este género el poema *A la Belleza,* que se juzga perdido, despues de eficaces diligencias para hallarlo de las ilustradas personas que deseaban conocerlo por la autorizada recomendacion que hace Lista del mismo; una epístola á D. Manuel José Quintana sobre los vicios de la sociedad política, la traduccion de las obras de Pope y de varios idilios de Gessner. Esta última, así como el poema citado, se conservaron inéditos largo tiempo en el archivo de la Academia de Letras humanas [1].

La version de Blanco de la égloga titulada *El Mesías* del referido Pope, ofrece fragmentos como el siguiente.

Jerusalen, Jerusalen divina,
Levanta la cabeza coronada
De esplendor celestial. Mira cubierto
Tu suelo en derredor, y de tus hijos
Admira la gloriosa muchedumbre.
Mira, cuál de los últimos confines
A tí vienen los pueblos prosternados,
De tu serena lumbre conducidos.
El incienso quemado en tus altares
Sube en ondosas nubes. Por tí sola
Llora el arbusto en la floresta umbría
Sus perfumes; por tí el Ofir luciente
Esconde el oro en sus entrañas ricas.

[1] Mencionamos en este lugar, y entre los trabajos literarios de Blanco cuando residia en país extranjero, el periódico titulado *Variedades ó Mensajero de Lóndres*, del que fué único redactor, y se daba á luz en dicha capital en el año 1823. Posteriormente, en el de 1826, el distinguido literato D. José Joaquin de Mora dió á la prensa, como continuacion á los nueve números publicados por el escritor sevillano, cuatro entregas del *Correo literario y político de Lóndres.*

Tambien se han incluido en el tomo 3.° de los *Poetas líricos* del siglo XVIII, *Biblioteca de Autores Españoles* (1875), varias poesías de Blanco.

Goza ¡oh Sion! la apetecida gloria.
Ve que ya el cielo rasga el bello manto,
Y en soberana luz más que el sol pura,
Te inunda: luz brillante, que la noche
Nunca osará turbar con sus tinieblas.

El 1804, ante la Real Sociedad Económica de Sevilla, en junta pública y solemne celebrada el dia del aniversario de la conquista de esta capital, despues de haber inaugurado aquélla, el pro-censor de la misma D. Alberto Lista, con un elocuente discurso sobre el influjo de las humanidades en la moral, leyó Blanco una oda titulada *El triunfo de la beneficencia;* ofreciendo esta virtud como consuelo para el hombre en todo mal, al mismo tiempo que causa siempre de sus placeres más dulces. Muy en breve tendremos ocasion de mencionar alguna otra poesía que le inspiró su antigua musa, cuando ya residia en el suelo británico.

Invariable y entusiasta amigo de Blanco fué siempre aquel insigne humanista compañero de su juventud, quien, lamentando sin duda los extravíos de su espíritu con hondo pesar, le manifestó siempre su afecto públicamente. En el prólogo de la segunda edicion de sus poesías, refiriéndose á haber impreso la primera desnuda de toda recomendacion externa, dice: «Aún la dedicatoria se dirigia á uno de mis mejores amigos, hombre del mérito más sobresaliente; pero á quien los sucesos políticos han separado para siempre de su patria; de tal manera, que no creí conveniente designarle sino bajo un nombre supuesto. Con el mismo le dedico esta segunda edicion, y le dedicaria mil que publicase; porque la amistad nunca debe ser un nombre vano, sobre todo para un poeta.» Hállase tan bella y afectuosa dedicatoria á Albino, en el siguiente soneto:

La ilusion dulce de mi edad primera,
Del crudo desengaño la amargura,
La sagrada amistad, la virtud pura
Canté con voz ya blanda, ya severa.
No de Helicon la rama lisonjera
Mi humilde genio conquistar procura;
Memorias de mi mal y mi ventura
Robar al triste olvido sólo espera.

A nadie sino á tí, querido Albino,
Debe mi tierno pecho y amoroso
De sus afectos consagrar la historia.
Tú á sentir me enseñaste; tú el divino
Canto, y el pensamiento generoso:
Tuyos mis versos son, y esa es mi gloria.

El concepto que de tan competente apreciador del mérito alcanzaba Blanco, hállase cumplidamente expresado en la anterior composicion, que hace á la vez la más completa apología de los nobilísimos sentimientos de su autor. Este, una y otra vez, le consagra varias de sus poesías, que revelan lo arraigado de su cariño hácia él desde los dias de su juventud dichosa.

¡Cómo celebra los triunfos de su caro Albino, á quien veia *admirado, pero no envidioso!*

Tú, del sacro Helicon, mi dulce Albino,
Ascendiste á la cumbre soberana,
Y fuiste en ella honor del alma coro,
Para tí su divino
Mirto, Vénus ufana
Cultivó entre los nácares y el oro.

No fué ciertamente un nombre vano la amistad de Lista á tan digno partícipe de sus primeros triunfos poéticos. Expreso viaje hizo á Oxford, donde residia el año 1831 éste, cuyo espíritu conturbaban amargas desventuras, por el sólo placer de estrecharle entre sus brazos. Extrañas y diversas emociones enmudecieron sus labios en tal encuentro, para entrambos dolorosas, á la vez que tiernas y profundas. Los breves dias que juntos pasaron, fueron los últimos en que habian de verse en este valle de peregrinacion.

«En cuanto á Blanco, cuya muerte no puede estar muy lejana, si no se ha verificado ya, decia Lista en la misma carta escrita en Cádiz, de que hicimos mencion al tratar de Reinoso: sólo puedo decir que es el que más quiero de todos mis amigos. Esta amistad, aunque de fecha menor que la de Reinoso, ha sido

todavía más tierna, más sensible. Siempre aprecié á éste más; pero al otro le quise con más efusion de alma [1].»

Blanco correspondia al afecto de su ilustre amigo con no menor vehemencia y sinceridad. El año anterior al de su muerte, en la mañana del 12 de Febrero de 1840, en medio de un gran dolor y abatimiento, escribia el soneto siguiente, que titulaba *Poder del recuerdo de mi amigo Lista:*

¡Qué me resta! ¡infeliz! si acongojado
En alma y cuerpo, ni descanso un hora
Ofréceme el dolor que me devora,
Ni espera verle mi vejez templado!
A su inclemencia y á la edad postrado,
En vano luce para mí la aurora;
Que no es el brillo con que el orbe dora,
Solaz bastante al corazon llagado.
¡Mísero! ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no sigo
Del sepulcro una voz que dice: «Abierta
Tienes la cárcel en que gimes? Vente.»
¿Por qué?—pregunto.—Porque tierno amigo,
En imágen vivísima, á la puerta
Se alza, y llorando dice: «No, detente.»

Grande aprecio conservaron al vate expatriado los compañeros y amigos de sus dias tranquilos, tales como Arjona, el expresado Reinoso, Quintana, Gallego y otros varios ilustres per-

(1) En la introduccion del primer tomo de las obras de Reinoso, ántes citado, dadas á luz por la Sociedad de Bibliófilos andaluces, se inserta otra carta de Lista á un amigo de su intimidad, en la que éste expresa las distintas cualidades que adornaban á Reinoso y Blanco, y á la vez ciertos rasgos distintivos de su propio carácter. Copiamos, como ampliacion á lo expuesto, las palabras que se refieren á estos tres hombres tan notables:

«Reinoso, dice, sólo era sensible á la verdad y á la virtud. Blanco lo era á todo. Su fibra, irritable y débil, producia movimientos tumultuosos en su alma. El pobre buscaba la razon que disculpase estos tumultos, y por desgracia la encontraba en la fantasía más rica que ha existido. Reinoso no conoció nunca esos pronunciamientos contra la potencia intelectual. Gobernó siempre sus afectos con cetro absoluto. Yo he sido siempre un medio entre los dos. No siempre he reprimido mis afectos como Reinoso; pero nunca les he concedido la razon como Blanco. He tenido ménos fuerza que el primero, y ménos conciencia que el segundo. Reinoso era incapaz de hacer una cosa mala en sí; Blanco una cosa que él creyese mala; yo he sido más *hombre* que los dos, tomando esta voz *in malam partem*. Reinoso era el más perfecto de los tres; Blanco el más amable; yo el más enérgico.»

sonajes; sólo teniendo en cuenta los deberes que la amistad, cuando es sincera, desinteresada y generosa, imponen al hombre leal, lo mismo en los tiempos prósperos que en los adversos, y con mayor motivo, si la desgracia aflige al que de ella es objeto.

Y bien digno de compasion era, ciertamente, el distinguido hijo de Sevilla; porque, á no dudarlo, tristes debieron ser en los postreros dias de su existencia los recuerdos de la patria perdida. Amargos los pensamientos que hubieron de atormentarle ya en la edad en que las pasiones han muerto, y se ven los pasados delirios con la fria reflexion que dan la experiencia y los desengaños. ¡Treinta años sin ver el puro cielo que dora los campos de Vandalia!

Próxima ya á extinguirse la luz de su vida, hallándose en Liverpool, ofrecia la expresion de sus terribles angustias, los ecos escapados de su alma lacerada, cuando la vejez aniquilaba su cuerpo, en una oda en que, aceptando las inspiraciones de la musa de su juventud, describe *Una tormenta nocturna en alta mar*. Muestra en ella el estro vigoroso de aquella para él venturosa época, así como sus ideas religiosas de entónces, y su veneracion al poder del Eterno, que despertando de nuevo en su noble corazon, eran dulces lenitivos que aminoraban sus quebrantos [1].

¡Oh Dios, y qué soy yo! Punto invisible
Entre tanta grandeza:
Aquí sentado sobre un mar terrible,
Tiemblo al ver su fiereza.

. . . .

Embebecido, ¡oh Dios! cuando contemplo,
En religiosa calma,
Esta tu habitacion, tu eterno templo,
A tu trono inmortal vuela mi alma.
¡Oh! Si del bien supremo
Pudiera aquí mirar la no turbada
Imágen, y gozarme en su belleza!
Más de uno al otro extremo
Del planeta inferior en que resido,

[1] Esta silva, inédita hasta su publicacion en la *Revista de ciencias, literatura y artes* de Sevilla el año 1858, fué proporcionada para este objeto por el sobrino de su autor D. José María Blanco y Olloqui. Tiene la fecha de 15 de Noviembre de 1839.

Y por él agitada
La gran naturaleza,
Parece apetecer su antigua nada.

. . . .

¿Por qué no busco asilo
En el estrecho y congojoso seno
Del cerrado navío?....
No; rompa aquí, si quiere, el débil hilo
De mi vida la suerte:
No me arredra la muerte,
Mas si viniere, ¡oh Dios! en tí confio.
¿Por qué temer? ¿No estás en la tormenta
Lo mismo que en la calma más tranquila?
La nube, que destila
Aljófar en presencia de la aurora,
¿No es tuya, como aquesta que amedrenta
Con su espesor mi nave voladora?
¿Y qué es morir? Volver al quieto seno
De la madre comun, de tí amparado:
O bien me abisme en el profundo cieno
De este mar alterado,
O yazga bajo el césped y sus flores,
Donde en la primavera
Cantan las avecillas sus amores.

¡Cuán grata impresion causa al ánimo ver resucitar tan lozana, tan acorde con las antiguas aspiraciones del creyente cristiano, la inspiracion del poeta hispalense! ¡Cuántas memorias se agolpan á su mente en estas horas dulces, á la vez que amargas, en que desahoga su espíritu en tan armonioso lenguaje!

¡Oh traidores recuerdos que desecho,
De paz, de amor, de maternal ternura,
No interrumpais la cura
Que el infortunio comenzó en mi pecho!
¡Imágen de la amada madre mia,
Retírate de aquí, no me derritas
El corazon que he menester de acero,
En el amargo dia
De angustia y pena, que azorado espero.
¡Tú, imágen de mi padre, que me irritas
A contender con el furor del hado,
Consérvate á mi lado!
Que aunque monstruo voraz el mar profundo
Me sepultáre en su interior inmundo,

Contigo el alma volará hácia el cielo,
Libre y exenta de este mortal velo.

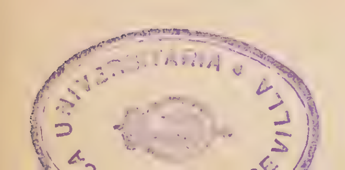
Al año siguiente al que escribió la anterior poesía, á semejanza del cisne que canta ántes de su fin, Blanco pulsa nuevamente las cuerdas de una lira, no destemplada por largo abandono, en el dulce idioma de su patria, para exponer análogos sentimientos religiosos y filosóficos en su oda *La voluntariedad y el deseo resignado* (1).

¿Qué rápido torrente,
Qué proceloso mar de agitaciones
Pasa de gente en gente
Dentro de los humanos corazones?
¿Quién que verlo pudiera
Furioso, desfrenado, ilimitable,
En el mundo creyera
Que hubiese nada fijo, nada estable!
Mas se enfurece en vano
Contra la roca inmoble del destino,
Que con certera mano
Supo contraponerle el Sér divino.
. . . .
¡Deseo silencioso,
Fuera del corazon nunca expresado!
Tú eres más poderoso
Que el que aparece de violencia armado.
Cual incienso suave
Tú subes invisible al sacro trono,
Sin que tus alas grave
La necia terquedad ni el ciego encono.
Del escondido ruego
Por el querer divino limitado,
No perturba el sosiego
Ni temor del azar, ni horror del hado.

Un ilustrado escritor de nuestros dias (2) copia muy oportunamente las frases que se escapaban del angustiado corazon del poeta, cuando sólo le quedaba un año ó poco más de vida. Con

(1) Escrita en Liverpool en 28 de Enero de 1840, y publicada igualmente en la *Revista de ciencias, literatura y artes*, ántes expresada.

(2) D. Leopoldo Augusto de Cueto: *Bosquejo histórico crítico de la poesía castellana en el siglo* XVIII.



ellas terminaremos estos modestos apuntes sobre tan notable ingenio de la moderna escuela poética, que es objeto de nuestro estudio. La misericordia de Dios es infinita, é inmensa debió ser la expiacion de los errores del hombre ciego, acosado de los remordimientos, hasta sentirse arrepentido y hallar el consuelo donde sólo existe, y la fe perdida en las dulces memorias de su juventud.

Hé aquí las palabras de Blanco á que nos referimos, en su patrio idioma, las cuales se encuentran en la introduccion de su novela, citada anteriormente:

«Una ausencia de treinta años casi me ha hecho extranjero en mi patria, y no será difícil conjeturar con qué poca confianza emprendo, enfermo y casi moribundo, la composicion de una obra en español..... Es ley de la condicion humana que, á medida de envejecernos, nos rejuvenezcan las impresiones de la niñez y de los verdes años..... Me empecé á convencer, algunos años há, que habia entrado en los términos de la vejez, con el perpétuo revivir que sentí en mí, de imágenes y memorias españolas..... La luz de la esperanza no es mia. No: el sepulcro está casi cerrado sobre mí, y aunque no lo estuviese, aunque me hallase en el vigor de mi vida, España no me recibiria sino con condiciones. El deseo de hablar por última vez á los españoles, me rebosa en el pecho.....»

¡Cuán cierto es que el instintivo amor al suelo en que se ha nacido jamas puede extinguirse en pechos nobles y generosos, y se sobrepone siempre á todo género de odios y de encontradas pasiones!

Lugar oportuno tiene aquí el recuerdo de otro hijo de la provincia de Sevilla, tambien poeta, consagrado asimismo en su juventud á los estudios eclesiásticos, en cuya carrera obtuvo las órdenes menores, y cuyo espíritu inquieto y azarosas vicisitudes, le ofrecen en extraordinaria analogía con Blanco. Llamábase D. José Marchena, y era más conocido por el abate Marchena [1]. Las corrientes revolucionarias de allende los Pirineos agitaron tambien su espíritu de una manera febril y desatentada,

[1] Nació en Utrera el año 1768, y falleció, vuelto ya á su patria, en 1821, sufriendo la pobreza y el olvido de todos.

haciéndole olvidar su patria, sus deberes y su fe religiosa. Prolijo sería enumerar sus variadas aventuras, sus relaciones con algunos de los más célebres personajes que figuraron en la nacion francesa en aquel turbulento período de su historia, cuando abandonó su patria para residir en un suelo ensangrentado por las más violentas pasiones.

La misma pluma escribia una oda *A Cristo Crucificado*, de no escaso mérito, y se empleaba á la vez en trazar los escritos filosóficos contra la religion en que sus padres le educaron. Rasgos poseia de verdadero poeta, como se advierte en esta misma composicion, que se complacia en recordar, reconociendo que «es la sublimidad el alma de la poesía lírica, y que por eso ningun sistema religioso se aviene con ella tanto como el del cristianismo.» Entusiasta por la del suelo en que nació, y engreido siempre con su referida composicion, en que fundaba su título de poeta; de este modo manifiesta su sentir sobre las excelencias de aquélla, y las que juzgaba, con inmodestas pretensiones, que adornaban la produccion de su ingenio.

«No sé si el fenómeno de que voy á hablar, dice, es debido á causas físicas ó morales; lo cierto es que los poetas líricos andaluces se han dejado siempre muy atras las demas provincias de España. Sevillanos fueron Herrera y Rioja, y sevillano es tambien Lista, que en sus odas se encumbra hasta igualarlos; Góngora, ingenio portentoso en medio de sus innumerables desaciertos, nació en Córdoba, y el maestro Leon tuvo su cuna en Andalucía. Si la posteridad señala entre estos escritores un puesto al autor de la oda *A Cristo Crucificado*, tambien dirá que Sevilla fué su patria.»

Un estudio exclusivo merecia sin duda el carácter raro y contradictorio del célebre abate, y ya se ha hecho de un modo cumplido por distinguidos escritores [1]. Estos han examinado sus

[1] Mr. Antonio de Latour ofrece un extenso exámen biográfico de Marchena, en su obra *Espagne, traditions mœurs et litterature* (París, 1869). Tambien los discretos escritores D. Gaspar Bono Serrano y D. Leopoldo Augusto de Cueto han publicado muy curiosas noticias y juicios sobre el mismo.

Terminada esta Memoria, se ha dado á luz el tomo LXV de la *Biblioteca de*

varios escritos, doliéndose al propio tiempo de sus lamentables extravíos y del trastorno moral de su alma.

Sólo cumple á nuestro propósito darle un puesto entre los cultivadores de la poesía en los primeros años del siglo presente, nacidos en la comarca sevillana.

Autores Españoles (1873), que contiene las *Obras escogidas de Filósofos*, coleccionadas por D. Adolfo de Castro. En su *Discurso preliminar* se hallan interesantes pormenores de la vida de Marchena, y detenido juicio de sus obras.

XI.

D. José María Roldan.—Sus poesías.—Noticia de algunas inéditas.—D. Francisco de Paula López de Castro.—Algunos pormenores de su vida.—Exámen de sus obras poéticas. —D. Francisco Núñez y Díaz.—Noticias biográficas. —Sus poesías.

Con muy raras excepciones, casi todos aquellos jóvenes que tan singular impulso y direccion dieron al estudio de las letras sevillanas en el siglo XVIII, contaban la misma edad, así como idénticas inclinaciones á la carrera del sacerdocio. En este caso se halla tambien D. José María Roldan, que nació en la capital de Andalucía el 24 de Agosto de 1771. Los principales estudios á que le inclinaba su aficion, fueron los de las ciencias eclesiásticas, que cursó en la Universidad y cultivó despues constantemente. En ellos sobresalió, granjeándose justo concepto por su profunda erudicion y su doctrina. No era, sin embargo, tan exclusivo su apego á estas graves materias, que, tanto por su buen gusto é instinto poético, como por reconocer lo importante que era el conocimiento filosófico de las humanidades, fuera un obstáculo para que á un mismo tiempo se consagrase á propagarlo, excitando á su cultivo á cuantos como él comprendian su necesidad. Unido con otro jóven no ménos celoso y apasionado de las letras, estableció la Academia de Letras humanas, que ya conocemos. Expuesto queda, pues, el gran influjo que esta modesta asociacion ejerció desde su principio en el rumbo dado á los estudios literarios en la ciudad que baña el Bétis. Tócanos ahora examinar el mérito poético de tan digno hijo de Sevilla, notable adalid en los tiempos modernos de su renombrada escuela.

Una de sus obras, ocasion tanto de elogios como de censuras,

y por tanto de las que llegaron á ser más conocidas, fué la titulada *A la resurreccion de Jesucristo*. Hállase, en nuestro sentir, alguna semejanza en el estilo y pomposa entonacion usados por Roldan en ésta y otras de sus composiciones, con los que se advierten en las de Reinoso. Ambos se propusieron un mismo objeto, tomando como modelo los ingenios de su patria del siglo de oro, y no es de extrañar tal parecido.

Veamos, pues, cómo supo inspirarse nuestro cantor bíblico en los asuntos sagrados, que eran los de su predileccion. Hé aquí algunas estancias de su oda expresada:

Yacia envuelto en polvo y sangre, yerta
Bajo la losa fria
El santo de Israel, el pecho herido.
La temblorosa faz de horror cubierta.
Triste el mundo gemia
En densa niebla y en temor sumido:
En medio la alta cumbre
Doliente el sol oscureció su lumbre.

La despiadada muerte poderosa,
Blandiendo su guadaña,
Con la divina sangre ya teñida,
En torno del sepulcro silenciosa
Gira con fiera saña,
Y el humanal linaje, envanecida,
Con ponderoso hierro
En pena arrastra del antiguo yerro.

Mas Jehovah, de esplendores inmortales
En densa luz velado,
Del alto empíreo en el supremo asiento,
Do sustenta del orbe los quiciales,
Y el curso arrebatado
Fija á los astros su imperioso acento;
Habló con voz tonante
Que sonó de la aurora al mar de Atlante:

«¿Y vencerá Luzbel? El pueblo insano
(Dice) del inocente
El nombre ha de borrar? ¿El almo nombre
Que el firmamento adora? No; que en vano
Contra el brazo potente
Osó el abismo. Triunfará, y el hombre
De antigua tiranía
Será de hoy libre: la victoria es mia.»

No encendido de súbito en la altura

Globo de luz brillante
Por el aire en la noche se desprende,
Cual del padre Abrahan la mansion pura
El ánima triunfante
Rápida deja y el sepulcro hiende.
Síguela el coro santo
Que anhela su venida en largo llanto.
La oscura tumba en célicos fulgores
Se inflama: nueva vida
El pecho ensangrentado hincha glorioso,
Y el rostro baña en cándidos albores.
Se alzó, y en voz sentida,
Vencí, dice, y con eco armonioso
Tierra y mar resonaron,
Y del orbe los polos retemblaron.

. . . .

Salud, mortales; el amargo lloro
Desterrad: nuevo dia
A la tierra nació. Piadoso el cielo
De inmarcesibles bienes el tesoro
Abundoso os envia;
De bienes, que de Eden el grato suelo
Jamas ¡oh! fecundáran,
Y en vano vuestros padres suspiráran.

Copiamos varias estrofas de esta poesía, para que pueda apreciarse el tono conservado en toda ella. Un poeta, sevillano tambien, notable por su correccion de lenguaje, aunque no tanto por la elevacion de su númen, y poco adicto á la escuela poética de Roldan, hubo de censurar á éste que tomase como modelo en la composicion indicada, al insigne autor de *La victoria de Lepanto* [1]. A la verdad que entre el lirismo, un tanto desmayado, de aquel sábio traductor de los Sagrados libros, y la entonacion vehemente, sonora y engalanada, siquiera sea á veces con exuberante ornato, de los seguidores del vate divino, la eleccion no era dudosa para los que preferian en las obras poéticas del género sublime, el levantado tono, la frase enérgica, á la fria expresion de los afectos; no teniendo acaso de poesía las que se caracterizan de este último modo, sino la forma rimada. Aquel crí-

(1) Debida es á Reinoso una «Carta del capitan Muntañones en defensa á la *Oda á la Resurreccion*, de D. José María Roldan.»

tico, tan digno de estima por su docta erudicion y otras notables cualidades, acertaba inclinándose al estilo y embelesadora sencillez del maestro Luis de Leon, aunque no realizara por completo sus acertados propósitos. Los de Roldan, al elegir por asunto la gloriosa resurreccion del Salvador de los hombres, así como la venida del Espíritu Santo, siguiendo el gusto bíblico de su modelo el insigne Herrera, no fueron imitar la elevacion de diverso género del que tan admirablemente cantó la ascension de Jesucristo á la mansion celeste. Fray Luis de Leon, segun observa Lista, «aunque trató asuntos religiosos; aunque tan sábio en la lengua hebrea; aunque tradujo el libro de Job y muchos salmos, tiene ménos rasgos de poesía oriental en todas sus obras, que esta sola cancion de Herrera (la de *La victoria de Lepanto)*. Excepto Herrera, prosigue, ninguno de los poetas de nuestro buen siglo se propuso enriquecer la poesía castellana con giros tomados de la oriental. Ya hemos visto que no lo hizo Leon, á pesar de que su estado, sus conocimientos en la lengua hebrea, y el tono candoroso de su elocucion, le convidaban á ello.»

Refiriéndose ya el mismo Lista á las obras del poeta que examinamos, añade:

«Despues de la restauracion del buen gusto en España en el siglo XVIII, pocos, muy pocos han cultivado la poesía oriental. Entre ellos merecen citarse como modelos, la oda de Meléndez titulada *El triunfo aparente de los malos*, y las dos del sábio y modesto D. José Roldan á *La venida del Espíritu Santo* y á *La resurreccion de Jesucristo*..... Basta leerlas para conocer en ellas el tono desusado de la poesía hebrea, todo diferente de la nuestra.»

La otra inspirada composicion de Roldan, citada por Lista, por ofrecer igual carácter, es ciertamente notable en su género. El admirabilísimo y prodigioso suceso que forma su asunto, se halla tratado con la majestad y entonacion digna, propias del asunto.

¡Qué divino esplendor al alto cielo
En viva luz enciende!
Arde Olimpo; la llama brilladora,
Cual lluvia desparcida, en presto vuelo
Por las auras sonoras se desprende.

De ardientes globos se corona el muro
De Salen y Sion: las cimas dora
A Palestina infiel su fulgor puro.
   Canta ¡oh mi lira! tu sublime acento
Penetre la alta esfera:
Himnos canta á Jehovah vivificante,
Que hoy de los cielos baja en raudo viento
Y resonante llama. Su carrera
Anduvo sobre el trueno y torbellino;
De ciencia y vida, y de valor triunfante,
Llenó el orbe su espíritu divino.

. . . .

   Mas ¿quién surca los plácidos raudales
Que vierte en onda pura
Sonoroso el Jordan? Prole divina
Nace al mundo entre gozos celestiales
Reengendrada en sus aguas. Del altura
Nueva Salen desciende: allí el Inmenso
Nuevos altares á su honor destina,
Do más puro se eleve el grato incienso.

. . . .

   ¿Quién de Marte los bárbaros pendones
Plegó en paz deliciosa?
Alzó Pedro la cruz, y el Vaticano
Paz clamó: en tierno lazo las naciones
Se estrechan abrazadas. *Paz*, gozosa
La tierra en derredor. *Paz*, de su asiento
El mar resuena: el Padre soberano
Paz y *hermandad* grabó en el firmamento.

Adviértese á primera vista, el perfume bíblico que exhala esta poesía, en que tan bien se conserva el gusto y la entonacion del maestro del lenguaje poético de la antigua Escuela sevillana.

La musa de este digno sucesor de Herrera, no pierde el mismo tono levantado y versificacion armoniosa, áun tratando asuntos muy diversos. Celebra *El natal de Fílis.*

   ¿Qué célicos placeres
Espira por doquier natura toda
En tan sereno y delicioso dia?
¡Cuál la radiante esfera
En nueva luz ardiente reverbera!

. . . .

   Como baja risueña
Vénus Citere en luminoso giro,

De amores mil en derredor cercada,
Y con ligero vuelo
Corta veloz el esplendente cielo;
Y á los Elíseos campos
Llega, do se levanta Asido bella
Entre lucientes pámpanos y espigas.
Su carro sobre el viento
Suspende, y se oye el divinal acento,
Que dice: ¡Oh sobrehumana!
Salve, dulce beldad, del suelo ibero
Esclarecido honor: vive y eterna
Mi célica alegría
Goce la tierra en su dichoso dia.
Y el manto desprendiendo,
De mil flores cargado, al aura blanda
En ámbares suaves se perfuma
La esfera cristalina,
Y en más bellos colores se ilumina.

Suficientes son las anteriores estrofas para poder apreciar el delicado gusto de Roldan.

De sentir es que no puedan ser conocidos de todos, otros trabajos suyos. Consérvase inédito un *sábio y elegante comentario del Apocalípsis*, segun consigna Reinoso, que escribió con motivo de la obra de Juan Josafat Ben-Ezra. Tambien Lista menciona un poema titulado *Danilo*, nombre poético de su autor, *escrito en bellísimos versos*, y que se conservaba, sin haberse publicado, entre los papeles de la Academia de Letras humanas. Infructuosas han sido las diligencias de muy celosos y distinguidos literatos, afanosos de conocer este trabajo tan encomiado, para dar con su paradero. Pasando sucesivamente de unas manos á otras, ha sufrido, sin duda, un sensible extravío. Observa el mismo Lista, que Roldan fué uno de los primeros que presentaron á aquella Academia composiciones poéticas. «Robado fué ántes de tiempo, dice tan docto juez, á los estudios eclesiásticos, en que sobresalia, á la amistad y á la virtud.»

Roldan ejerció el curato de San Márcos de Jerez, y posteriormente el de la parroquia de San Andres de su patria hasta su muerte, acaecida el 9 de Enero de 1828. Bajo las bóvedas de este templo tambien elevó al cielo sus oraciones en clase de ca-

pellan de coro del mismo, el ilustre Fernando de Herrera, á quien tan dignamente supo imitar el comentador de la *Apocalípsis*, en virtudes y gusto poético. Roldan, segun su afectuoso amigo y defensor en la contienda literaria que indicamos anteriormente, D. Félix José Reinoso, era de carácter abstraido y melancólico, celoso de su ministerio, y severo en sus principios y en sus costumbres.

Otro de los jóvenes que más se distinguieron en la Academia de Letras humanas, fué el elegante y discreto poeta D. Francisco de Paula Lopez de Castro. Campeon no ménos esforzado que sus demas compañeros, contribuyó con las producciones de su númen, á la favorable reaccion llevada á cabo en las letras sevillanas. En este concepto, merece señalado lugar entre los ingenios de su escuela.

Avara fué la fortuna en prodigarle sus halagos, tanto en su edad más florida, como cuando tocó los últimos años de su existencia. Quizas por esta circunstancia, su musa parece más bien inclinada á la melancolía, y dada alguna vez al género filosófico; pero imprimiendo á sus cantos un tinte suave y atractivo de dulce resignacion á todo reves de la vida.

Nacido por los mismos años que casi todos aquellos ingenios asociados para tan meritoria empresa, en 2 de Abril de 1771, se consagró con predileccion desde muy jóven, al estudio de las matemáticas, y alcanzó premio en los públicos exámenes de los tres años de curso, en la Real Sociedad patriótica de Sevilla. Llegó á poseer esta ciencia con la perfeccion precisa para ejercer su enseñanza; conceptuándose apto para ello, cuando en el año 1796 solicitó del Gobierno se le nombrase para una de las cátedras vacantes á la sazon, de tal facultad, en el Real colegio de San Telmo y en el de San Hermenegildo; pretension que no tuvo favorable éxito, por adjudicarse aquellas plazas mediante oposicion [1].

[1] Los términos de esta súplica nos dan á conocer su situacion, precaria entónces, así como los nobles sentimientos de su alma, revelados del mismo modo en las producciones de su ingenio.

«Todos mis deseos, dice, se dirigen, Señor, á ser útil en cuanto mis alcances,

Castro estudió asimismo la filosofía y la medicina en la Universidad de su patria, no llegando á terminar su carrera por dedicàrse á la del comercio, sin que fuesen obstáculo los trabajos de una ocupacion tan ajena al trato de las musas, para que continuase el culto que tan bien supo rendirles desde edad temprana. Sus conocimientos, por lo contrario, se enriquecieron con la lectura de obras escogidas, tanto de nuestros escritores, como de los extranjeros, sobre humanidades, historia y otras ciencias. Dábale ejemplo de cómo es posible con un talento privilegiado adunar las que exigen severo exámen, estudio y reflexion, con el divino arte de la poesía, hijo de la inspiracion y de la espontaneidad, su consocio en las útiles tareas de la Academia expresada, el insigne vate y matemático D. Alberto Lista. En esta sociedad fueron leidas muchas de sus composiciones de distinto género.

Apreciando, pues, al seguidor de la escuela del cantor de Eliodora, al dulce *Cratilo*, que á su vez lo fué de *Dóris*, se nos presenta como su obra más importante de las que conocemos, la filosófica titulada *Imperio del hombre sobre la naturaleza*. Preténdese en ella, con feliz éxito, hacer gala de la sonoridad, la pomposa

al sábio Gobierno bajo el que la Providencia ha hecho la felicidad de ponerlo: ¿y cómo podia ver cumplidos sus honrados sentimientos y una de las primeras obligaciones de todo hombre en sociedad, y que piensa dignamente, sino recurriendo á V. M., como el dispensador de las felicidades que disfrutan sus amados vasallos, y como el único que puede realizar sus ideas? Ademas, en el suplicante concurren otros méritos de más consideracion para el sensible y real corazon de V. M. Por una coincidencia de incidentes, cuya relacion molestaria á V. M., se halla con veinticinco años, sin destino alguno, y con una tierna madre, viuda, que se ha sacrificado por él, y que exige á su vez, todos sus homenajes y rendimientos. ¡Ay, Señor! El corazon de un hijo en semejante situacion se parte de dolor. El suplicante estudió matemáticas con el fin de entrar á servir á V. M. en su real Armada; pero estos fatales incidentes, de que he hablado, privándole de los medios indispensables para ello, le imposibilitaron seguir tan laudables miras.»

La sentida demanda de Castro, que una feliz casualidad nos proporciona el gusto de dar á conocer por vez primera, revelan el vehemente cariño del hijo excelente y honrado, como el amigo tierno, solícito y generoso, en los rasgos de su inspiracion. Estas últimas apreciables cualidades se ven confirmadas por algunos de los que disfrutaron de su trato apacible y leal afecto.

frase usada por los antiguos cisnes del Bétis, del artificio poético que, si bien algunas veces es perjudicial á la inspiracion espontánea, cuando se adivina que ha sido objeto de prolijo cuidado, da por lo comun mayor brillantez al tono y á los pensamientos. Hé aquí cómo principia la oda mencionada:

¿Dó arrebatada con divino aliento
El alma en raudo vuelo te trasporta?
Del oriente al ocaso
Rodar mil globos ve. Los mira absorta
Rayos lanzar de enardecida lumbre,
Y eternal movimiento
Frenar su augusto paso:
Circundan su luz pura
Pálidos otros mil. La ardiente cumbre
Ve ya de Olimpo alzado.
Mortales ¡oh! callad; que de natura
La divina beldad decir me es dado.

Dirígese el poeta al sol, á todos los astros que derraman sus luces sobre la tierra, y exclama:

¡Sólo á ilustrar del hombre las mansiones
Os destinó la mano omnipotente!
Mas ¿qué nuevo vigor, qué nueva vida
Se esparce por el globo venturoso?
A do el punzante cardo,
Do el descarnado leño, victorioso
Del voraz tiempo, la cerviz alzara,
La adelfa enrojecida,
Y el oloroso nardo
A par del trébol crece:
Cela en su cáliz la azucena, avara
Del licor, miel sabrosa;
Y plácido Fabonio se adormece
En las fragantes hojas de la rosa.

Galanos son sin duda estos rasgos de poesía, que revelan un instinto delicado. Obsérvase lo mismo en la siguiente estancia:

El dulce fuego que natura amiga
En su seno abrigaba, difundido
Sobre la madre tierra,
Quebranta el hielo agudo, que aterido

Cubriera de los campos el tesoro.
Brota la tierna espiga
Que el rubio grano encierra;
El prado reverdece;
El arróyuelo entre guijuelas de oro,
Bullicioso saltando,
Retrata el lirio que á su márgen crece,
Y ufano se desliza serpeando.
. . . .
. . . . La maleza
En hermosos pensiles,
O ya en grata morada,
¿Cuál brazo activo torna?
Del intrincado bosque la aspereza
Mudó en feraz llanura:
El nudo tronco de verdor se adorna,
Y tolda el prado en eternal frescura.
Tú ¡oh mortal! sólo tú, que del augusto,
Del Sér Eterno que los seres manda,
El dominio del suelo
Y el saber recibiste.

A la voluntad del hombre, dócil cede la naturaleza: el arbusto salvaje no se alza por donde quiera en los campos; sobre el cieno se levantan los anchurosos y fuertes muros; inclínase bajo el peso de su follaje en la colina ántes desierta, la vid que hermosea las campiñas; el raudal, ya prisionero en su cauce, no arrastra en sus crecidas las mieses y las cabañas.

Mas ¡oh! ¿qué genio en su furor destierra
La ventura y la paz? Orgullo insano,
Ambicioso insaciable
El hombre respiró. Torna inhumano
Contra sí mismo el desleal acero
Que fecundó la tierra:
Y la morada amable
Del placer y el reposo,
¡Ay! es ya de dolor. Él es el fiero
¡Oh natura! que absorbe
Tu vida y prole y tu beldad. Furioso
Lleva en triunfo la muerte por el orbe.

¡Espectáculo tremendo el que ofrecen los humanos seres des-

unidos! Ciego y sin piedad, el hombre abandona el trabajo lucrativo; arroja léjos de sí el arado; huye los dulces encantos del hogar doméstico sin oir el lloro de la tierna esposa, el niño desvalido y el padre anciano, por saciar sus iras en sangre propia y ajena.

¡Bárbaros! ¿Y fijais de la victoria
El sangriento pendon sobre los restos
Del orbe destrozado?
¿Y brillan el laurel y oliva puestos
En la homicida frente? ¿Fementido,
Canta al Hacedor gloria
En su altar desolado?
Ese feroz contento
¡Cuánto encierra dolor! ¡Cuánto gemido!
Ya tus lívidas alas
Bates, contagio, al corrompido aliento,
Y la campiña y las ciudades talas.
¡Fiero mortal! Ante tus piés natura
Marchita yace, en congojoso lloro
La pura faz manchada.
Mas tú el fecundo seno, almo tesoro
De vida y sér, despedazando impío,
Hórrida sepultura
Lo tornas, do lanzada
En tinieblas de muerte
Yace la creacion. ¡Ay! del natio
Alcázar soberano
La dichosa mansion feroz convierte
En túmulo de escombros el humano.

La entonacion de esta obra, tan abundante en bellezas descriptivas y que hace honor á la musa filosófica de nuestro poeta, es sostenida y sonora: oportunos son sus pensamientos, ya describa dulcemente las galas y primores de la naturaleza, ya con acento indignado prorumpa contra el espíritu rencoroso que divide la humanidad, alejándola de tales encantos para destruirse y llenar de luto y tristeza los portentosos dones de su Hacedor.

De advertir es, que esta poesía, como las siguientes de Castro, que hemos de mencionar, lo mismo que las de Arjona y Roldan, dadas á luz por Quintana en su coleccion de *Poesías selectas*, fueron á éste facilitadas por Reinoso, amigo y compañero

de estudios y lides poéticas de aquéllos; el cual «se tomó el trabajo de entresacarlas de la muchedumbre confusa de borradores informes y mal escritos en que los tres poetas dejaron sus versos al morir.» Fáltales, pues, la correccion que acaso sus autores pudieron haber hecho en ellas, ántes de darlas al público. Infiérese, no obstante, que las que ahora examinamos fueron de las que halló más ordenadas el insigne autor de *La inocencia perdida.*

A este mismo, al inspirado Fileno, dirige Castro su *Epístola*, consagrada á cantar la muerte de Dóris, demandándole llore con él y le acompañe en su amargo pesar. Recuerda con triste desconsuelo el tiempo en que resplandecia de hermosura y juventud la beldad seductora.

¡Cómo otro tiempo en plácida alegría
Del sacro Bétis la feraz ribera
Bajo su planta florecer veia,
Y orlada de jazmin la cabellera,
Cual del alba el lucero refulgente,
Brillar entre las ninfas la primera!

. . . .

Por su náyade Bétis la proclama,
Y el coro virginal en torno de ella
Danzando alegre, su deidad la llama.

Entrégase despues á profundos pensamientos filosóficos, con la melancólica entonacion de Rioja, al considerar los constantes infortunios y desengaños que sufre el mortal en el curso de su existencia.

¿Qué á nosotros espera en la cansada
Y estrecha senda de la triste vida,
De la opresion en la infernal morada?
¡Ay! el dolor sin fin, la fementida
Calumnia detractora, el vil desprecio,
La insolente injusticia repetida.
Opreso y opresor el mortal necio,
Víctima de maldad, triste perece,
Del orbe maldicion y menosprecio.
Vuela el dia, y el tiempo desparece:
Fueron los años, las naciones fueron:
La maldad sola eterna permanece.
Los vivientes estatuas erigieron

Al malvado viviente; al virtuoso
Bajo la fiera planta confundieron.
¡Tumba feliz! ¡Morada del reposo,
Do el humanal linaje, en paz dormido,
Ni el mal recibe, ni le da orgulloso.

En esta sentida composicion da á conocer el poeta sevillano, el estudio que hubo de hacer de los clásicos maestros de su escuela, así como esa notable facilidad para expresar con estilo conveniente y adecuado, las impresiones que debian dominar su espíritu, más lleno siempre de tristes que de risueñas imágenes.

Ahora vamos á hallar al poeta, igualmente dominado por sus amargas ideas, empleando su diccion escogida y elegante estilo, en la márgen de un arroyuelo alegre y bullidor. Hé aquí algunas estrofas de la oda á que nos referimos:

De la sierra eminente
Baja el arroyo undoso,
Y tuerce incierto por el valle herboso,
En giros mil, su plácida corriente.

. . . .

La adelfa allí lozana
En su cristal se mira,
Y manso el arroyuelo en torno gira
Por matizar las aguas con su grana.
La dulce Filomena
Le lamenta á deshora
La escura noche, y cuando ya la aurora
El prado esmalta con su luz serena.
En vagoroso vuelo
Céfiro entre las flores
Girando bullicioso, sus olores
Destila sobre el líquido arroyuelo.

. . . .

Cual tú, me ví algun dia
Del placer rodeado:
Ya tenebrosa noche, acongojado,
Me cerca por doquier en mi agonía.
De mi pasada gloria
Y de mi mal presente
Oprimen ¡ay! el ánimo doliente
Unidos, el tormento y la memoria.

. . . .

¡Ay! ¿Dó huyó mi contento?

¿Dó las dichosas horas?
¿A quién ¡ay triste! á quién tu pena lloras,
Si no has de hallar alivio á tu tormento?
De mi felice suerte
Pasó la primavera;
Y no el mísero pecho hallar espera
Otro término al mal sino la muerte.
Pues teme, arroyo amable,
Que el abrasado estío
Robe tu gozo, cual la suerte el mio,
¡Ay! mi dicha acabó; nada hay estable.

Hállase expresada con fácil y adecuada entonacion, la tristeza que domina el ánimo de nuestro vate al recordar su infortunio: su tono elegíaco y doliente trae á la memoria el tantas veces usado por quien sin los resplandores de su *Luz*, érale enojosa la del dia.

Si Castro no consigue siempre expresarse con la elevacion que otros poetas de su tiempo, no ha de tachársele en cambio de escaso númen, ni de falta de esmero en la diccion; siendo feliz más de una vez al expresar sus afectos, como puede juzgarse por su anterior oda *Al arroyuelo*. Las tres poesías que hemos mencionado, fueron incluidas en la coleccion ya referida, dada á luz por Quintana.

Tambien nuestro distinguido sevillano dió pruebas de su acierto en el cultivo de otros géneros literarios, ante la Academia de que formaba parte. En ella fueron conocidos una novela moral y dos *Elogios*, uno de *Pelayo, primer rey de Astúrias* [1], y otro de *Fernando III el Santo*, ambos, segun Lista, modelos de correccion y elocuencia.

No fueron más placenteros para Castro los últimos dias de su

[1] Adquirimos hace algun tiempo, en un ambulante puesto de libros, y por un precio harto módico, una *Memoria* manuscrita, que suponemos sea copia tal vez de la original, precedida de un extenso prólogo, cuya portada es como sigue: «Elogio de Pelayo, presentado en opcion al premio propuesto por la Academia de Letras humanas de Sevilla, año 1801.

Bellum ingens garet (Hesperia), populosque feroces
Contundet, moresque viris et invenia ponet,
Virgilius.»

vida. Afligido por la pobreza, y falto de medios para aliviar la suerte de su familia y hacerla ménos cruel á su muerte, ésta tuvo lugar en el suelo donde nació, el dia 16 de Marzo de 1827.

Cuéntase tambien, entre los poetas que más sobresalieron en la Academia de Letras humanas, el presbítero D. Francisco Nuñez y Díaz. Consignaremos brevemente algunos pormenores, que la casualidad nos ha hecho saber, de sus estudios y de los cargos que obtuvo en su carrera. Nuñez nació en el año 1766, y pasó su edad juvenil sufriendo las privaciones que á sus padres imponia una escasa fortuna. Inclinado al sacerdocio, comenzó á adquirir en tiempo conveniente, en la Universidad de su patria, los conocimientos preliminares para seguir despues los de las ciencias para aquél necesarios. Cursó, pues, la filosofía, obteniendo honrosas calificaciones, y graduándose en el año 1783 de bachiller en esta facultad. Siguió despues con laudable celo los estudios de teología, hasta obtener igual grado en 1789. En el de 1791 alcanzó por oposicion la plaza de capellan de Porcionistas del Colegio de San Telmo de Sevilla, para cuyo ministerio era tan apto por su ejemplar conducta, su modesto carácter, su aficion al estudio y constante ejercicio de la de gramática y retórica desde que dejó las aulas, cuya enseñanza estaba tambien á su cargo en el referido establecimiento. En aquel acto literario hizo una notable oracion latina en elogio del monarca entónces reinante. En dos ocasiones se confió á este instruido eclesiástico la disertacion acostumbrada en la apertura de los exámenes generales del mismo colegio. En él pudo demostrar su abnegacion y virtudes, con motivo de la cruel epidemia que afligió á Sevilla el año 1800. Hallándose convaleciente de la misma, administraba á colegiales y empleados los auxilios espirituales noche y dia, y prestaba su asistencia como enfermero á la vez, á los atacados y á los moribundos, eficaz cumplidor de su ministerio. Ocasiónale al fin su penosa cuanto benéfica tarea, el recaer de aquel grave mal hasta el extremo de peligrar su vida. Este y otros servicios extraordinarios, unidos á su instruccion y al buen desempeño del cargo que ejercia en aquel establecimiento de enseñanza, fueron justo motivo para adjudicarle en el año 1802 el destino de primer ca-

pellan del mismo. Posteriormente, en los de 1810 y 1814, pretendia Nuñez primeramente una canongía en Méjico, ú otra pieza eclesiástica en la Península, fundado en sus merecimientos en el servicio, y los literarios que en él concurrian, y en la necesidad de mayores goces para lograr un honroso descanso y atender á la subsistencia de allegados deudos; y luégo una prebenda en Sevilla, Granada ó Córdoba; siendo para el logro de su deseo reiteradamente recomendado por la superioridad. En aquel último año estuvo algun tiempo en la córte en uso de licencia; alcanzando, por último, á principios del siguiente, como resultado, sin duda, de sus personales gestiones, una capellanía Real en Granada. Falleció en esta ciudad por los años de 1832.

Nos hemos detenido algun tanto en estos detalles, omitiendo otros de ménos importancia, por juzgarlos desconocidos de muchos hasta el dia.

Nuñez fué individuo, no sólo de la Academia de Letras humanas, sino tambien de la Real de Buenas letras, primero como honorario y despues como supernumerario, desde el año 1801. Por ambas fueron premiadas varias obras de su ingenio. Poseia con perfeccion el conocimiento de las lenguas latina, francesa é italiana, y cultivó privada y constantemente el estudio de las bellas letras y el de la historia civil y eclesiástica, con el éxito que era de esperar de su claro talento.

El notable instituto que existió en la capital de Andalucía para instruir á los jóvenes que se consagraban á la carrera de pilotos de la Armada, podia contar como una honra indisputable, haber ofrecido en sus cátedras ejerciendo una docta enseñanza, á dos distinguidos maestros y poetas, uno de ellos D. Alberto Lista, con superiores títulos para alcanzar el extendido renombre que disfruta.

Juzga éste el mérito del que fué en más de un concepto compañero de su juventud en los lugares destinados al estudio y la instruccion, como quien sabia apreciar tan ingénua y acertadamente las obras del ingenio.

«Séanos lícito, dice el célebre humanista, hacer mencion de nuestro amigo D. Francisco Nuñez, ya difunto, en quien España

hubiera tenido el Píndaro del cristianismo, si su genio sublime y vehemente hubiera podido sujetarse al fastidioso, pero necesario trabajo de la correccion.»

«No queremos dejar de mencionar aquí, añade en otro lugar, las composiciones de D. Francisco Nuñez, á quien ya hemos citado. Sus obras, aunque llenas de incorreccion, lo están tambien de pensamientos é imágenes atrevidas y originales. Era tenido en la Academia (en la de Letras humanas), por el primer poeta lírico de ella, en cuanto al estro y la inspiracion; y el público instruido se convenceria fácilmente de la exactitud de este juicio, si se diesen á luz sus poesías.»

Una de ellas es la oda que se publicó en los primeros años del presente siglo, titulada *Las ruinas de Itálica*. A pesar de la desventaja que ofrece el tratar este asunto despues de haber sido objeto de la célebre cancion del antiguo vate hispalense, inspirada en presencia de aquellos *campos de soledad;* la de Nuñez, recuerda más de una vez á la misma, por su entonacion y sus imágenes. Las composiciones que de este ilustrado sacerdote se conservan, son en número escaso. Trasladamos, pues, algunos versos de la ántes mencionada, por dar una idea de su tono digno y levantado.

Campos desiertos, pueblo inmenso un dia,
Decid á Tirsi en esos restos vagos
De todo lo mortal la suerte impía:
¡Ay, ilustres estragos!
¿Cómo desmoronadas
Yacen columnas, lares, templo augusto,
Dioses y aras sagradas,
Al corvo arado del gañan robusto?
¡Áy, cuál vacila y tiembla al paso rudo
Del buey, cuál se desploma al leve viento
La muralla, que el choque hender no pudo
Del ariete violento!
Eco, tú en las arenas
De ese Circo aplaudiste sus victorias,
Ora, triste, resuenas:
«Yace Itálica: aquí yacen sus glorias.»
¡Padre Bétis! De fieras es guarida
La patria de los dioses soberana,

Por todo el orbe inmenso esclarecida.
¡Cuándo tú, á la romana,
Púrpura, en alta quilla
Siguiéndole el gran pueblo, al César viste
Partir desde tu orilla,
Cuán vano el ancho seno entumeciste!
. . . .
. . . . ¿Dó el Capitolio,
Dó las carrozas y el clamor lozano,
Que lleva al sacro solio
Por luenga calle al Cónsul soberano?
. . . .
No ya retumban por el vago muro
De inmenso pueblo gritos fervorosos,
Al mirar estrecharse el pecho duro
Los atletas briosos:
Tan sólo el eco suave
De la flauta, que llora en las vecinas
Selvas el caso grave,
De Itálica resuena en las ruinas.

Nuñez, como Lista, Reinoso y Blanco, sus consocios en la referida Academia de Letras humanas, hizo una oda *A la Concepcion*, en la que resaltan las cualidades que le concede como poeta cristiano el primero de aquellos distinguidos varones. Suyas son tambien las obras del mismo género, tituladas *Adan admira la naturaleza. Sentimiento de su gratitud al contemplarla*, y *Las bellezas poéticas del cristianismo sobre las de la gentilidad:* en ellas se ve tambien confirmado el juicio acerca de su mérito, formado por el mismo Lista [1].

[1] Tanto estas composiciones de Nuñez, como otras de Roldan, Castro é Hidalgo, poetas de la moderna Escuela sevillana, se hallan incluidas en el tomo III de los *Líricos del siglo* XVIII que hemos citado anteriormente. *Biblioteca de Autores Españoles* (1875).

XII.

D. Manuel María del Mármol.—D. Joaquin María Sotelo.—D. Justino Matute.—D. Félix María Hidalgo.—D. Jacobo Vicente Navarro y otros poetas, ya fallecidos, de la moderna Escuela sevillana.

Sacerdote, preceptor y poeta, circunstancias comunes en los regeneradores del gusto de la ciudad hispalense á la terminacion de la pasada centuria, era tambien el Dr. D. Manuel María del Mármol, nacido en aquélla el 15 de Julio de 1776. Fueron sus estudios los propios de su carrera, cursados en las aulas donde habia de ejercer despues su enseñanza con celoso empeño y método innovador y acertado. Su afan por difundir las ciencias en la juventud, fué siempre una de sus distintivas cualidades; las que sin duda le han granjeado universal estimacion, tanto de los que en vida le apreciaron, como de los que despues han rendido justo y respetuoso homenaje á su memoria.

El alumno de los estudios filosóficos, de humanidades y teología, en breve llegó á ser maestro de estas ciencias, obteniendo por oposicion en la Universidad de su patria una cátedra de la misma. Ya en el primer año de nuestro siglo, era reputado por sus dotes especiales para el magisterio, en el que por su laboriosa constancia, su carácter afable y persuasivo, habia de merecer una celebridad superior á la que en concepto de cultivador de las musas llegó tambien á conquistar, más por su buen gusto que por su elevacion.

Numerosos discípulos acudian á oir sus doctas lecciones; y hallábase él á su vez en su centro, al verse de éstos rodeado de contínuo, estimulándoles con cariñoso trato al estudio, y haciéndoles partícipes de las sencillas distracciones que daban tregua á su incansable enseñanza.

Existe en las inmediaciones de Sevilla, y en la márgen derecha del Guadalquivir, un lugar ameno y pintoresco, desde donde se gozan las más admirables vistas, y donde el espíritu alcanza tranquilidad apacible y deleitosa, llamado San Juan de Alfarache. A él acudia por costumbre, en demanda de inspiracion, el sencillo poeta, rodeado de sus discípulos predilectos; y en tanto que éstos se entregaban á propios pasatiempos juveniles, él, buscando la sombra del verde follaje, trasladaba al papel sus más sentidos versos; de lo que es evidente prueba el romance, de los más fáciles y perfectos de los suyos, en tal paraje escrito, cuyo asunto es la construccion de un nuevo jardin en aquel hermoso suelo, y en el que consigna sus gratos recuerdos históricos de un tiempo en que su ciudad natal pasaba del dominio del agareno, vencido por el esfuerzo de las armas, al de un rey preclaro por su santidad, su denuedo y poderío.

Utiles variaciones introdujo el Dr. Mármol en el método de enseñanza hasta entónces seguido; sustituyendo la de las ideas á la de las palabras en la ciencia filosófica, segun la autorizada apreciacion de Lista, y combatiendo enérgicamente el escolasticismo. A tan entendido preceptor se debe un tratado de Lógica, que fué suficiente para encaminar en el estudio de una manera ordenada y metódica á sus jóvenes escolares.

Suficientes son á nuestro propósito las prendas características que dejamos indicadas de tan notable hijo de Sevilla; pero no hemos de olvidar otras que prestan nuevo realce á sus personales circunstancias, y tan acreedor le hicieron á la gratitud del pueblo á quien consagró sus afanes y desvelos en sus benéficos institutos.

Si *el insigne eclesiástico sevillano*, como era llamado por los extranjeros, segun un biógrafo del mismo, no tuviese otros títulos para la estimacion de sus conciudadanos; bastaríale aquel que su virtud alcanzó tan justamente, ejerciendo, infatigable y modesto, la caridad con el desvalido y menesteroso. La noble piedad de este digno sacerdote, tan hermoso sentimiento de los corazones honrados, manifestábase en actos de abnegacion que no aspiraban á un vano aplauso, sino á satisfacer un deber de su sa-

grado ministerio, y propios y benéficos impulsos. ¡Cuán bello espectáculo el del venerable anciano, sonriendo, encaminando por la senda del bien y alentando á la aplicacion á la inocente criatura que en la pobreza acudia á la Academia de la Sociedad económica de Sevilla, de la que era director excelente!

No es en el concepto de poeta, pues como tal es de nuestra incumbencia apreciar al Dr. Mármol, de aquellos que deben ser colocados en los primeros puestos entre los regeneradores del Parnaso sevillano; si bien por su buen gusto, es acreedor á que se le conceda en él un honroso lugar. Si carece de la elevacion, de la vehemencia indispensables para remontarse á las alturas donde llegan los genios privilegiados; si su musa no pretendia los triunfos á éstos concedidos; en cambio muestra su facilidad y galanura de estilo, la lozanía de sus pensamientos y la pureza de lenguaje en su *Romancero* (1), que es digno, ciertamente, de figurar entre las producciones poéticas que en la moderna época literaria ofrece la ciudad sevillana como envidiable muestra de su ilustracion y fecunda virtud inspiradora.

Este género de poesía, cuyo carácter es y será exclusivamente español; que ofrece de la manera más sencilla y comprensible

(1) *Romancero* ó *pequeña coleccion de romances*, tomados de las poesías impresas é inéditas del Dr. D. Manuel María del Mármol. Dedicada y presentada por él mismo á la Real Academia sevillana de Buenas letras en 17 de Mayo de 1833. Sevilla, 1834. Se compone de dos tomos. En la dedicatoria á aquella corporacion respetable, expresa Mármol el carácter y cualidades propias de nuestros romances, que tan á propósito son para cautivar y despertar en el vulgo el gusto poético. Termina esta coleccion con la discreta censura que formó sobre su mérito, por acuerdo de la misma Academia, y en cumplimiento de sus estatutos, el Dr. Don Francisco de Paula Alvarez.

Realzando el mérito de la coleccion que examina, observa una circunstancia notable, que redunda en honra de su autor.

«Para concluir, dice, y apoyar más y más el juicio ventajoso que hago del *Romancero* de que se trata, diré que el acreditado crítico y poeta ya citado, que formó, por encargo de la Real Sociedad sevillana de Amigos del País, la coleccion de poesías para el uso de las escuelas, que esta corporacion dirigia, en la idea de los romances que escribió y colocó á la cabeza de los que colecta, pone ejemplos para comprobar sus ideas, diciendo que los toma de los *mejores romances* que conocemos, y los que alega son de Góngora y de Mármol.»

Muchas de las composiciones de este género del poeta sevillano justifican tal preferencia, reconocida como justa por todos en el insigne vate cordobés.

para todos, nuestras gloriosas tradiciones; que es el reflejo de las costumbres y sentimientos nacionales, y por tanto el más popular, y que siempre conserva sus formas y áun su estilo de expresar los pensamientos desde que brotó del vulgo, espontáneo, con su primitiva rudeza, hasta que fué perfeccionado por el gusto, la erudicion y el más esmerado lenguaje de los verdaderos poetas; ha de considerarse siempre con prediléccion, como peculiar de nuestra literatura, por todos los que la estudien y sean sus apasionados.

Propagadores tuvo Sevilla en el siglo más brillante de nuestras letras, de esta clase de poesía de tan general aceptacion. Mármol ofrece, pues, en su moderna y tambien honrosa época literaria, un notable *Romancero,* con el sabor y estilo propio de tal género poético, y la variedad á que tanto se presta. Sus romances son pastoriles, moriscos, heróicos y á diversos asuntos. A éstos denomina *modernos.*

¿Qué podremos decir que no se adivine, sobre los sencillos episodios que dan materia á los primeros de los nombrados? El amor con todas sus apacibles dulzuras y sus amargas inquietudes, sus celos atormentadores, su ausencia siempre recelosa y nunca con calma sufrida, la fiel amistad y los candorosos y puros afectos; y todo esto gozado ó sentido en medio de una naturaleza galana y risueña. Tales son los asuntos á que el poeta da novedad, por ofrecerlos con bellos rasgos descriptivos é imágenes delicadas.

Entre los romances de esta clase, coloca Mármol dos que hizo con motivo del regreso á España de unos amigos suyos, prisioneros del frances en la gloriosa guerra de la Independencia. Hé aquí cómo describe su partida y los anhelos de su vuelta:

«Al són del cañon preñado
De muerte, orfandad y sangre,
Abandonan los rediles,
Se lanzan á los combates.
Dejan el manso ganado
Por erizadas falanges,
Y las tranquilas florestas
Por robustos baluartes.
Manos, que el cayado empuñan,

Blanden la espada tajante,
Y, si reciben cadenas,
Son tintas de ajena sangre.
Las rompen, y á sus cabañas
Vuelven soldados triunfantes,
Los que salieron sencillos
Y pacíficos zagales.
Hoy á su manso ganado,
Hoy á sus patrios hogares
El sesgo curso del Bétis
Los traerá en amiga nave.»

Cantor de la ausencia de Elisa y Fileno, ofrece el poeta aquellos afectos delicados y sencillos que inspira el amor casto y puro. Poética es sin duda la pintura que hace de tan bella pastora, y que comienza con estos versos:

Tan hermosa como el alba,
Y más que el alba llorosa,
Su cabaña deja Elisa,
Cuando el Oriente se dora.
Del blando y fresco rocío
Sobre su pellico posan
Mil perlas que la temprana
Roja lumbre tornasola.
Los inquietos vientecillos
Le alzan en contínuas ondas
Los rizos de sus cabellos,
Y los lienzos de su toca.

No es ménos galana la descripcion que á su vez hace la amante del que es objeto de sus pensamientos.

Sosegado Guadalete,
Vientecillo de la selva,
Tú, que el muro á Bornos bañas,
Tú, que besas sus almenas,
Decidme si en las campiñas,
Que la noble villa cercan,
Habeis visto al pastorcillo
Por quien sufro tantas penas.
Y por si las ignorais,
Os referiré sus señas:

Entre los demas pastores
Cual pino en bosque descuella.
La lumbre de sus dos ojos,
Su ternura y su viveza,
Dan envidia á los zagales,
Y amor á las zagalejas.
El color de sus mejillas
Al amaranto superan,
Y el albor de sus jazmines
Brilla en su frente serena.
Si habla, derraman sus labios
El olor de la azucena,
Y penden sobre su espalda
En rizos doradas trenzas.
Bien reinos mandar podría,
Y manda pobres ovejas
Por error de la fortuna,
Que por eso la hacen ciega.»

Entre los pensamientos felizmente expresados por nuestro poeta, hállase el que le sugiere Amarílis, la jóven venturosa á quien divierte el triste canto del jilguero por ella aprisionado, y que se lamenta en su cautividad.

Que quien es feliz no entiende
El eco de la desgracia.

Fácil nos fuera ofrecer otros varios ejemplos de tal delicadeza de expresion, si no temiéramos ser con exceso prolijos.

De entonacion y asuntos diversos, son los romances moriscos, que recuerdan una larga época guerrera y hazañosa de nuestra nacion. Los de Mármol imitan, pues, aquellos que en tan copioso número nos han dejado los siglos XVI y XVII, cuando ya arrojada por el esfuerzo de las armas la raza dominadora de nuestro suelo, á las arenas de la Libia, complacia á nuestros poetas respirar el perfume oriental que dejó en pos de sí en sus obras artísticas, y en la memoria de sus costumbres en paz y en guerra; y recordar, idealizándolos, sus pasiones y afectos, sus fiestas ostentosas, sus espléndidos atavíos y sus ponderadas riquezas.

Las contiendas del amor en estas caballerescas composiciones, ya los hechos sean históricos ó fingidos, no terminan como en los tranquilos lugares campestres, en desahogos de un corazon herido que se duele de sus tormentos con suspiros y quejas dulcemente melancólicos: remítense en éstas á la arena del combate, donde el valor obtiene al fin el triunfo en las rivalidades, y venga las injurias. Los celos y todas las pasiones de un corazon amante, tienen una expresion más enérgica y vehemente. Ninguna otra literatura puede ofrecer este linaje de poesía riquísima y espléndida, que es gloria de nuestra patria, y en la que se ofrece el carácter español con sus cualidades propias, y las que adoptó de sus valerosos contrarios, y por último sus vencidos. Seis son los romanos moriscos de Mármol, y bien merecen ser señalados aquellos que tratan de los hechos heroicos de Abenamar, así como de su muerte y de los fúnebres obsequios que se le tributaron.

Como una muestra del sabor especial de los romances de esta índole, al mismo tiempo que de la correccion de estilo y elegancia en la frase, cualidades tan evidentes de los buenos seguidores de la Escuela poética sevillana, copiamos tan sólo algunos versos de aquel en que Celinda expresa los celos que en ella ha suscitado Zayde.

Cuando la rosada aurora
Llega á las puertas de Oriente,
Y en las floridas praderas
Lumbre derrama y placeres,
Sale de Sanlúcar Zayde,
Moro el más galan y fuerte
Que amores dijo á las damas,
Y fieros dijo á valientes.
Lo vió la bella Celinda,
Que no durmió para verle,
Y encontró en su vista males,
Cuando creyó encontrar bienes.
Va á Alfarache á jugar cañas
Por las paces de los reyes,
Arxataf el de Sevilla
Y el de Granada Muley.
Cabalgaba el fuerte moro
Sobre un alazan valiente,

Como andaluz esforzado,
Gallardo como el jinete.
Rojo vestido le adorna,
Le coronan plumas verdes,
Verde alquicel le hermosea,
Que las leves auras mueven.

Tambien comprende la coleccion del poeta sevillano, algunos romances sagrados, en los que imita el estilo del cántico de Salomon. Los llamados *heróicos*, que se hallan basados en tradiciones históricas, son en mayor número, y conservan la entonacion conveniente. El asunto de doce de ellos, es el auxilio que presta Tarfira, varonil princesa de Túnez, llegando al suelo andaluz, al rey moro Arxataf, cuando se halla cercado por las poderosas armas del santo caudillo Fernando. Descríbense en los mismos las contiendas de las huestes de la cruz con las del Islam, ya sobre las aguas del Guadalquivir entre temibles naos, ya en sus orillas, donde Garci Perez de Várgas aumenta su renombre de hazañoso; y por último, la muerte de la heroína que les da nombre. Este poemita, que tal puede llamarse, tan rico en descripciones, es notable por su mérito, su asunto y su interes histórico. Muchos versos pudiéramos citar del mismo, en comprobacion del acierto y genio especial de su autor para el cultivo de este género de poesía popular.

Los tres romances de Mármol, *En la venida de la reina Doña María Isabel de Braganza desde el Brasil á la ciudad de Cádiz*, son tambien de lo más acabado y abundante en imágenes oportunas. Ya hemos aludido anteriormente á otra de las obras más completas de este género, que contiene la coleccion á que nos referimos; la que celebra la amenidad y encanto que ofrece aquel paraje próximo á Sevilla que se llama San Juan de Alfarache.

Para dar una cabal idea del sentimiento poético y galanura en la frase del docto sevillano, nada más oportuno que trasladar íntegro á este lugar tan bello romance. Su extension nos lo impide; y por lo tanto, sólo copiaremos sus últimos versos: la exclamacion que le inspira la hermosura del espectáculo que goza, con los que concluye la descripcion de tan ameno sitio, tal como

se ofrece en estos tiempos, en contraste con el que presentaba en los belicosos en que los guerreros de raza mora hacian alzarse en él sus lanzas enhiestas.

¡Oh vergel, émulo hoy
De las florestas de Gnido,
De las selvas de Amathonta,
Y de los jardines Ciprios!
Salve, tú, seguro albergue,
Y salve, escondido asilo,
Donde mueren los cuidados,
Donde se huyen los peligros.
Bullan allí en las ciudades,
Entre su inmenso gentío,
Afanes, áun sin buscarlos,
Dolores, áun con huirlos.
En esta tu dulce calma
Descanse el corazon mio,
Y déme el cielo que muera
En tan pacífico sitio.
¡Respete el avaro tiempo
Confin tan apetecido:
Nunca marchite su mano
Las bellezas de este Elíseo.

Véase, pues, cómo, sin incurrir en notoria injusticia, no se debe colocar á este poeta (narrativo sobre todo, y tan superior en las descripciones), en puesto muy inferior á aquellos que á la par suya emprendieron la obra regeneradora de las letras patrias de su suelo natal en la época moderna.

Uno de los romances que tambien incluye Mármol en su coleccion, el titulado: *A la Real Sociedad patriótica de Sevilla por la educacion de los jóvenes, leido en junta pública*, fué objeto de la crítica asaz desabrida y un tanto animosa de un escritor anónimo, dada al público el año 1818 en la *Crónica científica y literaria,* que á la sazon se publicaba en la córte [1]. Ciertamente que una poesía de corta extension no prestaba materia para los ex-

[1] Reinoso escribió una «Impugnacion al discurso y romance leidos por D. Manuel María del Mármol, en la junta general de adjudicacion de premios, celebrada por la Sociedad en 1816.»

tensos artículos que aquel dedicó á la misma en tres números del expresado periódico. Insertóse tambien en éste, otro más en defensa del poeta censurado, en la que se ofrecen los títulos á mayor consideracion que le adornaban ya entónces. «La verdad es, se dice en ella, que el autor del romance tiene acreditados sus talentos poéticos, que el público tiene en aprecio sus composiciones; que esos malos versos y esas expresiones que tanto desagradaron al crítico, fueron oidos de sus paisanos con complacencia, por ser testigos de sus talentos y virtudes, y no porque todos sean ignorantes, ni en Sevilla se haya acabado el buen gusto; sino porque saben apreciar las cosas por el espíritu que las produce, y el fin á que se dirigen; y últimamente, están bien persuadidos de que es más apreciable é interesa más un hombre benéfico y bien intencionado, que el mayor sábio del mundo, como no preste alguna utilidad á sus semejantes.»

Aun concediendo al juez exigente y prolijo del breve romance de Mármol, fundado en algun punto de su censura, creemos que debia desconocer las recomendables circunstancias personales de éste, que tan digno le hacian de ser tratado ménos agresiva y ásperamente.

Elogiado es por Lista tan afanoso maestro de la juventud, como poeta de buen gusto. A él alude en su égloga titulada *Aristo*, en los versos siguientes:

> Vinieron los pastores, y entre ellos
> Fileno, honor del Bétis, y lloroso
> Aquel divino [1] que en los campos bellos
> Cantó el amor sencillo y generoso.

Al mencionarle el mismo Lista, como individuo de la Academia de Letras humanas, cita el poema bucólico, á que se refiere, *Los amantes generosos,* de que era autor; consignando fué muy bien recibido del público. Aficion justificada por el gusto de la época, muestra el docto Licio á este género pastoril, que conside-

(1) «El autor del hermoso drama pastoril *Los amantes generosos*, es uno de los poetas que más han ilustrado en nuestros dias la patria de los Herreras y Riojas.» *(Nota de Lista.)*

ra es el canto lírico de los pueblos cuyas sensaciones son dulces y tranquilas.

El sacerdote, el humanista y el poeta D. Manuel María del Mármol, despues de una asidua enseñanza, ejercida en el largo período de cerca de cincuenta años, falleció á los setenta y dos, el dia 21 de Diciembre de 1840; siendo una de las glorias de la Universidad de su patria, donde á la sazon desempeñaba la cátedra de filosofía. Maestro del saber y de la virtud; sentida fué su muerte en aquella ciudad ilustrada, en donde tanto afecto le debia la juventud que guió en sus estudios. Entre las pruebas de estimacion que se le tributaron, varios doctores de aquel instituto literario concibieron á su fallecimiento, el propósito de honrar, por medio de una suscricion pública á que acudieran sus discípulos y amantes de las ciencias, la memoria de este hijo notable del suelo sevillano de una manera digna. Tambien la Real Academia de Buenas letras, por su parte, acordó publicar una *Corona fúnebre*, consagrada al mismo filósofo y poeta; abriendo un público certámen con tan laudable fin.

Esta misma respetable Academia perdió, con la muerte de Mármol, un director celoso de su prestigio y buen nombre; pero, prescidiendo del justo pesar que aquélla debió causarle, halló su reemplazo en un varon insigne que habia de conservarlos igualmente, y que reconocia, al ocupar por vez primera su puesto en la misma, las cualidades no comunes del *que consagró su existencia entera á los progresos del saber humano*. ¿No son aplicables en un todo á D. Alberto Lista, que fué su digno sucesor en aquel cargo, frases tan honrosas?

Otro de los poetas que pertenecen á la época de prosperidad de la Academia de Letras humanas, es D. Joaquin María Sotelo, fiscal del crímen de la Real Audiencia de Sevilla, «hombre de juicio rectísimo, segun el mencionado Lista, de gusto delicado, á quien despues vimos magistrado integrísimo [1].»

Justos títulos tenia, sin duda, para obtener este favorable concepto de tan excelente juez; y más que en el género poético, en

[1] Nació en Almería el año 1766 y falleció en Sevilla en 1831.

los de sus estudios de diferente carácter. Pruébalo sobradamente el *Elogio del Sr. D. Juan Pablo Forner*, leido en la Academia del Derecho español y público de la córte, el dia 23 de Mayo de 1797, por tan ilustrado individuo de la misma corporacion, colegial del Mayor de Santa María de Jesus de la ciudad de Sevilla. Buen decir, elegancia, elevacion de ideas y profundidad de conocimientos, que justifican la celebridad de su autor, brillan en este notable discurso; claro testimonio ademas del grado de cultura que habian alcanzado ántes de comenzar nuestro siglo aquellos jóvenes estudiosos que en el suelo hispalense se congregaron para resucitar el esplendor de sus letras. Este notable jurisconsulto fué director de la Real Academia de Buenas letras el año 1804.

Sotelo, asociado con Arjona, por los últimos años del siglo XVIII, se consagró á fomentar el estudio de la historia eclesiástica, en la Academia por los mismos fundada con tal objeto en Sevilla, con tanta asiduidad y preferencia, que el primero expresaba entónces, refiriéndose al docto penitenciario, que ambos habian abandonado á las musas [1].

Ya dejamos nombrado á otro cultivador de las letras que se halla en análogas circunstancias que el anterior. Nos referimos al ilustrado médico D. Justino Matute y Gaviria, compañero tambien de Arjona en la difícil empresa de la fundacion de la Academia Horaciana. Era este estudioso sevillano muy entendido en la historia de los escritores del siglo XVI, como tambien el sábio Lista consigna; y sobre todo, infatigable investigador de las glorias que en el saber, la virtud el valor alcanzaron los claros varones, nacidos en su patria, como lo prueban sus obras tituladas *Los hijos de Sevilla señalados en santidad, letras, armas, artes ó dignidad*, cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca Colombina, siendo de sentir que aún no se haya dado á la prensa; su continuacion á los *Anales de Sevilla*, por Ortiz de Zúñiga, así como su *Aparato para escribir la historia de Triana y de su Iglesia*, impreso en Sevilla el año 1818, y su *Bosquejo de*

(1) Carta escrita por Sotelo desde Sevilla á D. Martin Fernandez de Navarrete el 22 de Marzo de 1794. Citada en el *Bosquejo biográfico literario de la poesía castellana en el siglo* XVIII, del Sr. Cueto.

Itálica. Director ademas del *Correo literario de Sevilla*, al comenzar nuestro siglo, contribuyó muy poderosamente en esta época á propagar la aficion á los estudios literarios y á difundir las obras de los escritores contemporáneos suyos, entre los que sobresalian las de los más autorizados representantes de la moderna Escuela poética sevillana. Mayor y más evidente servicio, digno de gratitud y loa, prestaba á la misma Escuela con la publicacion de esta interesante revista, que como seguidor de su gusto y estilo; porque no estaban á igual altura sus cualidades, muy estimables, de escritor en prosa y de entendido apreciador del mérito de los que lo fueron tan esclarecidos en nuestra patria, que tan bien poseia; y no mostraba por completo las que há menester el que lleva aquel otro título alcanzado con la inspiracion y el estro verdadero. Matute era académico de la Real sevillana de Buenas letras desde el año 1827, y tambien de la de la Historia.

En la junta pública que celebró el dia 13 de Noviembre de 1801 la Real Sociedad económica de Sevilla, á la que pertenecia asimismo, fué leida por Matute una oda sobre los beneficios recibidos del poder soberano y del municipio de aquella ciudad en las pasadas calamidades del contagio y de la guerra, y la gloria á que se elevan los bienhechores de la humanidad. Sobre igual tema mostraron su ingenio en tan solemne acto, Lista y Reinoso.

Seguidor de la Escuela reaparecida en el suelo hispalense, era D. Jacobo Vicente Navarro, nacido tambien en el siglo XVIII, aunque no con tan esclusivista apego á la misma, que no dejase advertir que más de una vez tomaba por modelos á los que sobresalian en la salmantina. No llegó á alcanzar un señalado puesto entre los más afortunados por su númen en aquella gloriosa resurreccion, si bien se distinguió siempre por la armoniosa entonacion de sus versos.

Uno de los poetas más conocidos de la moderna Escuela que estudiamos, en el siglo presente, es el celebrado traductor de *Las Bucólicas de Virgilio*, D. Félix María Hidalgo. [1] Discípulo de Rei-

[1] Hidalgo nació el año 1790, y falleció en 1835.

noso, Blanco y Lista, y como tal apreciado por éstos, que conocian sus sobresalientes dotes, habia de heredarlos á su vez en el desempeño de las cátedras de literatura de la Universidad de Sevilla; continuando de este modo, con éxito no menor, la obra emprendida por aquéllos. Una de sus mayores glorias fué alcanzada en público certámen, celebrado por la Sociedad económica de Amigos del País de dicha ciudad, al ser premiada en el lugar primero su oda *Al triunfo de la constancia española* durante la guerra de la Independencia; asunto el más simpático y adecuado para excitar el entusiasmo patriótico de un corazon noble y digno, y áun con mayor ardimiento en la época en que fué escrita. A este mismo género pertenece, la que tituló *La España restaurada por la victoria de Bailén*, no ménos entonada y vehemente que aquélla [1], y asimismo recibida con igual aplauso.

Los cantos que más excitan la inspiracion del vate sevillano, se refieren á esos grandes acontecimientos de la historia en que tanto se enaltece la honra y bizarría de los hijos de la patria; y si bien no agitan é impresionan, pasado algun tiempo, del mismo modo que cuando eran de actualidad ó se hallaban muy recientes, no dejan, sin embargo, de causar vivo interes en toda ocasion, despertando nobles sentimientos; con mayor motivo cuando con tan bella forma y tan feliz expresion se presentan. La oda á San Fernando, del moderno ingenio de Sevilla, pertenece tambien á este género. Hé aquí algunos trozos de la composicion de Hidalgo, consagrada á celebrar el triunfo de España en los campos de Bailén.

> ¿Qué furioso escuadron se precipita
> De la escarpada cumbre de Pirene
> Sobre la gran Hesperia, que olvidada
> Yacia en paz amada?
> ¿Es el romano fuerte y aguerrido,
> Invicto domador de las naciones,
> Que con altivo brazo belicoso
> El yugo ponderoso
> Impone al cuello de soberbios reyes?
> ¿Es el vándalo fiero, que vibrando

(1) Publicóse en Sevilla el año 1808. Se halla dedicada al conde de Tilly.

En la fornida diestra el asta fuerte,
Entre orfandad y muerte,
Del antiguo Jafet la porcion bella
Envuelve atroz, y en nube tenebrosa
El genio oscureciendo,
La tártara ignorancia va esparciendo?
  Cual hórrida tormenta que engendrada
Allá en el seno del helado Arturo
Del aquilon y boreas en los brazos
Vuela, y en mil pedazos
Ardiendo en fuego cárdeno se rompe
Sobre el campo de espigas, que alma Céres
Pródiga diera al labrador paciente;
Él, con sudosa frente
Cultivando la tierra, esperó el premio
De su rústico afan, mas ¡ay! el hado
Le roba su esperanza y su alegría;
Mira la nube impía
Talar el campo fértil y opulento,
Ya en tostadas pavesas convertido;
Do quier lleva los ojos,
De la enemiga llama ve despojos.
  Tal orgulloso viene amenazando
Ese fiero escuadron.

La comparacion siguiente, puede asimismo dar una idea de las brillantes dotes poéticas de Hidalgo.

  Como Trinacia en pavorosa noche
De ominosos relámpagos cargada,
Tiembla aterrada, súbito gimiendo
Al estampido horrendo
Con que el Etna bramante precipita
De su profundo y abrasado seno
Cárdenos globos en ardiente nube
Que hasta los cielos sube,
Amenazando la terrible muerte,
El mísero habitante pavorido
En medio del fragor estrepitoso,
Con pecho congojoso
Huye veloz el mal seguro lecho,
Por preservar la amable, dulce vida,
Tal Iberia engañada
Gimió á los golpes de traidora espada.

Pertenecen al género religioso, su oda citada *A San Fernando*,

y la cantata que le inspiró *la primera misa de D. Manuel María Barrera y Tolezano en la profesion de su hermana la M. Sor María de la Concepcion de la Santísima Trinidad, celebradas las dos en el convento de Santa María de los Reyes de Sevilla, en* 7 *de Junio de* 1818 [1].

Así, pues, no sólo los asuntos patrióticos, sino los que inspira la fe, los más dignos del vate de levantado estro, eran escogidos por Hidalgo con predileccion, para mostrar su brillante fantasia y las galas de su estilo y su diccion correcta.

Donde con mayor aplauso hizo ver estas prendas estimables, fué sin duda en su traduccion en verso, ya citada, de *Las Bucólicas de Virgilio;* demostrando á un tiempo, su erudicion y sus conocimientos en la hermosa lengua del Lacio, al consignar en sus notas las observaciones á las mismas, y sobre todo, las imitaciones que aquel gran poeta hizo de Teócrito. Muy autorizados críticos, citan justamente por su mérito tan esmerada version, dada á luz en Sevilla en 1829. Júzguese del estilo, siempre sostenido é igual con que se distingue Hidalgo en esta excelente traduccion del poeta latino, por las estrofas siguientes, tomadas al acaso. Dícele Coridon á Galatea, personaje este, sustituido por el de Alexis por el vate sevillano, con justificado motivo bajo el aspecto moral.

¿Por qué los campos huyes, insensata?
Aquí los dioses y el troyano Páris
Tuvieron mansion gráta;
Pálas ame habitar en las ciudades
Que enseñó á construir; pero nosotros
Las selvas siempre amemos,
Do reina paz durable
Y en sosiego se vive inalterable.

Pero es extrema locura para Galatea el amor del pastor apasionado, y tal es su respuesta:

¡Vuelve en tí, Coridon! que Galatea
No importa te desprecie:
Otra hallarás que de tu amor se precie.

[1] Hállase esta poesía en la *Revista de ciencias, literatura y artes*, tomo IV. Fué facilitada para su publicacion en la misma, por el hijo de su autor, D. Juan José.

Ahora es Galo, lamentándose de la infidelidad de Licoris.

¿En qué repuesto bosque, en cuál floresta
Os detuvisteis, Náyades, el dia
Que de su alevo amor al cruel tormento
Abandonado Galo parecia?
No el Pindo, no el Parnaso os vió presentes
No de Boecia las sagradas fuentes.
Al pié de un alta y solitaria peña
Yacia abandonado en su amargura;
Y del caso dolidos
Los laureles perdieron su verdura;
Los tiernos tamarices se secaron;
Los pinos del Menalo retemblaron;
Del fragoso Liceo
La peña dura y fria
A su dolor gimiendo respondia.

Ajústase Hidalgo esmeradamente en sus versos al original del clásico insigne. Puede juzgarse de nuestro aserto por las siguientes octavas, llenas y fáciles, con que traslada al castellano la égloga en que se celebra el nacimiento de Marcelo, sobrino de Augusto, y prometido heredero del imperio.

¡Oh de los dioses vástago glorioso!
¡De la estirpe de Jove claro aumento!
El sacro lauro de ceñirte ansioso
El orbe ve acercarse ya el momento;
Y presintiendo tiempo tan dichoso,
Rie natura. Mira el raudo viento,
La inmensa tierra, el piélago profundo;
Mira en sus ejes conmoverse el mundo.
¡Oh si pluguiese al cielo bondadoso
Darme cantar en mi vejez doliente
Tus hazañas en estro numeroso!
A Lino yo venciera fácilmente;
Venciera al tracio Orfeo tan famoso,
Y el lauro arrebatara de su frente.
Si el mismo Pan conmigo contendiera,
Vencido á Pan la Arcadia conociera.
Mira cuál te sonrie ¡oh pequeñuelo!
Tu madre, que fatigas molestosas
Diez lunas padeciera y desconsuelo,
Hasta verte en sus brazos do reposas;
A conocerla en infantil anhelo

Empiezas por sus riñas cariñosas;
Que las deidades no le son propicias
Al que los padres niegan sus caricias.

Mostróse Hidalgo digno sucesor de sus maestros Lista, Reinoso y Blanco, á quienes se afana repetidas veces en llamar sus sabios y queridos maestros [1], difundiendo sus excelentes doctrinas literarias; y prueba de esto, es su discurso *Sobre la union que en sí tienen la razon y el buen gusto*, leido el año 1833 en la Sociedad económica de Amigos del País de Sevilla.

No sin haber probado las amargas vicisitudes de la existencia, tuvo término la de Hidalgo, cuando aún podia ser provechosa para el estudio y para la poesía de la moderna Escuela hispalense.

Repetidos ejemplos vienen á nuestra memoria de notables ingenios, algunos de los más insignes, que consagrados á la pro-

(1) Hé aquí los consejos que el sabio Lista daba á Hidalgo, á quien apreciaba sinceramente, en una carta dirigida á él mismo, y que prueba el concepto que á aquél le merecia, publicada en *El Ateneo*, periódico literario que se publicaba en Sevilla el año 1875:

«Segun lo que dices en la tuya, parece que estás en comunicacion íntima con Reinoso. Hazme el favor de decirle que le escribí á fines de Diciembre, y no he vuelto á saber nada de él, ni á recibir carta suya. Al ménos por la tuya sé que goza salud, aunque su suerte sea tan infeliz como siempre. Parece que un destino endemoniado se complace en perseguir á los hombres que valen algo! En cuanto á tí, aún eres jóven y deseoso de trabajar. El género cómico es muy resbaladizo. Cuidado con él, amigo mio. Te doy un consejo, valga por lo que valiere. Busca siempre más bien el cómico de las cosas que el de las palabras. Yo no desprecio las sales y donaires de Moratin; pero me gustan más las combinaciones profundas de Molière y fuerza cómica de Moreto, y la amenidad de Lope. Moreto, sobre todo, es el gran modelo para la comedia española.»

Estas palabras de Lista, demuestran que Hidalgo debió dedicarse al género dramático, é inclinarse al cómico con preferencia.»

«He leido tu oda con placer y con orgullo, prosigue el docto maestro; perdóname esta debilidad, amigo mio. Es la única fruicion que me queda en mi infortunio, la idea de que no he sido un peso inútil sobre la tierra.»

Detiénese expresando la *valentía y aquel fuego vivaz que debe caracterizar la expresion épica* que halla en la composicion de su amigo, así como en otros detalles, á pesar de no hallarse cuando esto escribia, *en aquella tranquila situacion de ánimo que se necesita para el comercio de las Musas.*

Esta epístola es á la vez un nuevo rasgo de carácter del discreto preceptor de tantos aventajados discípulos.

fesion militar, han acudido á beber en las puras aguas de Hipocrene, desde las primeras innovaciones de nuestro lenguaje poético en la edad de oro del mismo, y en los tiempos modernos. No pocos varones ilustres pudieran citarse que honran el Parnaso castellano, en quienes concurren ambas circunstancias, y algunos que han pertenecido y pertenecen al de la culta ciudad de Sevilla.

Entre los que en ésta y en el presente siglo aparecen con el doble carácter de militar y poeta, debemos citar al que ejerció un tiempo, por el año 1833, el cargo de vicesecretario de la Real Academia de Buenas letras, D. Manuel de Vos Silva y Meneses, teniente coronel entónces, y brigadier del ejército en la época de su fallecimiento, no muy lejana.

Podemos ofrecer, como una muestra de su fácil y entonada manera de versificar, algun fragmento de la oda á que dió lectura el expresado año, finalizando el acto de la solemne adjudicacion del premio ofrecido en uno de los certámenes de la misma Academia, al mejor juicio crítico de Moratin como autor cómico, y comparacion de su mérito con el de Molière.

Celebrando los triunfos del que es hechizo de Talia, el sábio árcade, gloria de nuestra dramática moderna, dirígese á los sucesores de Herrera *el divino.*

Vosotros, que la oliva de Minerva
Cercais en derredor, claros varones,
Vosotros, sí, vosotros los primeros
Alzais á Inarco al templo de la fama,
Donde España le aclama.
Que al par de la memoria
De los fuertes guerreros,
Que á la posteridad su nombre legan,
Ensalzan las naciones
Los que á las ciencias con afan se entregan.
Tambien ciñen sus frentes
De verde lauro y de halagüeña oliva,
Miéntras conservan ellos siempre viva
La fama de sus hijos preeminentes.
¡Ah! siempre fuera así: parte Alejandro
Sus altos triunfos con el claro Homero;
De Augusto la corona
Ensalza el canto que Virgilio entona.

Debido lugar es este para honrar la memoria de un poeta y escritor distinguido, malogrado en esa edad en que el aplauso y el general aprecio dan completo galardon al estudio y la laboriosidad tenida en la niñez y los primeros años de la juventud, en ese período de la vida en que no es infundado prometerse de una privilegiada inteligencia nuevos y más sazonados frutos. Llamábase este notable hijo de Sevilla, D. Luis Segundo Huidobro. Con él, por la circunstancia de haberse extinguido su existencia terrenal [1], aunque no há muchos años, habremos de terminar el recuerdo que tan grato nos es rendir á los que dignamente han honrado las letras patrias y el suelo en que nacieron.

Académico de la Real sevillana de Buenas letras, diéronse á la estampa por la misma, sus *Obras escogidas* [2] cuatro años despues de su muerte, por la iniciativa de su ilustrado compañero don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, quien las ordenó en un abultado volúmen; correspondiendo cumplidamente al encargo que le confió aquel cuerpo literario. La vida y escritos de Huidobro se hallan consignados tan discreta como elegantemente, en el prólogo que precede á sus producciones, y pertenece á la docta pluma de D. José Fernandez Espino.

Difícil nos sería expresar de una manera concisa y atinada, como tan entendido crítico y á la vez su maestro, el aprecio que merecen sus obras poéticas. «Mucho habriamos de detenernos, dice, para dar á conocer los esmaltes de elocucion en sus poesías; la frecuente novedad en los pensamientos y la natural hermosura con que los reviste. Sóbrio de palabras, pero siempre ameno y digno partidario de la Escuela sevillana; es tan castizo en las formas como ingenioso y profundo en las ideas. Su inspiracion, que provenia generalmente más bien de la claridad de su inteligencia que de los arranques del corazon, obedecia fácilmente á sus intentos, y lo mismo en lo tierno y suave que en lo elevado y enérgico, siempre la diccion es propia y el colorido bello y variado.»

(1) Nació el dia 10 de Abril de 1829 y falleció el 22 de Setiembre de 1866.

(2) *Obras escogidas de D. Luis Segundo Huidobro, de la Real Academia sevillana de Buenas letras.* Publícalas la expresada Academia. Sevilla, 1870.

Refiriéndose el mismo Sr. Fernandez Espino á los primeros frutos de su aplicacion en el género poético, se expresa en estos términos: «Su musa, todavía insegura en los acentos, no se arrojaba á árduas empresas, y contentábase con cantar, ya los puros sentimientos de la amistad ó los encantos de la belleza femenil, ora el versátil y ligero vuelo de las auras, ora el triste caso de una altiva violeta, los frutos y flores que riega el Guadalquivir, ó las excelencias de su incomparable maestro y de su amada Sevilla.»

Niño aún, discípulo del insigne Lista, en las nocturnas academias que tan infatigable propagador del saber celebraba en el colegio de San Diego, Huidobro tomó por modelo á tan digno preceptor, en sus estudios filosóficos y en los de historia y poesía, no cabiéndole la suerte de disfrutar por mucho tiempo de sus elocuentes lecciones. Próximo este varon venerable á entregar su alma al Criador, su jóven discípulo acudió con asiduidad á su lecho, lleno del pesar que á su pérdida le inspiró el más entonado y conmovedor de sus cantos. Hemos de coincidir, al dar una muestra de la diccion, estilo y sentimiento del vate, con el docto prologuista de sus obras, eligiendo el siguiente trozo de la oda á que nos referimos:

Vosotros, los un tiempo venturosos,
Que escuchasteis sus últimas lecciones,
Ora llegad á su sepulcro ansiosos,
Murmurando más lúgubres canciones.
Recordad los instantes de ventura,
Que nunca tornarán, cuando su lábio
A la tranquila majestad del sábio
Reuniendo de un padre la ternura,
La senda de la gloria
A vuestros tiernos pasos señalaba,
Miéntras su frente encanecida orlaba
El laurel de pacífica victoria.
¿Y qué te cantará mi débil lira,
Que á tu indulgente oido
Sus tímidos ensayos modulaba?
Si el genio de la muerte ora me inspira
Voz de dolor y canto de gemido,
¿Dónde el acento está que me guiaba?

¡Ah! Yo te ví espirar: funesto dia!
Yo vi la mano de la cruda muerte
Apagar de tus ojos los fulgores:
Yo escuché el estertor de tu agonía,
Y allí postrado ante tu polvo inerte,
Alcé al Señor mis votos y dolores.
¿Qué me queda? Llorar. Mi canto calle,
Y el corazon, saliéndose del pecho,
En lágrimas deshecho,
La vil materia destrozando estalle.
Pero ¿por qué llorar? Almo consuelo
La fe presenta á mi angustiada mente:
Si ya su noble frente
El polvo sepultó del bajo suelo,
Más allá de las nubes agrupadas
Se premia su virtud, y excelsa gloria
A su augusta memoria
Ofrecen las edades asombradas.
Y en tanto que yo insano
Baño su losa con amargo lloro,
Tal vez contempla ufano
Sus restos junto al polvo de Montano,
Su alma junto al alma de Isidoro.

Tal es el mérito del escritor cuya prematura falta tanto es de sentir. En sus trabajos en prosa, se evidencian de un modo brillante sus varios y profundos conocimientos. Su tratado *De las bellas artes consideradas en sus relaciones con la civilizacion,* sus apreciaciones críticas sobre Cienfuegos, sus prólogos á los *Estudios de literatura y crítica* de D. José Fernandez Espino, y á las *Poesías* de D. Fernando de Gabriel y el marqués de Cabriñana; sus discursos académicos, en fin, comprueban sobradamente la no comun capacidad y elevacion del que ya desde la edad de veintiseis años desempeñó en la Universidad de su patria las cátedras de Derecho, y otras de la facultad de filosofía y letras.

Sensible es á la verdad, la pérdida de tan ilustrado hispalense, llamado en los tiempos modernos á continuar realzando con tanta brillantez su gloriosa historia literaria.

Mencionados ya aquellos poetas, hijos de Sevilla, que han dejado á su Escuela, al pagar el comun tributo á la muerte, una honrosa memoria, fundada en los sobresalientes destellos de su in-

genio, hemos de recordar asimismo, algun otro anónimo ó encubierto bajo un poético nombre, que en los primeros años del presente siglo se dió á conocer en cierta revista, entónces de las más conceptuadas [1].

Ignoramos á quién ocultaba el pseudónimo de *Silvano Philomelos*, residente en Sevilla; pero sin duda debió ser á alguno de los seguidores de la recien restaurada Escuela, por el estilo, correccion y buen gusto que en general se advierten en la oda que de él se insertó en la referida publicacion literaria, y áun por el asunto de que aquélla trata, á cuyo género manifiesta sentir especial predileccion al demandar, si de ello se conceptuaba merecedora, que fuese dada á la prensa. Titúlase esta poesía *Al Niño Dios presentado por su Madre en el templo, y puesto en manos de Simeon.*

Puede juzgarse de su mérito y del acierto con que está tratado asunto tan digno de la musa sagrada, por las siguientes estrofas:

Oh venturoso dia
En que anunciando altísimos arcanos,
Trémulo recibia
Simeon en sus manos
La salud de los míseros humanos;
Y levantando al cielo,
Los amorosos ojos blandamente;
Logrado ya su anhelo,
Morir allí consiente,
Y canta como el cisne dulcemente:
Suelta ya de la escura
Cárcel, Señor, el ánima mezquina,
Pues tuve la ventura
De ver tu luz divina
Y la salud que el hombre no imagina.

Los eternos coros descienden del empíreo, y responden al himno del anciano venerable:

(1) *Variedades de ciencias, literatura y artes.* Obra periódica, publicada en Madrid á principios del siglo. La poesía á que nos referimos se halla en el tomo 1.º (1803). Fué remitida desde Sevilla á los editores de aquélla con una carta que se insertó en la misma, precediendo á la expresada produccion.

Del templo la sagrada
Bóveda penetrando, á la manera
Que la luz derivada
De la celeste esfera
Por el puro cristal pasa ligera,
Entran, y en radiante
Cerco se postra el escuadron alado
Ante el divino Infante,
Que está en el regalado
Regazo de su madre recostado.

. . . .

El que con rayo y trueno
Conturba con horrísono estampido
Del mar el ancho seno,
Y cae el cetro erguido
A su imperiosa voz estremecido;
El que romper pudiera
Los ejes de la tierra en un instante;
Por quien corre la esfera
Con pasos de gigante,
Derramando su luz el sol brillante;
¿Es el mismo que ahora
Falto de todo, de miserias lleno,
Siente, padece y llora
Niño mortal, terreno,
Víctima triste del pecado ajeno?
¿El que del obstinado
Querubin eclipsó la excelsa lumbre;
Y al hombre colocado
Del bien en la alta cumbre,
Condenó á dura y triste servidumbre,
Y esclavo verle quiso,
Y le cerró con puertas de diamante
La entrada al Paraiso;
Ya con blando semblante
Lo mira, busca y solicita amante?
Extenso amor divino,
Espíritu de paz y de consuelo,
Tú al hombre peregrino
Dejaste en este suelo
Por venir á buscarle desde el cielo.
Tú pusiste en los brazos
De una doncella al Hijo Omnipotente:
Tú rompiste los lazos
De la captiva gente:
Tú lo ofreciste víctima inocente.

Silvano era, pues, buen poeta, y evidente ejemplo del triunfo conseguido por los restauradores de la poesía sevillana que despertaron de nuevo la verdadera inspiracion y el gusto, exento de todo resabio y reminiscencia de la anterior época de corrupcion y de extravío.

No como seguidor de la escuela de Sevilla, sino como hijo ilustre de esta ciudad, y por su erudicion, ciencia y virtudes, su extremada aficion á los estudios, especialmente sagrados, justo es consignar un recuerdo en el presente estudio, entre los que figuran en la época de la reforma literaria allí ejercida, al que ántes por incidencia mencionamos, D. Tomas Gonzalez Carvajal. La celebridad de este literato, nacido despues de promediar el siglo anterior, se halla debidamente basada en la traduccion en verso que hizo de los Salmos de David, en la que se propuso tomar por modelo al insigne maestro Fray Luis de Leon. Consagróse en el último tercio de su vida, con incansable laboriosidad y fe profunda, á la version, asimismo en prosa y verso, con notas é ilustraciones, de otros libros poéticos de la Biblia; mereciendo, por su cualidad sobresaliente de buen hablista, ocupar un puesto en la Real Academia Española.

Entre los poetas, en quienes se advierte desde luégo el gusto de la Escuela sevillana, y que ya han rendido el comun tributo á la muerte, recordamos á un respetable varon, que por su saber y su númen adquirió merecido concepto. No fué Sevilla la patria del presbítero D. Juan Capitan y Gonzalez, que es á quien nos referimos, sino la ciudad de Antequera, donde á los quince años de edad, en el de 1804, tomó el hábito franciscano.

No es de extrañar en este ilustrado sacerdote, su preferencia por el gusto de aquella Escuela: cultivaba ya las letras cuando Lista, Arjona y Reinoso, de quienes era partidario, tanto las realzaban; hallábase ademas profundamente versado como éstos, en los clásicos autores griegos y latinos, y poseia sus mismos estudios y aficiones. Capitan era un poeta erudito sin afectacion, y sobre todo, correcto. Sin mostrar por lo comun una elevacion notable, distínguese por la belleza y ternura de su expresion, y su lenguaje noble y castizo.

Aunque no siempre se advierte el marcado estilo de la Escuela expresada, en el que fué docto catedrático del Instituto de Jerez de la Frontera, es indudable que en las poesías que de él conocemos se encuentran esos rasgos de pura diccion y levantado tono que tanto sobresalen en los cultivadores de aquélla. Unióse á éstos para lamentar la pérdida del célebre Licio en una *Elegía* notable por su erudicion, que forma parte de la *Corona poética* consagrada á la memoria de tan ilustre sevillano, y expresó sus nobles sentimientos de la afectuosa manera siguiente:

¡Salud, vates! ¡llorad! que á las vitales
Auras, si ser pudiera, tornaria
Quien os inspira endechas tan leales.
Yo no puedo ni oso en la armonía,
Hijo del Guadalhorce infortunado,
Competir, como en lágrimas podria.
¡Oh si el plectro esta vez me fuera dado
De la hermosa Sibila de Antequera,
O el de tantos, que Lope ha celebrado!
¡Oh si, cual la de Mantua, mi ribera
Hospedado te hubiese, buen Anfriso;
Yo te cantára y ella floreciera!
Pero jamas te ví; ni el cielo quiso
Que sonara tu voz desconocida
En aquel mi llorado paraíso.
¿Qué puedo yo ofrecer sino una vida
Harto oscura y gastada en los pesares,
Y una tumba en el Lete á mi partida?

Hállanse, en la coleccion de sus *Poesías* (1), algunas que comprueban nuestro aserto al considerarle como seguidor en más de una ocasion, del gusto de la Escuela sevillana. Entre las que pueden citarse que se encuentran en este caso, es una la que dedica al P. Sevilla, á quien da el poético nombre de Albanio, y celebra por su ciencia y virtud, con la efusion del verdadero afecto y el respeto que inspiran aquellas nobilísimas dotes, en las estrofas siguientes:

Florezca el siglo de Saturno y Rea,
Y en su primer albor puros los labios
Entonen este dia

(1) *Poesías de D. Juan María Capitan.* Jerez, 1856.—Dos tomos.

Himnos á Albanio, y la ventura ria.

. . . .

Yo aprestaré mi lira, cuyos ecos
Se perdieron al pié de los cipreses
Por hondas soledades
Y al traves de las recias tempestades.
Albanio las calmó: yo desolado
Entónces le miré padre amoroso,
Y de entónces mi lira
Sólo este númen celestial inspira.
La inspira, sí: que nunca la carroza
De lozanos caballos arrastrada,
Do el prócer orgulloso
Hiende por el concurso bullicioso;
Ni el estruendo marcial, ni los laureles
Adornando las sienes del guerrero,
Que de ambicion llevado
El campo deja en víctimas sembrado;
Ni el tren del que servido por esclavos
De tostado color, ante las mesas
Cubiertas de manjares,
Quiere apurar los bosques y los mares:
No: jamas merecieron de mi lira
Más que la execracion, que eterna sea;
Y entréguese al olvido,
Oh seres, vuestro nombre fementido.
Gustad de la lisonja el vano incienso,
Miéntras de Albanio en la celdilla pobre,
Mis cánticos suaves
Acompañan el coro de las aves.
Ellas formando en la lumbrosa esfera
República inocente, posen hora
En los sauces vecinos
De donde le saluden con sus trinos.
Y á par las auras en susurro blando,
Y el arroyo sonoro entre las flores
Renueven del Carmelo
El candor y la paz en este suelo.
Ven, Anfriso, y tú, Delio, á quien el Dauro
Te goza en su ribera desde el dia
Que el malhadado invierno
Huyó con nuestros males al averno;
Muy más ledos ornad de verde oliva
Al que la Turdetania nacer viera
En Híspalis famosa,
Do el Bétis lame la muralla hermosa.

Dignas son de recuerdo las composiciones que consagra al mismo Fray Cayetano José María de Sevilla, siendo éste guardian del convento de Capuchinos de Antequera, ya la que hizo *en su elogio*, ya la que tambien le dirige dándole aquel nombre poético, ya la que titula *La despedida de Albanio*. Lo son asimismo, la oda con motivo de los exámenes celebrados en el Instituto de Jerez de la Frontera el año 1846, la que se titula *A S. M. la reina nuestra señora por el rasgo de clemencia con que ha indultado de la pena de muerte á los sentenciados por el movimiento insurreccional de Barcelona*, la poesía *A la profesion de tres jóvenes en el convento de Madre de Dios de Jerez;* y como prueba del afecto y simpatías de su autor á los vates hispalenses, el soneto que lleva este epígrafe: *A mi amigo D. Juan José Bueno y demas jóvenes poetas sevillanos*. Pero donde expresa Capitan esta predileccion hácia el suelo que fecundiza el Bétis, con más vehemencia y delicado estilo, es en sus estrofas *Al hermoso cuadro de la Ascension del Salvador, pintado por el profesor sevillano D. José María Romero, para un templo católico de Inglaterra.*

El inspirado sacerdote antequerano residió algun tiempo en Sevilla, perteneciendo, desde el año 1849, á la Real Academia sevillana de Buenas letras. No es extraño, por tanto, que sintiese el influjo de la inspiracion de la musa del Bétis. Correcto latino, algunas de sus composiciones poéticas se hallan en este idioma, que hubo de poseer con profundidad notable. Falleció el 7 de Marzo de 1854 [1].

Todos los cultivadores de la poesía, de quienes hemos tratado hasta ahora, cumplieron el término de su existencia en el mundo, dejando á sus contemporáneos y á la posterioridad, por sus virtudes, su saber y sus inspiraciones, un grato recuerdo de su nombre: muchos de ellos ocupan un lugar honroso en el moderno Parnaso de Sevilla, á la vez que reproducen los felices tiem-

(1) En *El Ateneo*, periódico literario que se publicaba en Sevilla el año 1874, se encuentra una carta de tan estimable escritor, fechada en Jerez el dia 9 de Abril de 1841, en que se revelan los conocimientos, así literarios como históricos, que le adornaban, y sus discretas apreciaciones sobre algunos poetas que entónces gozaban ya de merecida reputacion.

pos de aquellos otros ilustres hispalenses, fundadores de su gloriosa Escuela.

Sobrado asunto dan las producciones de su ingenio para un detenido estudio que realce su mérito: no nos ufana la pretension de haberlo realizado, y cumplidas serian nuestras modestas aspiraciones, si en parte, hubiésemos tenido la suerte de alcanzar este propósito.

XIII.

Censuras de la crítica acerca de los restauradores de la Escuela poética sevillana. —Progresos de ésta en el siglo actual, hasta el período que comprende á sus poetas contemporáneos.—Estimúlase en la capital de Andalucía el estudio de las letras.—Elementos que contribuyen á sus progresos.—Real Academia sevillana.—Sevilla honra la memoria de sus hijos ilustres.

Antes de llegar al período más reciente de la Escuela poética de Sevilla, juzgamos oportuno indicar las censuras de que fué objeto desde que comenzaron á brillar por su númen aquellos vates instruidos á quienes fué debida su completa restauracion, así como algunos de los cargos que por críticos muy doctos, pero muy poco afectos á la misma, se hicieron á sus más autorizados representantes.

Prescindiendo de la insostenible cuestion de si ha existido ó no la expresada Escuela, porque fuera inútil protestar, siendo aquélla tan infundada, y de los que han sido considerados como defectos comunes y esenciales de todos sus seguidores, que más adelante reseñaremos; sólo hemos de circunscribirnos ahora á aquellos otros que se han censurado en los primeros que tuvieron la suerte de reformar el gusto poético en la ciudad andaluza.

Llegó á causar cierta extrañeza que tan notables vates, consagrados todos, ó al ménos los que en primera línea figuran, al estado eclesiástico, á semejanza de algunos de sus predecesores en el siglo de oro, revestidos del mismo carácter, cultivaran tambien con especial cuidado el género erótico. Adviértese desde luégo en las composiciones de esta índole, que el poeta no ofrece la expresion de un afecto sentido y real, sino la de un amor fingido, y como tal exagerado á veces é inspirado sólo por el gusto

instintivo del arte que ofrece una de sus más bellas manifestaciones en este mismo género, abriendo un campo ameno y dilatadísimo al genio y la fantasía. Aquellos hombres de imaginacion fecunda y clásicos estudios, que tambien ejercian evidente influencia en su aficion á esta clase de poesía, sin otro móvil que lucir las galas de su ingenio, penetraban en un terreno que parecia estarles vedado, ganosos de ofrecer un afecto tan tierno y vehemente en el que entran todas las más encontradas y varias pasiones del corazon humano, con su ideal encanto y atractivo. En el platonismo de estas mismas obras, se advierte lo convencional de la pasion y el solo deseo de mostrarse cultivando tales asuntos, que han sido y son siempre inagotable manantial de inspiraciones poéticas. No porque carezcan los modernos ingenios sevillanos á que nos referimos, de la vehemencia é intensidad de un afecto verdadero, concedemos en todo caso que el cantor del género amatorio revele sin artificio alguno la expresion del sentimiento real y profundo que domine en su alma. El sentimiento poético, considerado en general, y no sólo con referencia á este afecto, necesita la forma para tomar vida; y por más espontáneo que sea, por mucho que se muestre fácil, abundoso y vehemente, como inspirado por la pasion que exalta el espíritu, fuerza es que el vate, al darle expresion y armonía, se fije un tanto en el artificio rítmico que engalana al pensamiento de sonoridad, elegancia y belleza.

No ha de juzgarse por esto, que al exponer la prediccion de aquellos virtuosos eclesiásticos al cultivo de un género no en armonía con su estado, al expresar sus soñados sufrimientos y complacencias por fantásticas beldades, aplaudimos la preferencia, por ellos concedida al mismo, debida en mucha parte á la moda; ántes al contrario, parécenos que es en el que mayor amaneramiento cabe, y donde es más fácil al poeta vulgar descender á trivialidades é insulseces. Pasada aquella rutinaria costumbre, por todos seguida, como ley del gusto que entónces dominaba, los vates contemporáneos de la Escuela sevillana no hacen objeto de sus poesías los afectos amorosos, sino cuando son sentidos y espontáneos.

Háseles censurado de igual manera á aquellos promovedores de la reforma poética de su patria, y con ménos fundamento en nuestro sentir, el haber adoptado la añeja costumbre de figurarse pastores los poetas. «Los sevillanos, dice el notable escritor á quien aludimos [1], al pintarse apacentando ovejas, cuando, si ya no estaban ejerciendo su santo ministerio en el altar ó en el púlpito, trabajaban con la pluma en un aposento bien techado, tomaron nombres de los que eran llamados poéticos en aquella época, en que el nombre propio parecia digno sólo de la humilde prosa. *Blanco*, latinizándose el apellido para trasmutarle despues en nombre pastoril, pasó á ser *Albino; Reinoso*, de su nombre de pila Félix, sacó el de *Fileno;* Lista, de Alberto se volvió *Anfriso,* y con este nombre tomó el supuesto oficio de pescador, aunque hubo tambien de ser *Licio* por su apellido.»

Añeja costumbre era, en efecto, adoptada por los poetas del siglo anterior, pero no sólo por los nacidos en el suelo de Sevilla. Estas reminiscencias de los tiempos de Teócrito y Virgilio, se hallaron muy en boga entre los cultivadores de la poesía castellana en la expresada época, y raro es el que no se ofrece con el rústico cayado. Renovaban así á la vez los recuerdos del siglo más feliz de nuestras letras y del bucólico Garcilaso, insigne cantor de nuestras más dulces églogas. Muchos son los poetas notables del último tercio de la anterior centuria que con tan ingenioso artificio han retratado la naturaleza, su atractiva sencillez y los encantos de la vida campestre. En cuanto á la adopcion de aquellos nombres poéticos, bástanos citar entre otros, los de *Batilo*, *Jovino* y *Norferio*, Meléndez, Jovellanos y Forner; y los de *Liceno* y *Delio*, los agustinos Fray Juan Fernandez y Fray Diego Gonzalez, ambos consagrados tambien al estado religioso, é ingenios del Parnaso salmantino. No era, pues, inusitada costumbre renovada tan sólo por los modernos vates hispalenses.

Hallábanse ciertamente muy apegados los cultivadores de las musas del siglo anterior, á la poesía bucólica, en la que preciso es confesar que, áun con superior ingenio, ha de incurrirse á su

(1) D. Antonio Alcalá Galiano.

repeticion, en monotonía y poca variedad de asuntos. Oponian, sin embargo, en su defensa aquellos mismos, razones no infundadas; y entre ellos, como siempre lleno de autoridad, el maestro Lista consideraba injusto, áun en más cercana época, que se pretendiese desterrar de la poesía el género á que nos referimos, cultivado, segun el mismo, con tan feliz éxito por los griegos, por los romanos, por los italianos modernos y por los españoles. «El padre de nuestro Parnaso, dice, fué un poeta casi exclusivamente pastoril. ¿Qué le falta á este género para ser eminentemente poético? ¿No pertenece á un mundo ideal, á la edad de oro? ¿No se combina en él la descripcion de las pasiones humanas en una situacion posible, cual es la tranquila vida del campo y el cuadro de las escenas y objetos más bellos de la naturaleza? ¿No refresca y fecunda nuestra imaginacion, apartándola, áun cuando sólo sea por un momento, del *prosaismo* social, que es el cáncer del presente siglo?»

De otras faltas más esenciales, de otros defectos de mayor importancia que los enunciados ya, eran tachados aquellos poetas sevillanos. Juzgábaseles, al considerarles imitadores con exceso de la diccion de Herrera, artificiosos y amanerados por su preferente cuidado en la belleza de la forma, sacrificando la espontaneidad del pensamiento, que no obstante ser este, se decia, á veces trivial, buscaba peregrinas frases y aparatosos giros para darle más subido valor.

Imitadores fueron del cantor de Eliodora los que en su patria resucitaban el lenguaje poético de éste, porque tal era su propósito al sustituirlo al coplerismo y humilde sencillez en que habia caido en el siglo anterior, y al querer reanudar sus tradiciones literarias, honrosas sin duda alguna, con el carácter que de nuevo pretendian imprimir al arte. Reconocidas son la elegancia, la correccion, como cualidades distintivas de casi todos los poetas hispalenses de la época á que nos referimos, áun por aquellos á quienes eran ménos simpáticos; y suponiendo que fuesen comunes y constantes tales rutinarios defectos, fuerza es confesar que acierto y buen gusto habian demostrado para conseguir aquellas ventajas de tanto precio, así como para alcanzar el difícil

triunfo de ahogar la voz de la turba de malos versificadores que oscurecian el brillo de las letras. Ademas, á ninguno de aquellos puede censurarse sin suma injusticia, en sus imitaciones de tan excelentes modelos, áun en los más inclinados á revestirse de estudiadas formas en sus cantos, el haber incurrido en ridiculeces, insulsas trivialidades ó humildes conceptos, á que es tan expuesto desciendan los que en efecto observen como un sistema el uso de la poesía artificial.

Reconocióse por un escritor muy distinguido, citado há poco [1], no obstante su severidad con aquellos seguidores de la Escuela sevillana, que «ésta conservaba ó renovaba las buenas tradiciones en buenos ejemplos,» y que «puesta en cotejo con la salmantina y la que vino á formarse en la capital de España, no aparecia desairada, y ademas tenia el mérito de no ser á ellas completamente semejante, pues mostraba ciertas diferencias que en gran parte la caracterizaban.»

Sin la mesura y buen tono que este crítico ilustrado, propúsose otro, tambien de gran concepto por su erudicion, D. Bartolomé José Gallardo, zaherir sin razon alguna á la moderna Escuela sevillana en sus primeros tiempos, hallando ocasion para ello, al referirse á Francisco Pacheco, el célebre canónigo jerezano [2]. Dándole el dictado de patriarca de la misma Escuela, añade: «Hablo de la verdadera Escuela sevillana que fundaron en el último tercio del siglo xvi los Pachecos, los Malaras, Jirones, Tamarices, Medinas, etc., y que tanto honraron últimamente los Herreras, Arguijos y Riojas; no de esa mentida que desvanecidamente quieren llamar ahora Escuela sevillana los Reinosos y los Listas; los cuales si han fundado Escuela, no ha sido de poesía, sino del molinismo político que se enseña en el *Exámen de delitos de infidelidad contra la patria.*»

El depresivo y desdeñoso lenguaje de Gallardo hácia Lista y algunos otros miembros de la moderna Escuela sevillana, no tenia sólo por orígen su mayor ó menor simpatía hácia el gusto dominante en la misma, sino otras causas, acaso la principal el

[1] D. Antonio Alcalá Galiano. Artículo literario.—*Crónica de ambos mundos.*
[2] *El Criticon.* Papel volante de literatura y bellas artes. 1835.

amor propio sentido desde que con aquél y Blanco, hubo de ser partícipe en la redaccion de cierto periódico de carácter político, y no obtener la aprobacion de aquéllos, algun escrito suyo al mismo destinado. Sobre el género de crítica de Gallardo, tan original y desenfadado, algo indicamos al referirnos á su *Pasatiempo jovial* sobre la oda de Reinoso á la muerte de Cean Bermudez.

Influian á veces en estas apasionadas censuras, no sólo el antagonismo literario de escuela, sino tambien las prevenciones políticas, las contiendas de partido que en un período del siglo presente dividieron por desdicha á los cultivadores de nuestra literatura afiliados á diferentes sistemas poéticos. Esta circunstancia, este influjo tan extraño á la apreciacion del mérito en materia de índole tan diferente, no ha dejado de ser indicada por alguno de los poco afectos á la misma Escuela de Sevilla, como motivo de discusion entre los literatos de entónces.

La pasion y la ciega antipatía hácia la misma, llegó á tan extremada locura, que no faltaron quienes sostuvieran, no sólo que el cantor de *La victoria de Lepanto* no habia formado dicha escuela, sino que era merecedor, más bien que de elogios, de censuras por haber sido el que primeramente corrompió el lenguaje poético de nuestra patria. Tales desvaríos, hijos de injustificadas y absurdas prevenciones, no eran verdaderos ataques á la Escuela sevillana, ni hallaban eco en las personas no obcecadas por un temerario empeño, que juzgaban con serenidad y recto sentido el error de aquéllos.

Por el año 1839 oponia Lista á esta atrevida aseveracion, lanzada contra el que representa una de nuestras mayores glorias en la poesía castellana, las palabras siguientes, inspiradas por su observacion sobre el carácter de la poesía de su tiempo: «Se ve, pues, que en el dia nuestro lenguaje poético está reducido al que nos legó Herrera, pero usado con la prudente frugalidad de Rioja.» Asimismo censura en otro paraje que los líricos de nuestra patria tomasen entónces á empeño «por la mayor parte en embutir en la versificacion de Herrera y de Rioja pensamientos, frases y modismos que trascendian á frances á media legua.»

Véase, pues, cómo hasta por los que eran verdaderamente

corruptores de nuestra hermosa habla en el lenguaje poético, se tomaba como modelo la forma usada por el poeta apellidado *el divino.*

No obstante la oposicion que por lo comun hallan las innovaciones del gusto, las letras sevillanas brillaban con todo su esplendor en los primeros años del siglo actual. Así lo reconoce un escritor notable ya en aquéllos, refiriéndose al año 1809, y residente á la sazon en la culta Cádiz [1].

Por aquella época, ó algo despues, dos individuos, de los más sobresalientes de la misma Escuela, concurrian en la córte á la tertulia literaria del inspirado poeta Quintana, en la cual figuraban los más distinguidos entónces por su saber. Eran aquéllos Blanco y Arjona, y allí debieron mostrarse, sin duda, dignos representantes de la cultura en las letras de la capital de Andalucía, á cuya prosperidad tanto habian contribuido ambos.

Otros elementos concurrian á la vez para que fuese tan notable la que se advertia en esta ciudad privilegiada.

Ya dejamos indicado al principio de nuestro estudio, cómo se fundó en el año 1752 la Real Academia de Buenas letras. No debemos omitir en este paraje, donde es nuestro propósito reseñar sucintamente los progresos de las sevillanas en el presente siglo, la influencia que en ellas ejerció aquélla, consignándola de un modo incompleto en su primera época por carecer de mayores datos, estimulando el estudio, consagrándose á un tiempo á útiles tareas, tan provechosas á las mismas, y prestando un gran servicio, segun observa un moderno escritor [2], al proscribir, á mediados del siglo XVIII, las disputas escolásticas. En los últimos años de éste se hallaba poseida de otros propósitos loables que habian de redundar en gloria suya y en beneficio de las letras patrias. Uno de sus más ilustrados individuos, D. Juan Pablo Forner, disertaba en su primer discurso á aquella corporacion, sobre el estudio de su literatura entónces, exponiendo excelentes máximas sobre la manera de combatir la corrupcion del gusto. Al comenzar la actual centuria abria certámenes, en los que con el mismo me-

(1) El ya citado D. Antonio Alcalá Galiano. *Recuerdos de un anciano.*

(2) D. Luis Segundo Huidobro.

ritorio objeto de proporcionar á la juventud medios de adquirir nociones exactas de las materias de su instituto, proponia recompensar «el mejor plan filosófico de unas instituciones de bellas letras.»

Durante un período no breve en el siglo actual, desde el año 1807, en que ocurrió un incendio en el Real Alcázar donde celebraban sus sesiones, hasta que tuvo su residencia en la iglesia de la Universidad, viéronse suspendidas sus útiles tareas. Merced á la celosa diligencia del Dr. Mármol y otros no ménos ilustrados académicos, se renovaron más tarde con provechosos resultados para las letras.

Entre los varios asuntos propuestos de igual modo en aquel género de lides literarias por la misma Academia en su nueva época y en diversas ocasiones, sólo citaremos, considerando su interes para el estudio de la poesía sevillana, el que lo fué en el año 1839, sobre «si pudieran clasificarse en Escuelas los poetas españoles, como los filósofos y los pintores,» cuestion de antemano resuelta afirmativamente desde anteriores años por D. Manuel María de Arjona en su *Plan histórico-filosófico de la poesía española* [1].

En estos públicos concursos abríase un noble palenque á la emulacion digna y provechosa, estimulando al estudio de interesantes y variadas materias literarias y científicas, y ofreciendo á los alumnos de las musas el galardon de su ingenio.

Hácia el año 1833, es decir, á los ochenta y uno de la instalacion de la Academia sevillana, con motivo de otro certámen, ántes recordado, cuyo asunto era el «Juicio crítico de Moratin, como autor dramático, y comparacion de su mérito con el del célebre Molière,» en el cual obtuvo el premio ofrecido el literato, ya entónces de concepto, D. José de la Revilla; pronunció el director de aquélla, D. Manuel María del Mármol, un extenso y elegante discurso, en el que se indicaban las vicisitudes por que

(1) Publicóse en el *Correo de Sevilla*, 1806. En la carta que precede á la *Historia y juicio crítico de la Escuela poética sevillana en los siglos* XVI *y* XVII, premiada por la misma Academia, trata el Sr. Amador de los Rios con más extension este asunto tan interesante para las letras hispalenses.

habia pasado la misma hasta esta época, en que se consagraba con nuevo afan á sus trabajos. Así como en sus primeros tiempos se le pedian esperanzas; «hoy, dice aquél, se le pide caudal de conocimientos, brillo de ideas, frutos ópimos y sazonados de sabiduría..... No ha convocado al público sevillano, añade, para hacer ver cómo ha correspondido á ellas, recordándole sus memorias impresas, y haciendo alarde de un gran número de otras, muchas de ellas enteramente originales, ó descubriendo su constancia en cultivar las letras en tiempos aciagos y mortales para las musas. Privada del albergue que le dió el rey, despojada de muchos de sus privilegios, asustada con el estruendo de las armas, vagante de mansion en mansion, escondida, ignorada en su desaliento, no se abate, no se rinde, no: incansable é impertérrita trabaja, y se esfuerza por hacer resonar los ecos de la sabiduría, por oir las voces agradabilísimas de las musas. Cual oficioso enjambre, despojado de la colmena, su propia y conocida manida, deposita su dulcísima obra en el hueco de cualquier encina, no interrumpió la suya la Academia de Buenas Letras de Sevilla. ¡Qué de males sufridos, qué de dificultades superadas, qué constancia á toda prueba dejaria ver, si se tejiese su historia! ¡Y cómo podria decir á los académicos venideros: *Disce..... virtutem ex me verumque laborem, fortunam ex aliis!*

Confírmase el celo y perseverante constancia de tan notable instituto literario en sus nobles tareas, en el discurso que leyó ante el mismo, promediado ya nuestro siglo, resumiendo las glorias por aquél alcanzadas, uno de sus más distinguidos miembros [1].

«No hay que dudarlo, señores, decia; desde que un cambio en las costumbre romanas trajo la separacion de las armas y las letras, sólo el consorcio casual de unas y otras ha dado á las últimas raras veces las altísimas consideraciones que recibieron de la civilizacion antigua. Fuera de esto, preséntanos la historia con lamentable frecuencia tristes ejemplos de abandono, y áun de mar-

(1) D. José Fernandez Espino. Discurso leido ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en la solemne adjudicacion del premio á la mejor memoria presentada sobre la influencia de las novelas en las costumbres.

cada injusticia hácia el género literario. Considerad, si no, esta Academia, creada por la munificencia de nuestro augusto monarca Fernando VI. En ella resonaron las voces elocuentes de Jovellanos, de Forner, de Arjona, de Reinoso, de Lista y de tantos egregios varones, legítimo orgullo de la patria y gloria de Europa entera; ella, al lado de la de Letras humanas, contribuyó á la destruccion de los perversos estudios filosóficos, y al renacimiento de las sacras musas de Herrera y de Rioja; ella, en fin, en medio de las perturbaciones de la edad presente, ha conservado pura la llama encendida por tan ilustres sábios.»

Grande es el número de individuos distinguidos con que en todo tiempo ha contado este instituto, y que han contribuido á acrecentar su renombre é importancia. En un apreciable opúsculo, recien publicado por el mismo [1], hállanse designados aquéllos, formando un honroso testimonio del merecido concepto que en todos tiempos ha alcanzado. Cuéntanse, entre otros muy dignos tambien de especial recordacion, como uno de sus primeros individuos en el año 1752, á D. Agustin Montiano y Luyando, persona de alta posicion al lado de Fernando VI, y de concepto y autoridad en su época como cultivador de las musas; en 1755 á D. Vicente García de la Huerta, autor lírico y dramático, célebre con justicia por su tragedia *La Raquel;* en 1757, al que lo es tan popular por sus sainetes, D. Ramon de la Cruz y Cano; en 1758, á D. Cándido María Trigueros, laborioso en el estudio de las letras; en 1772, al fabulista D. Tomas de Iriarte; en 1773, á D. Antonio de Capmany y Montpalau, tan notable por sus escritos; en 1781, al ya mencionado anteriormente, traductor de los Sagrados libros, D. Tomas Gonzalez Carvajal; en 1790, al historiador del tribunal de la Inquisicion,

(1) *Catálogo de los Académicos existentes en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en 1871, precedido de una reseña histórica de este cuerpo, con la lista cronológica de sus directores y de una relacion de los individuos de su seno dignos de especial memoria.* Comprendense en esta última parte aquellos que así lo merecen, «por haber cooperado directa y eficazmente á su fundacion ó restauracion, ya por haberla prestado importantes servicios, ó haber contraido en su seno méritos de igual naturaleza, ya por la pública fama que con sus hechos ó escritos alcanzaron.»

D. Juan Antonio Llorente; en 1791, al digno magistrado y docto escritor y poeta D. Juan Pablo Forner; y ya en nuestro siglo los sábios hispalenses D. Manuel María de Arjona, D. Alberto Lista, D. Félix José Reinoso, D. José María Blanco, D. Manuel María del Mármol y D. Francisco Núñez y Diaz, á los que ya como tales académicos, así como al que les precede, hemos tenido ocasion de citar. Han pertenecido tambien á la misma, en más reciente período, el elevado poeta D. Manuel José Quintana, D. Juan Donoso Cortés, escritor profundo y orador elocuente, el presbítero D. Manuel Lopez Cepero, el erudito D. Martin Fernandez de Navarrete, el duque de Rivas, ilustre poeta lírico y dramático, el reputado crítico D. Juan Colom y Colom, el presbítero y catedrático de las Letras latinas D. Jorge Díez y Alvarez, el que reunia circunstancias idénticas, D. Juan María Capitan, y por último, entre los que hallaron el término de su vida, D. Antonio Ferrer del Rio, literato de concepto, que acaba de rendir tan sensible tributo de la humanidad, en ocasion que le consagramos este merecido recuerdo. Tambien dos ministros notables en nuestra historia, Campomanes y Floridablanca, y otros hombres de Estado é insignes varones que fuera prolijo enumerar, han prestado con su buen nombre, constante brillo y autoridad á tan respetable corporacion. Sostiénenlos en el dia, como dignos sucesores de aquéllos, no sólo sus laboriosos individuos residentes en la ciudad andaluza, sino otros muchos que, no hallándose en este caso, han conquistado los primeros puestos en la república de las letras [1].

(1) En este número se encuentran D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Manuel Breton de los Herreros (*), el Marqués de Molins, D. Antonio Benavides, D. Juan de la Pezuela, D. Manuel Cañete, D. José Amador de los Rios, D. Aureliano Fernandez Guerra, D. Tomas Rodriguez Rubí, D. Cayetano Rosell, y otros varios. Merece especial mencion, entre los que en la actualidad pertenecen en clase de correspondientes á la Academia sevillana, el Dr. D. Juan Fastenrath, natural de Colonia, apasionado de nuestras letras, inspirado poeta en el idioma castellano, traductor de las obras de nuestros antiguos y modernos líricos, y que ha obtenido de nuestra patria altas distinciones por el ingenio y asiduidad, dignos de gratitud, con que difunde en el extranjero las glorias literarias de España.

(*) **Este insigne autor dramático ha fallecido despues de escrita nuestra Memoria.**

No escasos en número son los académicos de la Real sevillana que se han distinguido como cultivadores de la poesía. Algunos de ellos quedan ya citados, y muy especialmente los que tienen mayor importancia en nuestro estudio, por pertenecer á la verdadera Escuela hispalense [1].

Otras circunstancias favorables para las letras, ejercian á la vez su influjo para su evidente prosperidad. La enseñanza de los estudios literarios habia tomado, segun ántes indicamos, un giro eficaz y oportuno para sus mayores adelantos, desde que Blanco, Lista y Reinoso habian difundido sus lecciones en la juventud sevillana; y no obstante las vicisitudes y alternativas por que tambien pasó la pública instruccion en nuestra patria en sus tiempos inquietos, ha llegado á perfeccionarse de una manera evidente y provechosa.

Otros entendidos preceptores se dedicaban desde aquella época al perfeccionamiento de la enseñanza de materias tan indispensables para reformar el gusto. Recomendábase en una revista literaria, publicada por los más distinguidos literatos de la córte, un meditado plan de enseñanza y educacion para la juventud sobre latinidad y demas ramos de humanidades, dado á la prensa en los primeros años del siglo por el presbítero D. Agustin Muñoz Alvarez, que ejercia el magisterio en el colegio de San Miguel de Sevilla, y á quien hemos tenido ocasion de citar anteriormente por su celo é inteligencia para propagar los conocimientos útiles en aquella ciudad, y se excitaba á que le imita-

[1] Entre otros individuos de la Academia ménos nombrados, podemos citar, no por seguir el gusto de la Escuela referida, sino por haber cultivado la poesía, á dos que se dieron á conocer en el pasado y el presente siglo. El uno es el presbítero D. Luis Repiso Hurtado, á mediados de aquél, su académico honorario y autor de algunas obras líricas y dramáticas; y el otro, al Maestro Fray Ramon Valvidáres, prior del monasterio de Jerónimos de la villa de Bórnos, que dió á luz en Cádiz por vez primera el año 1813, un poema titulado *La Iberiada*, del que en 1825 hizo una segunda edicion en Madrid, ambas en dos tomos. Su asunto es la defensa de Zaragoza contra las armas francesas. Los editores de la última prodigan grandes elogios á esta obra poética, juzgando «que su autor ha resucitado en nuestro siglo las glorias que adquirieron las musas en el décimosexto, y que ha dado á la poesía épica en este poema todo el lustre y esplendor que ha tenido en otras naciones.»

sen, los que entónces podian prestar iguales servicios en favor de la instruccion pública.

«Sevilla, se expresa en aquella ilustrada publicacion [1], teatro en todo tiempo del estudio de las letras humanas, ve renovados ahora los antiguos dias literarios de los Lebrijas, Medinas, Pachecos, Herreras, Riojas y Arguijos; pero con la diferencia de que al amor de nuestra literatura, añaden los presentes otro gusto, mejor eleccion y más exactitud que los maestros antepasados; efectos necesarios de los progresos de la buena crítica y de la mayor propagacion de las luces en los tiempos actuales.»

Notable influencia ejerció asimismo, en la educacion literaria, la que recibieron los jóvenes sevillanos al prepararse para mayores estudios en el colegio de San Diego, bajo la direccion del respetable sacerdote D. Jorge Díez y del sábio Lista, quien consagrando á tan noble ejercicio toda su laboriosa existencia, halló el término de ésta en la ancianidad, desempeñando la regencia de aquel conceptuado instituto.

La publicacion de excelentes revistas literarias, que en no escaso número han venido dándose á luz en la capital andaluza, y á las que han concurrido con sus artículos de buena doctrina ó con las producciones de su númen los más distinguidos cultivadores del saber en aquélla, y algunos que en la córte y otros puntos, gozan un justo concepto [2], ha sido, sin duda, uno de los medios más directos y eficaces de propagar el estudio de las letras con mayor estímulo, sin apartarse de las sendas del buen gusto.

Sevilla es, pues, en el presente siglo, como lo fué en anteriores, uno de los más notables centros de ilustracion de nuestra

(1) *Variedades de ciencias literatura y artes.* Tomo II, 1804.

(2) Merecen especial mencion por su importancia, y como prueba evidente de los progresos de las letras sevillanas, las dos que, entre otras, se han dado á luz en esta capital, con los títulos del *Correo de Sevilla*, dirigida por D. Justino Matute, segun indicamos, en los primeros años del siglo presente, y por los de 1855 al 1860, *La Revista de ciencias, literatura y artes*, que lo fué por D. Manuel Cañete y D. José Fernandez Espino. En ambas se encuentran algunas composiciones de los poetas que en estos períodos han sobresalido en la moderna Escuela hispalense, y en la última no pocas inéditas de los que dan gloria á la antigua.

Península, donde mayor prestigio y renombre se ha dado á la patria literatura, á la vez que á las artes bellas, y donde tienen su cuna ó hallan hospedaje gratísimo, estudiosos varones que contribuyen sin interrupcion alguna, salvo un breve período en los tiempos modernos, y en el pasado siglo, á sostener su celebridad. Cábele la suerte en el segundo año de nuestra centuria, de ser patria de Nicolas Wisemam, ilustre prelado de la Iglesia católica en Inglaterra, y en distintas épocas de otros personajes insignes que se han señalado en las ciencias, las armas, las letras, las artes, la enseñanza, la administracion, y en todos los conocimientos que elevan el buen nombre de un Estado, por la gloria y utilidad que proporcionan. Hónrase dignamente, honrando la memoria de los que con estas notables y sobresalientes circunstancias, la han ofrecido á la consideracion de las gentes en sus pasadas edades; conservando para ejemplo de otras generaciones, las cenizas de aquellos que por sus virtudes, su saber ó su valor, le han dado eterna prez, en la Iglesia de su Universidad, panteon en el dia de los Riveras, Arias Montano, Arguijo, Lista y otras glorias del suelo español; hallándose de este modo allí representados los triunfos conseguidos en dos apartadas épocas de la historia de las letras hispalenses, por la discreta musa que anima el sagrado fuego de la inspiracion en los hijos de tan bella comarca.

En nuestro siglo tambien la Escuela poética de Sevilla ha pasado por esos períodos de ménos vida y de desaliento, que es forzoso experimenten todas las manifestaciones del entendimiento humano; porque no es posible brillen siempre con la misma luz viva y fulgurante, sin amenguar sus resplandores. Ese constante estímulo y ejemplo que despiertan é imprimen los maestros del arte como el docto Lista, en épocas dadas, no es comun ni sostenible á veces.

«Nuestros buenos poetas, decia D. Felix María Hidalgo en el año 1829 [1], y los pocos que aún quedan, parecen renunciar al comercio de las musas, porque éstas como doncellas hermo-

[1] Dedicatoria de su traduccion de las *Bucólicas de Virgilio*, al Sr. D. Juan de Dios Govantes.

sas, ejercen casi exclusivamente su influjo en la juventud.»

Pero este influjo no da siempre los resultados apetecidos, porque la juventud necesita á su vez, el apoyo é inteligente direccion de la experiencia. Ademas, ¿á cuántos jóvenes dotados de no vulgar inteligencia y disposicion extraordinaria, no han seducido esas febriles luchas á que se da la política en los tiempos modernos, apartándoles de la apacible quietud para emplear sus dotes en otro género de estudios y con aspiraciones distintas, privándoles de lauros imperecederos que hubieran conseguido cultivando las amenas letras?

Desde cercano período, y en el presente mismo, se sostiene de nuevo la gloriosa Escuela sevillana por conceptuados poetas que ya han demostrado la brillantez de su númen y adquirido un envidiable puesto en su Parnaso. Jóvenes inspirados y entusiastas se dan hoy á conocer de un modo ventajoso, con el noble propósito de mantener el brillo heredado de la literatura patria, ofreciendo siempre con su majestad y hermosura á la musa del Bétis. Son la esperanza y el porvenir de los amantes de la gloria del saber en el pueblo que es cuna de ingenios tan preclaros; y sin duda corresponderán á su honrosa mision, como lo demuestran en los primeros pasos dados por una senda tan difícil. Hállase al frente de los actuales sostenedores de la poesía sevillana, un docto maestro del estudio de las bellas letras, continuador de la obra de Lista; quien, segun un aventajado discípulo suyo, representa la fraccion más progresiva de la Escuela de aquel célebre preceptor.

Tiempo es ya de que demos á conocer los esfuerzos de estos hijos de la inspiracion, para ofrecer orlada siempre con nuevos lauros la frente de aquella musa inspiradora de Herrera y de Rioja, de Lista y de Reinoso, y las verdaderas cualidades de poeta que les distinguen.

XIV.

Poetas contemporáneos de la Escuela sevillana.

Si difícil y árdua tarea es la leal exposicion del juicio meditado de las obras poéticas de aquellos autores que en su mayor parte gozan ya de envidiable concepto, por todos reconocido, cuando ya no existen entre nosotros, en quien falto de autoridad, sólo aspira al acierto, ofreciendo los resultados de su estudio con imparcial criterio y no apasionadas miras; empresa es más llena de inconvenientes, aquilatar el valor de las producciones del poeta que aún vive, y de quien se esperan nuevas pruebas de ingenio que aumenten sus merecimientos. No de todos son apreciados entónces de igual manera los intentos del crítico que, exento de malignidad, envidia, prevencion, afecto ó simpatía, ni llega á los extremos de una severidad injusta, pretenciosa ó desabrida, ni á los de una alabanza en que sólo sobresalga la lisonja.

Consagrado el presente estudio á una respetable Academia, á cuyo justo y benévolo fallo ha de someterse, creemos adivinar en esta parte sus deseos, privándonos, tanto por un sentimiento delicado que nos impone nuestra insuficiencia y el anhelo de evitar todo alarde inmodesto, como por comprender lo difícil que es un completo acierto en las apreciaciones del valor de aquellos que no han obtenido afortunadamente ese mayor prestigio que da á los varones doctos la muerte cuando hace sentir su pérdida. Imposible es en tal caso la libertad ni áun la imparcialidad precisa, que sólo al veredicto de un juez autorizado y superior se concede con justicia y con el aplauso de todos.

Pero aunque consideremos conveniente abstenernos de emitir todo juicio propio sobre las obras de los poetas de la moderna Escuela sevillana, que hoy sostienen su bien fundado concepto; no por eso hemos de privarnos, sin quebrantar este propósito, de recordar, al ménos, los que han alcanzado de otros críticos competentes; ofreciendo, como leve muestra de su gusto y estilo, algunos de sus inspirados versos. Haremos, siquiera sea de pasada, y sin estudiada preferencia, sucinta indicacion de aquellos que nos sean conocidos, sintiendo no mencionar los que se hallen en caso contrario.

Temerosos de ofender la modestia de uno de los más constantes sostenedores del esplendor de las Letras sevillanas, consignamos sólo lo que es un hecho reconocido, recordando en primer lugar, entre los actuales representantes de la Escuela poética que estudiamos, el que ejerce merecidamente en el dia la jefatura de la misma. Así como Herrera la tuvo al fundarla en el siglo de oro; Lista, al ser regenerada al finalizar el anterior y durante largo período del presente, correspóndele ahora de derecho á D. José Fernandez Espino [1], por sus circunstancias semejantes á este crítico, de poeta y preceptor de la juventud en las mismas aulas universitarias, y por el prestigio y autoridad que su nom-

(1) Sensibles son las frecuentes pérdidas que tenemos que lamentar de los hombres distinguidos por su saber. Durante el no muy largo período trascurrido desde la terminacion de la presente Memoria hasta su impresion, algunos de los escritores en ella mencionados han rendido fatal tributo á la muerte. Pérdida grande es, sin duda, para las letras la del Sr. Fernandez Espino. Su fallecimiento, ocurrido el dia 18 de Mayo de 1875, ha privado á la juventud de un docto maestro, á los aficionados á un género poco cultivado en nuestra nacion, el de los estudios críticos, de un competente apreciador del mérito, y á la Escuela poética sevillana en su época moderna, de uno de sus más dignos representantes. Su *Curso histórico-crítico de la Literatura española*, del que sólo se ha publicado el tomo I, es una prueba evidente de su discrecion y buen juicio. No es este lugar oportuno para señalar todos sus merecimientos. Consignados han sido ya por D. Juan José Bueno, distinguido escritor sevillano, en un interesante artículo biográfico, inserto en el primer semestre del año 1875 de *La Ilustracion Española y Americana*, al que acompaña su retrato.

El Sr. Fernandez Espino ha muerto en Sevilla, siendo catedrático de su Universidad, y director de la Real Academia de Buenas Letras. Sus restos yacen en la Iglesia de aquel instituto de enseñanza, al lado de los de su maestro Lista, y los de otros que tanto se han distinguido en el cultivo de las letras.

bre ha alcanzado, debidos á su asiduidad en los estudios literarios de vario género, de cuyos provechosos frutos dan testimonio sus obras. Continuador es, en efecto, segun entendidos apreciadores de los merecimientos en el saber, del movimiento literario iniciado por D. Alberto Lista.

Las numerosas producciones del Sr. Fernandez Espino merecen general estimacion. De sentir es que aún se hallen sin coleccionar, si bien muchas se han dado á la prensa en diferentes lugares.

En la hermosa *Corona* de sentidas producciones del ingenio á que concurrieron cuantos rendian culto á las musas en las márgenes del Guadalquivir para llorar la muerte del sábio maestro ántes nombrado, figura como su biógrafo y elegiaco cantor, tan digno heredero de su enseñanza.

El autor del *Curso histórico-crítico de la literatura española*, es el más caracterizado representante en la actualidad, de la escuela de Herrera; y las cualidades, que como tal le distinguen, así como sus demas virtudes literarias, se hallan resumidas en una extensa oda que D. Juan Justiniano, su compañero en la misma Escuela, le consagró como expresion de su amistad, aunque no movido por ella al evidenciar su mérito, y en el notable prólogo que precede á sus *Estudios de literatura y crítica*, escrito por Huidobro, su malogrado discípulo.

Hé aquí de qué manera el poeta citado, mostrando su propio valer, ofrece el de aquel que es objeto de sus encomios:

¡Oh! con cuánta dulzura
Del justo ostentas la apacible calma,
Y el brillo de la angélica hermosura
Que al rostro da la candidez del alma!....
¡Y con qué negras tintas,
Y ardientes rasgos y saber profundo
La faz odiosa de los vicios pintas,
Que todo manchan con su cieno inmundo!
. . . .
Gallarda una azucena [1]

[1] Los versos entrecomados pertenecen al Sr. Fernandez Espino, y están tomados de diferentes poesías suyas.

Que balsámico aroma despedia,
Dibujados sus nácares veia
«En una fuente límpida y serena.»
Cuanto la cerca en derredor la halaga
Con música suave.....
Todo tributo á su belleza paga,
El aura, el prado, el arroyuelo, el ave,
¿No es dichosa en verdad?—«Súbito gira
»Por la verde esmeralda
»Del frondoso verjel bella y graciosa
»Con cambiantes de azul, de nieve y gualda,
»Aérea mariposa:
»Y al mirar la azucena que embebida
»En su interior la aclama
»Gozo del campo, de las flores vida,
»El revolar sujeta,
»Y rinde al punto su hechicero halago
»A la hermosura que la aguarda inquieta.»
Mas ¡ay! la esquiva en su pasion amante,
Cuando más la embriagaba su ventura,
El *vistoso galan*, ¡y huye inconstante!....
«Y un dia y otro espera,
»Sin poderle buscar, y no parece,
»Y en cada instante que discurre crece
»De sus pesares la desdicha fiera.
»Tal vez acariciaban
»Su mente ideas que placer fingian,
»De dia en ilusiones que volaban,
»De noche en dulces sueños que mentian,
»Mas al dolor despierta,
»Llora la infortunada
»De sus amores la esperanza muerta;
»Y perdido el perfume, deshojada
»Cayó en despojos en la clara fuente,
»Que en su movible plata
»Tambien áun muerta su dolor retrata,
»Y el fin aciago de su vida siente» (1).
¡Qué elocuente enseñanza
En versos de tan plácida ternura,
Al que en delirio juvenil se lanza
Las leyes á turbar de la Natura,
De amor ardiendo en fuego inextinguible,
Cifrando su ventura
En adorar á ciegas lo imposible!

(1) *A los tuyos te atén.* Apólogo.

El autor de esta oda admira el tono sentido y melancólico de su amigo cuando expresa los amores de la pasionaria, sus quebrantos y sus duelos. Celebra el patrio ardor que mueve sus acentos en ocasion que las armas españolas acuden á la arena africana á vengar nuestro honor ultrajado.

Tu musa soberana
Derrama entónces su raudal sònoro,
Los nobles hechos recordando ufana
Con que Iberia humilló soberbia al moro,
Y truena al punto cual tormenta insana,
Cuando en el aire aterradora impera,
Clamando con el fuego de Quintana,
Con la robusta entonacion de Herrera:
«Y no derrotas ya, fiero exterminio
»Halle el que osado vuestra furia arrostre,
»Y el español dominio
»Sujeto al fin el corazon no postre.
»Sangre reclama su inhumano insulto,
»Y pues os reta con tremendo amago,
»Volved su arena enrojecido lago
»Y en él ahogadle miéntras viva inulto.
»Mas si le veis rendido
»A vuestro esfuerzo, perdonadle humanos;
»No deis en vuestras iras al olvido
»Que sois valientes y que sois cristianos.»

Ofrécele asimismo como vate religioso ensalzando las glorias de María con tiernísima expresion.

Y quien en la ternura
Del amor con que adoras á María,
Supera de tu acento la dulzura,
La expresion y la mágica armonía,
Cuando extasiado, y de la fe en las alas
Tu espíritu elevándose á la altura,
Tan ricos versos de tu lábio exhalas.
«Mas ¡qué mucho, señora, que ferviente
»Yo te adorara, si tu excelso nombre
»Con gloria suena hasta el remoto Oriente,
»Y sube al cielo en la oracion del hombre!
»Si el florido arroyuelo que desata
»En plácido murmullo
»Su clara linfa de brillante plata,
»Si la paloma con su amoroso arrullo,

»Si en su gemido el aura,
»Si el trueno que en raudales se resuelve
»Y al campo seco su verdor restaura,
»Y de sus galas el matiz le vuelve;
»Cuanto Natura espléndido atesora,
»A tí, cuya mejilla
»Donde la magia inextinguible mora,
»Encanto presta al resplandor que brilla
»En noche horrenda, en apacible aurora:
»A tí, que en la alta cumbre
»Vestida de fulgores celestiales
»Del sol eclipsas la radiante lumbre;
»A tí, de gracia llena,
»A tí, la Pura, la Escogida y Santa,
»El orbe que en tu gloria se enajena,
»A tí se humilla y tu hermosura canta!»

Cuando celebra al insigne pintor, hijo de Sevilla, el inmortal Murillo, aplaude el Sr. Justiniano su inspiracion en tan digno asunto, de la manera siguiente:

De su pincel los vívidos colores,
Genio cual él, admiras, deslumbrado
De su gloria á los claros resplandores;
«Y extático, de hinojos
»El alma en ellos adoró suspensa,
»Nunca saciados de gozar tus ojos,
»Del sér Eterno la bondad inmensa!»

. . . .

¡Cómo la faz del justo Paduano,
Que al cielo se alza en oracion divina,
Desdeñando del mundo el gozo vano,
«En seráfica lumbre se ilumina,»
Al ver que á su plegaria fervorosa
«Por el ambiente puro,
»Niño en las formas, apacible, esbelto
»Desciende Dios del inmortal seguro,
»En raudo giro reposado y suelto,»
¡Con cuánta majestad..... con qué pureza
Y gala de expresion tu númen claro
Feliz dibuja la sin par belleza
De la que es ante Dios del hombre amparo!
«La tinta sonrosada,
»Que tras la noche en el Oriente alumbra,
»El céfiro atrevido

»En su talle gentil el manto ondea,
»Y el flotante cabello que esparcido
»Por la espalda y los hombros se desliza,
»Con más encanto que la mente idea,
»En leves ondas se revuelve y ríza.»

Los anteriores fragmentos, no elegidos por nosotros, pero sí en un todo aceptados como brillante muestra del númen poético de su autor, son suficientes para el objeto que nos proponemos.

Doble estímulo nos mueve á reproducir el autorizado parecer de D. Alberto Lista sobre las composiciones poéticas de dos reputados seguidores de aquella Escuela, D. Juan José Bueno y D. José Amador de los Rios, el catedrático é historiador de nuestra literatura patria, tanto por ser de tan insigne apreciador del mérito, como por expresarse á la vez en el mismo, el estado en que se hallaba nuestra poesía, en la época á que se refiere: diez años ántes de promediar nuestro siglo [1].

Recordando el sábio maestro, sin tal intento, sus mismas excelentes cualidades, hace notar que entrambos poetas, entónces en su juventud, «recogiendo á un mismo tiempo las palmas de Apolo y de la amistad, renuevan la memoria de aquellos felices tiempos de la literatura española en que, los que cultivaban las musas, solian hacer versos y ser verdaderos amigos.»

«El tono de estos dos jóvenes, dice, es el de la verdadera poesía sevillana; su elocucion, generalmente hablando, como la de Góngora, cuando es buena, y tan correcta como la de Rioja, lo que debe sernos de consuelo y de esperanza á todos los amantes de nuestro idioma poético, que estamos acostumbrados á sólo ver mal traducidos y peor zurcidos los pasajes de Víctor Hugo y Lamartine. Ya era un fenómeno muy raro leer versos españoles escritos en castellano. ¡Gracias á Dios que ha pasado la moda de afrancesar nuestra poesía!»

Las composiciones de esta coleccion que fueron más del agrado de tan entendido juez, son el *Canto á Sevilla* y la oda *A la*

[1] *Coleccion de poesías escogidas* de D. Juan José Bueno y D. José Amador de los Rios. Sevilla, 1839.

Paz, siendo objeto de un detenido exámen del mismo, la segunda, en la que se hallan estrofas como la siguiente:

¡No más lid! ¡no más lid!.... los que vencieron
En Huesca, y en las Navas y el Salado,
Y ante sus piés postrado
En la heróica Bailén al Galo vieron,
Y cenizas sus águilas hicieron;
Los hijos de Rodrigo y de Pelayo,
De Alfonso y de Gonzalo, no nacieron
Para lanzarse el rayo
Y desunirse en fratricida guerra.
¡Patria y union! y os temblará la tierra,

Copiamos á continuacion un soneto de D. Juan José Bueno, preferido á otras composiciones del mismo, por la circunstancia de estar dedicado á su respetable amigo el vigoroso cantor de *El Dos de Mayo*, poeta de los más notables de una generacion literaria ya extinguida en nuestros dias, D. Juan Nicasio Gallego.

Del Parnaso español clara lumbrera,
Insigne prez del suelo zamorano,
Dió el destino á tu númen soberano,
De Píndaro el laud, la voz de Herrera.
Con tu acento estremeces la ribera
Que con pérfida planta holló el tirano,
Y enardece el recinto mantuano
Pintando del frances la saña fiera.
Llora en lánguidos tonos de Pradina
La dolorosa ausencia y los rigores,
O de piedad el término profundo;
Que al altísimo plectro y voz divina
Sus elogios tributan los cantores,
España alto laurel, y aplauso el mundo.

¿Quién será que sintiendo que anima su espíritu el sagrado fuego de la inspiracion y goce los embalsamados soplos de las brisas del Bétis, siquiera sea huésped en sus márgenes; que á la vista de aquellos fértiles campos, de aquellas artísticas grandezas; al recuerdo de tantos hechos históricos y tradiciones gloriosas, no haya cantado á la ciudad donde el gusto oriental elevó un alcázar maravilloso y la piedad cristiana una suntuosa basílica á

la admiracion de las edades? Con más fundado motivo, porque debe acrecer el entusiasmo el amor al suelo en que se nace, ha de pregonar sus encantos el que tuvo aquélla por cuna. Hállase en este caso el Sr. Bueno, cuando le dirige estas estrofas:

Duerme, ciudad de encantos celestiales,
Con tu grandeza ufana,
En medio de anchurosos arrabales,
Cual hermosa sultana
Entre esclavos y aromas orientales.
Duerme, sí, con tus auras deliciosas,
Tus antiguos blasones,
Tu Giralda, tus vegas olorosas,
Tus rotos torreones
Y templos celebrados.
Y palacios y alcázares dorados.

En la imposibilidad de extendernos más sobre cada uno de los poetas de que hacemos mencion, por la índole de nuestro trabajo, creemos conveniente trasladar á este sitio sólo algunos fragmentos de sus obras poéticas; privándonos á nuestro pesar, de hacerlo igualmente con otros que darian asimismo á conocer el gusto y estilo que les distingue.

Del Sr. Amador, cuya lira permanece silenciosa hace tiempo, y en los presentes es celebrado como crítico erudito é historiador de nuestras glorias literarias, copiamos aquí algunas estrofas de su composicion *A la Primavera*, dada al público hace algunos años, é inspirada el de 1843 en aquella misma poética ciudad que baña el Guadalquivir.

¿Dónde fueron tus encantos?
¿Dónde tus galas y hechizo
Que donde quier derramabas
Desde tu carro florido?
¿Qué tus mañanas se hicieron,
Cuyos celajes divinos
Eran sutiles vapores
De oro puro y nácar limpio?....
¿Qué las lozanas praderas
Con sus rosas y sus lirios,
Y sus preciados aromas

Que daban al viento fragancia sumisos,
Pintando en la tierra los campos Elíseos?

. . . .

¿Qué es de las amenas tardes,
Que mil vistosos castillos
De leves nubes formaban
Sobre los lejanos riscos,
O ya en pórticos de oro
Daban fantásticos visos
Con la moribunda lumbre
Del sol en el mar hundido?....
¡Oh! tanta belleza y vida,
Tan celestiales prodigios,
Dónde, dónde se perdieron
Como ensueño fugitivo?....
Que en vano los ojos tras ellos cautivos,
Ansiosos los buscan de amor poseidos.

Pide el poeta á la más bella estacion del año, que vuelva con sus peregrinos dones para contemplar, gozándolos desde las márgenes del Bétis,

De la opulenta Sevilla
Los soberbios edificios,
Que enhiestos recuerdan pasados dominios
Y antiguos blasones y triunfos antiguos.

. . . .

Entónces la mente inflama
El entusiasmo divino
Que siente arder el poeta
En su corazon altivo;
Y evoca la fantasía
De tan encantados sitios
Mil guerreros, cuyos nombres
Con letras de sangre escritos
Llenan de pavor el alma
Que absorta los mira erguidos.
Y en gran confusion mezclados
Pasan libres y cautivos,
El fiel á Mahoma y el héroe de Cristo,
Que hollára las cruces, que al moro deshizo.

Hállase en igual caso que los anteriores poetas, Sres. Bueno y Amador de los Rios, el antiguo profesor de filosofía del colegio de San Diego, cuyo digno regente de estudios era Lista, el pres-

bítero y licenciado en jurisprudencia y sagrados cánones, catedrático de retórica y poética, capellan en la Real de San Fernando, D. Francisco Rodriguez Zapata, por haber sido tambien objeto del exámen crítico del inspirado autor de la oda *A la muerte de Jesus*, por los mismos años, algunas de las producciones de su ingenio. Esta á que nos referimos, es una imitacion ó paráfrasis del cántico de Débora y Barac [1], la cual prueba tambien los evidentes progresos de la juventud sevillana de entónces en el cultivo de la poesía.

Hay en esta composicion bíblica, primer ensayo de su autor, á juicio del célebre maestro, versos armoniosos, expresiones pintorescas, poesía, en fin. Lista predice á aquél, no equivocándose, nuevos triunfos en la lírica sagrada; exponiendo al mismo tiempo, en utilidad del arte, algunas observaciones críticas.

Copiamos á continuacion algunas de las octavas del canto expresado, las cuales dan una completa idea de su estilo y entonacion, y de las imágenes en que abunda.

Describe la infinita grandeza con que Jehová se ofrece

> En trono brillador de ardiente fuego.
> En el Sion tambien de viva lumbre
> Circundado, te vieron majestoso,
> Mover cual caña la pesada cumbre,
> Al impulso del rayo estrepitoso;
> Cuando leyes á inmensa muchedumbre
> Diste por medio de Moisés dichoso,
> Que temblando, la nube contemplaba
> Do tu acento divino resonaba.

Debemos hacer notar la octava siguiente:

> El ancho cielo
> Abierto vimos cual inmensa hoguera,
> Y los ángeles mismos con anhelo
> Fuego arrojar sobre la hueste fiera.
> Yo, que observando el fulminante velo
> En medio al ángel, cual estrella viera,
> Las estrellas, clamé, se desquiciaron
> Y á sepultar al déspota bajaron.

[1] *Débora y Barac.* Canto bíblico, por D. Francisco Rodriguez Zapata. Sevilla, 1840.

Oigamos, por último, los dulces y armoniosos acentos de Barac:

> No dejes de entonar, Débora hermosa,
> Ese canto divino que enajena;
> Porque en tus labios el amor reposa
> Y la paz en tu pecho de azucena:
> Clava en los cielos tu mirada ansiosa,
> Esa mirada que de amores llena,
> Y vendrán á escucharte los querubes
> En luminosas y ondulantes nubes.

Nótase en el período de la moderna Escuela hispalense, en que vió la luz pública este canto, marcada aficion á un género sublime en que los continuadores de Herrera, como Lista, Arjona, Reinoso, Blanco, Roldan y otros, hallaron sus más felices inspiraciones, y muy especialmente al consagrarse al mismo, en los elevados himnos de la Sagrada Escritura.

No basta al poeta, hijo de un suelo meridional, y por ello dotado de más viva imaginacion, ni al ingenio que posee brillantes cualidades de diccion y estilo, circunscribirse á aquellos asuntos, donde con tanto éxito le es dado aprovechar estos envidiables dones, que se refieren á los afectos del amor y la amistad, y á los que trata en los dulces idilios que tan bellas imágenes le inspiran: necesita otros más altos argumentos que le presten ese vuelo atrevido y majestuoso que anima al cantor sagrado, levantándole en alas de su entusiasmo y su fe, para enaltecer los misterios y las glorias de sus santas creencias.

El moderno poeta bíblico ha seguido despues cultivando con preferencia el género sagrado, y conocidas nos son algunas obras de esta clase, dadas á luz en revistas literarias y otras publicaciones de igual índole. Ocasion tuvimos en anterior paraje de recordar las que consagró á Lista, cuando tan cercano se hallaba éste á su fin. Ademas de las citadas, dedicóle una afectuosa oda con motivo de sus cumpleaños, y lamentó despues repetidamente su pérdida en la *Corona* á que nos referimos ántes, que la Academia de Buenas Letras formó cuando aconteció aquélla, como tributo de admiracion y afecto á tan esclarecido hispalense.

Sólo, pues, recordaremos alguno de sus sonetos; género de

poesía á que manifiesta especial aficion. Entre ellos, elegimos el que titula *La eternidad de Dios*, por la grandeza de su asunto.

> Cuando al lucir el postrimero dia
> Los astros en pavesas convertidos
> Rueden, y el mar con hórridos bramidos
> Al cáos torne en la region vacía,
> Y rota la ancha base do yacia
> La tierra, con sus ejes sacudidos,
> Vagar se mire en átomos perdidos
> Por espacio sin fin en noche umbría;
> Y ante un trono de luz, final sentencia
> Escuchen de la vida ó de la muerte
> Los restos de las tumbas animados,
> Él tiempo acabará, no la existencia
> De Dios que es inmortal, y santo y fuerte
> Sobre mundos y mundos consumados.

Pertenecen igualmente al moderno Parnaso de Sevilla, un poeta nombrado ya, D. Juan Justiniano, y D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, á quienes mencionamos unidos por la circunstancia que hace notar el primero.

> Ambos vestimos militar arreo,
> Ceñimos ambos con orgullo espada,
> Y al compas del laud alzamos himnos,
> Brindando inciensos á las nueve hermanas.

Autor es el primero del poema titulado *Roger de Flor* [1], «notable por más de un concepto entre los de su clase,» segun autorizado parecer, y asimismo de una coleccion de poesías, dadas á la prensa no há muchos años [2], en la cual se incluye la invocacion y primer canto de otra composicion épica, *Hernan Cortés*, ya terminada al presente.

Como autor del primero de los poemas citados, merece que don

[1] Hállase un excelente juicio crítico de este poema, debido á D. Fernando de Gabriel, en el tomo VI de la *Revista de ciencias, literatura y artes*, publicada en Sevilla.

[2] *Poesías de D. Juan Justiniano y Arribas.* Individuo preeminente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, capitan del regimiento Húsares de la Princesa. Sevilla, 1862.

José Fernandez Espino, considerando que su nombre ha de ir unido á la gloria del célebre Roger, le dirija este grato pronóstico:

Y al par tu musa emulará atrevida
Del sacro Herrera la inmortal memoria;
Que el genio cobra en el sepulcro vida.

Ya mencionamos algunos de los versos del Sr. Justiniano en muy cercano paraje. Señalaremos al ménos, entre las composiciones que pueden, en nuestro sentir, dar completa idea de su númen poético, la oda con que principia su libro, *A Dios*, las tituladas *A la Santa Cruz* y *Mi corazon*, las que ya citamos dirigidas á D. José Fernandez Espino y á D. Fernando de Gabriel, y su inspirada composicion *El Poeta*, de la que trascribimos las siguientes estrofas:

¿Quién eres tú, que elevas impávido la frente
En vuelo arrebatado de eterna gloria en pos?
¿Quién eres, que en un punto volcánica tu mente
Recorre el ancho mundo y humíllase ante Dios?

. . . .

¿Quién eres, que á tu aliento balsámicas las flores
Se mecen en sus tallos bridándote su olor,
Y ufanas, y en secreto, te cuentan sus amores,
Y penas que marchitan su mágico verdor?

. . . .

Tu gloria no es la gloria que tinta en sangre y llanto
Conquístase á los sones del atambor marcial,
Que se alza entre ruinas y siembra horrible espanto,
Luciendo revestida de pompa funeral.
Tu gloria, la del genio que en sí concibe y crea,
Mostrándose en un cielo de nácar y arrebol!....
Tu gloria es esa gloria que pura centellea
Con más ardiente lumbre que la del ígneo sol!

. . . .

¿Qué importa que fortuna te niegue sus favores,
Y adversa se te ostente para abatir tu sien,
Si tú desde tu altura desprecias sus rigores,
Y noble en tu miseria la miras con desden?
No la dorada lira le es dado arrebatarte,
Ni ahogar en tu garganta sentida tu cancion:
No son sus rudas iras potentes á arrancarte
El lauro que te ciñe divina inspiracion.
Por ella Homero existe y el épico latino,

Y Dante y Ariosto por ella son tambien,
Y el que ofreciera á Laura su númen peregrino,
Y el que ensalzó triunfantes las cruces en Salen.
Y Camoëns, y Milton, y Byron y Cervántes,
Del Genio de los Mártires el bardo encantador,
Y Fenelon y Herrera y Ercilla, que brillantes
Ostentan aureolas de perenal fulgor.
Tu patria no es el suelo que vió rodar tu cuna,
Que dió á tus ojos llanto y espinas á tus piés:
¡La tuya es el palacio del Sol y de la Luna!....
¡Aquél sólo tu alcázar!.... ¿Tu asiento allí no ves?

Merecido concepto obtiene como poeta, D. Fernando de Gabriel, y sus obras de este género, reunidas en un interesante libro [1], justifican el señalado puesto que ocupa en la moderna Escuela sevillana. Precede á esta coleccion, un meditado y discreto prólogo, debido al ya citado crítico y tambien cultivador de las musas, D. Luis Segundo Huidobro, en el que se examinan aquéllas bajo el punto de vista del pensamiento que entrañan y de la forma en que se ofrecen, calificando á su autor de «severo y sobrio de adornos, y en la expresion de enérgico y conciso.»

No olvida hacer notar una circunstancia que ciertamente distingue las obras de este poeta. «Sus tradiciones de familia, dice, su educacion religiosa y social, sus opiniones políticas, su carácter idealista y caballeresco, le han hecho naturalmente simpatizar con las formas sociales de los tiempos pasados, por más que, tolerante é hijo de su siglo, segun él mismo dice en una de sus más notables poesías, procure armonizarlas con las condiciones y exigencias de los presentes.»

Juzgado está con gran acierto y competencia D. Fernando de Gabriel por el malogrado prologuista de sus obras; y si fuera hoy nuestro intento emitir un parecer propio sobre el mérito literario de las mismas, no vacilariamos en aceptar todas sus detenidas y fundadas apreciaciones [2].

[1] *Poesías de D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.* Caballero profeso del hábito de Alcántara, comandante de Artillería é individuo preeminente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Sevilla, 1865.

[2] Merece ser conocido el estudio que sobre este moderno poeta de la Escuela

Considerado como poeta religioso, juzga el mismo crítico, que brilla en él «la fe robusta y viva del que lleva en su pecho la cruz de una de las órdenes militares, no sólo como un timbre de aristocrática ascendencia, ni como una distincion que halague su amor propio, sino con el verdadero espíritu de veneracion caballeresca que animó á los compañeros del santo Abad de Fitero. En las poesías donde el autor ménos dominado por la majestad del asunto, añade, puede dar rienda suelta á su individualidad, brota espontánea y viva por todas partes la confesion de una creencia profundamente arraigada en la inteligencia y en el corazon del poeta.»

Como cantor amatorio, júzgale con la misma espontaneidad y expresion de un sentimiento verdadero, así como cuando revela los afectos tiernos y dulces que viven en el hogar doméstico en el seno de la familia, con los recuerdos filiales, y los que despierta el cariño paternal, ganoso de encaminar á la que es prenda querida, á quien trasmite su nombre y en quien funda sus esperanzas, por los hermosos senderos de la virtud.

Despues de juzgar «al hombre privado, retratando al fiel creyente, al buen esposo, al hijo y padre cariñoso y tierno,» considera al hombre público en sus poesías políticas y sociales. «D. Fernando de Gabriel, consigna, es siempre en ellas español ántes que todo; las glorias nacionales son las que con más entusiasmo hacen vibrar su lira.»

Sin faltar á las prescripciones que nos hemos impuesto, trasladamos á nuestra vez á este lugar, la primera estrofa de una de sus composiciones, dedicada al expresado D. José Fernandez Espino, y escogida oportunamente por otro crítico de sus obras, para dar á conocer su estilo y la elevacion de sus pensamientos. Es como sigue:

Vanamente se afana
El que surcando el mar la dicha busca,
Envuelta en oro, en la region indiana;

sevillana ha hecho el ya citado elegante escritor frances Mr. Antonio de Latour, en su obra *Espagne, traditions mœurs et litterature.* En él se juzga acertada y discretamente el mérito literario de tan digno cultivador de las musas.

Y vanamente aquel á quien ofusca
De honores y poder el ansia ciega,
Buscándola tambien, á ellos se entrega.
En más segura fuente
De la propia conciencia en el sosiego,
Atento siempre al ruego
Del que, si no su igual, nació su hermano;
De la familia en el hogar querido,
O en los nobles placeres embebido,
Que al jóven y al anciano
El estudio, del sábio apetecido,
Próvido da con bienhechora mano,
Halla el hombre la paz, halla la calma,
Supremo bien y aspiracion del alma.

Síguese á esta estancia, recordada por el expresado juez de sus obras poéticas, otra que no es ménos bella, en la que ensalza las virtudes literarias del que acaudilla á los modernos sostenedores de las glorias de Herrera.

De tan alta verdad, oh caro amigo,
Tú ejemplo ofreces, que gozoso vives
En la feliz dorada medianía
Que el lírico del Lacio cantó un dia,
Y de viles pasiones al abrigo
Aplausos mil y admiracion recibes;
Ora cuando la cítara pulsando,
En plácido concento
Al aire das el melodioso acento,
Timbre y honor de la inmortal Escuela
Que Rioja y Herrera fecundaron,
Y que Lista y Reinoso
De nuevo de su tumba suscitaron;
Ora cuando doctísimas lecciones
De tu labio elocuente
Brotan, y al punto fíjanse en la mente,
Y grábanse en los tiernos corazones
De la estudiosa juventud que acude
Al gran Gimnasio, de Sevilla gloria,
Al gran Gimnasio en cuyas aulas dura
Eterna la memoria
Del sábio, del insigne Arias Montano.

En esta misma composicion, laméntase su autor con noble espíritu de patriotismo, de las injustas prevenciones con que se

consideran algunos hechos de nuestra pasada historia, y de los que pretenden que nuestra civilizacion de otros tiempos ha sido inferior á la que alcanzaron otras naciones importantes.

¡Noble mision y augusta
Es la del docto á quien la patria fia
La inteligencia dirigir de aquellos
Que, en no lejano dia,
Serán su honor, su nérvio, su grandeza!
¡Oh cuánto importa despertar en ellos
El santo amor á los paternos lares,
Y á los que el nombre hispano á tanta alteza
Un tiempo levantaron,
Y en uno y otro mundo dominaron!
¡Y cuánto precaverles
De que al mirar de España la alta historia
Por extranjera mano adulterada,
De la celosa envidia amaestrada,
Los hechos desconozcan más honrosos,
Y los varones dignos de memoria
A sus ojos odiosos
Y con negros colores aparezcan,
Y oprobio en vez de aplausos les merezcan!
¡Imposible parece cómo viendo
Cuán falsamente extraños escritores,
Del limpio honor de España detractores,
Los hechos, de que aún vive por testigo
Tanto esforzado actor, referir osan,
Haya quien por clarísimas verdades
Tome las que, al narrar de otras edades
La insigne historia nuestra,
Torpes calumnias estampó su diestra!

. . . .

Y no juzgues, oh amigo,
Mi canto al escuchar, que ensalzo sólo
Lo ya pasado, y de la edad presente
Eríjome en censor y en enemigo.
Hijo soy de mi siglo, y con ardiente
Aplauso sus progresos y su ciencia,
En cuanto tienen de admirable y recto,
Saluda alborozada la voz mia.
Pero duéleme ver cómo á porfía
Púgnase por borrar las tradiciones
De los siglos que fueron la alta gloria
Y la sábia experiencia, y enlazarlo
Al moderno adelanto útil contemplo.

Sólo así las naciones
Se engrandecen, y viven en la historia,
Y en ella sirven de perenne ejemplo.
¿Acaso la edad nuestra,
Sin los esfuerzos y el saber unidos
De aquellas que del mundo en la paléstra
De precederla hubieron, se hallaria
Donde la vemos hoy? Necio sería
Tal absurdo afirmar. Gracias, pues, demos
A quienes nos legaron tal tesoro,
De más valor que el oro,
Y su recuerdo augusto conservemos.

Hace notar el mismo apreciador del mérito del moderno vate, citado últimamente, el que se evidencia en su soneto titulado *La Santa Cruz*, cuyos últimos versos son como sigue. Refiérese al sacrosanto signo del Calvario:

¿No ha de ser prenda cierta de victoria
Si en él quiso espirar quien nos dió vida,
Y quien hizo del fúnebre sudario
Manto inmortal de sempiterna gloria,
Y al morir á la muerte vió vencida?

Por la sobriedad en que está expresado en reducidos límites el pensamiento de otro de los sonetos de D. Fernando de Gabriel, cual es hacer resaltar las glorias de las cuatro órdenes militares, habremos de trascribirlo tambien á este lugar.

Cuando rota en pedazos se mostraba
La unidad de la hispana monarquía,
Y rota entre sus reyes la armonía
Segundo Guadalete amenazaba,
De Alcántara, Santiago y Calatrava,
Y de Montesa luégo, á luz nacia
La sagrada, marcial caballería,
Y de nuevo la patria se salvaba.
Cuatro siglos sus lides contemplaron;
De Lasso, Calderon, Quevedo, Ercilla,
Sus insignias despues el pecho ornaron.
Si en armas como en letras maravilla
Su historia, y nuestros tiempos alcanzaron,
¿Quién extinguirlas osará en Castilla?

Siéndonos imposible dar á conocer todas las composiciones del poeta á que nos referimos, que pudieran señalar las diversas maneras con que, segun el asunto de que tratan, manifiesta su númen, debemos reducirnos á mencionar aquellas que, coincidiendo con nuestra apreciacion, son consideradas por el discreto autor del prólogo que las precede, como de las más felices. Hállanse en este caso, ademas de las ya citadas, la epístola *Al Marqués de Casa-Arizon*, en la que se enumeran los bizarros guerreros que en nuestra España han sobrepuesto en sus sienes á los lauros adquiridos por su denuedo, los que han conquistado por su ciencia y estro sublime,

> Tomando, ora la espada, ora la pluma;

las octavas que dedica *A la inaguracion de la estatua de Murillo*, el romance descriptivo *A un amigo con motivo de su partida del castillo de Gigonza*, *En las márgenes del Guadalquivir*, *A Eugenia de Guzman*, *A doña Catalina de Arizon*, *Dos hijos de reyes*, *A D. Tomas de Reina*, *A Polonia*, y entre sus sonetos, señaladamente los que titula *A la fiesta de la Eucaristía*, *A Gibraltar*, *Dos de Mayo* y *A mi dulce compañera*. Entre algunas otras poesías, dignas tambien de especial mencion, se encuentra el romance que dedica á quien lleva el nombre, célebre ya en nuestra moderna literatura, de Fernan Caballero, y la dirigida al crítico y poeta D. Manuel Cañete, con motivo de su recepcion en la Real Academia Española.

Inspirado por su amor patrio y sus recuerdos de familia, consagra D. Fernando de Gabriel á un fausto suceso, *En el arribo á Sevilla de la oficialidad de la fragata Villa de Madrid, procedente de la Escuadra del Pacífico*, cercano un hecho de armas glorioso para la marina española, la composicion siguiente, posterior á las publicadas en la coleccion de sus poesías á que nos referimos. Complácenos trasladarla á este paraje:

> ¡No ha muerto! Vive, y gigante,
> Con una y otra corona,
> Allá en apartada zona,
> Su frente ciñe arrogante.

Contempla España anhelante
Sus triunfos, y en grito santo,
Que á ingratos pueblos da espanto
Y á sus hijos enajena,
Exclama, de gozo llena:
«¡Es la misma de Lepanto!
«¡Es la misma! ¡No hay dudar!
La que indomable fiereza
Contra el hado y la torpeza
Mostró un dia en Trafalgar;
La que en uno y otro mar
Grabó un triunfo en cada ola,
La que al mundo cercó sola,
Antes que nave extranjera
La vuelta diese á la esfera,
¡Es la marina Española!
«¡Mendez Nuñez, gloria á tí!
Por tí frescos reverdecen
Y lozanos aparecen
Láuros que un tiempo ceñí.
Yo bendigo desde aquí
Tu alto esfuerzo, tu constancia,
La insigne perseverancia
De que ejemplo has dado al mundo,
Célebre haciendo y fecundo
De nuevo un nombre: ¡*Numancia*!»
Dice así España, y Sevilla,
Al contemplar en su seno
Hoy á Alvar, que de ardor lleno,
Lidió del Perú en la orilla,
Con entusiasmo que brilla
En cada rostro y destella,
Sigue afanosa su huella,
Y una corona formando
Del laurel de San Fernando,
Su sien circunda con ella.

Una circunstancia merece ser notada en D. Fernando de Gabriel. No fué Sevilla su pueblo natal; y sin embargo, en su amor á las glorias de este suelo, y en su constante afan por el brillo de sus letras, rivaliza con los que, teniendo al mismo por cuna, concurren á este fin honroso.

Aplausos alcanza este digno individuo de la moderna Escuela sevillana, de su compañero en doble concepto, D. Juan Justi-

niano, cuando aquél trata un asunto tan oportuno en quien reune las dos cualidades de militar y poeta, del modo siguiente:

¡Con qué pureza de expresion y brío
En tus versos armónicos ensalzas
A aquellos que ceñido el férreo casco
Cantaron al estruendo de las armas!

Pero donde se hallan comprendidas las dotes que distinguen á este autor, de un modo tan conciso como expresivo, es en los últimos versos del soneto que en ocasion de darse á luz sus poesías, le dedicó un cultivador de su misma Escuela, D. José Lamarque de Novoa.

Fe, nobleza, virtud, siempre contemplo
En tu musa inspirada: así se asciende
De la gloria inmortal al sacro templo.

Pertenece á la misma Escuela, adunando tambien honrosamente la profesion militar y el númen poético, D. Tomas de Reina y Reina, acertado imitador del estilo de Rioja, sobre todo, cuando al recordar aquellos versos de este insigne vate,

Sin la templanza, ¿viste tú perfecta
Alguna cosa?

tan bien expresa sus pensamientos sobre esta digna virtud. Hemos de copiar tan sólo las dos estrofas que siguen:

Jamas sin la templanza
Ni dicha, ni virtud, sensible amiga,
El corazon alcanza:
De la humana mudanza
Sólo el prudente el ímpetu mitiga.
Ni el poder le envanece,
Ni el rudo golpe de fortuna impía
Su rostro palidece.
Nunca, nunca perece
El bien que Dios con la templanza envia.

Observando el precepto que nos hemos impuesto, dejamos á D. Fernando de Gabriel la apreciacion del mérito de este cultivador de la poesía, su compañero en armas. Hé aquí las frases

que le dirige en una de sus composiciones á él dedicada, despues de recordar nuestras admirables glorias al otro lado de los mares [1].

Tú, entre el estruendo del cañon y el humo,
Del clarin á la bélica armonía,
Al rudo són del redoblado parche,
La salvadora espada en sangre tinta,
Cantar sabrás las glorias de la patria
Emulo digno del egregio Ercilla.

La oda del Sr. Reina *A Murillo,* que forma parte de la corona poética dedicada á este insigne pintor, escrita hallándose aquél en Puerto-Rico, es una prueba más de su genio poético como seguidor de la Escuela sevillana. Así resume las glorias del célebre artista cristiano:

Bañó tu peregrina
Paleta en sus colores
El almo sol, y la bendijo el cielo;
Y la llama divina
Derramó sus fulgores
De Híspalis bella en el florido suelo.
Arde en él, y germina,
Y del genio andaluz fecunda estrella,
Con su luz ilumina,
Y enciende el númen de sus claros hijos.

Entre los poetas que á la sazon componen la Escuela sevillana, es tambien uno de sus más reputados campeones D. Narciso Campillo. Repetidos encomios se han tributado á este inspirado hijo de Sevilla, tanto cuando dió á la luz sus primeras composiciones [2], como cuando lo verificó con las que tituló *Nuevas poesías* [3]. Tomóse á exceso de entusiasmo el que algun juez de su mérito en ambas ocasiones, le creyese acreedor á ocupar el

(1) A mi caro amigo y compañero, el coronel D. Tomas de Reina, al embarcarse para Puerto-Rico. (Julio 1855.)

(2) *Poesías de D. Narciso Campillo.* Sevilla, 1858.

(3) *Nuevas poesías* de D. Narciso Campillo, catedrático por oposicion de retórica y poética y Autores clásicos del Instituto de Cádiz. Cádiz, 1867.

primer puesto entre los de aquella moderna Escuela, y como su más claro representante; lo cual dió lugar asimismo, á que todos reconocieran sus sobresalientes dotes de ingenio, su porvenir risueño en las letras, que le hacian digno de figurar de un modo notable entre otros que ya obtenian anteriormente aquel título honroso y no tan fácil de alcanzar. Ciertamente que el Sr. Campillo no abrigaba por su parte inmodestas aspiraciones; y sobrábale para alentar noblemente en la senda por él emprendida bajo tan buenos auspicios, como galardon de sus trabajos y estudios, los acertados juicios que éstas han merecido de críticos estimables.

Distínguese el moderno poeta, segun uno de los mismos, «por una superior fuerza de inspiracion y por una espontaneidad y originalidad extraordinarias, que no excluyen, ántes dan más lustre y valer á la correccion y tersura de sus versos, calidades que son tan propias de la Escuela á que pertenece. Algunas de las composiciones del Sr. Campillo, añade aquél, singularmente la que lleva por título *El verano,* nos parecen de las mejores que se han escrito en estos tiempos, y prometen que el Sr. Campillo ha de ser uno de nuestros líricos más aventajados.»

Otros apreciadores de sus obras creen hallar á veces, cierto alejamiento de alguna de las cualidades que distinguen á la expresada Escuela. «Las poesías del Sr. Campillo, consigna un ilustrado escritor [1], si bien es cierto que por su forma pertenecen á la Escuela sevillana, examinando con atencion el espíritu que las domina, se ve claro que el pensamiento de su autor atraviesa una crísis, de la cual puede salir su absoluta separacion de la disciplina literaria que hasta ahora ha seguido. Por algunas tendencias que ya apuntan en sus poesías, el Sr. Campillo puede ser considerado casi como disidente de la Escuela sevillana.»

Por último, sólo trasladaremos á este lugar, entre los juicios emitidos sobre sus obras, la apreciacion que en una revista literaria de merecido concepto, han obtenido sus *Nuevas poesías*. Es como sigue:

1 D. Luis Vidart. *La Escuela poética sevillana*, artículo literario. *Revista de España,* tomo IV (1868.)

«Sin que el Sr. Campillo deje de tener su individualidad marcada, se nota en todas sus obras el sello y carácter de la mencionada Escuela..... Por la forma clásica, elegante y castiza, es el Sr. Campillo más fiel á las tradiciones de su Escuela. Sus octavas *Al verano* parecen escritas en el siglo XVII por el mismo Rioja. En las composiciones que llevan por título *Melodía*, *A Rosa, A la melancolía, A Dios*, y *A la muerte de Quintana*, y en otras muchas, une el Sr. Campillo á su elegante manera de decir, una elevada inspiracion y una abundancia de pensamientos y sentimientos que el espíritu del siglo ha fecundado y hecho nacer en el alma. En suma, el Sr. Campillo da pruebas en el tomo de sus *Poesías* de que hablamos, de que las musas no enmudecen; que nuestro siglo no es tan prosáico como se imagina, y de que él es uno de los mejores poetas líricos contemporáneos de que puede con razon jactarse la literatura española, tan rica en este género.»

Despues de tan favorables juicios del mérito de este moderno poeta, hijo de Sevilla, sólo nos resta ofrecer algunos de sus versos, en comprobacion de los mismos; no todos aquellos á que nos impulsa nuestro deseo.

Damos motivada preferencia á alguna de las octavas de su tan celebrada composicion del género descriptivo, no obstante lo difícil que es elegir las que sean superiores á las demas. Nos referimos á la titulada *Al verano*.

¡Oh, cómo á nuestros ojos apareces
De majestad vestida y hermosura,
Y cuán grata y fecunda resplandeces
En el campo andaluz, rica natura!
Por tí su fruto en los estivos meses
Rinden el monte, el valle y la llanura,
Y bajo el techo de la humilde choza
El labrador al contemplarlos goza.

. . . .

Todo es paz y ventura: coronada
De fruto y flor la bella Andalucía,
Se alza risueña de esplendor bañada,
Cual suele alzarse en el Oriente el dia;
Que ya sobre la vega dilatada
Benigno el sol y generoso envia
Inmensos dones en su rayo cano:

Dones que ostenta plácido el verano.
Tiempo es ahora que el vellon de nieve
Rinda al pastor la cándida cordera,
Que el perezoso buey mugiendo lleve
La mies nutrida á la redonda era;
De donde esparza murmurando leve
La seca paja el aura más ligera,
Cuando con duro y resonante callo
Huella la espiga el volador caballo.
Tiempo es ahora en baño delicioso,
Si dormido en sus grutas yace el viento,
Y de las selvas el ramaje umbroso
No se agita con ténue movimiento,
De gozar el arroyo rumoroso
Que sobre guijas desmayado y lento,
Entre amargas adelfas encamina
La tarda huella y onda cristalina.
Aquí Nísida bella se bañaba,
Aquí su rubia cabellera de oro
Sobre la espalda y pecho derramaba,
Avara de esconder tanto tesoro;
Aquí su voz suavísima entonaba
Himnos que el eco repitió sonoro,
Y que las aves modularon cuando
Por el limpio raudal iba nadando.
Aquí en un tronco que en la márgen crece,
De una vid trepadora revestido,
Donde el ganado errante se guarece
Y tiene el dulce colorin su nido,
Un juramento fiel que amor le ofrece,
En la verde corteza hallo esculpido:
La letra dice: «Nísida, primero
Que olvidarme de ti, la muerte quiero.»

El vate hispalense que así se inspira en el delicado gusto del *Cantor de las flores*, enaltece el poder y la grandeza de Dios, con esa efusion y fervor cristiano, que es cualidad distintiva en alto grado, de los cultivadores de la poesía en su suelo natal, en la primera oda de su coleccion; celebra las glorias de la historia patria, la conquista de la hermosa y última ciudad en que el islamita elevó sus estandartes ántes de ser para siempre arrojado á las líbicas arenas; la ciencia de Colon y la audacia de Hernan Cortés, en ocasion de tributarse á su memoria debidos homena-

jes: admira y aplaude el ver ceñida la frente del venerable anciano Quintana del lauro del poeta, así como despues lamenta la muerte del mismo; canta la hermosa ciudad donde vió la luz primera y el caudaloso rio que la baña, y *La Castidad* nunca deshojada á los alientos del huracan, y á quien se complace en decir:

Por ángeles sembrada,
Por la inocencia y la virtud nutrida,
Creciste regalada,
De pureza vestida,
En los valles amenos de la vida.

Complácese en llamar á sí *La melancolía*, tan bien recibida á veces, y con ella baña sus sentidos versos.

Ven con ligero vuelo,
¡Oh dulce y virginal melancolía!
Calma del corazon, hija del cielo,
Ven; ya se cubre de esplendores rojos
El lejano y magnífico Occidente,
Ya la meditacion dobla mi frente
Y se asoma una lágrima á mis ojos.
¡Oh, cuántas veces en tu seno amigo
Me halagaron ensueños de ternura!
¡Cuántas plácidas horas de ventura
Léjos del mundo respiré contigo!
Tú, mi amada, mi hermana, ven ahora;
Nunca hácia ti se alzó mi pensamiento
Con éxtasis mayor; el desaliento
Llega á templar del alma que te adora.

Evoca tambien al sueño, consuelo del afligido, como asimismo lo hicieron Herrera y Lista con tanta melancolía y dulzura. Eleva himno de gratitud y amistad al que dirigió su númen y le infundió la ciencia y la virtud, celebrando sus dotes de inspirado poeta, su maestro el sacerdote D. Francisco Rodriguez Zapata; porque en los vates de Sevilla parece no interrumpirse esa sucesion en la enseñanza que tanto contribuye á sostener siempre el gusto de escuela, y las honrosas tradiciones de su Parnaso.

Entre los romances de D. Narciso Campillo, se encuentran

los cinco que parece ha de coleccionar con otros que formarán *El Romancero de Colon*, y se propone dar á la prensa, y los que denomina *Sevilla por San Fernando.*

No pretendemos dar una completa idea de lo que son las producciones, tanto de este cultivador de las musas, como de todos los que como él enriquecen la moderna poesía sevillana, y hemos ya mencionado, ó habremos aún de ofrecer con aquel honroso título: fuera empresa impracticable.

Sólo, pues, con respecto al Sr. Campillo, trasladaremos aquí sus propias palabras, los pensamientos que expresa en la introduccion que precede al primer libro de sus obras poéticas, y que intitula *¿Qué es la poesía?* por revelar el entusiasmo, el amor que profesa á este arte encantador y sublime.

«En nuestro siglo, dice, opuesto á todo entusiasmo generoso, los corazones que huyendo del materialismo, triunfante donde quiera, buscan el bálsamo de sus heridas, y sus sueños de virtud y grandeza en la poesía, álzanse á encontrarla en la religion ó en las tradiciones, que son su refugio. Ignoro qué sociedades necesitan más de esta hija del cielo, si las primitivas é incultas, ó las muy civilizadas y corrompidas. Paréceme que ambas igualmente. Las unas, porque en ellas está toda su ciencia; las otras, porque recuerdan lo que fueron y hallan un lenitivo para sus males. Me preguntareis ahora: ¿qué es la poesía? Interrogad á la historia, esa antorcha de los tiempos, y os mostrará claramente que la poesía es todo lo sublime, virtuoso y bello que se eleva del polvo y vuelve al seno de su Creador.»

Asimismo aconsejaremos á aquellos á quienes deleitan las inspiraciones del genio, y desearen conocer el númen del moderno cantor hispalense, que acudan al llamamiento que éste les hace, recordando el fluido y armonioso estilo de Zorrilla, en el prólogo de sus *Nuevas poesías.*

Como la palma, como los mares,
Así es la lira, la lira mia,
Vibra, y por fruto da su armonía
Si la estremece la inspiracion.
Venid á oirla; que no el pan sólo

Es de los hombres grato sustento;
Tambien nos pide como alimento
Nobles cantares el corazon.

. . . .

Serán concierto de varios tonos,
Campo fecundo de varias flores,
Donde quien ama respire amores,
Donde quien llora pueda llorar.
Donde el creyente plegarias halle,
Donde el artista goce en belleza,
Donde te muestres, naturaleza,
Con brillo entero, rico sin par.

XV.

Poetas contemporáneos de la Escuela sevillana. (Conclusion.)—Algunos que participan del carácter que distingue á ésta.—Una velada literaria en la capital andaluza.—*Coronas poéticas*, publicadas en la misma.

Contábamos de antiguo en el Parnaso hispalense con más de una insigne poetisa que, ya en las soledades del claustro, ya en más libre y áun novelesca existencia, dieran pruebas de su ingenio y de su inspiracion. Sor Gregoria de Santa Teresa, sor Valentina Pinelo, ambas con sus himnos piadosos, la varonil doña Feliciana Enriquez con sus amorosos madrigales, y doña Ana Caro con sus producciones dramáticas, demostraban lo grato que era tambien á la musa del Bétis, despertar los puros, delicados ó vehementes sentimientos en corazones femeniles. No ha sido ménos pródiga de sus inspiraciones en la época actual, eligiendo á una discreta dama que representara sus glorias en la moderna Escuela de la poética ciudad andaluza, tan favorecida de ingenios, y en donde tiene igualmente residencia una notabilísima escritora que oculta en vano su nombre bajo un célebre pseudónimo.

La poetisa á que nos referimos, es la Sra. Doña Antonia Diaz de Lamarque, autora de un poema que lleva por título *María en Montserrat*, el cual obtuvo el premio señalado en certámen poético que celebró la Academia Bibliográfica Mariana para conmemorar el segundo aniversario de su instalacion, en la ciudad de Lérida el año 1864, distincion otorgada «por la novedad y grandeza del pensamiento, no ménos que por la brillantez de la ejecucion», con que aquel se distingue.

Posteriormente se han dado al público coleccionadas, las poe-

sías de tan sobresaliente cultivadora de las letras; alcanzando, entre otros juicios, el que á continuacion copiamos, cumpliendo nuestro deliberado intento [1].

«Esta inspirada poetisa de la Escuela sevillana posee raras y excelentes prendas, de que da copiosa muestra en el tomo que anunciamos. Su diccion es noble y castiza, su imaginacion viva y fecunda, y muy puros, elevados y fervientes sus sentimientos religiosos, principal fuente de su inspiracion. Las obras que forman el tomo son líricas y religiosas las más. Son de muy grata lectura, y por la elegancia de su estilo pueden servir de modelo.»

Precede á éstas un interesante prólogo del Sr. Fernandez Espino, en el que dedica tambien algunas páginas á la defensa de la Escuela sevillana, «maltratada hoy, dice, por la crítica de algunos eruditos con grande y manifiesta injusticia.» Como la opinion de tan competente juez, es autoridad reconocida en tales materias, habremos de permitirnos trasladar las palabras con que resume las dotes de la inspirada cultivadora de la musa del Bétis. Son las siguientes:

«Imitadora esmerada en la frase de la Escuela sevillana, no ha seguido en el fondo á poeta alguno. Completamente original, sus poesías son su propio sér, y la dulce expresion de sus generosas aspiraciones. En las poesías religiosas está su ardiente fe, su devocion y amór á la Vírgen, su afan por el triunfo y esplendor de la Iglesia católica: en las profanas encuéntranse expresados los sentimientos de rectitud, de templanza y abnega-

(1) *Poesías de la Sra, doña Antonia Díaz de Lamarque.* Sevilla, 1867. Presentada ya nuestra Memoria á la Academia de Buenas Letras, se ha publicado en el número perteneciente al 8 de Marzo de 1873 de *La Ilustracion Española y Americana*, un artículo de D. Luis Vidart, titulado *Un prólogo de un libro inédito*, el segundo de las *Poesías* de la Sra. Díaz de Lamarque. No sólo se examina en aquél el mérito literario de las composiciones de esta cultivadora de las musas: sírvenle de preámbulo algunas observaciones sobre la antigua y moderna Escuela poética sevillana. Márcanse en el mismo las épocas en que considera su autor debe ésta dividirse, y cuáles son en ellas sus representantes, así como los que en el período actual ofrecen el carácter de sus seguidores; y aquellos que por tales son tenidos tambien, acaso sin motivo fundado. Complácenos que se hallen de acuerdo algunas de las apreciaciones del distinguido prologuista de las obras de la señora Díaz de Lamarque, con las que ya habiamos expuesto en el presente trabajo.

cion, que llevan la paz al alma y el bien á la sociedad, y que transfiguran al hombre purificándole y ennobleciéndole. Pocas veces se ha visto la virtud pintada con más bello colorido, ni más alentada en la lucha contra el mal en la senda de abrojos por que camina; siempre halla en la Sra. Díaz, consuelo para su desgracia, en el triunfo ó en la recompensa.

»Aun más severa que algunos grandes poetas, jamas se permite desahogo que disminuya la alteza de su númen: regístrense sus poesías, y no se hallará una siquiera donde su propósito sea sólo lucir la agudeza del ingenio; siempre busca el ejemplo ó la enseñanza, y nunca rebaja su musa á asuntos vulgares, ni á la trivialidad, ni á la ironía. Modelo de urbanidad y decoro, su pluma no vuela más que por las regiones serenas en que el alma se acerca á su Hacedor, tipo y fin de toda hermosura. Por eso, en toda edad, los poetas como la Sra. Díaz, han merecido elogios de la crítica imparcial y llegado á hacerse populares.

»A estas estimables prendas, que tal realce dan á sus poesías, reúnese el mérito de las formas con que las reviste. Pureza y correccion de estilo, elegancia y riqueza de diccion, propiedad en las palabras, armonía, rotundidad y número en los versos, que corren á manera de raudal, ya apacible, ya impetuoso, son las dotes principales que se advierten en la expresion de sus conceptos. En esto, así como en el giro de las cláusulas y los períodos, nótase claramente el esmerado estudio que ha hecho de la Escuela sevillana, y áun de otros poetas.»

Confiamos en hallar disculpa, si somos un tanto prolijos en enumerar y reproducir ajenos pareceres sobre los vates contemporáneos de la Escuela de Sevilla, en razon á que, habiéndonos vedado emitir los nuestros, de no hacerlo así, dejariamos incompleto, sin duda, el presente estudio, no evidenciando con tan dignos testimonios todo el esplendor que en nuestros dias alcanza la poesía en donde tuvo siempre habitual residencia, así como los especiales conocimientos y los lauros obtenidos por sus modernos representantes.

Por nuestra parte, y como muestra suficiente de las dotes poéticas de la que tan bien ha sabido cantar nuestras tradicio-

nes cristianas en su poema *María en Montserrat*, y las históricas en su oda *A Numancia,* las de las artes en sus octavas *A Murillo*, y los sentimientos de su corazon en sus composiciones *La Soledad* y *A la Caridad;* únicamente recordaremos aquí dos de sus poesías ménos extensas. La una el soneto *A Dios en el augusto Sacramento de la Eucaristía*, y la otra titulada *La Verdad.* Hé aquí la primera:

Tu infinito poder en la armonía
Se ostenta ¡oh Dios! de la creacion entera;
Al par lo anuncian la feraz pradera,
La montaña, el volcan, la selva umbría.
Lo anuncia el astro que precede al dia,
Los roncos mares, la tormenta fiera,
Y los mundos brillantes que en la esfera
Tu voluntad omnipotente guía.
Mas si del cielo bajas ¡oh Dios mio!
Y en *pan de gracia* por tu amór velado
Das vida al alma que feliz te implora;
Tan alta cual tu inmenso poderío
Muéstrase tu bondad, y prosternado
Tu pueblo humilde con fervor te adora.

La segunda es como sigue:

Cien lóbregas nubes ansiaron un dia
Del rey de los astros la lumbre negar,
Y al mundo diciendo que el sol no existia,
Con lúgubres mantos de negros vapores
Sus ígneos fulgores
Audaces pudieron al fin eclipsar.
Afan necio y vano; que velo tras velo
La luz bienhechora triunfante pasó;
Y grata, aunque tibia, llegando hasta el suelo,
Fecunda mostraba su noble victoria,
Y al mundo la gloria
Del rey de los astros cual siempre aclamó.
Él luégo rasgando las húmedas nieblas,
Patente áun más hizo su inmensa bondad.
Pasad, dijo en breve, que sois, ¡oh tinieblas!
Imágen horrible de audaz impostura:
¡Yo soy la luz pura!
¡Pasad presurosas! ¡Yo soy la verdad!

En el más entusiasta y expresivo lenguaje de la poesía, esta

distinguida hija del suelo sevillano ha obtenido tambien dignos loores de la amistad, apasionada muy justamente del mérito. No resistimos al deseo de trasladar aquí los que señalan sus cualidades distintivas como poetisa, y son debidos al último de los modernos vates hispalenses, de quien tratamos.

De tu dorada lira
Brotan himnos de plácido consuelo,
Plegarias melancólicas y tiernas,
Voces que imitan el fragor del trueno.
Cuando retratas, inspirada jóven,
De nuestra vida el postrimer momento,
Parece que el espíritu ya libre
De sus prisiones elevarse vemos:
Si ensalzas de tu Dios la providencia,
La inextinguible fe que arde en tu seno,
Brilla con resplandor sagrado y puro
Cual solitaria lámpara en el templo:
Tú con el triste Lamartine suspiras,
Tú con Rioja lúgubres lamentos
Lanzas, al ver escombros miserables
Las obras que admirara el universo:
Cantas la gloria de Colon insigne,
Cantas el orbe y su Hacedor supremo.
¡Cuántos tesoros viertes de ternura,
Cuánto entusiasmo en tus hermosos versos!

Estas levantadas frases eran dirigidas á la poetisa andaluza algunos años ántes de haber la misma publicado coleccionadas, sus obras de este género. No há mucho, otro cultivador de la poesía en Sevilla, de quien hemos de tratar en breve [1], y á cuyo deseo unimos el nuestro, sintiendo que aquélla no aumente con nuevos frutos de su ingenio las joyas del Parnaso de su patria, la estimula á que de nuevo pulse la lira en variados asuntos; y con la tierna expresion del creyente cristiano, añade:

Y si más digno premio tu alma ansía,
De la Madre del Verbo los loores
Tu labio entone, cual feliz solia;
Y pospuestos del mundo los honores,
Tu frente ceñirá la Vírgen pía
De eterno mirto y celestiales flores.

(1) El presbítero D. Luis Herrera y Robles.

Publicáronse tambien en el mismo año que las producciones poéticas de la Sra. Díaz, las de su esposo D. José Lamarque de Novoa [1], recibidas por su mérito con no menor aceptacion.

Las precede un prólogo de D. Fernando de Gabriel, en que se aprecian discretamente las recomendables dotes de su autor, resumidas en las siguientes palabras:

«Frase tan correcta y castiza, como pudiera desear el más ardiente y entusiasta partidario de la inmortal Escuela sevillana, la más pura y noble en su diccion de cuantas ilustran nuestro Parnaso; versificacion flúida y sonora siempre, grandilocuente y majestuosa cuando la gravedad y la elevacion del asunto lo exigen, blanda y apacible cuando la llaneza de éste ó la dulzura de los sentimientos que la inspiran así lo requieren; maestría grande en el modo cómo los asuntos son tratados; facilidad en el manejo de los diferentes metros y en el cultivo de los distintos géneros; hé aquí las dotes que avaloran las poesías de Lamarque.»

«Bajo el título de *Sueños de Primavera*, dice D. Luis Vidart, juzgando una parte de las composiciones del mismo poeta, comprende el Sr. Lamarque un romance histórico titulado *La primera vuelta al mundo* y tres leyendas, de las cuales dos son históricas, y la tercera de pura invencion novelesca. Este género de composiciones, tan felizmente inaugurado en España con *El moro expósito* del duque de Rivas, *El estudiante de Salamanca* de Espronceda, y las leyendas tradicionales de Zorrilla, habia carecido hasta ahora de manifestacion en la Escuela sevillana. El Sr. Lamarque en sus *Sueños de Primavera* ha llenado este vacío.»

Halla otro juez de su mérito, en sus obras líricas, como el prologuista de éstas: «todo el carácter de la antigua, famosa y áun floreciente Escuela sevillana; gran correccion, noble estilo y riqueza de lenguaje poético. En ellas se nota con todo, añade, el influjo de las de Zorrilla.»

Señaladas con inteligente acierto algunas de las poesías más notables del Sr. Lamarque por D. Fernando de Gabriel; traslada-

(1) *Poesías de D. José Lamarque de Novoa.* Sevilla, 1867.

mos aquí algunos fragmentos de éstas, que en nuestro juicio manifiestan su general estilo, entonacion y correcto lenguaje.

Asunto grandioso é inspirador es el espectáculo del mar, porque

De Dios la idea nuestra mente inspira
Y por doquiera su poder se admira.

Contémplalo el Sr. Lamarque, desde los muros de Cádiz la opulenta, y exclama ante su grandeza imponente:

¡Poder inmenso! El descreido en vano
Osa negarlo con audacia loca;
Elocuente tu voz, ronco Oceano
Elévase más alta que su acento;
Que altivas al herir la firme roca
Tus olas por el ábrego impelidas,
O cuando humildes á besar la arena
Llegan en apacible movimiento,
«¡Dios!» en la playa y en el mar resuena,
Y «¡Dios!» repite en lontananza el viento.
Yo sentí de placer y de entusiasmo
Latir mi pecho, en la niñez dichosa,
Al contemplar el caudaloso rio,
Que besa el pié de la ciudad famosa
Do ví la luz del sol por vez primera,
Que en sus bullentes aguas
Te imaginaba el pensamiento mio.
¡Cuántas veces, oh mar, allí en la orilla
Se alzó ráudo mi espíritu á la esfera,
Cruzó los llanos de mi patrio suelo,
Salvó montañas, y en tendido vuelo
Por admirarte vino á esta ribera!
Mas, oh, que nunca en su ilusion la mente
Fingirse pudo de tu fiero empuje
El hórrido fragor, ni esa latente
Perpétua lucha que tu seno agita.....
Al contemplarte ahora,
Fiero, terrible, revolverte insano
Cual hiena aprisionada,
Ronco bramar con voz atronadora,
Batir la playa, límite supremo
Que te trazó la omnipotente mano,
Trémula de pavor mi alma suspira,
Mas recuerda á la par y absorta admira
Los altos triunfos que al cruzar tus olas

Las flotas de mi patria consiguieron,
Que acreciendo las glorias españolas
Sendas brillantes á la ciencia abrieron.

Distintas emociones siente el poeta al desear las dulzuras de *El otoño*, que despiertan en su alma plácidos recuerdos, á aquellas que *La amistad* le inspira al expresar á *Ercilia* este leal afecto de los pechos nobles. Refiere el moderno cantor hispalense, la tragedia lastimosa de aquellos infortunados amantes Hero y Leandro, que hallan su tumba en el Helesponto; repite el triste cántico de Safo, la inspirada poetisa, cuando en la playa del Léucade gime el olvido del ingrato Faon, y busca su sepulcro en las olas; y canta asimismo á la famosa Itálica, asunto que hizo difícil el antiguo vate de la Escuela sevillana desde que lamentó á Fabio su soledad y ruina.

Tambien es cultivado por el Sr. Lamarque otro género de poesía que no pertenece al tradicional de la Escuela sevillana, segun oportunamente se expresa en los anteriores juicios. A él corresponden las Leyendas que forman la segunda parte de su libro. Estas composiciones llevan los títulos de *La peña de Martos*, *Desdichas de una reina* y *Elvira de Ledesma*; á las que sigue el romance histórico *La primera vuelta al mundo*.

El autor del prólogo de las obras poéticas de que tratamos, congratúlase de que quedaria sin efecto el *Adios á la lira* con que da fin á aquélla; y áun anuncia una coleccion de *Baladas* que han de formar nuevo volúmen, insertando como muestra de las mismas, la que titula *Venganza de un noble*. A aquél han de pertenecer, sin duda, las que conocemos por haber sido publicadas en un periódico literario de reconocido concepto, y que llevan el título de *Un cuento de vieja*, *El cazador*, *El hijo espúreo* y *El señor feudal*.

El Sr. Lamarque alcanzó á la vez que su esposa, en el mismo certámen de la Academia de Lérida, el premio ofrecido á la mejor oda *A la Virgen de Montserrat*, «por la brillantez de sus ideas, perfectamente hermanadas con lo robusto de la entonacion.»

Hé aquí cómo describe el poeta el tributo de amor rendido á

la Vírgen de los cielos, y el santuario donde se venera la célebre imágen, asunto de su composicion:

¡Oh España, ilustre España!....
¿Qué pueblo consiguiera
Láuro más bello presentar al mundo
Que el digno láuro que tu sien decora?
Esclava de María
Orgullosa mostrabas por doquiera
Los altos templos que en tu amor profundo
A la Madre del Verbo levantabas,
Y con santa piedad, nunca extinguida,
Insigne ejemplo á las naciones dabas.
¡Ah! ¿Cómo al recorrer las populosas
Ciudades que se admiran en tu seno,
Tu campiña feraz de mirto y rosas
Y de frutos dulcísimos vestida,
Fúlgidas galas que le presta el cielo,
De la fe no sentir el puro anhelo
Y la esperanza de la eterna vida?
¡Santuarios doquier! ¡Doquier el signo
De nuestra santa religion sublime!
Parece que su vista
Perenne dicha al corazon imprime;
Y al contemplar en silencioso templo
De la Madre de Dios el busto santo;
Feliz al cielo se remonta el alma
Bajo la sombra de su níveo manto.
Mas, como perla entre coral luciente,
Cual la cándida estrella de la aurora
Del grato Abril al despuntar el dia,
Aparece en su trono refulgente
Una entre todas peregrina imágen
Que célicos encantos atesora.
Contémplase grandiosa su morada
Del elevado Monserrat umbrío
En la peña escarpada,
Y á la sombra de fértil enramada
Corre á sus plantas apacible rio.
Allí donde las águilas caudales,
Vencedoras del viento,
Entre las fuertes rocas desiguales
Tienen su firme asiento;
Allí en medio de rústica belleza
Se alza la mente á la sublime altura,
Y, olvidando feliz la tierra impura,
Sueña de Dios con la eternal grandeza.

Rara coincidencia fué en verdad, que en aquel certámen poético recayeran los tres primeros premios del asunto propuesto en autores residentes en Sevilla, para honor de esta ciudad, sobresaliente siempre en los estudios poéticos. El tercero de aquéllos lo alcanzó D. Ramon de la Sota y Lastra, por su leyenda *La expiacion*, «trabajo escogido por la originalidad de su concepcion, exactas descripciones, especialmente en su mitad segunda, y ser el que ha ofrecido de una manera más marcada el verdadero carácter de la leyenda,» segun el parecer de los jueces del concurso.

En otro de los verificados más tarde por la misma corporacion, el año 1867, cupo la suerte al presbítero D. Luis Herrera, poeta de la moderna Escuela sevillana, de obtener el láuro ofrecido, por su oda en alabanza de la Vírgen de la Antigua, una de las tradicionales glorias religiosas de la ciudad conquistada por el santo rey Fernando.

Tan venerada imágen es, con razon, asunto predilecto del poeta cristiano que ha nacido en aquélla, donde recibe culto constante.

> ¿Y quién, oh Madre, que por vez primera
> Vió los albores del naciente dia
> Del Bétis en la mágica ribera,
> En la reina feliz de Andalucía,
> Al escuchar tu nombre,
> Símbolo de su dicha y su grandeza,
> Humillado no inclina la alta frente,
> Y ante tu sacra imágen reverente,
> Do se retrata tu sublime alteza,
> No dobla entusiasmado la rodilla,
> Cual cumple á un hijo de tu fiel Sevilla?

Así manifiesta su piadoso entusiasmo el presbítero Herrera, al cantar las glorias y tradiciones de la Madre de Dios bajo aquella advocacion histórica. «Esta composicion poética, áun sin el premio enunciado, ejecutoria de su mérito, dice un crítico muy competente, siempre será gallarda y olorosa flor en el pensil del Parnaso castellano.»

En el presente año de 1872, acaba de dar al público sus poesías D. Luis Herrera. Estas son religiosas en su mayor parte, y

se hallan coleccionadas en un elegante volúmen [1]: precédelas un prólogo del Sr. Fernandez Espino, aquel juez tan favorable para con su oda religiosa que acabamos de mencionar.

Cita este último, como preciosa muestra de poesía mística, la titulada *El alma en la soledad*, compuesta en *una profesion religiosa*, eligiendo atinadamente para darla á conocer las siguientes estrofas:

¡Oh soledad dichosa,
Dulce refugio para el alma pura,
Do en calma deliciosa,
La paz y la ventura
A torrentes derrama su dulzura!
Feliz la que apartada
Del mundanal bullicio licencioso,
En tu amable morada,
Con su adorado Esposo
Vive en éxtasis puro y misterioso.
. . . .
Y al suave murmullo
Del agua que resbala mansamente,
Y al són del blando arrullo
De paloma inocente,
Del aura que sutil besa su frente,
En apacible sueño,
Por la diestra bendita acariciada
De su divino Dueño,
Y en su brazo apoyada,
Pasa la primavera regalada.
. . . .
¿Quién tu grato sosiego
No envidia, oh soledad? ¿Quién no aborrece
El mundo torpe y ciego,
Y la dicha que ofrece
Que al soplo de inconstancia desparece?
¡Oh bosque misterioso,
De inefables delicias! ¡oh constante
Estacion de reposo,
Para el pecho anhelante
De esposa vírgen y doncella amante!
Dichosa tú mil veces,
Alma que ves lucir tan grata aurora.

(1) *Poesías del licenciado D. Luis Herrera y Robles*, presbítero, catedrático propietario por oposicion del Instituto de segunda enseñanza de Cabra. Sevilla, 1872.

Dichosa tú, que ofreces
El lirio que enamora
Al dulce esposo que tu pecho adora.

«Así la encontramos, expresa el erudito prologuista, en los grandes poetas San Juan de la Cruz y el maestro Leon: si no siempre tan sencilla y suave como en ellos, si á veces semeja al artificio de Malon de Chaide, véncele en la espontaneidad y dulzura del sentimiento, y se acerca á los otros en esto y en la gracia y frescura de las imágenes.»

Las poesías del Sr. Herrera se hallan dedicadas *A la Santísima Vírgen*, y ella es el númen cuya inspiracion pide para sus cantos. Natural es, pues, que el primero de estos se ofrezca *A la Inmaculada Concepcion*, en quien reune las cualidades de eclesiástico, poeta é hijo de Sevilla, y es seguidor del gusto é inclinaciones de los que como él consagrados al servicio de Dios, hicieron aquel augusto misterio asunto de sus alabanzas, al resucitar la poesía en el suelo hispalense.

El espíritu profundamente cristiano que se revela en todas las producciones del libro que es objeto de nuestro exámen; el amor fervoroso de su autor á la Vírgen pura que ha descendido triunfante á este valle de dolores,

Entre celajes de amaranto y grana,
Sobre flotante nube vaporosa,
Más bella que el rayar de la mañana,
Más fragante que el lirio y que la rosa;

se expresa en los siguientes versos de la oda á que nos referimos:

Aún no de la razon la luz querida
Mi espíritu infantil iluminaba,
Y ya tu nombre ¡oh Madre de mi vida!
En él con grato acento resonaba.
Tu nombre, más suave que el murmullo
Del aura entre los plátanos frondosos;
Y de Satan contra el soberbio orgullo,
Fuerte cual escuadrones belicosos.
¡Ah! que mil veces, en mi amor profundo,
Yo te ví protegiendo mi existencia,

Y pasaron mis años en el mundo
Bajo el manto feliz de tu clemencia.
Si la fortuna con maligno intento
En mi vida clavó dardo inclemente,
Y la triste desgracia con su aliento
En negras nubes envolvió mi frente,
Huyen las sombras, por la luz heridas
Del vivo rayo de tu amor divino,
Y tras las horas en dolor sumidas,
De gozo inundas mi mortal camino.

El inspirado sacerdote canta con melancólica filosofía, á la naturaleza en la hermosa estacion que le presta sus más ricas galas y su mayor encanto, y á los vates Silio, Marcio y Ennio, honra de Gádes y Sevilla, al último de los cuales pide salude á su querido pueblo natal, del que se halla ausente.

Del claro apacible Bétis
En las frondosas orillas,
Al murmullo de las ondas,
Que al mar se llevan tranquilas,
Saluda á tu ilustre patria.
Saluda á la patria mia,
A Sevilla la gloriosa,
A mi adorada Sevilla.
Dile que aquí desterrado,
Léjos de su faz querida,
Su amable faz en mi alma
Está de contino fija.
Que en risueñas ilusiones,
Que mi espíritu acaricia,
Ver me parece su cielo
De claras alegres tintas,
Sus noches de dulce calma,
Sus vivos radiantes dias,
Su sol, que produce genios
Que pulsen templadas liras;
Dile que jamas eclipsen
Al sol de su gloria antigua
Oscuras nubes: y dile.....
¡Cuánto mi amor le diria!
Dile que si en tierra extraña
Se extingue mi triste vida,
Conceda en su patrio suelo
Tumba humilde á mis cenizas.

Como ejemplo de verdadera oda clásica, de «la poesía nacional, que brota del antiguo y leal espíritu castellano, y hiere las fibras de todos los corazones que aman la libertad, las virtudes y la gloria,» traslada el Sr. Fernandez Espino, en su juicio sobre el mérito del presbítero Herrera, el siguiente fragmento, entre otros de tan vigorosa entonacion:

¡Sagrada libertad! ¡nombre bendito
Por el dedo de Dios eterno y santo
En nuestras almas indeleble escrito!
¿Por qué, noble español, por qué no siente
Tu hidalgo pecho su poder sagrado,
Libre viviendo, para ser valiente,
Viviendo libre para ser honrado?
Y no entre negras sombras
De torpe error ó de ignorancia envuelto,
Libertad, libertad al crímen nombras,
Libre llamando al criminal resuelto.

Síguese á esta coleccion de poesías, un ensayo en el género dramático, sólo como tal considerado por él mismo. Algunas de sus poesías se hallan tambien en la lengua de Lacio, que demuestra poseer profundamente.

Hé aquí, en resúmen, las cualidades que, segun el referido apreciador de su mérito, resaltan en este moderno vate:

«En la comedia, y más aún en todo el volúmen de poesías, refléjase que acariciaron á su autor desde su nacimiento los rayos vivíficos del esplendente sol de la reina de Andalucía. La riqueza de su diccion poética, el corte de algunas frases, los modismos y la galanura de su versificacion, demuestran claramente tambien, que le son queridos los poetas de este suelo, especialmente Herrera y Rioja. El apellido que lleva del primero, parece como que le empeña más en las cualidades indicadas: muy jóven todavía el Sr. Herrera, pudiendo agrandar y enaltecer áun más su inspiracion, no será extraño que la posteridad le tenga reservado el honroso homenaje de que su nombre figure con estimacion junto al muy insigne del cantor de Eliodora, entre los poetas hispalenses.»

Especial recuerdo merecen en este lugar, las octavas que don

Narciso Campillo dedicó *A la profesion religiosa* de este sacerdote poeta, su amigo, y las estrofas que en su primera misa le consagró, por serlo tambien, D. José Lamarque y Novoa.

Ocupan señalado puesto entre los individuos de la moderna Escuela sevillana, D. Cayetano Ester, autor de varias poesías, quien mostrando como otros hijos de la ciudad andaluza de la época actual, mayor aficion al género dramático que sus predecesores en aquélla, se ha dado á conocer en la escena con éxito: D. Francisco Escudero y Perosso [1], escritor conocido por otros trabajos bibliográficos de índole filosófica, y asimismo inspirado á veces por la armoniosa musa de su país natal, y D. Gonzalo Segovia y Ardizone, el cual ha probado ya de igual manera su númen poético.

Entre las composiciones que conocemos del segundo de los nombrados, creemos deber citar sus dos sonetos, titulado el uno *Sobre la tumba del malogrado poeta D. Luis Valladares y Garriga*, y el otro *El siglo* XVI. Copiamos éste, consagrado á Cervántes, por el interes que ofrece su asunto:

Cada siglo en un símbolo se encierra:
Cada pueblo su gloria á un hombre toma;
A Homero Grecia y á Virgilio Roma,
A Dante Italia, á Sakspeare Inglaterra.
Grande era España; rayo de la guerra;
Su brazo poderoso al mundo doma;
Más grande aún cuando en su Oriente asoma
El sol del genio que alumbró á la tierra.
¡Soberbia edad que ostenta por blasones
A San Quintin y á Otumba y á Lepanto;
Que de Lassos y Herreras y Leones,
Oyó vibrar el armonioso canto!
¡Inmenso siglo! ¡siglo de gigantes,
Que abrió Colon y que cerró Cervántes!

Merecedores son asimismo de señalada mencion, los que por su juventud están llamados á sostener por largo tiempo el buen nombre de la misma Escuela, y han de enriquecerla, sin duda, con nuevos triunfos [2].

(1) Este escritor distinguido falleció en Sevilla el dia 24 de Junio de 1874.

(2) Hallábase entre éstos, un estudioso hijo de Sevilla, D. Rafael Alvarez y San-

A estos jóvenes ilustrados, ya predilectos de la musa del Bétis, ningunas frases más oportunas, aunque evocan un recuerdo de ellos muy sabido, que las expresadas en ciertas hermosas décimas por una inspirada poetisa, ya nombrada, de la moderna Escuela hispalense [1]:

Nobles son las tradiciones:
Sabeis que *nobleza obliga.*

¡Fuera nuestra voz lo bastante autorizada para extender debidamente el buen nombre adquirido por no escasos perseverantes y modestos cultivadores del estudio y de la poesía, residentes en la capital andaluza, así como el de aquellos que por su edad juvenil, por sus dotes sobresalientes é inspiracion verdadera, ofrecen fundadas esperanzas de merecer igual concepto en tiempo muy cercano!

Algunos, los que hoy figuran en primera línea en la moderna Escuela poética sevillana, y de quienes hemos tratado, merced al largo ejercicio en el estudio y cultivo de las letras, á las brillantes y repetidas muestras de su ingenio, son sin duda tan conocidos y admirados en las orillas del Bétis, como en las del Manzanares, y en todo lugar donde existan amantes y apasionados de las buenas letras españolas.

Sensible es, sin embargo, que algunas veces se consideren

chez Surga, fallecido el dia 4 de Noviembre del año 1872. Sensible es para las letras, y en especial las hispalenses, la pérdida de este jóven distinguido, que á la edad de veinticuatro años en que ha bajado al sepulcro, siendo doctor en la facultad de filosofía y letras, y licenciado en la de derecho, desempeñaba cumplidamente la asignatura de lengua árabe en la Universidad de su patria. Quisiéramos poder apreciar en nuestra Memoria, como un tributo merecido, ya que por desgracia la muerte le coloca entre los que hacemos objeto de nuestras apreciaciones, el mérito que como poeta y escritor de otros géneros, adornaba al malogrado Alvarez y Sanchez Surga; pero, no siéndonos posible verificarlo cumplidamente en breve espacio, renunciamos á pesar nuestro, á tan justificado deseo. Las notables cualidades que, segun nuestras noticias, concurrian en el jóven poeta, hacen más de sentir su falta, porque hubiera, sin duda, contribuido con nuevas producciones de su ingenio á enriquecer el moderno Parnaso de Sevilla.

(1) Doña Antonia Diaz de Lamarque. Décimas leidas en la apertura del salon de la Sociedad protectora de las Bellas Artes.

casi excluidos, cuando del movimiento intelectual, de los adelantos del saber de nuestros tiempos se trata, aquellos escritores residentes en nuestras provincias, por un espíritu centralizador, tan perjudicial como injusto, sólo por vivir alejados de la córte, donde son más propagadas las obras de ingenio, y donde habitan y afluyen los que en la misma suelen hallar más fácil y llano el camino que conduce á adquirir modestamente y con justificado motivo, un concepto digno que premie sus desvelos, laboriosidad y constancia.

No deben considerarse, en nuestro sentir, como seguidores de la escuela que estudiamos, algunos otros poetas que, si bien á veces revelan el estilo de aquélla, no ofrecen constantemente un carácter determinado.

Al emprender el presente trabajo, léjos ha estado de nuestro intento pretender una gloria exclusiva, y ménos preferencia alguna del sistema poético observado por los vates sevillanos, sobre cualquier otro, porque admiramos siempre al verdadero genio en sus varias maneras de manifestarse. Procuramos, pues, sin la parcialidad, que ningun provecho proporciona, hacer evidentes las excelencias, las virtudes literarias, que creemos advertir en los sostenedores del lenguaje de las musas, tal como lo sublimó Herrera; y sin que dejemos de reconocer, á la vez que los defectos que con justo motivo pueden señalarse en algunos de aquéllos, el mérito, las ventajas con que se ofrecen los que han seguido y siguen otros principios y doctrinas.

Pensamos que no se halla fuera de lugar esta observacion, para los que nos creyeran poseidos de ciega y excesiva pasion por una Escuela determinada; por la que ahora excita nuestro interes y simpatía, justificados, sin duda, por el renombre que alcanza, y el aplauso que merece de los amantes de nuestras glorias en las letras.

Así, pues, admirando siempre la verdadera expresion del sentimiento en el lenguaje de la poesía, cualesquiera que sean los rumbos que tome, cuando camina con la verdad y la belleza, sin la que no existe el arte; juzgamos que hay algunos cultivadores del mismo, que, sin sujecion á sistemas dados, recorren libremen-

te los campos de la fantasía, mostrando algunos destellos de la Escuela nacida en la capital andaluza.

Hállase en este caso, á juicio del Sr. Amador de los Rios [1], el reputado literato D. Manuel Cañete, nacido tambien en aquélla. «Es uno de aquellos poetas, dice, que mantienen vivos en la córte el carácter y el espíritu de la Escuela de Sevilla.» Reconoce, sin embargo, «que su inspiracion le pertenece á él sólo.»

Egregio y esclarecido representante de la mencionada Escuela, es considerado por algun otro crítico, D. Gabriel García Tassara, hijo de Sevilla, y excelente lírico de nuestros tiempos; advirtiendo á la vez, que, no muy fiel á las tradiciones de la misma, se aparta y distingue notablemente de ella [2].

Algunos otros cultivadores de las musas que han conquistado un notable concepto, pudieran acaso ofrecerse con iguales caractéres, así como los que, tambien sevillanos, se diferencian por su peculiar estilo, cual acontece con el malogrado D. Gustavo A. Bequer, cantor melancólico y lleno de sentimiento; pero limitándonos á nuestro propósito de abstenernos, en este período de nuestro siglo, de toda apreciacion propia, sólo indicaremos, por último, la que, con respecto á otros poetas que se hallan en caso análogo á los primeros, expresa un ilustrado escritor que ha hecho detenido estudio de la actual Escuela poética de Sevilla [3].

Refiriéndose primeramente á la Sra. Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, dice: «Debemos de manifestar que por más que esta insigne escritora haya pasado algunos años de su primera juventud bajo el claro cielo del clima del Guadalquivir, y á pesar de que su libro *(Devocionario nuevo y completísimo en prosa y verso)* ha visto la luz pública en esta ciudad, donde desde hace mucho tiempo tiene fijada su residencia, sus composiciones líricas no presentan todos los caractéres propios de la Escuela sevillana. Lo mismo puede decirse de los jóvenes poetas D. Federico Utrera, D. Cayetano Ester y D. Pascual Vicent, que á pesar de su educacion y residencia en Sevilla, se apartan mucho en la

(1) *La literatura española en los años de* 1856 *á* 1859. Artículos literarios.

(2) Tan ilustre poeta ha dejado de existir el dia 14 de Febrero de 1875.

(3) D. Luis Vidart. *La Escuela poética de Sevilla. Revista de España.*

índole general de sus composiciones, de todas las teorías en esta ciudad dominantes. Y por el contrario, las poesías de los vates cordobeses Sres. Pavon, Marqués de Cabriñana y García Lovera, pueden considerarse más cerca de la Escuela sevillana que de la direccion poética que hoy domina en la antigua córte de los califas agarenos.»

Otro autorizado crítico (1) juzga de igual manera al expresado Marqués, en ocasion de haber éste publicado sus poesías en Madrid, consignando haber hecho sus estudios en la ciudad sevillana, y deber á su apacible clima «el suave aliento que las embellece.» D. Leopoldo Augusto de Cueto, juez tambien de suma competencia, en el prólogo que precede á las obras poéticas de este distinguido cordobés (2), juzga que éstas «son la manifestacion franca y abierta de sentimientos, ya tiernos, ya místicos, ya heroicos, que han brotado del alma al calor del suelo natal. ¿Quién no ve en ellas, añade recordando las exageraciones de la Escuela de Góngora, el sello de una educacion literaria esmerada, que no permite á la imaginacion desmandarse buscando sendas aventuradas, en que puede el ingenio perderse ó estragarse?»

El literato sevillano D. Luis Segundo Huidobro, á quien tambien se debe el exámen de las producciones del citado Marqués, opina, que «las descripciones de éste, llevan en el más alto grado el carácter de lo que algun eminente crítico ha llamado la Escuela cordobesa.»

Algun sabor de la sevillana conservan á veces, en nuestro sentir, las obras del digno descendiente de Góngora y de Argote de Molina; y no dejando advertirse, asimismo, ciertos rasgos característicos de los seguidores del ilustre maestro Herrera, por más que en general recuerde el especial estilo de la que acaudilló aquel otro célebre ingenio nacido en la patria de Séneca y Lucano; entendiéndose que no nos referimos al que fué llamado *culto*, tan propagado un tiempo, sino al usado tambien muchas veces con tanto gusto y sencillez por el cantor de *Angélica y Me-*

(1) D. José Fernandez Espino.

(2) *Poesías de D. Ignacio M. Martinez de Argote y Salgado, marqués de Cabriñana del Monte.* Madrid, 1866.

doro, y que tanto distingue á los que luégo y en la época moderna, han sostenido y sostienen el lustre de las letras cordobesas.

Ejemplo ofrecen en el dia de ese gusto delicado que se halla impreso en las obras de algunos modernos vates cordobeses, las composiciones delicadas y tiernas de un modesto autor, á quien sólo por las mismas conocemos, D. Antonio Fernandez Grilo. Preséntanse á veces con la entonacion robusta, majestuosa y grandilocuente de Herrera; mas por lo comun, es el poeta de sentimiento, el cantor cristiano que publica con sencilla y candorosa expresion los puros goces del hogar doméstico, el amor filial y el del pueblo en que nació, la fe tradicional de nuestros mayores, las impresiones y afectos religiosos que viven y vivirán constantemente en nuestra patria; es, en fin, fervoroso propagador de las excelencias de la Madre de Jesus.

Creemos que no es inoportuno al mencionar las obras poéticas con que en la época moderna ha dado á conocer Sevilla, que mantiene viva y constante la inspiracion de sus cantores en todo género de producciones del númen, consagrar un recuerdo en este sitio, á aquella que dió á luz en sus prensas há pocos años, y que bien puede considerarse de una completa originalidad. Nos referimos á las *Fábulas ascéticas* del presbítero D. Cayetano Fernandez [1], individuo de la Real Academia sevillana de Buenas Letras y hoy tambien de la Real Española. Esta clase de composiciones tiene por objeto generalmente, ofrecer una enseñanza moral, una leccion inspirada por los preceptos cristianos. Las de la coleccion del Sr. Fernandez, encierran un pensamiento ascético, y recuerdan por su doctrina las parábolas del Dios-Hombre. «Cierto es que las parábolas, dice el mismo, no son idénticamente fábulas, atendida la índole especial de estos poemas, pero les falta muy poco; y yo de buen grado hubiera hecho de todas las del Evangelio otras tantas fábulas, si un respeto, bien justo, no me hubiese impedido alterar en lo más mínimo el sagrado texto.»

Como una muestra del estilo y gusto poético del sacerdote

(1) *Fábulas ascéticas en verso castellano y en variedad de metros*, por D. Cayetano Fernandez, de la congregacion del Oratorio, y de la Real Academia sevillana de Buenas Letras. Sevilla, 1864.

fabulista, citaremos su composicion *La Azucena*, la cual revela haber sido inspirada en el suelo en que tuvo su cuna el célebre *cantor de las flores*, quien al contemplarlas, siente y expresa los más bellos, delicados y filosóficos pensamientos. Hállase en el mismo caso que esta fábula, la que sobresale por su hermoso pensamiento, y titula *El Girasol*: demuestra en ella que «la virtud de la presencia de Dios hace al hombre recto y feliz» (1).

Tambien tuvo su cuna en Sevilla, y en ella se distinguió hace años por su númen, otro Académico de la Española, D. Fermin de la Puente y Apecechea, justo apreciador de la poesía cultivada por los ingenios andaluces. Complácenos recordar en este paraje al excelente traductor de la *Eneida* de Virgilio, tan celoso de las glorias literarias de la ciudad en que nació, y cuya inspiracion poética y delicados sentimientos se revelan en aquella de sus composiciones de tan grato perfume, que tituló *La corona de Flora* (2).

(1) El Sr. D. Adolfo de Castro, en un artículo publicado en la *Ilustracion Española y Americana* (1875), y bajo el título de *Un Obispo Poeta*, ha consagrado al doctor D. Sebastian Herrero y Espinosa, que en la actualidad lo es de Cuenca, un honroso y merecido recuerdo, considerándole como cultivador de la poesía, en la que tomó por modelo á los ingenios de la docta Escuela sevillana. Las pruebas que su ilustrado biógrafo ofrece del númen poético de este digno prelado, nos mueven á mencionarle en este lugar, como justo tributo á su claro talento, que con tanta autoridad estimulaba el ya mencionado poeta antequerano D. Juan Capitan, con los versos siguientes:

Todo Guadalquivir triunfos espera
Del que enlaza el coturno castellano
Con el verde laurel de la ribera.

(2) En el tomo perteneciente al mismo año 1875 de la *Ilustracion Española y Americana*, ántes citada, se encuentra una prueba más del entusiasmo y diligencia del escritor á que nos referimos, por todo cuanto redunde en gloria de las letras sevillanas. Insértanse en aquella notable publicacion, las inscripciones latinas colocadas en las sepulturas de Lista y Reinoso, debidas á D. Antonio Martin Villa, cuya notable erudicion hemos tenido ya ocasion de reconocer, y que se hallan en el panteon de hijos ilustres de Sevilla, en la iglesia de su Universidad. Estos epitafios, que demuestran el profundo conocimiento de su autor en el idioma del Lacio, han sido traducidos y parafraseados en verso castellano por el Sr. Puente y Apecechea. Bien quisiéramos trasladar á este paraje, tanto las octavas en que se amplian los pensamientos de las inspiradas inscripciones, como estas mismas, si su extension nos lo permitieran.

D. Fermin de la Puente ha fallecido, despues de escritas las anteriores líneas, el dia 20 de Agosto de 1875.

No dejaremos de hacer mencion, al tratar de los poetas que actualmente sostienen el buen nombre de la Escuela sevillana, de una de las pruebas más notables que ofrecen de su constante propósito de difundir y conservar las glorias de aquélla, renovando la memoria de los tiempos de Malara, Pacheco y Arguijo, en los que tanto dominaba el espíritu de asociacion, el cual más recientemente congregó tambien á otras privilegiadas inteligencias, para regenerar el arte poético en la patria de Herrera.

Há pocos años, abríase á los hombres de saber y apasionados de las musas, residentes en la misma, la morada de uno de sus más conceptuados poetas y eruditos, á quien ya hemos nombrado, D. Juan José Bueno, para en ella rendir noble culto á las letras y admirar las obras maestras de nuestros clásicos, honrándolos dignamente. Inútil es encarecer la influencia que en los adelantos del saber ejercen estas doctas reuniones donde se aviva el estímulo, se acrecienta el entusiasmo, se ensanchan los conocimientos, se establece una noble y justificada emulacion y halla á la vez el espíritu grato solaz y esparcimiento. Encontrábalos aquella sociedad ilustrada como objeto de su preferencia, en la poesía; y sobre todo, en aquella tradicional que no ha perdido el sello de perfeccion y limpieza que le imprimieron los insignes vates sevillanos del siglo XVI y XVII.

Un escritor extranjero, tambien poeta, Mr. de Latour, amante de nuestras glorias literarias y que ha estudiado las de nuestros pueblos del mediodía, y con especial predileccion las del hispalense [1], describe una de las amenas é instructivas reuniones mencionadas, de aquellas á que tuvo la suerte de concurrir, demostrando su buen gusto, así como poseer exacto conocimiento de los progresos intelectuales que desde épocas anteriores se advierten en nuestros estudios de vario género.

Con su estilo elegante y atractivo, recuerda el ilustrado escritor frances, los poetas que fueron sucesivamente mostrando su inspiracion y su genio; traduce á su idioma algunos fragmentos

(1) *L'Espagne religieuse et litteraire*. Paris, 1865. Publicóse tambien en Sevilla un libro sobre *La Tertulia* de D. Juan José Bueno.

de las obras dadas allí á conocer, y manifiesta sus gratas impresiones.

Ante aquella escogida concurrencia de literatos, pintores, escultores, catedráticos, académicos y periodistas, ofrece al mismo Sr. Bueno, inaugurando la interesante velada literaria, con la lectura de una epístola familiar, dirigida á sus tertulianos, recomendando el estudio de nuestras antiguas obras clásicas, tanto de célebres poetas como de afamados pintores. Agrádale oir al expresado cronista la lectura de las noticias biográficas del *divino* Herrera, debidas al vate y pintor Pacheco, y copiadas del precioso original del *Libro de descripcion de ilustres y memorables varones*, y presentar despues, recitando sus propias inspiraciones, á los poetas allí congregados. Lo verifica primeramente D. Miguel de los Santos Alvarez, con un sentido soneto; á continuacion, una celebridad contemporánea en el arte escénico, y de reputacion merecida como verdadero poeta, cuya pérdida para las glorias de aquél señaladamente, se ha hecho sentir no há mucho, D. Julian Romea, cautiva á todos con su notable oda *A la muerte de Jesus*, asunto que trae con oportunidad á la memoria de su auditorio la magnífica produccion de Lista; porque no desmerece de ella, en nuestro sentir, en la inspiracion cristiana é intensa fe que revela su autor. Interrumpida la lectura de las obras poéticas, por la de una curiosa memoria de D. Francisco Tubino sobre ciertos manuscritos árabes, D. Juan Justiniano, el cantor de *Roger de Flor*, recita luégo su oda *El poeta*, dedicada al mismo Mr. de Latour, y que forma parte de su coleccion de poesías, segun dejamos indicado.

El instruido literato extranjero no es cronista solo de esta sesion literaria. Complácese tambien en consignar el agradable recuerdo que le despiertan otras celebradas tambien en la vivienda del Sr. Bueno, donde hallaba nuevas fisonomías, nuevos lectores, «y alguna circunstancia que despertase la atencion y diese alas al pensamiento,» tanto en asuntos literarios, como artísticos.

Traduce algunos fragmentos de la oda que elogia, al *pintor del cielo*, la cual, destinada á figurar en la *Corona poética* de este célebre varon, conoce entónces, debida á D. José Fernandez Es-

pino. Igual distincion merece la elegía que oye leer al Marqués de Auñon, heredero de un nombre glorioso en las letras. No olvida al estudioso poeta sevillano D. José Velazquez y Sanchez, cuyas composiciones, al ménos las que conocemos, no ofrecen, á nuestro juicio, el carácter de las de aquella Escuela, mencionando la de tan original pensamiento, que titula *Las peripecias del amor*, en la que se ofrece el distinto lenguaje con que se expresa este afecto en nuestra patria en los siglos que desde el xv se han venido sucediendo. Trae á su memoria, para alabar su mérito, dos inspiradas odas de D. Fernando de Gabriel, una de las cuales es aquella á que nos referimos, y en que «enumera con justo sentimiento de orgullo todos los nobles guerreros que en España han sido al mismo tiempo gloriosos poetas.»

No deja tampoco de mencionar, por último, la lectura con que se daba fin á cada sesion, y que se hacia de algunas páginas de nuestros clásicos autores, especialmente de la obra inmortal de Cervántes, despertando siempre de nuevo la admiracion hácia este asombroso genio de la patria.

Parécele con razon al distinguido autor frances, al abandonar la vivienda del literato sevillano, donde tan gratas discurrian las horas en las avanzadas de la noche, por las desiertas calles de la ciudad andaluza, «no poder distinguir el presente del pasado, confundir lo que habia oido leer en un libro antiguo, con lo que acababa de oir recitar á su mismo autor. Si se me hubiese preguntado, añade, de dónde salia, acaso hubiera respondido: *del taller del maestro Pacheco*.»

Nos hemos detenido algun tanto refiriendo á nuestra vez las útiles y placenteras tareas á que se congregaban en época reciente los cultivadores de las letras, y en particular de la poesía, en el pueblo que siempre ha sido notable centro de ilustracion; porque de este modo se marca y evidencia el espíritu que éste conserva vivo y poderoso para no decaer un punto en su prediléccion por las letras y las artes.

De otro modo y en forma distinta, vemos tambien confirmados tan plausibles afanes en los tiempos modernos. En diversas ocasiones, ya en esas en que algun suceso notable de actualidad

despierta el público interes, ya para honrar la memoria de un varon digno, ó un acto generoso y espléndido, hanse asociado los conservadores de la inspiracion poética en la ciudad del Bétis, con el noble objeto de celebrar de consuno cualquiera de aquellos acontecimientos extraordinarios. Entre otros que acaso no tengamos presentes, aquel infausto de que ya hicimos mérito, la muerte del sábio Lista, la restauracion del monasterio de la Rábida, la de la capilla Real de la Vírgen de Valme, fabricada por el santo rey Fernando, la ereccion de un monumento dedicado al insigne Murillo en su patria, la llegada á su recinto de egregios personajes; han despertado los ecos de las liras de los antiguos ingenios, para perpetuarles de un modo digno, en selectas colecciones de inspirados cantos, que llevan el nombre de *Coronas poéticas* [1]. Los mismos vates hispalenses han concurrido á su vez con el contingente de su genio á las formadas en la córte ó en otras localidades por diversos motivos, dando honrosa representacion á su afamada Escuela poética, así como en sus publicaciones de este género les ha sido grato aceptar la concurrencia de cuantos se distinguen en el cultivo de la moderna lírica española. En todas las expresadas ántes, figuran los nombres de los poetas ya mencionados, y de algunos otros, tambien hijos de Sevilla, si no nos equivocamos, que no han querido dejar de contribuir á ensalzar los hechos dignos de loa, como son el novelista de concepto D. Alejandro Benisia, y el celoso investigador de las antigüedades literarias y artísticas de la ciudad sevillana, D. Antonio Gomez Aceves. Tambien á alguna de las mismas, ha acudido, ganoso de expresar su entusiasmo por nuestras glorias, con sus producciones poéticas, inspiradas por la musa de su patria, el ya citado literato frances Mr. Antonio de Latour.

Hemos procurado señalar, aunque no siempre con la detencion que hubiéramos querido, quiénes son los que sostienen en la actualidad las honrosas tradiciones de la Escuela poética de

[1] Puede contarse tambien en este numero *La mejor corona*, loa que en el año 1868 fué puesta en escena en Sevilla, para conmemorar al insigne Calderon de la Barca, y escrita por el celebrado autor de *El tanto por ciento*, D. Adelardo Lopez de Ayala, en colaboracion con varios poetas de aquella ciudad.

Sevilla; sujetándonos en la apreciacion de su mérito, á extraños juicios, con intencion deliberada. No nos pertenece, pues, el acierto con que hayan sido emitidos, superior en todo caso al que nos hubiera inspirado nuestro buen deseo, más que nuestra escasa suficiencia y ninguna autoridad.

Si, como es posible, por sernos desconocidos, pero nunca por intencional omision, hemos dejado de conceder lugar oportuno y merecido entre aquéllos, á algun otro moderno vate de tan gloriosa Escuela, que sabe honrarla asimismo con sus cantos, halle anticipada disculpa en esta declaracion sincera de tal falta, de quien siente vivísima satisfaccion en manifestar á cuantos á aquélla pertenecen sus simpatías, y consignar los merecimientos de todos los que concurren á sostener el buen nombre del arte poético con tanta brillantez cultivado en el hermoso pueblo de la antigua Vandalia.

Grato ha de ser sobremanera á cuantos ven con legítimo orgullo los adelantos de las letras patrias en la edad presente, los que alcanza la poesía sevillana en la actualidad por sus fieles cultivadores.

«Sería por extremo doloroso, dice muy oportunamente un juicioso apreciador de aquéllos [1], que en la ciudad que vió florecer á Al-Motadid y á Ibn-Said, á los líricos doblemente excelsos de la régia estirpe de los Abbadidas, y á tantos otros cantores, honor de la España árabe; que escuchó despues entusiasmada las sublimes inspiraciones de Herrera y de Rioja, y los claros acentos de Jáuregui, Arguijo, Alcázar, Cetina y otros no ménos dignos de recuerdo; y finalmente, que vió no há mucho renovada su gloria por los Listas y Reinosos, los Arjonas y Blancos, los Castros y Roldanes, dejara de abrigar dentro de sus muros en la época presente á poetas dignos de continuar su espléndida historia literaria. Mas como esto no podia ser, no ha sido, y no pocos nombres de verdaderos y eminentes vates, son prueba irrecusable de que el genio vivificador que tanto elevó en el concepto de propios y extraños á la célebre metrópoli andaluza, no sólo no se ha extin-

(1) D. Fernando de Gabriel. Prólogo de las poesías de D. José Lamarque.

guido, sino que alzándose pujante y lleno de vida, alcanza cada dia nuevos triunfos, y ciñe con nuevos laureles la tantas veces laureada frente de la reina del Guadalquivir.»

Nada más añadiremos por nuestra parte á la exacta y halagüeña pintura que del floreciente estado de la poética ciudad donde siempre se conservan sus envidiables tradiciones, hace la elegante pluma de escritor tan distinguido [1].

[1] Una prueba más, sobre las que dejamos expuestas, del loable y asiduo desvelo que manifiestan en el dia los hijos del suelo sevillano para honrar los varones ilustres naturales de su provincia, es la coleccion ya numerosa de retratos de éstos, que, correspondiendo á la invitacion de D. Juan José Bueno, han sido regalados por varios amantes de las glorias patrias, con objeto de que con ellos se decoren los muros de los salones de la Biblioteca de aquella Universidad. Hállanse entre los mismos los de los más claros representantes de la Escuela poética sevillana, tanto en su primera época, con los de algunos otros tambien cultivadores entónces de las musas; como los de que pertenecen á la de su restauracion, y áun á tiempos más cercanos. Tales son Herrera, Rioja, Pacheco, Mal-lara, Cueva, Mejía, Fernandez de Santaella, Lope de Rueda, Aleman, el P. Galeas y el venerable P. Contreras, y los de edad más reciente, Lista, Reinoso, Blanco, Lopez de Castro, Mármol y Huidobro. Figuran asimismo, en esta escogida galería, por su excelencia sin duda, y su merecido título de príncipe de nuestros ingenios, el insigne Cervántes; el docto Nebrija, á quien se debió en mucha parte la perfeccion de los estudios en la capital andaluza; el célebre Arias Montano, el erudito D. Nicolas, Antonio, el cardenal Wiseman, gloria de la moderna Iglesia católica; y otros varios, al lado de los que en virtudes, ciencias y artes han contribuido al justo renombre que goza aquel suelo, tan fecundo en hombres estudiosos y de verdadera inspiracion.

XVI.

La poesía castellana en el siglo xix.—Carácter que distingue á la moderna Escuela poética sevillana en la época presente.—Defectos que se le atribuyen.—Niégase vanamente su existencia.—Conclusion.

Difícil es fijar el especial carácter que ha ofrecido en nuestro siglo, y ofrece en el período en que nos hallamos, la poesía castellana, tanto en el género lírico como el dramático, y si aquél ha llegado á formarse ó puede serlo en breve.

Numerosos cultivadores ha tenido en la época á que nos referimos en el presente estudio, y tiene en la actualidad la poesía lírica. Las naciones todas del mundo culto cuentan con grandes ingenios que han de honrar nuestra centuria, que camina ya á su término. Muchas y diferentes son las tendencias de la nueva poesía, considerada en general, y árduo empeño fuera, por lo tanto, áun refiriéndonos sólo á la de nuestra patria, marcar los distintos caractéres que presenta, segun van influyendo en la misma las variaciones del gusto.

En los primeros años de este siglo, subsistentes aún las ideas filosóficas recien venidas de Francia, se ofrece nuestra poesía con variados matices de escéptica ó de creyente, y tan correcta en la forma como digna en los pensamientos; despues, impresionada por los sucesos públicos, aquellos que despiertan el noble espíritu de independencia en las glorias y en los reveses, produce los cantos del patriotismo, vigorosa, entonada y sublime; más tarde, sujeta á las exageraciones del género *romántico*, que á tan absurdos extremos condujo y tan fúnebre color llegó á prestarle, muéstrase delirante y extraviada, avasallando á inteligencias

muy superiores, y sólo algunas veces haciendo brotar de ellas los verdaderos destellos del genio. Pasada la existencia efímera de una escuela que proclamaba la absoluta libertad literaria, y cuyas extravagancias y tétricas manifestaciones rechazaba nuestro carácter, quedó, sin embargo, su influencia, que no es posible negar fué provechosa en los poetas de sano juicio; porque, como ya indicamos en otro lugar, proporcionaba á éstos, nuevos elementos y mayor espacio para volar en alas de su fantasía sin infringir las invariables leyes de la belleza, y sin olvidar lo que es conveniente y digno; circunstancias que el arte impone con justísima severidad. Tornóse entónces la vista asimismo hácia aquellas olvidadas riquezas de nuestro lenguaje poético, pertenecientes á pasados siglos, que eran la expresion del espíritu nacional, y riquísimo venero de inspiracion más propia y adecuada. Aquella literatura, considerada con desden al promediar la anterior centuria, cobró la importancia y aprecio que merecia. Las producciones de los insignes poetas líricos de nuestra mejor edad, y áun de las anteriores, las de los dramáticos fecundos, admirados y seguidos en extraños países, aquellos romances populares, que son las más hermosas cuanto sencillas tradiciones de nuestras glorias, y otras obras de vario género, fueron y son en nuestros dias sacadas del olvido por perspicaces y eruditos bibliógrafos, por diligentes apreciadores del mérito y del saber, á quienes es grata y utilísima tarea rehabilitar la memoria de uno y otro ingenio; cuyo estudio proporciona el que de nuevo sean admiradas tantas espontáneas bellezas y tanta originalidad. Muy distinguidos vates de la antigua Escuela sevillana aún permanecerian injustamente olvidados, á no ser por tan celosos conservadores de nuestras glorias literarias.

Resultado de estas investigaciones fué en nuestra nacion, el renacimiento, en gran parte, del gusto literario y del poético, especialmente de su centuria de oro, en el que se habian anticipado al finalizar la décimaoctava los restauradores de la Escuela de Herrera y de Rioja, haciendo justo aprecio de las colecciones que de nuestros líricos habian dado á luz D. Ramon Fernandez, y Lopez Sedano; empresa proseguida despues con mejor acierto por

Quintana. Otras causas iban influyendo á la vez para imprimir á la moderna poesía, si no un sello determinado, diverso carácter al que ofrece en otras épocas; no siendo la ménos eficaz y poderosa, el atinado ejercicio de la crítica por escritores instruidos y competentes, muy diversa, con raras excepciones, á la apénas usada en anteriores tiempos. La crítica, no sólo señala los defectos que el buen gusto aconseja evitar, sino que fija máximas excelentes y enseña provechosa doctrina á los estudiosos cultivadores del arte. Ocasion hemos tenido de apreciar hasta dónde llega su influjo en las letras contemporáneas, recordando las lecciones del sábio maestro Lista, que tanto la ejerció, al señalar el giro más conveniente para el estudio de aquéllas, y los trabajos de otros estimables escritores que, secundando sus esfuerzos, han sostenido de igual suerte sus doctos principios. Esta manera de contribuir á la mejora y perfeccionamiento de las producciones del númen, fué iniciada en Sevilla por Herrera, el insigne fundador de su Escuela poética, revelando vastísima erudicion, aunque sin iguales miras y sin el carácter de un ámplio juicio crítico, en sus *Anotaciones* á las obras de Garcilaso.

«La crítica en el dia, dice aquel insigne humanista sevillano y moderno poeta, es muy diferente á lo que en los tiempos de Forner é Iriarte, y áun en épocas más cercanas á nuestros dias. No se complace en hallar defectos en las mejores obras, ni en humillar el amor propio de los autores. Celebra lo que encuentra bueno, y si su obligacion le mueve tal vez á censurar, lo hace como á pesar suyo, y templa con la amenidad de las formas, la amargura de la reprension» [1].

En tiempos más recientes, la crítica ha tomado sin duda otro carácter áun más filosófico, áun más ajustado á los progresos de la estética; pero estos mismos adelantos en tan difícil estudio,

(1) Tambien en el siglo XVIII fué ejercida la crítica en la ciudad andaluza. Hé aquí la noticia dada por un erudito escritor.

«A semejanza del *Duende crítico de Madrid*, hubo otro *Duende crítico de Sevilla* en el siglo XVIII, el cual se dedicó únicamente á reprender las costumbres de aquella ciudad y á censurar algunos trabajos literarios.»

D. Adolfo de Castro. *Observaciones sobre la poesía española*. Precede á los *Líricos de los siglos* XVI *y* XVII, tomo I, *Biblioteca de Autores Españoles*.

debidos son sin duda en gran parte á la senda en ellos trazada por el mismo Lista.

Nuestra poesía actual no se halla sujeta, á pesar de los consejos de esta misma crítica, á linaje alguno de prescripciones restrictivas. Olvidada ya de los clásicos modelos greco-latinos; rara vez influida en sus gustos por el númen pagano; áun más desatendida por ella la sublimidad cristiana del *arte alegórico*, con que el Dante le marcó una de sus más gloriosas épocas, tan acorde con el espíritu de la que alcanzaba, anunciándole su próximo renacimiento; no teniendo en cuenta ni el lirismo *petrarquista* tan preferido por nuestros antiguos vates, ni el clasicismo de la musa francesa, ni la aficion al *romanticismo* en más reciente y breve período, ni el género anacreóntico y pastoril, distinto á éste en un todo por la dulzura y sencillez de sus asuntos; no ambicionando los sonidos de la trompa épica, ni siendo ya, pues, imitadora con predileccion de escuela alguna; vaga sin rumbo cierto, sin carácter fijo, con múltiples é indecisas aspiraciones, sin proponerse unidad alguna en el arte, ni pretender un fin concreto y ventajoso. Refleja á veces esa penosa incertidumbre que se advierte en las doctrinas sociales, en las pasiones que se agitan en nuestros tiempos, esa vacilacion en las creencias, esa diversidad de ideas y deseos que conmueven nuestro ser actual. Admírase y se honra al presente, es cierto, tanto á los genios preclaros de las edades antiguas que han glorificado el arte con sus inspiraciones sublimes, sin sistemáticas prevenciones de escuela; pero no se señala como digno y preferible modelo á algunos de los más sobresalientes poetas que han brillado por sus dotes superiores y universalmente reconocidas en las modernas naciones cultas. En medio de esta vaguedad extraña, de ese informe aspecto que ofrece actualmente la poesía, reflejo siempre de la sociedad en que tiene su sér; existiendo en ésta tan debilitado el sentimiento religioso y la fe de nuestros antepasados, y no siendo nuestras costumbres las más perfectas, existen muy dignos cantores poseidos de una verdadera filosofía, sin apartarse de los rectos principios y de la estética, y orgullosos de los admirables adelantos materiales de la civilizacion en la edad presente, que enaltecen y

aplauden sus conquistas en este sentido; que sienten con sincera exaltacion el fuego de la fe cristiana y las inspiraciones de la moral más pura, en señalado contraste con los que prodigan sus desatentados alardes de impiedad y descreimiento. Los que se hallan, por desgracia suya, en este último caso, no pueden ser poetas. Quien rinde culto á la materia, y no siente la fe que vivifica el pensamiento, y es mezquino de espíritu para comprender la idealidad y la belleza de las virtudes y las nobles y delicadas acciones que emanan del corazon, no puede concebir cómo se llega á aspirar el puro aroma que exhala la verdadera poesía. ¡Qué gloria tan incompleta la del que, áun con las cualidades del genio, alce sus cantos haciendo soberbia y ostentosa confesion de la duda y el escepticismo de su alma!

La poesía vive, pues; y sus cultivadores, sin relacionarse entre sí por sus gustos, la ofrecen en nuestros dias con toda la espontaneidad y elevacion de pensamiento, con toda la regularidad, correccion y galanura en las formas, que son de apetecer, aunque no siempre revelen el estro vigoroso, la sublime y fecunda inspiracion que no es comun privilegio, é inmortaliza, así en la antigüedad clásica, como en el renacimiento de nuestras letras, como en las más cercanas edades, á los líricos que se designan como genios.

La poesía, no obstante las vicisitudes de los tiempos y las varias tendencias de la humanidad, ejerce su imperio y lo ejercerá constantemente, miéntras no se extinga el sentimiento en el corazon, y éste aspire á manifestarle en las diversas gradaciones de los afectos que en él toman vida con expresion apacible, vehemente ó entusiasta, adoptando el lenguaje cadencioso y atractivo, y las regulares y múltiples formas que contribuyen de consuno á revestirle de mayor belleza.

La moderna Escuela de Sevilla, conservando sus tradiciones, señalándose constantemente con un carácter distintivo, con su perfecta y admirable diccion poética, su galanura, elegancia y cuidadoso esmero en la forma, y su moralidad y elevacion en el fondo, es merecedora de toda alabanza. Ofrécese con una aspiracion invariable y fija, y sin pretender aquellas innovaciones que,

no privándola tal vez de estas valiosas cualidades, la despojarian en parte de su característica fisonomía.

Hásele censurado el que se muestre apegada á la imitacion de su antecesora en los siglos XVI y XVII, como ésta á su vez lo fuera de los clásicos modelos de la antigüedad. En este género de imitacion incurrieron, no sólo la de Sevilla, sino todas las Escuelas poéticas que nacieron y se desarrollaron en la primera de aquellas centurias. No es, en nuestro sentir, inconveniente y perjudicial, como algunos suponen, que áun al presente subsista tal tendencia, no observándola como imprescindible condicion, pues tampoco debe considerársela, en absoluto, como obstáculo á la espontánea expresion del pensamiento y al libre vuelo de la fantasía.

Observa el entendido maestro Lista que no es inoportuna ni censurable la imitacion de los buenos modelos. «La anarquía intelectual de la época presente, dice, desconoce toda regla y desprecia toda imitacion. Pero nosotros no podemos concebir que exista *arte* sin preceptos, y la experiencia demuestra que el artista que no imite nunca merecerá ser imitado. Virgilio imitó á Homero, y á ninguno de esos genios presuntuosos que quieren ser siempre originales, se les podria asegurar la gloria ni la inmortalidad del cantor de Enéas.»

Recordamos tambien á este propósito, las oportunas frases de Mr. Vitet en uno de sus discursos pronunciados en la Academia Francesa [1] al reconocer la virtud inspiradora de los aires que un tiempo corrian de este lado de los Pirineos. «Es preciso, dice, no censurar siempre la imitacion. La imitacion es, con más frecuencia de lo que se cree, la primera ocasion de la originalidad. ¿No observais que en nuestra Francia la vena poética se ensancha ó se encoge, segun acepta ó rehusa algunas gotas de sangre extraña? ¿Corneille hubiera hecho acaso el *Cid*, hubiéranse visto salir de la tierra y á poco florecer las ramas vigorosas de una poesía verdaderamente francesa, sin el influjo pasajero del espíritu y gusto español? No era más que una agua fecunda que se re-

(1) En el año 1859.

tiró al instante; el terreno ha conservado sus cualidades nativas; y cuando despues de un medio siglo de espléndida vegetacion, la sávia se ha empobrecido poco á poco: ¿cómo la hubiéramos reanimado? Entónces nos encontrábamos demasiado ricos para pedir nada á nadie, y nuestros vecinos á su vez, nuestros copistas, nada tenian que ofrecernos..... Vueltos á su independencia, á su gusto, á su instinto, nuestros vecinos encontraron otra vez la musa nacional, y nosotros abrimos los ojos. Ya no fué de los Pirineos de donde vino el soplo inspirador, sino del Norte.»

A veces, pues, no bastan los propios recursos para dar mayor vida y nuevos aspectos á una literatura nacional; y nunca es depresivo, ántes al contrario, es laudable confesarse imitadores de los buenos modelos, bien sean extraños, y sobre todo, cuando revelan ó indican al genio espacios que no ha frecuentado, donde pueda alzar un vuelo más atrevido y pasmoso.

La actual Escuela sevillana es tambien calificada de tradicionalista, no sólo por la expresada imitacion de los autores clásicos, sino por sus manifestaciones de todo género. Júzgase por algunos que es constante tendencia suya conservar el espíritu antiguo, tanto en la forma, á la que reviste de exuberante ornato para más embellecer el pensamiento, como en la esencia, inclinándose y prefiriendo determinados asuntos, semejantes ó análogos á los ya tratados por los vates que la han precedido. Conceptúan los mismos, impropio acaso de nuestros tiempos, que aquéllos pertenezcan en mucha parte al género religioso y áun místico, y que tan dada sea á demandar su inspiracion á la sagrada musa que prestó su fervoroso aliento al cantor de *La victoria de Lepanto* y al de *La muerte de Jesus.*

Este otro signo característico, esta excepcion honrosa, cuando tan general es la tibieza en la fe, que demuestran sumo acierto é ilustracion verdadera, justísima alabanza merecen para los que consideran la incredulidad y la duda como enemigos de la verdadera civilizacion. La poesía inspirada por la fe cristiana es ideal, fervorosa y sublime, porque brota del corazon; y es muy diversa de la que razona, y no proviene, por lo tanto, de esta arca de oro que guarda los más puros sentimientos, y muy dife-

rente á la que olvida por completo á quien debe su lucidez la inteligencia humana. Adviértese, en efecto, marcada inclinacion en los tiempos presentes á abandonar el cultivo del género religioso; aún más, á considerarlo extemporáneo en una época en que á la fe juzgan algunos debe sustituir la razon; y el método filosófico á la espontánea y sencilla expresion del sentimiento. Dícennos que las ideas pretenden y aspiran á recorrer desusadas sendas y manifestarse en nuevos espacios donde no brilla esa nítida luz que se refleja en la frente de tantos cantores de la Divinidad, y que no faltan modernos poetas de todo linaje, incrédulos, panteistas, ateos, escépticos, indiferentes y tibios, que demuestran en sus líricas y afamadas composiciones que no es precisa la fe cristiana para producir admirables cantos. El dia en que nos abandone de una vez, como tambien se pretende acontece ya, la musa de la fe, inspiradora de tantas obras maestras del arte: ¡cuán inmenso vacío para éste! No creemos posible que hayan de secarse para siempre las fuentes de la inspiracion cristiana. ¿Cómo negar que en los asuntos completamente profanos cabe al ingenio mostrarse con toda su grandeza? Pero si en éstos hace el mismo deliberado alarde y propósito de apartar de los labios hasta el nombre de la Divinidad con soberbia presuncion; si ahoga ese instintivo sentimiento en el hombre, el amor á Dios, como lo es el que se siente á la patria; entónces, en vez de conmover el alma y excitar su admiracion y entusiasmo, cáusale amarga y desconsoladora impresion, por más perfectos que aparezcan en sus cantos la forma y el lenguaje.

La moderna Escuela sevillana, ajena á estas desventajosas trasformaciones; recordando que los mayores triunfos de su antiguo Parnaso fueron debidos al influjo que la religion ejerció en sus ingenios, poseidos siempre de una sábia filosofía, muestra como ellos la constante aspiracion de ofrecer siempre vivo el ideal cristiano del arte. No se despoja de uno de sus más hermosos y característicos timbres, y ya en su lirismo religioso ensalce los altos misterios del catolicismo con entonacion mística, ya cante al Dios-Hombre en el sangriento y sublime holocausto, ya describa la naturaleza donde el Sér Supremo está revelado cons-

tantemente, ya el *mundo físico*, que es, segun el docto Lista, *para el poeta cristiano símbolo perfecto de verdades morales;* aparece conservando su antiguo espíritu y renovando los recuerdos del que con fe tan fervorosa celebró el triunfo para la misma, de aquel glorioso jóven de Austria, ó del que lamentó la cautividad de los hebreos en Babilonia, arrancando á la cítara antigua sus melancólicos sonidos.

Desde el período glorioso para su historia, ántes de terminar el siglo XVIII, reaparece adornada de estas distintivas cualidades. La influencia de la filosofía volteriana, que conduce al escepticismo y seca el corazon, no llegó á los poetas de Sevilla, cuando más podian sentirse sus efectos en nuestra patria. No hizo estéril la viva imaginacion de aquéllos la incredulidad ni la duda, y si uno tan sólo, porque el abate Marchena carecia de importancia en la Escuela poética que examinamos, sintió que ambas helaban el entusiasmo y el sentimiento en su espíritu, fué cuando en un vértigo inconcebible habia ya abandonado en las márgenes del Bétis aquella lira que produjo tan armoniosos ecos en los tiempos en que expresaba su fervoroso amor á la Divinidad, que recordaba en su vejez, cuando apenado reconocia sus errores.

El carácter misántropo, es ajeno de los moradores de un suelo de apacible clima, bañado de un sol ardiente que alegra y vivifica la naturaleza toda, y áun más al de aquellos que lo son de nuestras comarcas meridionales, que no se presta ciertamente á adoptar las escépticas ideas y la extraña y real melancolía de un Byron, influido, entre otras causas, por el mismo cielo nebuloso de su patria. Los poetas de Sevilla, desde los regeneradores de su Escuela hasta los que al presente sostienen su buen nombre, han seguido, pues, acertadamente las tradiciones gloriosas de la misma, inspirándose en la fe de sus mayores, en la naturaleza privilegiada que les circunda, en sus costumbres, en su historia; conservando á la par sus cualidades distintivas de estilo, forma y lenguaje, é imprimiendo, por tanto, á sus producciones poéticas un sello tan marcado de grandeza y sublimidad. Y no sólo cultivan el género religioso aquellos que, no en escaso número, se hallan revestidos del carácter sacerdotal, como adecuado asunto

para el mismo, sino algunos tambien que profesan el noble ejercicio de las armas, las cuales hacen de antiguo en nuestra nacion bello consorcio con la poesía; demostrando que no es fácil enmudezca, á pesar de las tendencias del espíritu moderno, la sagrada musa de Sion.

El tradicionalismo en la poesía por algunos censurado, y á que tan afecta se juzga la Escuela sevillana, objeto puede ser á veces, en nuestro juicio, de justificados elogios. Si los que influidos por el estudio de las obras de los clásicos poetas de la antigüedad, por aquella sábia musa helénica, inspiradora á su vez de la latina, y por la noble y majestuosa de nuestro siglo de oro, en quienes, áun los más opuestos á aquel tradicionalismo, han de confesar que existe genio, originalidad, elevacion y bellezas dignas de ser imitadas é inimitables tal vez; sin un ciego exclusivismo ó una parcialidad ciega por sólo lo pasado, no desdeñan, ántes bien aceptan los que son en efecto adelantos de la cultura de nuestros tiempos; en verdad que no hay razon suficiente ni fundada para juzgarlos descaminados de las verdaderas sendas del arte. No es razonable condenar en absoluto todo lo que pasó, por rendir admiracion y alabanza á lo presente, mejor para muchos sólo por ser nuevo.

¿Por qué esa voluntaria renuncia, ese olvido que envuelve el menosprecio ó el desden de nuestras riquezas literarias, tan merecedoras de estudio, y que tanto y tan justamente pueden vanagloriarnos?

Quizas el sentimiento instintivo poético ó tradicional no puede avenirse con el materialista, que sin duda alguna ejerce mayor y más extendido dominio en la edad presente; pero en los que son verdaderos poetas, porque experimentan las emociones de los puros afectos que impresionan al alma y reciben del cielo la inspiracion, no puede influir en modo alguno al desencanto que trae consigo aquel género de poesía que se pretende poner en consonancia con las tendencias positivistas que caracterizan la sociedad moderna.

En cuanto al cargo, que no ha dejado tambien de hacerse á la actual Escuela sevillana, de su apego á marchar por trilladas

sendas en la eleccion de asuntos para sus cantos, no vacilamos en calificarlo de sobrado injusto é inmerecido. Basta recorrer las obras poéticas coleccionadas de los modernos cultivadores del arte en aquella ciudad, y las que aisladamente han visto la luz pública en diversos parajes, para observar desde luégo la variedad que ofrecen en los temas que son objeto de su inspiracion. Si alguna vez dan preferencia á aquellos que ya han sido tratados por anteriores ingenios de su Escuela, es porque por su índole son de los que siempre han de despertar nuevos y grandes pensamientos, bellas imágenes, y que tampoco son patrimonio exclusivo de determinada escuela, puesto que con los mismos prueban y probarán el estro que los anima cuantos pulsen la lira del poeta.

No habremos de romper lanzas con los que hacen un severo cargo á la Escuela hispalense de nuestros dias, suponiéndole una cualidad ciertamente contraria al buen gusto. Nos referimos al amaneramiento que juzgan hallar en las producciones de sus poetas, por el frecuente uso de frases rebuscadas, pomposas y altisonantes, á veces innecesarias ó excesivas, para expresar triviales pensamientos, si se les concede que áun estos mismos existan. Algo expusimos sobre este punto al tratar de un crítico muy respetable, á quien no llegó á ser simpática la misma Escuela cuando fué regenerada por una insigne pléyade de jóvenes estudiosos ántes de terminar el pasado siglo. ¿Cómo negar que pueden existir algunas composiciones poéticas en que se encuentren ambas circunstancias desfavorables y ventajosas, que por su estilo se juzgue pertenecer á aquella Escuela, cuando no es dado exigir á todos una perfeccion harto difícil en las obras humanas? Si no nos hubiéramos impuesto la prescripcion, que á veces nos pesa observar, de no emitir nuestro juicio, aunque siempre desautorizado, sobre las producciones de los vates que en el dia reciben su inspiracion de la musa del Bétis, fácil nos sería señalar, y no en escaso número (con algunos lo hemos hecho), muchas de aquellas que se hallan exentas de una falta que se hace á primera vista evidente.

En justa defensa de la Escuela de que es digno jefe en la ac-

tualidad, un escritor distinguido [1] ha demostrado ya con acertadas razones, lo infundada que es la calificacion que, por atribuirle en general el defecto de poco sobria de palabras en la expresion, como signo distintivo, ha alcanzado de la crítica de algunos. Es de tanta autoridad aquella defensa que por este linaje de censuras hace el expresado autor, que no podemos resistir al deseo de reproducir algunos de sus discretos argumentos. Ofrécelos del modo siguiente:

«Dije que la Escuela sevillana ha sido ademas motejada de redundante, puesto que se la supone empleando mayor número de palabras de las que la necesidad exige para la expresion. Conócense ya las dotes de su jefe; conocido es tambien su imitador Rioja: ménos injusta con él la crítica moderna, lo juzga perfecto, no sólo en la elocucion, sino en la majestad, lozanía y delicadeza del pensamiento: precisamente por eso se ha estudiado más generalmente y con más amor que á Herrera, cuya sublimidad y desusado fuego, y cuyas atrevidas locuciones sepáranse con frecuencia del comun modo de pensar y de decir.

»Partiendo de esta base, la Escuela sevillana no ha podido tener para su estudio más acabado modelo: sus alumnos ó imitadores han mostrado el mismo carácter y cualidades de su maestro, y Arguijo, Escobar, Alcázar, Cetina y Jáuregui, miéntras no salió de Sevilla, son clara muestra de que no presento como verdades errores de mi fantasía. Ahí están, en tiempos más cercanos á nosotros, Núñez, Arjona, Roldan, Castro, Reinoso y Lista, y ahí finalmente, entre los contemporáneos, Campillo, de Gabriel, Lamarque, Justiniano y otros varios, que no cito por temor de hacerme molesto en tan largo catálogo [2]. Ninguno emplea en sus cláusulas mayor número de palabras que el necesario: léaseles detenidamente sin desfavorable prevencion; analíceseles, aunque severamente, con tal que la imparcialidad, el conocimiento de la lengua castellana y el buen gusto sean la antorcha de la

(1) D. José Fernandez Espino, Prólogo de las poesías de la Sra. Doña Antonia Diaz de Lamarque.

(2) «Sólo cito, por no alargar esta enumeracion, los que han coleccionado y publicado sus poesías.»

crítica, y no se hallará en ninguno palabra inútil ó cláusula que huelgue.

»No podia ser cualidad de tan acreditada Escuela la redundancia; sólo esta tacha bastaria para deslustrar y empequeñecer su crédito, dado que alguna vez la hubiese adquirido. No negaré que entre los ingenios que desde su orígen han contribuido á su celebridad y lustre, puede encontrarse alguno que falto alguna vez de vigor y de originalidad poética, pretenda en esos instantes suplir la pobreza del númen con la hinchazon de la frase y el vano ruido de las palabras. Pero la excepcion revela claramente la injusticia del fallo; y no será confiar mucho, si creo que, trascurrido algun tiempo y cuando la imparcialidad y el gusto antiguo poético vuelvan á renacer, la Escuela sevillana hallará en la crítica la benevolencia de otros tiempos mejores.»

Dudamos si recordar de nuevo en este paraje una vanísima pretension, sostenida sin embargo por algunos con empeño, y ya rebatida asimismo muy fácilmente por escritores de autoridad: la de que no existe la Escuela poética sevillana. Como la demostracion de lo contrario se halla por nuestra parte en todo el presente estudio, inútil afan sería el nuestro de procurar aducir nuevas razones á lo expuesto tan discretamente por aquéllos, para desvanecer tan evidente error [1].

La Escuela sevillana ha existido y existe de nuevo, evidenciando reunir todas las circunstancias indispensables para que por tal sea considerada; y ejerciendo de antiguo, verdadero é innegable influjo, por sus tendencias, sus doctrinas y las condiciones que la distinguen, en la poesía y la literatura patrias, donde ocupa el señalado puesto que merece.

La musa castellana eligió las amenas orillas del Guadalquivir

(1) «Insistíase no sin esfuerzo y con cierta autoridad, en quitar á la capital de Andalucía la gloria de haber abrigado en su seno una *Escuela poética*, especial y con privativos caractéres. Aquella semilla, léjos de ahogarse, ha brotado con mayor fuerza novísimamente en el campo de la crítica.»

D. José Amador de los Rios, en su carta-prólogo al autor de la Memoria que en otro lugar citamos, premiada por la Real Academia sevillana de Buenas Letras, que lleva por título *Historia y juicio crítico de la Escuela poética sevillana en los siglos* XVI *y* XVII.

para manifestarse imitadora de aquella á que el Dante debió sus altas inspiraciones, y crear una Escuela que tanta influencia habia de ejercer en la que estudiamos, cuando el *divino* Herrera sublimó el lenguaje de la poesía, perfeccionado ya por Garcilaso, para adquirir despues del estro de Rioja áun más delicada perfeccion. Desde que ambos ingenios hispalenses, y aquellos otros que formaban una misma agrupacion poética, mostraron los admirables frutos del estudio y la imitacion que hicieron algunos de ellos de los cantares bíblicos, casi todos de los autores clásicos greco-latinos, en especial del insigne lírico de Venusa, y no pocos con preferente cuidado y complacencia, del género del Petrarca, sintiéndose inspirados á la vez en los más elevados asuntos por su fe religiosa, inalterable y profunda, y de contino por el ambiente que respiraban, impregnado del perfume oriental que dejó en pos de sí la raza árabe, y del que siempre se goza ante una naturaleza fecunda, vigorosa y esplendente; Sevilla, la guardadora del saber, la que mostraba en la edad visigoda en su doctísimo prelado Isidoro, un insigne vate cristiano, la que tantas pruebas ha dado de su cultura en diversos períodos de su historia; ufánase con justos títulos de poseer una Escuela poética, con caractéres propios y sobresalientes, digna por lo tanto, repetimos, de este nombre.

La antigua Escuela sevillana, despues de haber recorrido desde su nacimiento las diversas vicisitudes de la existencia de las cosas humanas, desarrollándose, llegando á su apogeo, y por último á su decadencia, para desaparecer de improviso; tambien de súbito resucita en los tiempos modernos con sus mismas cualidades distintivas, sus inclinaciones, sus majestuosos atavíos, su pura diccion, sus elevados asuntos; añadiendo al catálogo de sus ilustres poetas, los nombres de Arjona, Lista, Reinoso, Roldan, Castro, Blanco y otros seguidores de aquellos que eran ya famosos desde anteriores siglos en el Parnaso hispalense.

Ya hemos indicado de qué modo los actuales hijos de la inspiracion, continuadores de la obra regeneradora de varones tan insignes, ofrecen rejuvenecida á la clásica musa del Bétis, como corresponde á sus honrosas tradiciones literarias.

Si no hemos alcanzado la suerte de prestar el realce debido á las nobles figuras de los ingenios que son legítimo orgullo del suelo que fué su patria; si nos ha faltado el acierto y necesaria competencia para apreciar, sin incurrir en errores, las variadas producciones de su númen y los adelantos de la renombrada Escuela á que pertenecen, censurable será, sin duda, por lo temerario de la empresa que acometimos; pero disculpará siempre nuestro atrevimiento, el apego y la aficion á un estudio que tan predilecto nos es, y al que tanta importancia es justo se conceda en el de la historia de la literatura nacional.

FIN.

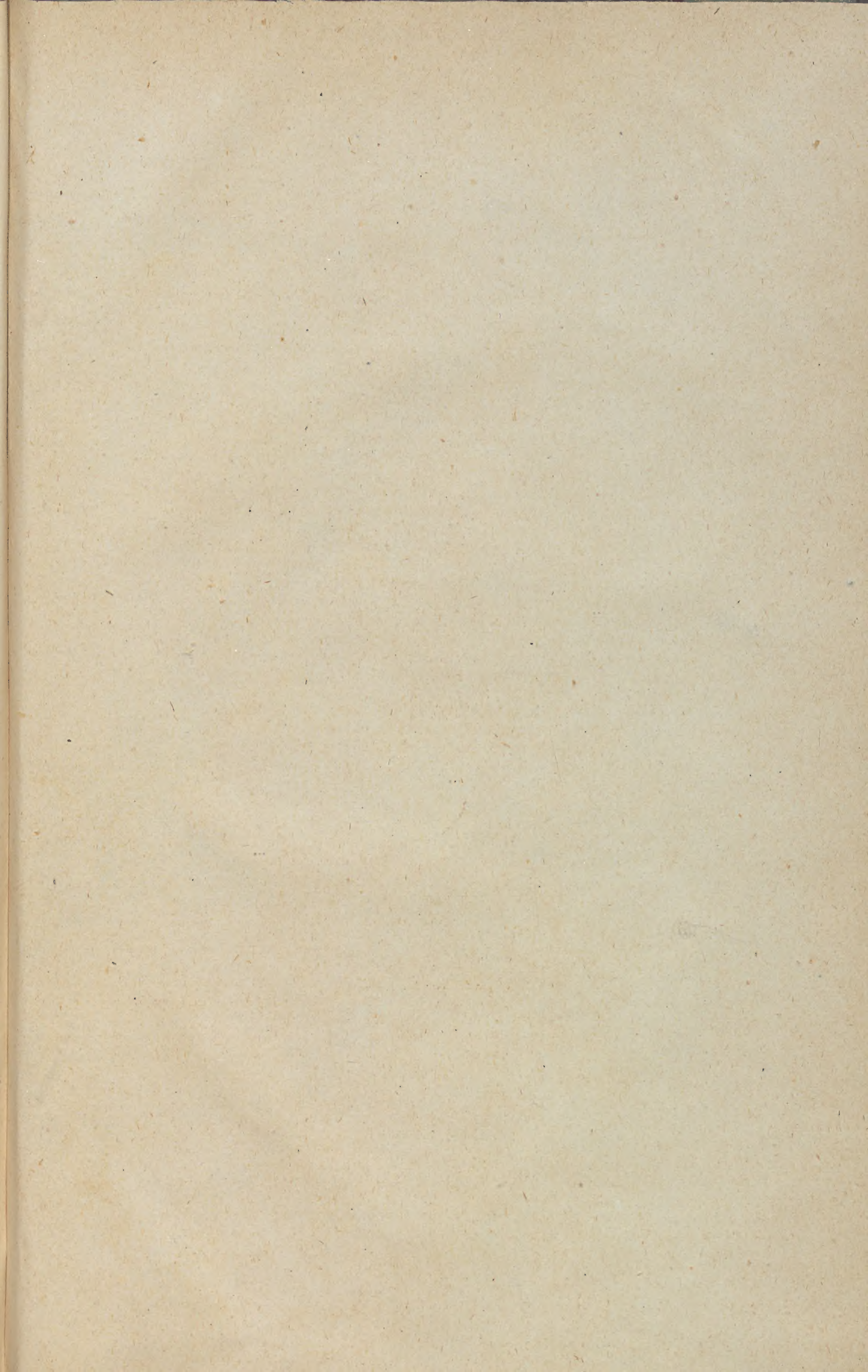


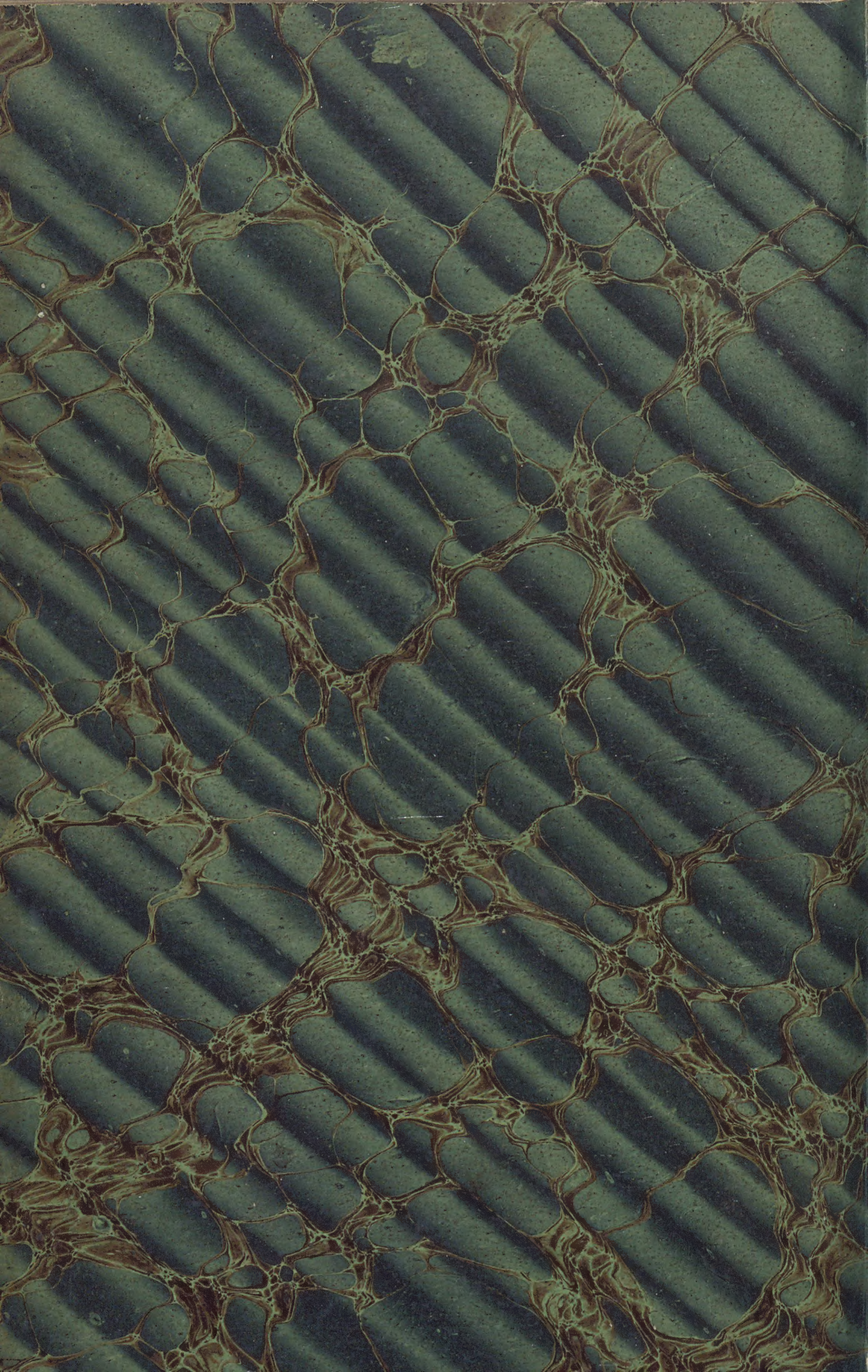
ÍNDICE.

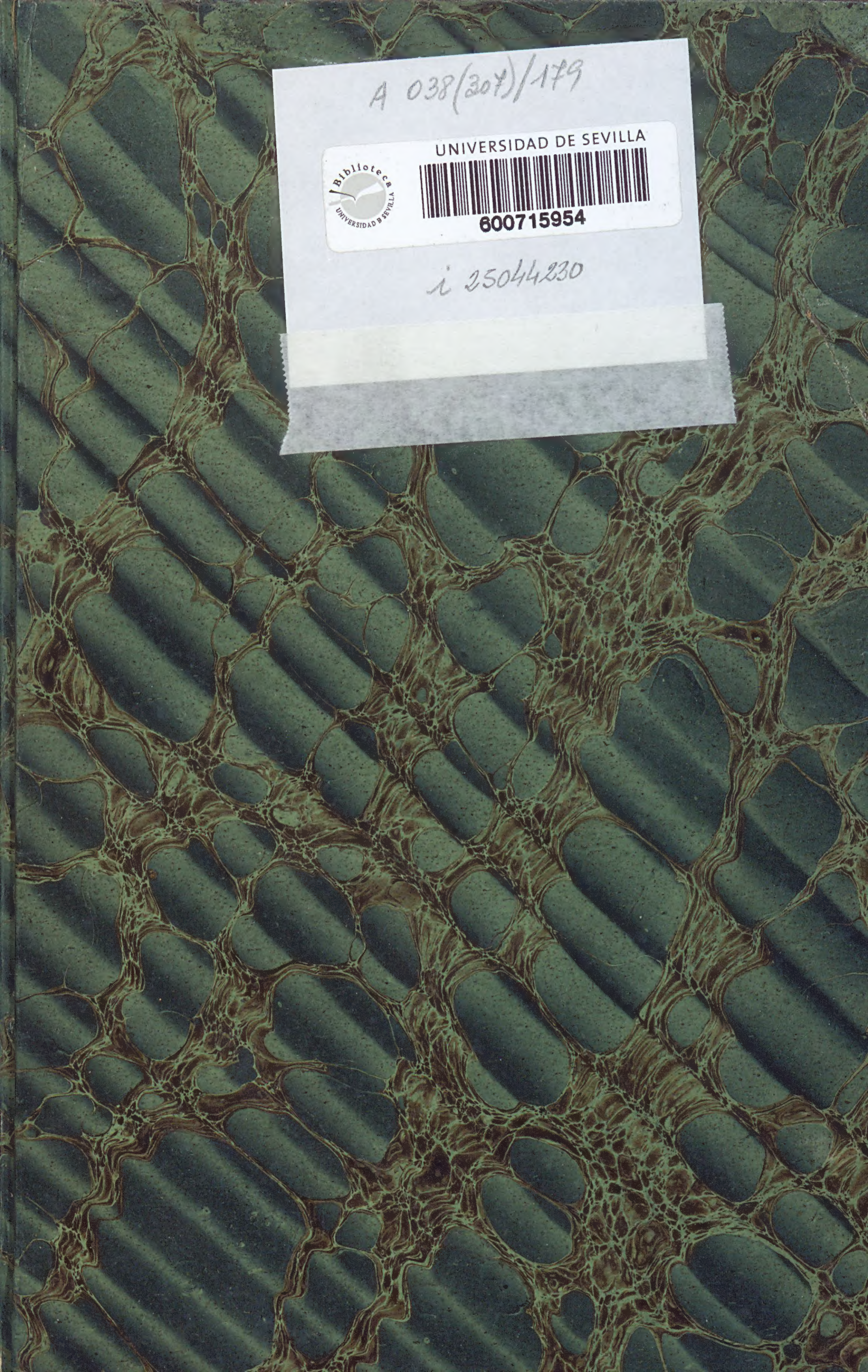
ERRATAS.

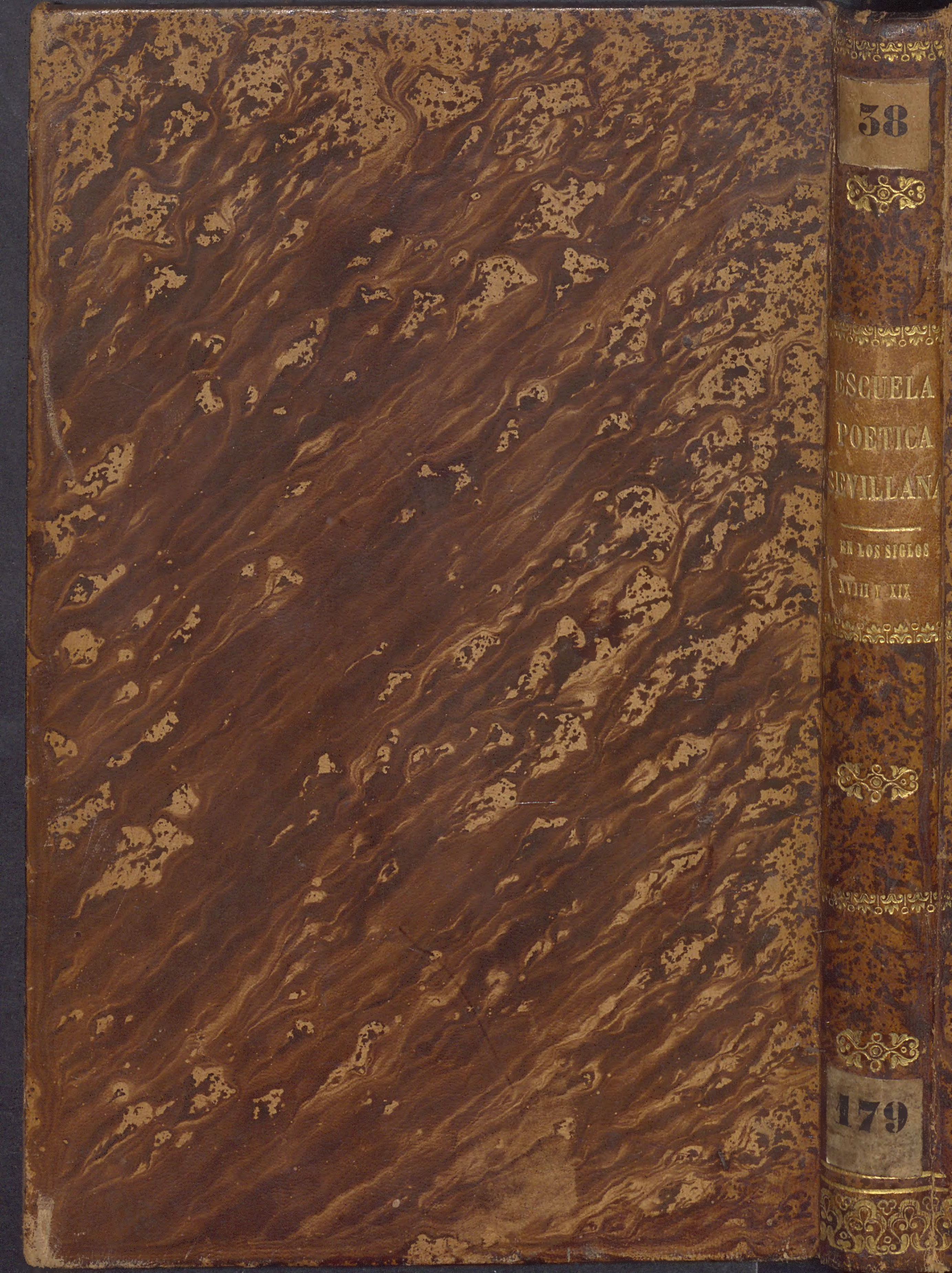
PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
39	33	mismos	mismas
40	6	los	las
62	21	porcionista	porcionistas
82	5	efecto	afecto
216	17	privándonos, ...	privándonos de calificacion alguna,








A 038(207)/179
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600715954
i 25044230



38
ESCUELA
POETICA
SEVILLANA
EN LOS SIGLOS
XVIII Y XIX
179